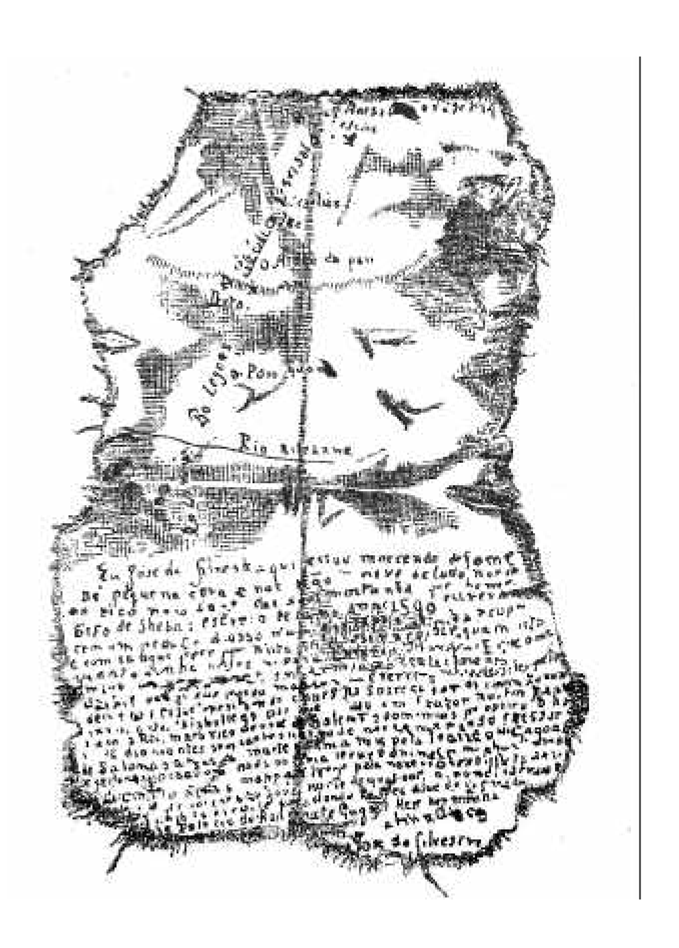
IMPRIMIR

LAS MINAS DEL REY SALOMON

H. RIDER HAGGARD

Editado por
el**aleph**.com



Fácsimile del itinerario para ir a las Minas del Rey Salomón actualmente en poder del señor Allan Quatermain; trazado por don José da Silvestre con su propia sangre sobre un pedazo de su camiza, en el año 1590.

INTRODUCCIÓN

Ahora que este libro, ya impreso, va a darse al público, la convicción de su insuficiencia, así en estilo como en asunto, gravita pesadamente sobre mí. Respecto al segundo, debo observar, que no abarca por completo, ni tal lo pretende, una sucinta relación de todo cuanto hicimos o presenciamos durante nuestra expedición a la tierra de los kukuanos; aunque hay numerosos sucesos, con ella relacionados, que nos hubiera sido agradable tratar con alguna detención y a los cuales apenas aludimos. Entre ellos, encuéntranse las curiosas leyendas, por mí recogidas, de las cotas de malla, que evitaron nuestra destrucción en la gran batalla de Loo; como también las referentes a los "silenciosos" o colosos que guardan la entrada de la cueva de las estalactitas. Aún más: si no hubiera contenido mis propios impulsos, con gusto hiciera notar las diferencias que hay entre los dialectos de los zulúes y los kukuanos, algunos de los que, en mi concepto, son muy notables; como también hubiera dedicado, y con provecho, varias páginas a la flora y a la fauna del país de estos últimos[1].

Además queda uno de los más interesantes puntos, que sólo incidentalmente tocamos; nos referimos al admirable sistema de organización militar adoptado por aquel pueblo, el que opino muy superior al inaugurado por Chaka en el de los zulúes, tanto porque permite una movilización más rápida, cuanto por no exigir el empleo del pernicioso sistema de célibes forzosos. Finalmente, apenas me he referido a las costumbres domésticas y familiares de los kukuanos, muchas de las cuales son en extremo ceremoniosas, o a sus conocimientos en el arte de fundir y soldar los metales. Este último lo llevan a considerable perfección, de lo que es buen ejemplo sus "tolas" o pesados cuchillos

[1] Descubrí ocho variedades del antílope que previamente desconocía en absoluto y muchas nuevas especies de plantas pertenecientes en su mayoría a la tribu de las bulbosas.

arrojadizos, cuyos planos de hierro forjado acaban en bordes o filos de bellísimo acero admirablemente soldado al anterior. La verdad, en resumen, es que yo pensé (y no sólo yo, sino también sir Enrique Curtis y el Capitán Good), que el mejor plan sería relatar los sucesos de una manera sencilla y directa, dejando esas disgresiones para tratarlas más tarde y como más oportuno aparezca. Mientras tanto, tendré a dicha dar cualquier informe de los que poseo a todo el que se interese en tales cosas.

Y ahora me resta sólo presentar mis excusas por el estilo rudo de mi narración. Más acostumbrado a manejar el rifle que la pluma, no puedo pretender, y mucho menos ofrecer, esos grandes giros literarios y flores retóricas que veo en las novelas -las que a veces también me agrada leer-. Acepto que ellos sean convenientes y deploro no poder brindarlos; pero al mismo tiempo pienso, sin poder evitarlo, a pesar de que tal vez carezca de autoridad para establecer una opinión sobre el particular, que las cosas impresionan más cuanto más sencillas son, y se entiende mejor un libro a medida que es más llano su lenguaje. "Una espada afilada -dicen en Kukuana,- no necesita pulimento"; y de igual manera me aventuro a creer que una historia verdadera, por extraordinaria que parezca, no requiere el adorno de las frases.

ALLAN QUATERMAIN

I
MI ENCUENTRO CON SIR ENRIQUE CURTIS

Curioso es que a mi edad -cincuenta y cinco en mi último cumpleaños- me encuentre con la pluma en la mano tratando de escribir una historia; y maravillosamente ya de lo que ésta sea cuando la haya terminado, si es que logro llegar al término de tal empresa. Muchas cosas buenas he hecho durante mi larga vida, y digo larga, porque tal vez la he comenzado demasiado joven, ganándome la existencia en las viejas colonias, desde una edad en que los otros muchachos asisten a la escuela, ora traficando, ora entregado a la caza, ya luchando, ya ocupado en los trabajos de minería, y, sin embargo, sólo hace ocho meses que hice mi fortuna. ¡Y qué fortuna! aún ignoro a cuánto asciende; pero puedo asegurar no volvería a pasar otra vez los últimos quince o dieciséis meses de mi vida para adquirirla, aunque supiese que al final había de salir a salvo, con mi pellejo y con ella. Además, mi carácter es tímido, me disgusta la violencia y estoy completamente cansado de aventuras. Y ¿por qué voy a escribir este libro?: esto no pertenece a mi ramo, ni yo soy un literato, por más que sea muy aficionado al Viejo Testamento y a las «Leyendas de Ingoldsby». Permitídme, manifieste mis razones, precisamente para ver si tengo alguna.

1. Porque sir Enrique Curtis y el Capitán Juan Good así me lo han suplicado.

2. Porque me encuentro inutilizado, aquí, en Durbán, con los dolores y molestias de mi pierna izquierda. Desde que aquel león, que Dios confunda, hizo presa en ella, estoy expuesto a tales sufrimientos y es bien pesado que ahora haya de cojear más que nunca. Es preciso que los dientes del león tengan cierta especie de veneno, y si no, ¿cómo es posible que sus heridas, una vez cicatrizadas, vuelvan a abrirse, por lo general, en la misma época del año en que fuimos mordidos? Dura cosa es que después de haber matado sesenta y cinco leones, el sexagésimosexto os mastique una pierna como si fuera un alfeñique.

Esto rompe la rutina de los sucesos, y, dejando aparte otras consideraciones, soy hombre demasiado metódico, dicho sea de paso, para que pueda agradarme.

3. Porque deseo que mi hijo Enrique, estudiante de medicina en un hospital de Londres, tenga algo que le divierta y evite sus calaveradas por una semana lo menos. El trabajo de los hospitales debe ser monótono y cansado, pues aun el descuartizar cadáveres ha de llegar a fastidiar, y como esta historia no carecerá de interés, por más que le falten otras cualidades, tal vez despertará su atención distrayéndole mientras la lea.

4. y última. Porque voy a contar la historia más extraña que conozco, tanto más, aunque parezca ridículo afirmarlo, cuando no figura en ella mujer alguna, excepto Foulata. ¡Detengámonos! Hay otra, Gagaula, si acaso era mujer y no demonio; pero por lo menos llegaba a un siglo, y por consiguiente no era casadera, así pues, no he de contarla. De cualquier modo, puedo afirmar que no se encuentra una sola *falda* en toda la historia: pero creo que lo mejor es, que comencemos la jornada. Dura cosa me parece, y en realidad me siento como si uncido a un carro hubiera de tirar de él: mas «sutjes, sutjes» como dicen los boers (lo que seguro estoy no sé como se escribe), poco a poco se llega, lejos. Una pareja fuerte hará, indudablemente, el camino, a menos que esté muy flaca, pues con un buey flaco nada es posible hacer. Ahora comencemos.

Yo; el caballero Allan Quatermain, natural de Durbán, Natal; afirmo bajo juramento que -así es como encabecé mi declaración ante el magistratrado, respecto a la triste muerte de los pobres Khiva, y Ventvógel;- pero en cierto modo no me parece ésta la manera conveniente de empezar un libro. ¿Y, por otra parte, soy yo un caballero? ¿Qué es un caballero? Yo no lo se claramente; y eso que he tenido que manejármelas con negros- ¡negros! no, borrare esa palabra porque me disgusta. He conocido nativos que lo son, y así lo dirás tú, Enrique, hijo mío, antes que termines la lectura de este cuento, y he tropezado con blancos miserables, repletos de dinero, y apenas salidos del hogar

que no son tales caballeros. En fin, de todas maneras, nací caballero, aunque mi vida entera solo ha sido de un desgraciado viajero, traficante y cazador. ¿Lo soy aún? No lo se, tu debes juzgarlo y bien sabe el Cielo como de ello he tratado. En mis días he matado muchos hombres, pero jamás prive a un ser innecesariamente de su vida, o manchado mis manos con sangre inocente, siempre obligado por mi propia defensa. El Todopoderoso nos dio la existencia y supongo ha querido que la defendamos, a lo menos yo he obrado de acuerdo con tal idea, y espero que esto no será contra mi cuando llague mi hora. Allá, en aquellos países, el hombre es cruel y malvado, y para un ser tan tímido como yo, he tomado parte en demasiadas matanzas. Imposible me es decir qué derechos tenía para ello; pero buenos o no, por lo menos jamás he robado, si bien es cierto que una vez engañé a un kafir quitándole un hato de ganado; y, aunque después él me hizo una mala jugada, nunca he estado tranquilo sobre el particular.

Ahora bien, hace unos dieciocho meses que por primera vez me encontré con sir Enrique Curtis y el capitán Good lo que ocurrió, como digo a continuación. Había estado cazando elefantes más allá de Bamangwato con suerte bien desgraciada; todo me salió mal en aquella expedición, atacándome, por último, la fiebre para coronar los contratiempos que había sufrido. Tan pronto como recobré la salud, regresé como pude al Campo de los Diamantes, vendí el marfil que tenía, como también mi carro y bueyes, despedí a mis cazadores y tomé el coche correo para el Cabo. Después de gastarme una semana en la ciudad de este nombre, habiendo averiguado que me cobraban más de la cuenta en el hotel, y visto todo cuanto allí hay que ver, incluyendo el Jardín Botánico, que en mi concepto puede hacer gran beneficio al país, y las nuevas casas del Parlamento, que creo no harán cosa por el estilo, determiné volver a Natal por el Dunkeld, el cual aguardaba en el dique al Edinburgh Castle,,que venía de Inglaterra y debía llegar de un momento a otro. Tomé mi pasaje, me fuí a bordo, y aquella misma tarde, después que los pasajeros que para Natal traía el Edinburgh Cstle verificaron su trasbordo, levamos y nos hicimos a la mar.

Entre los pasajeros que vinieron a bordo, había dos que excitaron mi curiosidad. Uno de ellos, al parecer de treinta años, era el hombre de pecho más desarrollado y brazos más robustos que he conocido. Su cabello era amarillo, amarilla también su enorme barba, perfectamente marcadas sus facciones, y sus ojos grandes y grises bastante hundidos en la cabeza. Jamás he visto un tipo tan hermoso, y en cierto modo me hacía recordar al antiguo dinamarqués, sin que quiera decir por esto, sepa mucho de los antiguos dinamarqueses, aunque bien me acuerdo de uno moderno que me arrancó cuarenta pesos; pero, en cambio, tengo presente haber visto en cierta ocasión, un cuadro que representaba algunos de estos gentiles que, no temo decirlo, eran una especie de zulúes blancos. Bebían en sendos cuernos con sus largas melenas tendidas sobre la espalda; y, a medida que observaba a mi amigo, de pie, cerca de la escalera de la cámara, pensaba que si se dejara a sus cabellos crecer un poco, se echara sobre sus hombres una cota de malla y se le armase con una de aquellas enormes hachas de combate y un vaso de cuerno, podía haber servido de modelo para dicha pintura. Y, entre paréntesis, es cosa curiosa y prueba cómo la sangre se revela; averigüé más tarde que sir Enrique Curtis, porque éste es el nombre del corpulento individuo que examinaba, era de sangre dinamarquesa. También me recordaba mucho a alguien más; pero en aquel momento no podía traer a la memoria quién era.

El otro individuo, que de pie hablaba con sir Enrique, era bajo, fornido, trigueño y de corte completamente distinto. Inmediatamente sospeché era oficial de la Armada. No podrá explicar la causa, pero es muy difícil desconocer a un marino de este cuerpo. He ido a muchas expediciones de caza con varios de ellos durante mi vida, y siempre han sido, sin excepción, los mejores, más bravos y agradables compañeros que he tenido; aunque algo o bastante aficionados a un lenguaje profano.

Pregunté dos páginas atrás, ¿qué es un caballero? Ahora puedo contestar: en general, lo es un oficial de la Real Armada, y digo en general, porque no hay regla sin excepción. Imagínome que el ancho

mar y el soplo de sus brisas ablandan el corazón del marino y borrando de su mente toda amargura, hacen de él lo que el hombre debe ser. Pero, volviendo a mi historia, tampoco me equivoqué esta vez, había sido oficial de la Armada, teniente, a quien, a los treinta v un años de edad y diecisiete de servicio, Su Majestad daba el retiro, sòlo con los honores de comandante, por la sencilla razón de que era imposible el ascenderlo. Esto es lo que deben esperar aquellos que sirven a la Reina: verse lanzados a un mundo duro y egoista para ganarse la existencia, cuando realmente comenzaban a conocer su profesión y entraban en la primavera de la vida. Quizás a ellos no les importe, pero por lo que a mí toca, prefiero mil veces más ganarme el pan como cazador. Acaso se andará tan escaso de centavos; pero a lo menos no se reciben tantos golpes,. Su nombre, que encontré en la lista de pasajeros, era Good, capitán Juan Good. Ancho de espalda, mediano de estatura, trigueño, robusto, en fin, era un tipo que no podía menos de despertar cierta curiosidad; pulcro en exceso llevaba la barba completamente rapada y un lente en el ojo derecho, que parecía haber echado raíces allí, pues carecía de cordón y sólo se lo quitaba para limpiarlo. En un principio pensé acostumbraba a dormir con él, pero más tarde, me disuadí de tal error. Cuando se retiraba a descansar lo guardaba en el bolsillo de sus pantalones, junto con sus dientes postizos, de los que tenía dos magníficas cajas, que, no siendo la mía de las mejores, más de una vez me hicieron quebrantar el décimo mandamiento. Pero estoy anticipando los sucesos.

Pronto, a poco de comenzar a balancearnos, cerró la noche trayéndonos un tiempo infernal. Sopló desde tierra una brisa desagradable; y una neblina, aún más densa que las de Escocia, hizo que todo el mundo abandonara la cubierta. En cuanto al Dunkeld, que es un buque pequeño y de fondo aplanado, navegaba en lastre y daba enormes balanceos; a menudo parecía iba a tumbarse, lo que por fortuna nunca ocurrió. Era imposible pasearse así es que, de pie cerca de la máquina, en donde se sentía algún calor, me distraía con el péndulo, que, colgado al lado opuesto del que yo ocupaba, oscilaba perezosamente hacia

atrás y hacia adelante, a medida que el barco cabeceaba, marcando el ángulo de inclinación que hacía en cada tumbo. -Ese péndulo está mal; no está debidamente equilibrado - dijo de repente una voz con cierto aire de enojo, por encima de mis hombros. Al volverme me encontró con el oficial de la Armada, que había llamado mi atención cuando los pasajeros vinieron a bordo.

-Y bien, ¿ que le obliga a usted a pensar eso? - le pregunté yo.

-Pensar eso. Yo no lo pienso. Afirmo que (a tiempo que el barco recuperaba su posición después de un balance) si el buque se hubiera balanceado realmente hasta el grado marcado por ese chisme, entonces no volvería a dar un balance más, eso es todo. Pero nada es de extrañar en estos pilotos mercantes; siempre son vergonzosamente descuidados.

Precisamente entonces la campanilla nos llamó a comer, lo que en nada me contrarió, pues es terrible cosa verse obligado a escuchar a un oficial de la Real Armada cuando toca este punto. Sólo conozco cosa peor, y esa es oír a un piloto mercante cuando expresa su cándida opinión respecto a los oficiales de la Armada.

El capitán Good y yo bajamos juntos al comedor y nos encontramos con sir Enrique Curtis que ocupaba allí ya su puesto. El capitán Good, se colocó a su lado y yo enfrente de ellos. Pronto el capitán entabló conmigo una conversación sobre cacería y mil cosas más; haciéndome muchas preguntas, que contestaba tan bien como me era dable el hacerlo. Rodando el diálogo, comenzó a hablar de los elefantes.

-Ah, caballero - exclamó un pasajero que estaba sentado cerca de mí - para eso ha dado usted con su hombre; el cazador Quatermain puede informarle respecto a elefantes, si es que hay alguien que lo pueda hacer.

Sir Enrique, que había estado completamente silencioso oyendo nuestra conversación, hizo un movimiento de sorpresa.

-Escúcheme, señor -me dijo, inclinándose hacia mí al través de la mesa y con una voz baja y gruesa que, según mi parecer, era la que

convenía a sus grandes pulmones - Excúseme, señor, pero ¿ se llama usted Allan Quatermain ?

Yo le contestó que ese era mi nombre.

El corpulento viajero no hizo otra observación; pero sí le oí murmurar, casi entre dientes: «afortunado».

En este instante llegaba la comida a su término, y como fuéramos a abandonar el salón, sir Enrique se me acercó e invitó a fumar una pipa en su camarote. Acepté y nos guió hacia la cámara de cubierta del Dunke1d, que era espaciosa y muy buena. Había antes estado dividida en dos; pero cuando sir Garnet o uno de esos grandes señorones viajaron por la costa en el Dunkeld, se quitó el tabique que las dividía y nunca más volvieron a reponerlo. Había en la cámara un sofá, y enfrente de él una mesa. Sir Enrique pidió al camarero una botella de whiskey y los tres nos sentamos y encendimos nuestras pipas.

-Señor Quatermain -comenzó sir Enrique cuando el camarero hubo traído el whiskey y encendido la lámpara; -el año pasado, por estos días, estaba usted, según creo, en un lugar llamado Damangwato, al Norte del Transvaal.

-En efecto - contesté sorprendido de que este caballero estuviese tan enterado de mis pasos, que ofrecían, en cuanto a mí se me alcanzaba, interés alguno en general.

-¿Estaba usted negociando allí, no es así? - añadió el capitán Good con la rapidéz habitual de su lenguaje.

-Sí. Había, llevado un carro lleno de mercancías e hice mi campamento fuera de aquella estación, deteniéndome hasta que las hube vendido.

Sir Enrique ocupaba una silla enfrente de mí y tenía sus brazos apoyados sobre la mesa. Al terminar mi respuesta levantó la cabeza y clavó sus ojos, con ansiosa curiosidad, en mi rostro.

-¿Por casualidad encontró usted allí a un hombre llamado Neville?

-Oh, sí; acampó por mis alrededores durante una quincena, para que sus bueyes descansaran antes de continuar su marcha hacia el interior. Meses atrás recibí una carta de un abogado preguntándome si conocía algo de su paradero, la que contesté como mejor podía hacerlo.

-Sí, su carta me fue remitida. Decía usted en ella que el caballero llamado Neville salió de Bamangwato a principios de mayo en su carro con un conductor, un explorador y un cazador kafir llamado Jim; anunciando su intención de avanzar, si le era posible, hasta Ynyati, último puerto que alcanza el tráfico en Matabele, en donde vendería su carro para proseguir a pie. Añadía usted que, en efecto, vendió el carro, porque seis meses después encontró a un traficante portugués, que lo poseía, y le dijo lo había comprado en Ynyati a un blanco, cuyo nombre no recordaba, el que, acompañado de un criado nativo, partió para el interior, según creía, a una expedición de caza.

-Eso es.

Entonces hubo un momento de pausa.

-Señor Quatermain - dijo repentinamente sir Enrique;-¿ supongo que usted no sabe, ni puede imaginarse otra cosa, respecto a las razones que me... que llevaban al señor Neville hacia el Norte, ò punto a donde se encaminaba?

-Algo oí sobre ello - contestó, y me detuve, pues el asunto de que nos ocupábamos no despertaba mi interés.

Sir Enrique y el capitán Good cambiaron una mirada, y este último hizo una señal con un rápido movimiento de cabeza.

-Señor Quatermain - comenzó el primero;-voy a contar a usted una historia y pedirle sus consejos, o quizá su ayuda. El agente que me envió su citada carta me decía que yo podía confiar completamente en usted,pues usted era, tales son sus palabras, muy conocido y universalmente respetado en Natal; distinguiéndose, sobre todo, por su discreción.

Hice un saludo y bebí un poco de whiskey y agua para ocultar mí turbación, pues siempre ha sido modesto; y sir Enrique, continuó:

-El señor Neville era mi hermano.

-¡Oh!-exclamé involuntariamente, porque en aquel instante acerté con la persona que me había hecho recordar, cuando por primera vez le vi. Su hermano era mucho más pequeño y de barba obscura; pero al pensar en él, recordaba que sus ojos tenían el mismo tinte gris y la misma penetrante mirada, y que sus facciones además, presentaban cierta semejanza.

-Era mi hermano más joven, el único que tenía, y hasta hace cinco años no recuerdo nos hayamos separado por un mes. Mas,hará esos cinco años que, por desgracia, y como suele ocurrir en las familias, tuvimos un grave disgusto, y en mi cólera me conduje injusto en exceso con él-Aquí el capitán Good movió, en señal de asentimiento, vigorosamente la cabeza, y el buque dio un balance tan grande que el espejo, colgado enfrente, en la pared de estribor, estuvo por un momento casi encima de nosotros; de manera que yo, que sentado y con las manos en los bolsillos, miraba con fijeza hacia el techo, pude observar sus repetidos marcados movimientos de aprobación.

-Supongo, usted sabe-continuó sir Enrique; -que si un hombre en Inglaterra muere intestado, y no tiene otro capital, sino tierras o bienes, raíces, todo pasa a ser propiedad de su primogénito. Precisamente esto ocurrió cuando reñimos; nuestro padre murió intestado, pues había ido difiriendo el hacer su testamento hasta que llegó a ser demasiado tarde para ello. El resultado fue que mi hermano, a quien no se había dado profesión alguna, quedó sin un centavo de qué disponer. Era mi deber, como es natural, haber atendido a todas sus necesidades; pero entonces nuestro enojo era tan grande, que no, para vergüenza mía lo digo (y suspiró profundamente), le hice la menor oferta. No es que yo le guardara rencor, no; esperaba que él acudiera a mí, y él jamás lo hizo. Siento molestar a usted, señor Quatermain, con todos estos datos; pero debo esclarecer cuanto ha pasado, ¿eh Good?

-En efecto, en efecto- contestó el capitán;- y estoy seguro que el señor Quatermain no repetirá una palabra de esta historia.

Por supuesto - dije yo;- pues no hay cosa que me enorgullezca más que mi discreción.

Bien - continuó sir Enrique; -mi hermano poseía de su propia cuenta, en aquella época, unos escasos millares de pesos; sin decirme una palabra, reunió esta mezquina suma y, tomando el nombre de Neville, marchó para el Africa Austral con la loca esperanza de hacerse una fortuna: así lo supe más tarde. Pasaron como tres años sin que lograra recibir noticia alguna de él, aunque le escribí varias veces; sin dudal- mis cartas no llegaron a sus manos. Pero a medida que el tiempo transcurría, mi inquietud por su destino aumentaba más y más; conociendo por experiencia, señor Quatermain, que la sangre no es tan muda como el agua.

-Nada más cierto-afirmé por mi parte pensando en mi hijo Enrique.

-Comprendí, señor Quatermain, que hubiera dado gustoso la mitad de mi fortuna por saber que mi hermano Jorge, el único pariente que me resta, vivía sano y salvo, y que algún día había de volver a verle.

-¡Pero nunca lo hizo usted, Curtis!-exclamó rudamente el capitán Good, mirando a la cara de su amigo.

-En fin, señor Quatermain, con los días que pasaban iba aumentando mi ansiedad, y con ella la necesidad de saber si mi hermano vivía ò había muerto, y si vivía conseguir volverle a nuestro hogar. Comencé mis investigaciones, y la carta de usted ha sido consecuencia de ellas. Hasta hoy todo va satisfactoriamente, puesto que está probado que, hace poco, Jorge existía; pero esos medios no bastaban a las exigencias de mis deseos, por lo que, queriendo abreviar, me resolví a buscarlo personalmente; y el capitán Good ha tenido que acompañarme.

-¡Vaya una bondad !- exclamó el capitán; - a no ser que hubiera preferido las vigilias de la media paga con que mis lores del Almirantazgo me han retirado del servicio. Y ahora, señor, espero que usted nos contará cuanto sepa o haya oído del caballero Neville.

II
LA LEYENDA DE LAS MINAS DE SALOMON

-¿Qué oyó usted en Bamangwato con relación a la expedición de mi hermano? - preguntóme sir Enrique, mientras yo hacía una pausa para cargar mi pipa, antes de contestar al capitán Good.

-Oí, y jamás he hecho mención de ello hasta hoy, que su hermano se dirigía a las minas de Salomón.

-¡Las minas de Salomón !- exclamaron a un tiempo mismo mis dos oyentes.-¿Dónde están esas minas?

-Lo ignoro; sí sé en donde se dice que están. Una vez vi los picos de las montañas que las rodean; pero un desierto de ciento treinta millas me separaba de ellas, y no sé que blanco alguno lo haya cruzado, excepto uno. Quizá lo mejor que puedo hacer, es contarle la leyenda de esas minas, tal como la conozco, dándome ustedes palabra de no revelar cosa alguna de lo que diga sin obtener mi consentimiento. ¿Aceptan ustedes? Tengo mis razones para decirlo así.

Sir Enrique hizo un signo afirmativo con la cabeza, y el capitán Good replicó: -Ciertamente, ciertamente.

-Bien; como ustedes pueden suponer, por regla general, los cazadores de elefantes somos incultos, rudos y apenas nos inquietamos por algo, fuera de las realidades de la vida y las costumbres de los kafires. Sin embargo, a veces se encuentra a alguno, que se toma la molestia de recoger las tradiciones de los nativos, para hacer con ellas un poco de la historia de este obscuro continente. Un hombre de esta clase, fue el primero que me contó la leyenda de las minas de Salomón, hará como treinta años, cuando efectuaba yo mi primera cacería de elefantes en el país de Matabele. Se llamaba Evans: fue muerto al siguiente año ¡pobre compañero! por un búfalo herido, y sus restos están enterrados cerca de las cascadas de Zambesí. Recuerdo que una noche le refería las magníficas obras que había descubierto, mientras cazaba antílopes y kudúes en lo que ahora es el distrito de Lydemburgo en el

Transvaal. Sé que las han explorado últimamente en busca de oro; pero ya las conocía yo años atrás. Encuéntrase allí un ancho camino carretero abierto en la roca, el que conduce a la entrada de una galería; y en ella, cerca de su boca, se ven trozos de cuarzo aurífero convenientemente hacinados para la trituración, lo que prueba que los trabajadores, fueran quienes fueran, abandonaron aquel sitio en precipitada fuga; y más al interior, como a veinte pasos de la entrada, un trozo de galería edificada transversalmente, que es en realidad, un precioso trabajo de mampostería.

-¡Bueno!-dijo Evans; - pero yo les contaré algo, aún más curioso que eso; - y pasó a referirme cómo internándose mucho en el país, dio con una ciudad arruinada, que él creía era la Ophir de la Biblia, lo que, entre paréntesis, han venido a suponer otros hombres más entendidos, largo tiempo después que el pobre Evans lo dijera. No puedo olvidar le escuchaba con gran atención, porque como joven al fin, la relación de todas esas maravillas de la antigua civilización y la de los tesoros que los aventureros hebraicos y fenicios extraían de una tierra, ha tanto tiempo sumida en la más profunda barbarie, se apoderaban por completo de mi imaginación, cuando repentinamente me preguntó: muchacho, ¿has oído hablar alguna vezde las montañas de Sulimán, allá, hacia el Noroeste del país de Mashukulumbwe ? -Nunca – le contesté. - Pues bien, allí es en donde realmente Salomón tenía sus minas, sus minas de diamantes,quiero decir.

-¿Córno lo cabe usted?

-¿Cómo lo sé? ¡y qué es Sulimán sino una corrupción de Salomón! además, una vieja, Isanusi (bruja curandera), del país de Manica, me dio todos los pormenores sobre el particular. Me dijo que al otro lado de las montañas habitaba una especie de zulúes; pero mucho más robustos, de mejor figura y que hablaban este dialecto; añadiendo vivían entre ellos grandes hechiceros, que habían aprendido su arte de los blancos, cuando el mundo entero estaba entre tinieblas, y quienes guardaban el secreto de una mina maravillosa de piedras relucientes. Reíme de esta historieta a la sazón, a pesar de que me interesaba, pues

aún no se habían descubierto los criaderos de diamantes; el pobre Evans se separó de mí, muriendo poco tiempo después, y pasaron veinte años sin que volviera a acordarme de tal asunto. Pero precisamente a los veinte años, y esto no es corto tiempo, caballeros, que rara vez los cuenta en su oficio un cazador de elefantes, supe algo más concreto respecto a las montañas de Sulimán y país que se extiende al otro lado de ellas. Encontrábame en el país de Manica, en un lugar denominado el Kraal de Sitanda, bien miserable por cierto, pues nada se hallaba allí de comer y la caza era escasisima. Atacóme la fiebre y me sentía bien malo, cuando un día llegó un portugués, acompañado de un solo criado, un mestizo. Hoy conozco a conciencia a esos portugueses de Delagoa. No creo haya en la tierra entera malvados más dignos de la cuerda, que esos infames, que viven y engordan con las lágrimas y sangre de sus esclavos. Pero éste era hombre completamente distinto de los seres groseros que estaba acostumbrado a encontrar, y me hizo recordar todo cuanto sobre los cumplidos y corteses fijodalgos había leído. Era alto de estatura, delgado, con los ojos grandes y obscuros, y bigote entrecano y rizado. Conversamos un rato, pues, aunque estropeándolo, hablaba algo el inglés y yo entendía un poco su idioma; así pude saber se llamaba José da Silvestre, y tenía una posesión cerca de la bahía de Delagoal; y al siguiente día, al proseguir su viaje, acompañado de su mestizo, me dijo, quitándose galantemente el sombrero, como en otros tiempos se usaba:-Adiós,adiós,señor; si alguna vez volvemos a encontrarnos, seré el hombre más rico del mundo y no me olvidaré de usted.- Reíme un instante, pues estaba demasiado débil para reirme mucho, y mientras él avanzaba, por el Oeste hacia el gran desierto, le seguí con la vista, pensando si estaría loco o qué podía imaginarse iba a encontrar allí.

Transcurrió una semana: una tarde, repuesto ya de la fiebre, estaba sentado en el suelo frente a mi tienda, comiéndome el último muslo de un ave, que había obtenido de un nativo a cambio de un pedazo de tela, que valía veinte veces más, y miraba al enrojecido y ardoroso sol que parecía hundirse en las arenas del desierto, cuando

repentinamente vi a un hombre, en apanencia un europeo, pues vestía una levita, sobre el declive ascendente del terreno opuesto a mí y como a trescientas varas de distancia. Aquel hombre se arrastraba sobre sus manos y rodillas, a breve trecho se irguió, y dando traspiés ganó unas pocas varas más, para volver a caer y continuar arrastrándose. Comprendiendo que necesitaba auxilios, envió sin pérdida de tiempo a uno de mis cazadores para que se los prestara, el que le condujo hasta mí, y ¿quién suponen ustedes era aquel desgraciado?

-José da Silvestre, no hay duda – contestó el capitán Good.

-Sí, José da Silvestre, o mejor dicho, su esqueleto cubierto por una piel rugosa y tostada. El color amarillento de su cara daba a conocer la intensa fiebre biliosa que lo abrasaba. Sus ojos parecían salírseles de las órbitas, a tal punto sus carnes se habían consumido. En él, la vista descubría sólo una piel apergaminada y amarilla, cabellos encanecidos y los huesos que se marcaban en toda su desnudez.

-¡Agua, por Jesucristo, agua!-exclamó con débil y doloroso acento. Entonces observé que tenía los labios partidos y la lengua, hinchada y ennegrecida, fuera de la boca.

Le di agua mezclada con un poco de leche y bebió a grandes tragos, y sin detenerse, dos largos cuartillos. No le permití tomase más, y entonces, un acceso de fiebre le hizo rodar por el suelo, comenzando a delirar con las Montañas de Sulimán, los diamantes y el desierto. Le llevé a mi tienda e hice todo cuanto en mi mano estaba por aliviarle; aunque conocía demasiado bien la inutilidad de mis esfuerzos. Hacia las doce se tranquilizó, yo me acosté en busca de reposo y me quedé dormido. Despertéme al amanecer, y a la media luz que nos envolvía, le vi sentado: parecía un espectro, tanto había enflaquecido, y miraba tenazmente hacia el desíerto: en ese instante, el primer rayo del naciente sol, cruzando por encima de la inmensa llanura que ante nuestra vista se dilataba, fuá a dorar la cumbre más erguida de las Montafias de Sulimán, que allá a lo lejos, a centenares de millas de ricoscotros alzábanse hasta el cielo.

-¡Allí, allí es!- gritó el moribundo en portugués, tendiendo su largo y descarnado brazo; ¡pero nunca llegaré a ella!¡Nadie, nadie lo podrá lograr!

De repente enmudeció, y a breve rato, y como si hubiera tornado una resolución, volvióse hacia mí y me dijo:

-Amigo mío, ¿está usted ahí? Mi vista, comienza a obscurecerse.

-Sí - le contesté; - sí, pero acuéstese ahora y descanse.

-¡Ay!– murmuró, - bien pronto descansaré... tengo sobrado tiempo para descansar... ¡ toda una eternidad ! Escúcheme: ¡estoy agonizando! Ha sido bondadoso para conmigo... ¡Le daré mi secreto! Tal vez usted llegará hasta ella, si el desierto no le mata como ha muerto a mi pobre criado y a mí.

Entonces tentóse la camisa y a poco extrajo de ella algo que en un principio tomé por una petaca de piel de antílope, de las que usan los boers, atada con un cordón, que en vano traté de desamarrar. Entregómela diciéndome: «desátela». Así lo hice y saqué de ella un papel cuidadosamente doblado y un pedazo de tela amarillenta y raída (véase al principio), escrita con caracteres casi ininteligibles.

-Hecho esto - prosiguió con voz apagada, pues su debilidad aumentaba por momentos,- ese papel es la exacta reproducción de todo lo que hay escrito en el harapo.¡Muchos años me ha costado descifrarlo! Atiéndame: uno de mis ascendientes, refugiado político de Lisboa y uno de los primeros portugueses que desembarcaron en estas playas, lo escribió durante su agonía, en esas montañas, que nunca el pie de un europeo había hollado, ni pisó después. Llamábase José da Silvestre y hace trescientos años que vivió. Su esclavo, quien le aguardaba a la falda de este lado de las montañas, le encontró muerto y llevó el escrito a su casa, en Delagoa. Desde entonces ha permanecido en la familia, sin que nadie se ocupara de leerlo hasta que yo lo hice. La vida me ha costado; pero quizá otro sea más afortunado que yo, y se convierta en el hombre más rico del mundo ¡en el hombre más, rico del mundo! ¡No lo confíe usted a nadie, vaya usted mismo! - Apenas

terminó, comenzó a desvariar, y una hora más tarde, todo había concluido.

¡En paz descanse! murió tranquilamente; yo enterré su cadáver en una fosa muy profunda y lo cubrí con grandes piedras; por lo que espero las hienas no habrán podido desenterrarlo: a poco abandoné aquel lugar.

-¡Infeliz! ¿y el documento? - dijo sir Enrique, con acento de marcado interés.

-¡Sí, el documento! ¿qué era lo que decía? - añadió el capitán.

-Caballeros, si así lo desean, lo diré. Jamás lo he confiado a persona alguna, exceptuando a mi inolvidable esposa, ya muerta, la que creyó era todo mera superchería, y a un viejo y beodo traficante portugués, quien me lo tradujo y había olvidado completamente a la siguiente mañana. El andrajo original está guardado en mi casa, en Durbán, unido a la traducción del pobre don José; pero tengo en mi cartera su reproducción en inglés y una copia exacta del plano, si es que se le puede dar este nombre. Véanlo aquí.

«Yo, José da Silvestre, agonizando de hambre en la pequeña cueva en donde nunca hay nieve, al lado Norte del pico de la más meridional de las dos montañas, que he llamado Pechos del Sheba, escribo esto en el año 1590 con un pedazo de hueso,en un girón de mi ropa, y usando mi propia sangre como tinta. Si mi esclavo lo encuentra cuando venga en mi busca, llévelo a Delagoa y entréguelo a mi amigo (nombre ilegible) a fin de que llegue a conocimiento del Rey y pueda enviar un ejército, que, salvando el desierto y las montañas, venza y domine a los bravos kukuanos y sus. artes diabólicas, para lo que aconsejo traigan muchos sacerdotes, y será el Rey más rico desde Salomón. He visto, con mis propios ojos, los diamantes sin cuento que guarda la cámara del tesoro de Salomón, detrás de la muerte blanca; mas por la traición de Gagaula, le echadora de hechizos, nada he, podido sacar a salvo, apenas la vida. Quienquiera que venga, siga las indicaciones del mapa, y ascienda por la nieve del pecho izquierdo del Sheba hasta llegar al pico y a su lado Norte encontrará la gran carrete-

ra que Salomón construyó, por la cual, en tres jornadas llegará al Palacio del Rey. Mate a Gaga ula. Rece por mi alma.
»Adiós.

»JOSE DA SILVESTRE.» 2

Cuando hube leído el anterior documento y enseñado la copia del mapa, trazado por la mano y con la sangre del moribundo fidalgo, siguió un momento de silencio, producido por el asombro.

-¡Por mi nombre!- exclamó el capitán Good; - que me ahorquen si en las dos vueltas que he dado al mundo, desembarcando en casi todo puerto, he oído o leído cosa parecida a ésta.

-La anécdota es muy curiosa, señor Quatermain - añadió sir Enrique;- ¿y supongo que usted no se estará burlando de nosotros? Bien sé que a veces se cree estar autorizado para tratar de reír a costa de un recién venido.

-Si así lo piensa usted, sir Enrique - dije bastante disgustado y guardando mi papel, porque no me agrada se me confunda con los necios, que creen ingenioso en contar falsedades o presumir ante los

[2] En, Jose da Silvestre que eston morrendo de fama ná pequena cova ande náo ha nave, ao lado norte do bico mais ao sul das duas montanhas que chamei seio de Sheba; escrevo isto no anno 1590; escrevo isto coro um pedaco d'8sso nlum farrapo da minha roupa o com sangre mea por tinta; se o meu eserayo dés com isto quando venha ao levar para (---)que o meu amigo leve a causa ao conhecimento d'El Rei, para que possa mandar ura exorcito que se desfile polo deserto o pelas montanhas e mosmo sobrepujar os bravos kukuanos o suos artes diabolicas pelo que se debiam trazar inuitos padres, fara o Rei mais rico de pois de Salomáo. Con mous propios olhos vó os diamantes sem canto guardados nas camaras do thasouro de Salomáo a traz da morte branca, mas pela traicáo de Gagaula a feiticiera achadora, nada podoria levar e apenas a minha vida. Quem vier siga o mappa e trepe pela nave de Shaba peito a esquerda até chegar se bico, do lado norte do qual esta a grande est ada do Salomáo por ello feita, donde ha tres dias de jornada ate ao Palacio do Rei. Mate Gagaula. Reze por minha alma. Adeos.

JOSE DA SILVESTRE

recién llegados, de extraordinarias aventuras de caza jamás ocurridas;-hemos concluido por completo; - y me levanté para marcharme.

Sir Enrique apoyó su grande mano en mi hombro, y me dijo: - Siéntese, señor Quatermain, pido a usted me dispense; bien veo no pretende engañarnos; pero la historia me ha parecido tan extraordinaria, que se me hacía duro creerla.

-Usted verá el mapa y el escrito original cuando lleguemos a Durbán - le dije, un tanto apaciguado, porque, en realidad, pensando en ello, hubiera sido maravilloso que no hubiese dudado de mi buena fe. - Pero nada le he dicho respecto a su hermano. Yo conocía a su compañero Jim. Era bechuano por nacimiento, buen cazador y demasiado listo para nativo. La mañana en que el señor Neville iba a partir, vi a Jim junto a mi carro, picando tabaco.

-Jim - le preguntó; - ¿adónde se va? ¿Tras de elefantes?

-No, señor, vamos tras algo mejor que el mar - ¿Y qué es ello?-preguntéle, pues había despertado mi curiosidad. - ¿Oro?

-No, señor, algo que vale más que oro- y rechinó maliciosamente los dientes.

Contrariando mi curiosidad, no quise hacerle más preguntas, porque no me agrada rebajar mi dignidad; pero lo cierto es que me había dejado perplejo. En este instante Jim concluyó de picar su tabaco.

-¡Señor!- me dijo.

Yo fingí que no le había oído.- ¡Señor!- volvio a repetir.

-¡Eh! muchacho, qué quieres.

-Señor, vamos en busca de diamantes.

-¡Diamantes! ¡Hombre! entonces habéis errado el camino; debéis dirigiros hacia los Criaderos.

-¿Señor, ha oído usted algo de las montañas de Sulimán?

-Sí.

-¿Y no sabe nada, de los diamantes que hay allí?

-He oído un cuento bien necio.

-No es cuento, señor. Yo conocí a una mujer que, con su hijo, vino desde allí a Natal, y me lo dijo: hace poco ha muerto.

-Si tu amo trata de Regar al país de Sulimán, va a servir de pasto a los buitres, y lo mismo te pasará a ti, Jim, ¡si es que pueden arrancar una piltrafa de tu mezquino y viejo esqueleto!

Frunció ligeramente las labios y me contestó: Tal vez, señor. El hombre tiene que morir; por mi parte, prefiero probar otro camino; aquí ya es difícil encontrar un elefante.

-¡Ay! ¡hijo mío! ¡espera hasta que la «pálida y calva señora» te agarre por la gaganta, y entonces oiremos cómo cantas!

Media hora más tarde el señor Neville emprendía la marcha con su carro, y Jim vino corriendo hacia mí y me dijo:

-¡Adiós, señor! No quiero marchar sin decirle adiós, porque creo que usted tiene razón, y nunca más hemos de volver.

-Es cierto que tu amo va realmente a las montañas de Sulimán, o ¿estás mintiendo, Jim?

-No miento, va a ellas. Me ha dicho que está resuelto a hacerse una fortuna, o, por lo menos, a tratar de ello; así es que bien puede probar su suerte con los diamantes.

-Bien, pues espera un momento, Jim, voy a darte una nota para tu amo, y prométeme no entregársela hasta que lleguéis a Inyati (que se encuentra a algunos centenares de millas del lugar en que estábamos).

-Sí, señor, así lo haré.

Entonces escribí en un pedazo de papel: «Quien quiera que venga... ascienda por la nieve del pecho izquierdo del Sheba, hasta llegar al pico, y a su lado Norte encontrará la gran carretera de Salomón.»

-Ahora, Jim-le dije, entregándole el papel,- cuando des esto a tu amo, adviértele que le conviene seguir el consejo que en él se le da. No quiero se lo entregues en seguida, porque no me agradaría volviera atrás para hacerme preguntas que no he de contestar. Y lárgate inmediatamente ¡perezoso! que el carro casi ya va a perderse de vista.

Jim cogió la nota y se marchó; y esto es todocuanto sé de su hermano, sir Enrique; pero temo mucho...

-Señor Quatermain - dijo sir Enrique,- voy en busca de mi hermano y seguiré su rastro a las Montañas de Sulimán y aun más allá de ellas si necesario es, hasta que le encuentre o sepa que ha muerto. ¿Quiere usted acompañarme ?

Soy, como creo haber dicho, en extremo prudente, o más bien tímido; así no pude menos de temblar a esa idea. Parecíame que emprender tal empresa era marchar ciegamente hacia la muerte, y, dejando a un lado otras consideraciones, tenía un hijo que sostener, lo que exigía evitara todo riesgo.

-No, sir Enrique, muchas gracias; no me conviene aceptar su proposición, pues además de ser ya duro para aventuras de esa especie, estoy seguro concluiremos lo mismo que mi pobre amigo Silvestre. Tengo un hijo, cuyo sostén me prohibe arriesgar la vida.

Tanto sir Enrique como el capitán Good parecieron muy contrariados.

-Señor Quatermain-dijo el primero, - soy hastante rico y estoy resuelto a realizar mi proyecto.¡Señale la suma, cualquiera que sea, que usted estime razonable como remuneración de sus servicios, y le será entregada antes de que partamos.Aún más, antes de, que comencemos nuestro viaje, tomará todas las medidas oportunas para que, encaso que alguna desgracia ocurra a todos, o solamentea usted, su hjio tenga convenientemente asegurado su porvenir. Por esto bien comprenderá cuan necesaria juzgo su presencia. Ademas, si por un acaso llegamos a aquel lugar y encontramos los diamantes, se dividirán por partes iguales entre usted y Good. Yo no los quiero. Esta probabilidad no es de tenerse en cuenta; pero la misma condición se aplicará a todo el marfil que podamos recoger. Ahora toca a usted, señor Quatermain, manifestarme cuáles son sus condiciones, debiendo advertirle que, por supuesto, todos los gastos corren de mi cuenta.

-Sir Enrique, su oferta es la más generosa que en toda la vida se me ha hecho, y una que no puede despreciarse por un pobre cazador y

traficante como yo; pero la empresa es no menos aventurada y peligrosa; así, le suplico me deje pensarlo despacio. Antes que lleguemos a Durbán dará a usted mi contestación.

-Muy bien - respondióme, y dándoles las buenas noches, fuíme a dormir y a soñar con los diamantes y con el pobre Silvestre, muerto hacía tan largo tiempo.

III
UMBOPA ENTRA A SERVIRNOS

Para subir desde el Cabo hasta Durbán se emplean cuatro o cinco días, según la velocidad del buque y el tiempo que se encuentre durante la travesía. A veces, cuando el desembarque se hace difícil en Londres del Este, en donde aún no se ha terminado el grandioso puerto de que tanto se habla y tanto dinero consume, es preciso hacer una demora de veinticuatro horas, antes que las lanchas puedan salir a verificar la descarga; pero en esta ocasión, nada tuvimos que aguardar. No habiendo rompientes. en la barra, los remolcadores vinieron al momento con sus largas hileras de feos lanchones, en los cuales los efectos fueron acumulados con estruendo; sin tener en cuenta lo que fueran, trasbordábaseles rudamente, tratándose del mismo modo a un bulto de porcelanas que a una paca de lienzo. Vi allí hacerse añicos una caja con cuatro docenas de botellas de champaña, la que corrió humeante y espumosa por el fondo del asqueroso lanchón. Era un sensible despilfarro y así, evidentemente lo pensaron los kafires que en él estaban, pues encontraron un par de botellas intactas, rompiéronles los cuellos y apuraron su contenido sin dar lugar al espumoso licor de desprenderse de sus gases, los que, dilatándoseles en el estómago, les hizo sentir como si se hincharan, por lo que se echaron a rodar por el fondo del lanchón gritando que el buen licor estaba «tagati» (encantado). Les hablé desde el buque, diciéndoles que aquella bebida era la medicina más enérgica de los blancos, y que debían contarse entre los muertos, oído lo cual, marcháronse para tierra llenos de terror: seguro estoy, que desde esa fecha no se han atrevido ni siquiera a oler esta clase de vino.

Durante la travesía a Natal, reflexionaba yo sobre la proposición que sir Enrique me había hecho, y pasaron uno o dos días sin que mencionáramos tal asunto, por más que les refería muchos episodios de caza, todos verdaderos; pues dicho sea de paso, no creo necesario

imaginarse aventuras, cuando tantas cosas curiosas ocurren y llegan al conocimiento de un cazador de profesión.

Por fin, una hermosa tarde de enero, qne, es nuestro mes más cálido, navegábamos a lo largo de la costa de Natal, esperando alcanzar la Punta de Durbán para la puesta del sol. Es una costa preciosa la que desde Londres del Este veníamos siguiendo; en ella se ven rojas colinas de arena y anchas capas de brillante verde, interrumpidas por los kraales de los kafires y bordeadas por una cinta de espumoso mar que se rompe en preciosas cascadas al chocar contra las rocas. Poco antes de llegar a Durbán el paisaje toma un aspecto peculiar: obsérvase profundos barrancos, abiertos por las lluvias desde tiempo inmemorial, por el fondo de los cuales corren bulliciosos torrentes, y contrasta con el verde obscuro de los montes de arbustos que el mismo Hacedor plantara, el verde más claro de los campos de farináceas y azúcar de caña, mientras se destaca aquí o allá una casita blanca, que refresca la brisa de un plácido mar y da cierta vida a la escena. A mi parecer, por grandioso que sea un paisaje, necesita de la presencia del hombre para ser completo: tal vez pensaré así por haber vivido mucho tiempo en lugares desiertos, y, como es consiguiente, sé apreciar el valor de la civilización, por más que espante la caza. No dudo que el Eden era bello antes que el hombre hubiera sido creado, pero siempre he creído fue mucho más bello el día que Eva comenzó a pasearse por él. Mas, volviendo a nuestra historia, habíamos calculado mal, y el sol tenía traspuesto el horizonte, largo rato hacía, cuando echamos el ancla a la altura de la Punta, y oímos el cañonazo que nos advertía la presencia del Correo Inglés en el puerto. Era demasiado tarde para pasar la barra, así es que bajamos descansadamente a comer, después de haber visto alejarse el bote-salvavidas que llevaba la correspondencia. Cuando volvimos a la cubierta, la luna brillaba con tal esplendor, que hacía palidecer las rápidas y grandes llamaradas del faro. Venía de la costa una agradable brisa, embalsamada con suaves y aromáticos olores, que siempre me hacen recordar los cantos religiosos y a los misioneros. Centenares de luces lanzaban sus fulgores a través de las

ventanas de las casas en la Berea. Desde un hermoso bergantín, fondeado cerca de nosotros, llegaba el canto con que los marineros acompañaban la maniobra de levar el ancla y disponerse para aprovechar el viento. Era una noche preciosa, una de esas noches que sólo se encuentran en el Africa Austral, y que envolvía en un manto de paz a todos los seres, así como la luna envolvía en un manto de plata a todas las cosas. Hasta un enorme perro de presa, perteneciente a un pasajero, hubo de ceder a su dulcísima influencia, y abandonando sus deseos de entablar íntimas relaciones con un mono que veníaen una jaula situada hacia proa, roncaba tranquilamente a la entrada de la cámara, soñando, sin duda, que había, concluido con él y feliz en su sueño.

Nosotros todos- es decir, sir Enrique Curtis, el capitán Good y yo, - fuimos a sentarnos a popa y estuvimos callados un rato.

-Y bien, señor Quatermain- dijo sir Enrique, rompiendo el silencio,- ¿ha reflexionado usted sobre mi proposición?

-Si - continuó el capitán Good, - ¿ qué piensa usted de ella, señor Quatermain? Espero que usted nos dará el placer de acompañarnos hasta las, Minas de Salomón o hasta donde se haya internado el caballero que usted conoce por Neville.

Me levanté y me puse a limpiar mi pipa. No tenía aún formada mi decisión y necesitaba un momento más para completarla. Antes que el encendido tabaco tocara el agua, estaba ya resuelta; ese corto instante fue precisamente el que me decidió. Así suele ocurrir cuando se ha estado preocupado largo tiempo con una cosa.

-Sí, caballeros - les contesté, volviéndome a sentar; - iré, y, con su perimiso, les diré por qué y con qué condiciones: ocupémonos primero de éstas, que son:

1.° Usted pagará todos los gastos; y el marfil o cualquiera especie de objetos de valor que podamos adquirir, se dividirán por partes iguales entre el capitán Good y yo.

2.° Pido 500 libras (2.500 pesos) por mis servicios durante la expedición, los que se me pagarán antes de que la emprendamos; comprometiéndome, por mi parte, a servirle lealmente hasta que usted

mismo decida abandonar la empresa, o hasta que el éxito la corone, o un desastre la termine.

3.° Que usted, antes que partamos, firme un documento obligándose, caso de que yo muera o quede inútil, a pagar a mi hijo Enrique, estudiante de medicina en el Hospital de Guy, Londres, la suma de 200 libras (1.000 pesos) anuales, por espacio de cinco años, pues para ese plazo ya debe estar en condiciones de atender a su subsistencia. He aquí cuanto pido, lo que supongo va usted a calificar de demasiado excesivo.

-No - contestó sir Enrique,- las acepto gustosamente. Estoy determinado a ejecutar mis designios, y pagaría más que eso por sus auxilios, sobre todo si considero los conocimientos especiales que usted posee.

-Muy bien. Y ahora que estamos de acuerdo respecto a las condiciones, voy a dar las razones que han decidido mi resolución. Ante todo, caballeros, he estado observando a ustedes durante los pocos días que hace nos conocemos, y, esperando no lo tomen a impertinencia, dirá que ambos me han agradado y no dudo hemos de marchar acordes por toda clase de camino. Esto es ya algo, cuando se tiene en perspectiva un viaje tan largo como el que nos espera. En cuanto a éste, lisa y llanamente diré a ustedes, sir Enrique y capitán Good, que no creo probable salgamos vivos de él, si tratamos de cruzar las Montañas de Sulimán. ¿ Cuál fue la suerte del antiguo hidalgo da Silvestre hace trescientos años? ¿Cuál la de su descendiente veintidós años atrás? ¿Cuál, probablemente ha sido la de su hermano de usted? Lo afirmo con franqueza, caballeros, ¡ creo que la muerte de ellos es la que nos espera a nosotros!

Hice una pausa para observar el efecto de mis palabras. El capitán Good dejó ver cierta inquietud; pero sir Enrique, sin que su rostro denotara la menor impresión, dijo:-,Es preciso que hagamos nuestra prueba.

-Quizás ustedes se pregunten- continué,-cómo es que, pensando así, yo, que soy algo prudente, pues ya se lo he advertido, me com-

prometo en tal empresa. Hay dos razones. Primero: soy fatalista, creo que mi hora está escrita, que no es en mi mano el adelantarla o atrasarla y si debo morir en las Montañas de Sulimán, forzoso me será ir a ellas, para en ellas morir. El Dios Todopoderoso, bien sabe lo que me guarda; así es que no debo preocuparme por tal cosa. Segundo: soy pobre. Hace cerca de cuarenta años me dedico a la caza y al comercio sin haber logrado otro fruto que cubrir mis necesidades.Ahaora bien, no dudo que ustedes saben que la vida media de un cazador de elefantes es de cuatro a cinco años, a contar desde el momento en que entra en el oficio, de donde se deduce que yo he sobrevivido a siete generaciones de mis compañeros, y, por consiguiente, debo creer que mi hora no puede estar muy lejos. Dicho esto, si la muerte me sorprendiera en el curso ordinario de mis ocupaciones, pagadas mis deudas, nada sobraría a mi hijo Enrique para sostenerse en tanto adquiría una profesión, mientras que hoy nada se lo impedirá, pues tiene lo que necesita por espacio de cinco años. Hélo aquí todo en cuatro palabras.

-Señor Quatermain- dijo sir Enrique, quien me había estado oyendo con la mayor atención; - los motivos que le obligan a aceptar una empresa, que según su opinión, ha de terminar desastrosamente, le honran en extremo. El tiempo y los sucesos decidirán si usted tiene o no razón; pero téngala o no, le advierto que estoy dispuesto a llevarla hasta el fin agradable o desagradable que nos aguarde. Sólo sí, espero que, caso que hayamos de perder la piel, nos consolemos antes con un poco de tiroteo, ¿ no es así, Good?

-¡Si, sí! los tres estamos acostumbrados a afrontar los peligros, y a tener, de varios modos, nuestras vidas en nuestras manos, así, pues, no hay que pensar ahora en retroceder; y voto porque inmediatamente bajemos a la cantina y consultemos el cielo, para traernos buena suerte. Lo que hicimos a través del fondo de nuestros vasos.

Deseinbarcamos al día siguiente, conduciendo a sir Enrique y al capitán Good a la pequeña cabaña que poseo en la Berea y que llamo mí casa. Compónese esta de tres habitaciones y una cocina, con paredes de adobes y cubierta de zinc, pero tiene un buen jardín, en donde

crecen los mejores «loquat» que yo sepa, y unos tiernos y preciosos mangos que prometen mucho regalo del guardián de los jardínes botánicos. Cuida de este jardín uno de mis viejos cazadores, llamado Jacobo, a quien un búfalo, de una coz, rompió un muslo, de tal manera, que no volverá a cazar; pero puede aterrar y atender a las plantas, pues es griquo de nacimiento, lo que nunca se lograría de un zúlú: la jardinería es un arte pacífico y las artes de tal clase no entran en su cuerda.

Sir Enrique y Good durmieron en una tienda que se levantó en mi pequeño bosque de naranjos al final del Jardín (porque no había habitación para ellos en la casa), el cual, con el perfume de las flores y la vista de las frutas verdes y doradas, pues las tres se ven reunidas en un árbol en Durbán, era un sitio muy agradable.

Volviendo a nuestra historia, pues si así no lo hago voy a cansaros antes que lleguemos a las Montañas de Sulimán, resuelto a marchar me dedique a hacer los preparativos necesarios para la expedición. En primer lugar se legalizó la obligación de sir Enrique en beneficio de mi hijo, lo que no dejó de presentar dificultades siendo sir Enrique extranjero y estando las propiedades gravadas al otro lado del mar, mediante doscientos pesos - precio que me pareció excesivo, por no decir otra cosa,-que nos cobró un abogado. En seguida obtuve la orden a mi favor por los 2.500 pesos convenidos: y pagado ese tributo a mis instintos de precaución, compré un carro y un precioso tiro de bueyes en obsequio de sir Enrique. El carro era de veintidós pies de largo, con ejes de hierro, muy resistente y ligero, y todo de madera dura y amarga.

No era completamente nuevo, habiendo hecho un viaje de ida y vuelta a los Criaderos! o Campos de Diamantes; pero en mi opinión esto lo hacía más aceptable, probando que sus maderas estaban bien sazonadas, puesto que si un carro tiene alguna parte débil o su madera es verde, en el primer viaje salta a la vista. No tenía cubierto más que unos doce pies de su extremo posterior, siendo lo que aquí llamamos «carros de medio toldo»; y dejaba todo el frente com-

pletamente libre para los efectos que en él se hubieran de colocar. En la parte que el toldo protegía, había un lecho de piel, bastante para dos personas, armeros para colocar los rifles y otras pequeñas comodidades. Costó 125 libras (625pesos) lo que me pareció bien barato. Luego, sin perder tiempo, adquirí el tiro compuesto de veinte bueyes veteranos del Zulú, que hacía un año o dos me tenían enamorado: bastan dieciséis para un tiro, pero compré cuatro más para llevarlos en reserva. Estos bueyes del Zulú son pequeños y ligeros,su tamaño es como la mitad del buey africano que se emplea en los transportes de mercancíasñ; pero pueden vivir fácilmente en lugares donde los segundos morirían de hambre; y, con una carga ligera, hacen cómodamente cinco millas diarias, siendo más rápidos y duros de pezuña que los indicados. Además, todos ellos eran «veteranos», es decir, habían transitado por toda el Africa Austral, y por consiguiente, estaban a prueba contra las malas aguas, que a menudo destruyen tiros enteros cuando se cambia de pastos; como también contra el «muermo», especie de pulmonía fulminante y mortal, muy común en este país, pues todos habían sido inoculados contra dicha enfermedad.

Esta operación se practica haciendo una incisión en la cola del animal e introduciendo en ella un pedazo del pulmón lesionado de otro, que haya muerto de dicha enfermedad. El resultado es que al buey se le declara ésta en una forma benigna y pierde la cola, que por lo general se les desprende como a un pie de su nacimiento, quedando completamente a cubierto de sus futuros ataques. Parece cruel privar a estos animales de sus colas, especialmente en un país donde tanto abundan las moscas; pero más vale hacer el sacrificio de este aditamento y salvar al buey que no perder ambos, buey y cola a la par, puesto que una cola, sin su correspondiente, buey sólo puede servir para sacudir el polvo. Y no dudo que a la vista, extraño será marchar tras de veinte rabones, en lugar de veinte rabudos, como si la Naturaleza, cometiendo un pequeño error, hubiera ornado con los rígidos y cortos rabos de una partida de perros de presa las rabadillas de otras de bueyes.

En seguida pasamos a ocuparnos de las provisiones y medicinas que necesitábamos, lo que exige especial cuidado, porque es preciso evitar cargar demasiado el carro, y al mismo tiempo es indispensable llevar todo cuanto es absolutamente necesario. Afortunadamente, Good, que en su juventud había hecho un curso de medicina y cirugia, viajaba con espléndido botiquín y cartera de instrumentos, y conservaba, más o menos bien en su memoria cuanto en aquella época aprendiera: verdad es que no poseía título alguno; pero como vimos después, sabía mucho más que otros, autorizados para escribir un «doctor en medicina» antes o en seguida de sus nombres. Durante nuestra permanencia en Durbán operó a un kafir, cortándole el dedo grueso de un pie, con tal limpieza, que daba gusto verle. Pero quedó sumamente confuso cuando el kafir, que había estado observando tranquilamente la operación, le pidió que le pusiese otro, advirtiéndole que uno "blanco" le vendría muy bien.

Terminados estos preliminares quedaban por ultímar dos puntos muy importantes, a saber: armas y criados.

Respecto a las primeras, no puedo hacer cosa mejor que copiar la nota de las que elegimos entre las muchas que sir Enrique traía de Inglaterra, y las que yo tenía; nota que conservo en mi cartera.

«Tres grandes fusiles cargados por la recámara, de los que se usan en las cacerias de elefantes, cada uno de peso de quince libras y con cargas de once dracmas de pólvora.» Dos de ellos eran de una reputada fábrica de Londres; pero ignoro quién hizo el mío, que no estaba tan perfectamente concluido, aunque lo he usado en varias excursiones y muerto muchos elefantes con él, portándose siempre como un arma superior y en la que se puede ciegamente confiar.

«Tres carabinas de dos cañones, calibre de media pulgada, construidos para cargas de seis dracmas,» armas muy suaves y excelentes para la caza de animales de medio tamaño, como los antílopes y otros; y también para combate, especialmente en campo abierto y con balas medio ahuecadas.

«Una escopeta de Keeper, Núm. 12, de dos cañones, fuego central,» que nos prestó grandes servicios cuando tuvimos que cazar para la marmita.

«Tres rifles de repetición Winchester (no carabinas), para repuesto.»

«Tres revólvers de Colt, con cartuchos del mayor modelo.»

En esto consistía todo nuestro armamento y el lector sin duda observará, que las armas de cada clase eran del mismo calibre y hechura, de suerte que sus cartuchos podían cambiarse sin inconveniente alguno, cosa muy importante. No me disculpo por ser tan minucioso aquí, pues todo cazador debe saber cuán vital es proveerse debidamente de armas y municiones para el éxito de una expedición.

Ahora ocupémonos de los hombres que debían acompañarnos: después de pensarlo bien, decidimos limitar su número a cinco, a saber: un carretero, un guía y tres criados.

Conseguí, sin mucha molestia, a los dos primeros: eran zulúes, y se llamaban, respectivamente, Goza y Tom; pero los criados no ofrecían igual facilidad; debían merecer toda nuestra confianza por su fidelidad y valor, puesto que, en expediciones de esta naturaleza, nuestras vidas podían depender de su conducta. Al fin logré encontrar dos: un hotentote llamado Ventvögel (pájaro del viento), y un pequeño zulú, cuyo nombre era Khiva, y presentaba la ventaja de hablar perfectamente el inglés. Yo conocía a Ventvögel; era uno de los mejores rastreadores que he encontrado y fuerte como una encina. Nada lo cansaba, pero tenía una falta, muy común entre los de su raza, la bebida. Cuando estaba a su alcance una botella de aguardiente no se podía contar con él; mas como nosotros nos dirigíamos a regiones donde no se encuentra una taberna, su pequeña debilidad no era cosa de temer.

Obtenidos estos dos hombres, fueron vanas todas mis tentativas para hallar otro que conviniera a mis deseos; así determinamos partir sin él, confiando en que nuestra buena suerte nos lo depararía mientras nos internábamos en el país. Pero la tarde de la víspera del día marcado para nuestra partida, el zulú Khiva me informó que un hom-

bre deseaba verme. Terminada la comida, pues en aquel instante estábamos a la mesa, le dije que lo condujera al comedor. A poco entró un hombre como de treinta años de edad, de elevada estatura, gallarda presencia, y de color demasiado claro para ser zulú, el que, levantando su nudoso bastón, a guisa de saludo, fue a ponerse en cuclillas en una esquina, donde permaneció silencioso. No hice caso de él durante un rato, pues apresurarse a hablar a un zulú, da lugar a que éste crea es uno persona de poco valor o consideración. Observé, no obstante, que era un «keshla» (hombre de cintillo), es decir, que ceñía alrededor de su cabeza un anillo negro hecho con el cabello y cierta clase de goma pulimentada con grasa, distinción que sólo usan los zulús al llegar a cierta edad o dignidad. También me pareció que su cara no me era desconocida.

-Y bien - dije, después de un rato; - ¿cuál es tu nombre?

-Umbopa - me contestó, con voz tranquila y sonora.

-Yo he visto tu cara antes.

-Sí; el «inkosi» (jefe) vio mi cara en «Isandhluana;» el día antes de la batalla.

Entonces lo recordó. Yo era uno de los guías de Lord Chelmsford. en esa desgraciada guerra del Zulú, y tuve la buena fortuna de dejar el campo, hecho cargo de unos carros, el día antes de la batalla. Mientras aguardaba se recogiera el ganado, entablé conversación con este hombre, que tenía un mando subalterno entre los auxiliares nativos y, no olvido, me expresó sus temores respecto a la seguridad del campo. Yo le mandé en aquella ocasión que se callara, y dejase tales asuntos para mejores cabezas; pero después hube de pensar mucho en sus palabras.

-Lo recuerdo- le dije;-¿qué quieres?

-He oído, «Macumazahn» (este es mi nombre kafir y significa el que siempre vela) que va a una gran expedición hacia el Norte, al interior, con los jefes blancos del otro lado del mar. ¿Es eso cierto?

-Sí.

-He oído que va al río de Lukanga, a distancia de una luna más allá del país de Manica. ¿También es eso cierto, «Macumazah»?

-¿A qué nos preguntas adónde vamos? ¿Qué te importa a ti?- le contesté algo receloso, pues los lugares a que pensábamos dirigirnos, era un secreto que a nadie habíamosrevelado.

-Ojalá, hombres blancos, que así sea, porque si pensáis realmente viajar hasta tan lejos, yo viajaría con ustedes- Había cierto aire de dignidad en la manera de hablar de aquel hombre, y, especialmente, en el empleo de las palabras «Ojalá, hombres blancos» en lugar de «Ojalá Inkosis» (jefes), que me llamó fuertemente la atención.

-¡Tú no hablas, como debes!- le dije- Tus palabras son imprudentes. Esa no es la manera de entendernos. Dínos, ¿cuál es tu nombre, dónde está tu kraal, para que sepamos con quién tenemos que tratar?

-Mi nombre es Umbopa. Soy zulú, mas no de su pueblo. Mi tribu habita lejos, hacia el Norte; quedó allí cuando los zulús bajaron hacia aquí «hace mil años», mucho antes de que Chaka reinase en el Zululand. Yo no tengo krual. He vivido errante durante muchos años. Cuando niño vine desde el Norte al Zululand. Fuí el criado de Cetywayo en el regimiento de Nkomabakosi. Huí del Zululand y vine a Natal porque quería conocer las costumbres y artes del hombre blanco. Entonces serví en la guerra contra Cetywayo, y desde esa fecha he estado trabajando en Natal. Ahora ya estoy cansado, y quisiera volver al Norte. Aquí no estoy en mi centro. No quiero dinero, pero soy valiente y merecedor del puesto que ocupe en vuestro carro y de mi ración. He terminado.

Encontrábame bien perplejo con este hombre por su manera de expresarse. Era evidente que en el fondo decía la verdad; pero se apartaba del modo de ser de los zulús- y desconfié de su oferta de servirnos sin paga. No sabiendo qué decidir, traduje sus palabras a sir Enrique y Good, pidiéndoles su parecer. Sir Enrique me dijo que le invitara a ponerse de pie. Hízolo Umbopa, dejando al mismo tiempo deslizar el largo capote militar que vestía, exhibiendo desnudo todo su

cuerpo, apenas cubierto por la estrecha tela que rodeaba su cintura, y un collar hecho de garras de león que llevaba en el cuello. Indudablemente era una arrogante figura, nunca vi un nativo más hermoso. Medía unos seis pies tres pulgadas de estatura, siendo ancho en proporción y perfectamente formado. Su piel casi no pasaba de un trigueño pronunciado, esceptuando varias cicatrices profundas y negras, producida por viejas heridas de azagaya. Sir Enrique se dirigió hacia él y fijó la vista en su cara inteligente y altiva.

-¡Qué buen par hacen los dos! ¿no es así?- observó Good;- tan alto y robusto es el uno como el otro.

-Me agrada tu apariencia, Umbopa, y te tomo para mi servicio- dijo sir Enrique en inglés.

Umbopa lo comprendió, contestó en su dialecto: -está bien,- y lanzando una mirada a la alta estatura y poderoso pecho de aquel hombre blanco, añadió: «Ambos somos hombres, usted y yo.»

IV
UNA CACERIA DE ELEFANTES

No es mi intento narrar minuciosamente todos los incidentes de nuestra larga jornada hasta el kraal de Sitanda, cerca de la confluencia de los ríos de Lukanga y Kalukive, jornada de más de mil millas, a partir de Durbán, y de las que hubimos de hacer a pie las últimas trescientas, a causa de la frecuente aparición de la terrible mosca «tsetse», cuya picadura es mortal para todos los animales, exceptuando al hombre y al asno.

Salimos de Durbán a fines de enero, y estábamos ya en la segunda semana de mayo cuando acampamos en el kraal de Sitanda. Nuestras aventuras en este trayecto fueron muchas y variadas; pero, en general, de las que comúnmente ocurren a todo cazador africano; así es que las pasaré en silencio, relatando sólo una que debo detallar aquí, pues de lo contrario, correría el riesgo de hacer esta historia demasiado aburrida.

En Inyati, última estación comercial del país de Matabele, cuyo rey, Lobengula, entre parénteris, es un gran belitre, nos vimos forzados a abandonar nuestro carro, lo que hicimos con mucho sentimiento. De la hermosa partida de veinte bueyes que había comprado en Durbán, solamente nos quedaban ocho: uno había muerto de la mordedura de una cobra, tres de cansancio y por falta de agua, otro se nos había extraviado, y los tres restantes habían perecido envenenados con la hierba llamada «tulipa». Cinco más se nos enfermaron por ese motivo, pero logramos salvarlos haciéndoles beber una infusión de sus hojas, que si se administra a tiempo es un antídoto infalible. Dejamos el carro y los bueyes al cuidado de Tom y Goza, el guía y el conductor, quienes eran dignos de toda la confianza, suplicando al mismo tiempo a un misionero escocés, que moraba en este salvaje lugar, no perdiese de vista nuestra propiedad. Entonces, acompañados por Umbopa, Kuiva, Ventvögel y media docena de cargadores que alquilamos en aquel

lugar, proseguimos a pie nuectra arriesgada empresa. Recuerdo que todos guardábamos silencio al emprender la marcha; tal vez cada uno de nosotros pensaba si volvería a ver el carro, lo que por mi parte ni siquiera soñé. Por un rato anduvimos sin decir una palabra, hasta que Umbopa, quien iba a la cabeza comenzó un canto de los zulús, que se refería a unos valientes que, cansados de la vida y de la pacífica monotonía de las cosas, se lanzaron a los salvajes desiertos para buscar otras nuevas o morir, y que ¡oh sorpresa! en vez de llegar al agreste lugar que creían encontrar al internarse hasta el centro de aquellas soledades, sorprendióles una tierra preciosa, habitada por graciosas y bellas mujeres, donde pastaba abundante ganado y había mucha caza y enemigos que matar.

Nos reímos al terminar su canto, tomándolo como a buen augurio. Umbopa era un vivo y alegre salvaje, aunque siempre de una manera digna, a menos que le acometiera un acceso de mal humor, y tenía una maravillosa habilidad para alegrar a todo el mundo. No había uno entre nosotros que no le quisiera.

Y ahora vayamos a la aventura que quiero referir, porque no hay cosa que me guste tanto como un episodio de caza. A quince días próximamente de Inyati, comenzamos a cruzar por un país cuyos bosques estaban abundantemente regados. Los barrancos que surcaban las colinas escondíanse bajo una espesa maleza de «idoro», como la llaman los nativos, o de espinoso «wacht-eenbeche» (aguarda un poco), y por doquiera se destacaban numerosos y hermosísimos árboles «amachabelle», agobiados por el peso de sus frescas frutas amarillas de grandes almendras. Esta planta es el alimento predilecto del elefante, y no cabía duda que alguno de esos enormes brutos debla rondar por allí, porque a más de sus huellas, los árboles estaban desgajados recientemente y aun arrancados de raíz.

Una tarde, después de una larga jornada, llegamos a un lugar delicioso. Bordeaba la base de una colina cubierta de arbustos, el lecho seco de un río, en el que se veían algunas pozas de agua cristalina, cuyas orillas estaban removidas por recientes pisadas de animales.

Frente a la colina encontrábase una llanura semejante a un parque, en donde alternaban con montecillos de mimosas las hojas lustrosas de algunos machabelles, mientras que, abarcándolo todo, dilatábase en derredor cual ancho mar, el espeso y silencioso arbusto.

Dirigímosnos al exhausto cauce, y al poner nuestros pies sobre su lecho, hicimos partir, en repentina, y precipitada fuga, una manada de jirafas, que con sus colas levantadas y extraña manera de correr, más que galopar, parecían navegar por aquel océano de verdura, acompañadas por el castañeteó de sus rápidas pisadas. Estaban a trescientas varas de nosotros, por consiguiente fuera de tiro; pero Good, que marchaba a la cabeza con su arma cargada, no pudo contenerse, y apenas apuntando, hizo fuego sobre la más rezagada de la partida, la que, por un azar inexplicable, herida en el cuello y dando una voltereta como un conejo, fue a rodar por el suelo con las vértebras cervicales destrozadas. Nunca había, visto cosa más curiosa.

-¡Voto va! exclamó Good, quien tenía, aunque con pesar lo afirme, el hábito de emplear, cuando se excitaba, un lenguaje sobrado rudo, sin duda contraído en su vida de marino; - ¡voto va! que la maté.

-¡Oh, «Bougwan»! - gritaron los kafires, -¡oh! ¡oh!- quienes llamaban a Good «Bougwan»(ojo de vidrio) a causa de su lente.

-¡Bravo, «Bougwan»! - repetimos sir Enrique y yo; y desde aquel momento, la reputación de nuestro amigo, como tirador, quedó definitivamente establecida entre los kafires, aunque en realidad lo era bien malo; pero disimulábamos sus yerros en obsequio a aquella jirafa.

Enviamos a algunos de los nuestros a cortar la mejor carne de la jirafa, y nosotros emprendimos la construcción de un «scherm» o alojamiento, como a cien varas a la derecha de una charca. Hácese éste cortando una buena cantidad de arbustos espinosos, que se plantan enlazándolos de manera que formen un seto o valla circular, y despuésde limpiar el espacio que encierran, en el centro,se tiende una cama de hierba tambouki seca, si se encuentra, y se encienden una o varias hogueras.

Cuando terminábamos dicha obra, la luna aparecía en el horizonte, y nuestra cena, compuesta de carne de jirafa y de sus huesos medulares asados,estaba ya dispuesta, ¡Cómo gustamos de su sabroso tuétano, a pesar de que era trabajo más que pesado el romperlos! No conozco bocado más exquisito, si se exceptúa el corazón del elefante, y con eso nos regalamos al siguiente día. Cenamos nuestras sencillas viandas a la luz de la luna, deteniéndonos a veces para congratular a Good por su maravilloso tiro, y, terminadas, nos pusimos a fumar y conversar; por cierto que debíamos formar un curioso cuadro, sentados como estábamos en diferentes posiciones, alrededor del fuego. Indudablemente que yo, con mi cabello rizado algo gris, y sir Enrique con sus amarillentas guedejas, que ya comenzaban a estar demasiado largas, haríamos notable contraste, sobre todo atendiendo a que yo soy trigueño, y sir Enrique es alto, grueso y casi dobla mi peso. Pero creo que los tres, desde todos los puntos de vista, era el capitán Good, quien, sentado sobre un saco de cuero, parecía como si acabara de llegar de un agradable día de caza en un país civilizado; completamente pulcro y esmeradamente vestido. Llevaba un traje de caza escocés obscuro, un sombrero que hacía juego con él y unas limpias polainas; como de costumbre, estaba cuidadosamente afeitado, y su lente y sus dientes no delataban el menor olvido; en resumen, su conjunto era el del hombre más elegante que jamás hubiera encontrado en el desierto. Aún más; tenía puesto un cuello de celuloide, de los cuales traía algunos de repuesto.

-Ya usted ve, pesan tan poco - me había dicho con un aire inocente al expresarle mi sorpresa por tal cosa;- además, me gusta parecer siempre un caballero.

Como iba diciendo, estábamos todos sentados, conversando a la luz hermosísima de la luna, y a la par observando a los kafires, que a corta distancia de nosotros fumaban su embriagadora «dacha» en pipas con boquillas de cuerno de antílope, hastá que uno a uno, envolviéndose en sus mantas, fueron quedándose dormidos al amor de la lumbre; pero no todos en realidad, pues Umbopa, quien según había

observado no se mezclaba mucho con los demás, estaba sentado aparte, con la barba apoyada en la mano, y al parecer profundamente pensativo.

De pronto, un poderoso rugido partió del fondo del tupido monte que estaba a nuestras espaldas.- ¡Ese es un león!- exclamé yo, y todos nos pusimos a escuchar. Pero casi no había terminado mis palabras, cuando hacia la charca, que como dije distaba unas cien varas de nosotros, resonó el estridente trompeteo de un elefante.- «¡Unkungunklovo! ¡Unkiingunklovo!» (¡elefante! ¡elefante!)- murmuraron los kafires, y a los pocos minutos vimos una serie de bultos enormes y obscuros,que lentamente se alejaban dé aquél lugar.

Good de un salto se puso en pie, ansioso de hacer rodar una nueva pieza, creyendo, tal vez, que matar un elefante era cosa tan fácil como lo había sido para él concluir con una jirafa; pero yo le cogí por un brazo y le hice sentar, diciéndole:

-Cuidado con lo que hace usted; deje que se vayan.

-Paréceme que estamos en un paraíso de caza. Propongo nos detengamos aquí un día o dos y veamos cómo andan nuestras armas -dijo sir Ennque.

Quedé completamente sorprendido al oir esto, porque, hasta aquel momento, sir Enrique sólo pensaba en acelerar nuestra marcha, especialmente desde Inyati, en donde, nos cercioramos que hacía cosa de dos años, un inglés llamado Neville, había vendido su carro y continuado a pie su, viaje hacia el interior; pero creo que sus instintos de cazador se apoderaron completamente de él.

Good casi saltó de contento, ardía en deseos de probar su puntería en aquellos elefantes, y, hablando en plata, lo mismo hice yo, porque remordía a mi conciencia dejar que tan hermosa mada escapase ilesa, cuando tan cerca estaba de la, boca de mi rifle.

-Perfectamente- dije;- creo que no nos vendrá mal ese pequeño recreo, y ahora durmamos pues para el alba debe estar en camino, si queremos sorprenderlos pastando antes de que emprendan sus correrías.

Los demás convinieron, y nos dirigimos a nuestra cama.Good se quitó la ropa, la sacudió, y después de guardar su lente y dentadura postiza en el bolsillo de los pantalones, la dobló con esmero, colocándola bajo una punta de su inipermeable, para resguardarla del sereno. Sir Enrique y yo nos contentamos con arreglos mas rudimentarios, y bien pronto, envueltos en nuestras mantas, dormíamos con ese sueño profundo y tranquilo que aguarda al caminante.

De repente nos despertó el ruido de una violenta lucha que parecía efectuarse cerca de de la charca, y casi en el mismo instante nos ensordeció una serie de terribles rugidos. No podíamos equivocarnos, sólo un león era capaz de producirlos. Pusímonos de pie, y mirando al citado lugar, descubrimos una masa confusa, amarillenta y negra, que se revolvía en extraño combate, acercándose a nosotros.Cogimos los rifles, y calzándonos nuestras abarcas, abandonamos el “scherm” para salir a su encuentro; pero al hacerlo, la vimos caer y rodar por e1 suelo, y cuando llegamos hasta ella sus agitadas convulsiones habían cesado, su inmovilidad era absoluta.

Entonces comprendimos lo que era. Tendidos sobre la hierba, completamente muertos, teníamos a nuestros pies un antílope negro, el más hermoso de los antílopes africanos, y clavado en sus largos y corvos cuernos, un magnífico león de negra melena. Evidentemente, aquel antílope bajó a la charca para beber y el león, sin duda el mismo que antes oímos, allí en acecho, de un salto se había abalanzado sobre el citado animal mientras bebía, el que, recibiéndolo sobre sus agudas, defensas, lo traspasó de parte a parte. Ya en otra ocasión había presenciado una cosa igual. El león, no pudiendo desprenderse de ellas, destrozó con sus poderosas mandíbulas y garras la espalda y cerviz de su intentada presa, la que, aterrorizada por el miedo y el dolor, había pugnado por escapar hasta que cayó muerta.

Tan pronto como hubimos examinado suficientemente los cadáveres de aquellos animales, llamamos a los kafires y entre todos los arrastramos al «scherm », y volvimos a nuestras camas para despertar con los primeros albores de la mañana.

Al asomar el día, estábamos ya de pie y haciendo los últimos preparativos para nuestra excursión. Nos armamos con los tres rifles de a ocho, y una buena provisión de cartuchos, llenamos nuestras grandes, cantimploras con té frío y claro, que siempre me ha parecido la mejor bebida, y, después de tomar un almuerzo ligero, partimos acompañados por Umbopa, Khiva y Ventvögel, ordenando a los tres kafires que quitasen las pieles al león y antílope, y descuartizaran al último.

Nada difícil nos fue ponernos sobre la pista de los elefantes, que Ventvögel, después de exarninarla, declaró formada por una partida de veinte a treinta, y en su mayoría, completamente desarrollados. Mas la manada se había alejado durante la noche, y eran ya las nueve y el sol calentaba demasiado, antes que los árboles desgajados, las hojas pisoteadas, las cortezas arrancadas, y el humeante estiércol, nos delataran su ya no lejana aparición.

En efecto, a los pocos momentos descubrimos la manada, que contaba, como Ventvögel calculó, de veinte a treinta cabezas, descansando tranquilamente en una hondonada y espantándose las moscas con sus disformes orejas. Era espléndido espectáculo el que ofrecían a nuestra vista aquellos gigantescos cuadrúpedos.

Unas doscientas yardas los separaban de nosotros : cogí un puñado de hierba seca y la tiré hacia arriba para conocer por donde soplaba el aire, pues si nos llegaban a husmear, se pondrían fuera de nuestro alcance antes de que tuviéramos tiempo de enviarles una bala; el viento, si es que había alguno, parecía venir desde los elefantes hacia nosotros; cerciorado de esto, nos echamos al suelo, y cubiertos por los arbustos, nos arrastramos sigilosamente hasta llegar a cuarenta varas de ellos sin producirles la menor alarma.

Precisamente quedaron delante de nosotros, presentándonos sus costados, tres brutos colosales; uno de ellos con enormes colmillos. Advertí muy quedo a mis compañeros que elegía el del centro; sir Enrique cubrió con su arma el de la, izquierda, y Good. el de la derecha, que era el de las grandes defensas.

-¡Ahora!- murmuré.

La triple explosión de nuestros rifles siguió rápidamente a mi palabra, y el elefante de sir Enrique cayó, como herido por un rayo con el corazón partido de un balazo. El mío dobló las rodillas, cuando creía verle rodar por el suelo, volvióse a levantar, y, lanzándose en precipitada carrera, pasó cerca de mí; pero le traje a tierra con una nueva bala que le clavé entre las costillas y, cargando al mismo tiempo que corría hacia él, puse, con otra que le metí en el cerebro, término a la agonía del pobre animal. Entonces volvíme para ver cómo Good se las había arreglado con su coloso, cuyos chillidos de cólera y dolor escuchara mientras remataba al mío; al acercarme al capitán le encontré en un gran estado de excitación. Parece que su elefante, al sentirse herido, dirigióse, furioso contra su agresor, quien apenas tuvo tiempo para separarse de su dirección, continuando en su ciega acometida en sentido de nuestro campamento. Mientras tanto, la manada, presa del pánico, había desaparecido por el lado opuesto.

Discutimos por corto tiempo si debíamos perseguir al elefante herido o continuar tras la manada, y decidiendo esto último, partimos seguros de que nunca más pondríamos los ojos en sus enormes colmillos.¡Ojalá así hubiera, sido! Fácil cosa fue continuar nuestra persecución, porque los elefantes, en su desesperada fuga, habían aplastado el tupido arbusto corno si fuera endeble hierba, dejando un rastro que parecía un camino carretero.

Pero alcanzarlos no era cosa tan fácil y tuvimos que caminar dos horas largas, con un sol que nos quemaba, para volver a encontrarlos. Estaban, excepto uno, aglomerados en un grupo, y pude ver, por la inquietud que manifestaban y el continuo movimiento de sus trompas hacia arriba para olfatear el aire, que se hallaban alarmados y dispuestos a evitar otro ataque. El elefante que se destacaba de los demás, sin duda alguna, era una centinela que, como a cincuenta varas de la manada y sesenta de nosotros, vigilaba por la seguridad de todos. Seguro de que si tratábamos de aproximarnos nos descubriría, y dando su señal de alarma, haría que sus compañeros pronto desaparecieran

de nuestra vista, lo tomamos por blanco y a mi voz de aviso, hicimos fuego, dejándole instantáneamente muerto. Otra vez la manada se puso en fuga; pero desgraciadamente para ellos, cortaba la dirección en que corría, y como a cien varas del sitio en que la sorprendimos, un profundo barranco de escarpadísimas orillas, en donde el impulso de la carrera hubo de precipitarla. Cuando llegamos a aquel lugar, muy parecido por cierto al sitio donde fuá muerto el Príncipe Imperial en el Zulú, presenciamos desde el borde de dicho barranco, cómo los aterrorizados animales se revolvían en confuso tropel al tratar de subir por la otra orilla, chillando alborotadamente al empujarse y atropellarse en su egoísta pánico, tal como si fueran otros tantos hombres. Aquella era nuestra oportunidad, y la aprovecharnos disparando con la rapidéz que la carga nos permitía; matamos cinco de aquellas infelices bestias, y hubiéramos concluído con todas, si, dejando repentinamente su emperio por ascender hacia el lado opuesto, no se hubieran lanzado impetuosamente, agua abajo, por el seco lecho del torrente. Estábamos demasiado cansados para perseguirlos, y tal vez también un poco sacios de matanza, pues ocho elefantes era una ración algo más que buena para un día.

Descansamos un rato, y luego que los kafires arrancaron el corazón a dos de los elefantes recién muertos, para nuestra cena de aquella noche, emprendimos la rnarcha hacia nuestro campamento; contentos con nuestra fortuna, y resueltos, a enviar a los kafires al siguiente día para que recogieran los colmillos de nuestras víctimas.

A poco de pasar por el sitio donde Good hirió al elefante de aspecto patriarcal, encontramos un rebaño de antílopes, sin que les hiciéramos fuego porque estábamos provistos con exceso de carne. Alejáronse al trote en sentido opuesto al nuestro; como a cien varas se detuvieron tras un montecillo, y, dando una vuelta, se pusieron a mirarnos. Good, que deseaba examinarlo de cerca, pues nunca había tenido ocasión de verlos, dio su rifle a Umbopa, y seguido de Khiva, se acercó hacia aquel lugar. Nosotros nos sentamos para esperarle, sin que nos contrariara lo que nos permitía descansar un poco.

El sol tocaba a su ocaco envuelto en su rojiza aureola, y sir Enrique y yo admirábamos la belleza del paisaje. De repente oímos el agudo grito de un elefante y vimos su enorme mole que, con los colmillos en ristre y aire acometedor, se proyectaba en el grande y enrojecido globo del sol. En seguida descubrimos algo más: a Good y Khiva, que con veloz carrera venían hacia nosotros, huyendo del elefante herido (porque era el mismo), que les perseguía de cerca. Por un momento no nos atrevimos a hacer fuego, aunque hubiera sido casi inútil a la distancia a que estábamos, temerosos de herir a uno de ellos; y ya nos disponíamos a usar de nuestras armas, cuando ocurrió una cosa terrible; Good era víctima de su pasión por los trajes de los países civilizados. Si hubiese consentido en separarse de sus pantalones y polainas, como nosotros lo hicimos, y cazar con un traje de franela y un par de abarcas, todo hubiera ido bien; pero, vestido comno estaba, los pantalones le molestaban en su desesperado escape, y, cuando distaba sólo unas sesenta varas de nosotros, sus botas, pulidas por la hierba seca, resbalaron, y cayó de boca frente de su furioso perseguidor.

Se nos escapó un grito, porque sabíamos que su muerte era inevitable, y corriendo tanto como podíamos, nos dirigimos hacia él. En tres segundos todo había terminado; pero no como nosotros esperábamos. Khiva, nuestro muchacho del Zulú, vio la caída de su amo, y bravo como un león, y ligero como un rayo, volvióse y lanzó su azagaya contra la cara del elefante, clavándosela en la trompa.

Dando un grito de dolor, el colérico bruto asió al pobre zulú, lo arrojó contra la tierra, y poniendo su disforme pie sobre el centro de su cuerpo, enroscó la trompa en la parte superior del tronco y lo dividió en dos.

Nos lanzamos ebrios de ira, horrorizados, sobre la terrible fiera, y la acribillamos a balazos, hasta que cayó muerta sobre los fragmentos del zulú.

Good se levantó, y casi desesperado, se retorcía las manos sobre el cadáver del valiente que había dado la vida por salvarle, y yo, aunque viejo en el oficio sentí un nudo en mi garganta. Umbopa, de pie,

contemplaba el gigantesco cadáver del elefante y los mutilados restos del pobre Khiva.

-Bien - dijo pausadamente; ¡ha muerto! pero ha muerto como un hombre.

V
EN MARCHA POR EL DESIERTO

Habíamos muerto nueve elefantes y necesitábamos dos días para arrancarles los colmillos, traerlos a nuestro campamento y enterrarlos cuidadosmente en la arena, bajo un árbol que se distinguía de los demás en muchas millas a la redonda. Era un precioso lote de marfil, nunca había visto otro igual: cada colmillo pesaba, por término medio, de cuarenta a cincuenta libras, exceptuandol os del enorme elefante que mató al pobre Khiva, los cuales, a nuestro juicio, debían, juntos, alcanzar a unas ciento setenta.

Enterramos los restos de este bravo zulú en la cueva de un oso hormiguero, acompañados de una azagaya que le sirviera para defenderse durante su viaje a un mundo mejor; y al tercer día emprendimos la marcha, animados por la esperanza de que, tal vez en no lejano tiempo, de regreso al rnismo sitio, podríamos desenterrar nuestro marfil. Después de una larga, cansada caminata, y variar, aventuras que no tengo tiempo para relatar, llegamos al kraal de Sitanda, en las cercanías, del río de Lukanga, verdadero punto de partida de nuestra expedición. Recuerdo perfectamente bien el aspecto de aquel lugar a nuestra llegada. A la derecha veíanse varias chozas diseminadas y unos cuantos corrales vallados con piedras; hacia abajo, cerca de un arroyuelo, algunas tierras cultivadas, que daban su escasa provisión de granos a los salvajes moradores del krual, y más allá, extensos y ondulantes campos de movible arena, cubiertcs por altas hierbas, donde erraban rebaños de pequeños animales. Aquel punto parecía el puesto avanzado de la fértil comarca que, a nuestras espaldas se dilataba, y difícil es explicar las causas naturales que produjeron cambio tan repentino en los completamente opuestos caracteres de aquel suelo. Cerca, lamiendo los pies del lugar en que acampamos, corría el pequeño arroyuelo, y en su vertiente opuesta alzábase lentamente una pedregosa colina, la misma por cuya falda había, veinte años antes, visto des-

cender, arrastrándose, al pobre da Silvestre, después que fracasara su proyecto de llegar a las minas de Salomón; al otro lado de ella comenzaba el seco desierto de cuyo ardoroso suelo brotaban raquíticos arbustos. Espiraba la tarde cuando plantábamos nuestro campo: el encendido y majestuoso disco del sol parecía posar sobre la superficie de aquel tostado erial, y sus brillantes rayos, surcando el espacio, vestían con cambiantes de sorprendentes matices la vasta inmensidad que nos rodeaba.

Mientraus Good se ocupaba de disponer nuestro pequeño campamento, sir Enrique me acompañó hasta la cima de la colina, desde donde contemplamos el desierto. La atmósfera estaba muy pura, y lejos, perdiéndose en el horizonte, pude distinguir las casi desvanecidas y azuladas siluetas de las cimas de las montañas de Sulimán, que aquí y allá la nieve emblanquecía.

-Véd la muralla que guarda las minas de Salomón. Dios sólo sabe si llegaremos hasta, ella.

-Mi hermano debe estar allí, y si así es, yo me reuniré con él; -dijo sir Enrique con ese tono de tranquila confianza que caracteriza al hombre resuelto.

-Dios lo quiera- repuse,- y volviéndome, para regresar a nuestro campamento, vi que no estábamos solos. A nuestras espaldas, el arrogante Umbopa también miraba con marcada ansiedad hacia las apartadas montañas.

El zulú, al percibir que yo lo había visto, dijo, dirigiéndose a sir Enrique, al mismo tiempo que tendía su ancha azagaya hacia ellos:

-¿Es a esa tierra a donde tú caminas, Incubu? (palabra nativa que significa elefante, y era el nombre dado a sir Enrique por los kafires).

Preguntéle, con acento severo, cómo se atrevía a hablar a su amo de una manera tan familiar. Santo y bueno que los nativos nos bauticen con nombres a su capricho; pero nada decente es, que vengan a lanzárnoslos al rostro, llamándonos con sus bárbaros apelativos. El zulú sonrió tranquilamente, lo que me llenó de cólera.

-¿Cómo sabes tú que yo no soy igual al Inkosi a quien sirvo? No dudo que es de sangre real: eso, se ve en su tamaño y en sus ojos; y ¿no podría ocurrir que yo lo fuese también? a lo menos mi estatura no es menor que la suya. Habla por mi, ¡Oh, Macumazahn! y repite mis palabras al Inkosi Incubu, nú dueño, porque quiero hablar con él y contigo.

Estaba encolerizado, nunca un kafir me había hablado de semejante manera; pero sus expresiones me causaron alguna impresión y tenía mucha curiosidad por saber lo que iba a decir; así es que, conteniéndome, traduje su pregunta añadiendo al mismo tiempo que aquel nativo era un atrevido y debía ponerse coto a su impertinente charlatanería.

-Sí, Umbopa, camino hacia ella- contestó sir Enrique.

-El desierto es muy vasto y no hay agua en él, las montañas son altas, la nieve las cubre y ningún hombre puede decir qué es lo que se encuentra más allá de ellas, detrás del sitio donde el sol se oculta. ¿cómo llegarás hasta allí, Incubu, y por qué caminas hacia allá?

Volví a traducir, y sir Enrique contestó:

-Dígale que creo que un hombre de mi sangre, mi hermano, ha ido a ese lugar no ha mucho tiempo, y voy a buscarle.

-En efecto así es, Incubu; un hombre que encontré en el camino me dijo que hacía dos anos, un blanco, había entrado en el desierto caminando hacia esas montañas acompañado de criado, un cazador, y que jamás han regresado.

-¿Cómo sabes que era mi hermano?

-No; yo no lo sé. Pero el hombre, al preguntarle las señas de aquel blanco, me contestó tenía tus mismos ojos y una barba negra. Añadió, además, que le acompañaba un cazador bechuano llamado Jim, el cual iba vestido.

-No hay ya duda- dije yo;- Jim. no me mintió.

-Estaba seguro de ello- exclamó sir Enrique moviendo la cabeza;- cuando Jorge resolvía hacer una cosa, generalmente la llevaba a efecto. Siempre ha sido así desde su niñez. Si ha tenido la intención

de cruzar las montañas de Sulimám, las ha cruzado; a menos que un accidente se lo haya impedido, y por consiguiente debemos buscar al otro lado de ellas. Umbopa entendía el inglés, aunque raramente lo hablaba, por lo que, al concluir sir Enrique, observó:

-Sí- replicó sir Enrique, a quien traduje la anterior observación; -bien largo es; pero no hay camino sobre la tierra que un hombre río pueda recorrer si en su ánimo firmemente lo resuelve. Nada hay, Umbopa, que se resista a su voluntad: salvará las más altas montañas y cruzará los más dilatados desiertos, cuando le guíe el amor, y contando su vida como nada, está pronto a conservarla o perderla obediente a los designios de la Providencia.

-Grandes son tus palabras, padre; grandes y hermosas, dignas de la boca de un hombre. Tienes razón, padre Incubu. ¡Escucha! ¿Qué es la vida? Es una pluma, es la ligera semilla de la hierba que el viento esparce por doquiera, y ora se multiplica aqui para perecer en el acto, ora se pierde allá arrastrada hacia el espacio. Pero si la sernilla es buena y pesada, quizá logre moverse un corto trecho según el sentido que desea. Bueno es que probemos y hagamos nuestro camino luchando contra la adversidad. El hombre tiene que morir. A lo más, todo cuanto puede ocurrir, es que muera un poco antes. Te seguiré a través del desierto y contigo cruzaré por encima de las montañas, a menos que caiga en el camino.

Pausó por unos momentos, y de pronto, rompiendo en uno de esos rasgos de elocuencia, bastante comunes entre los zulús, y que, a mi entender, por más que abunden en vanas repeticiones, prueban que esa raza no está desprovista de un instinto poético y facultades intelectuales, continuó:

-¿Qué es la vida? Decidme, ¡oh hombres blancos!, vosotros que sois sabios, vosotros que conocéis los secretos de este mundo, del mundo de las estrellas y del mundo que se extiende por encima y alrededor de ellas; vosotros que desde lejos lanzáis vuestras palabras sin que se oiga su sonido; decidime, hombres blancos, el secreto de nuestra vida ¿de dónde viene y adónde va?

No me podéis contestar; no lo sabéis. Escuchadme, yo os lo voy a revelar. Surgimos de la nada para hundirnos en la muerte. Semejante al pájaro que en una noche tempestuosa el viento arrebata, vénse nuestras alas un instante a la luz del relámpago, para de nuevo perdernos, entre profundas tinieblas. La vida es la mano poderosa que sujeta a la muerte; es la luciérnaga que brilla por la noche y desaparece al despertar del día; es la pequeña sombra que se desliza sobre el césped y muere con el postrer rayo del sol.

-Eres un hombre bien extraño- dijo sir Enrique al concluir aquél de hablar.

Umbopa se sonrió.

-Creo, Incubu, que somos muy parecidos. Tal vez yo también voy a las montañas en busca de un hermano.

No pude menos de mirarle con desconfianza, preguntándole bruscamente:

-¿Qué es lo que quieres decir? ¿Qué sabes tú de las montañas?

-Poco, muy poco. Guardan un extraño país, un país de hechicerías y cosas maravillosas, tierra de un pueblo bravo, hermosos árboles, frescos arroyos, nevadas montañas y de un largo y ancho camino. He oído hablar de él.¿Pero a qué perder en palabras nuestro tiempo? la noche se aproxima. Aquellos que vivan para ver, verán.

Volví a mirarle recelosamente, porque, sin duda alguna, aquel hombre sabía demasiado.

Comprendió mi mirada.

-No debes temerme, Macumazahn, que no ahoyo trampas para que caigas en ellas. Yo nada tramo. Si acaso llegamos a cruzar aquellas montañas te diré todo cuanto sé. Pero la muerte vigila desde sus cimas. Sé prudente y vuélvete. Vete a cazar elefantes.¡Nada más tengo que decir! Y sin pronunciar una palabra levantó su lanza a manera de saludo y regresó hacia nuestro campo, en donde, poco después le encontramos limpiando un rifle como cualquiera de los otros kafires.

-Ese nativo es muy extraordinario- díjome sir Enrique.

-Sí, demasiado extraordinario, y nada me agradan sus reticencias. Sabe algo y se lo calla; pero hay necesidad de reñir con él. Vamos a efectuar una excursión muy aventurada y un misterioso zulú no hará cosa de mucha importancia, bien vaya en pro o bien en contra.

Al siguiente día hicimos todos los preparativos necesarios para partir. Naturalmente, nos era impoisible atravesar el desierto llevando los pesados rifles que traíamos para la caza de elefantes, ni otros muchos efectos; así, despedimos a nuestros cargadores y tratamos con un nativo viejo, cuya choza teníamos cerca, para que los guardara hasta que regresáramos. Dolíame en el alma abandonar herramientas tan finas como aquellas a merced de un envejecido ladrón, de un salvaje cuyos ojos avarientos podíamos ver como las cubrían con una mirada de exaltada codicia. Pero yo no olvidé tomar algunas precauciones contra sus mal escondidas intenciones.

Ante todo cargué los rifles y le dije que si los tocaba al punto se dispararían. En seguida quiso hacer la prueba con el mío, y así sucedió, escapándosele el tiro, que, a más de atravesar de parte a parte a una de sus vacas, que en aquel momento conducían al kraal, le hizo rodar por el suelo el empuje del retroceso. Levantóse muy asustado, nada contento por la pérdida de su vaca, que tuvo la imprudencia de querer que le pagase, y seguro estoy que nunca más, después, volvió a tocarlos.

-Ponga esos diablos ahí arriba, en el techo, fuera del paso, que no los podamos tocar, pues de lo contrario nos matarán a todos.

El entonces le dije que si a nuestra vuelta me faltaba una sola cosa de lo que dejaba a su cuidado, lo mataría con toda su gente por medio de mis brujerías : y que si mioríamos y trataba de robarnos, mi espíritu le perseguiría a todas horas, haría rabiar a su ganado, agriaría la leche de sus vacas hasta que la vida le fuera insufrible, y, por últinio, dejaría que los diablos que guardaba en les fusiles salieran a hablarle de un modo que no le habría de gustar; tratando de aterrorizarlo con cuanto mal podía imaginar. Juróme que las cuidaría como si fueran el espíritu de su padre, pues era tan supersticioso como malvado.

Habiéndonos desprendido de todo lo supérfluo, pasamos a disponer los efectos que nosotros cinco, sir Enrique, Good, yo, Umbopa y el hotentote Ventvögel, íbamos a llevar en nuestro viaje. Eran bien pocos y, sin embargo, por más que lo intentamos no nos fue posible reducirlos a menos de cuarenta libras por persona. Consistían en los siguientes:

Los tres rifles de a ocho con doscientos cartuchos para cada uno.

Los dos Winchester de repetición, para Umbopa y Ventvögel, con igual número de municiones.

Tres, revólvers de Colt con sesenta cápsulas.

Cinco cantimploras para agua, cada una de dos cuartillos.

Cinco mantas.

Veinticinco libras de carne seca. Algunos medicamentos, incluyendo una onza de quinina, y uno o dos instrumentos pequeños de cirujía.

Nuestros cuchillos y otras pequeñeces, tales como una brújula, fósforos, un filtro de bolsillo, tabaco, una llana, una botella de aguardiente y las ropas que vestíamos.

Esto componía todo nuestro equipo, que, sin duda, era bien pobre para nuestros proyectos; pero no nos atrevimos,a aumentarlo con un solo objeto más. Y aún era demasiado para atravesar bajo su peso el ardoroso desierto, en donde cada onza que se aumente se hace, sentir de un modo agobiador; pero, como he dicho, no había medio de reducirlo, llevábamos lo estrictamente necesario.

A duras penas, y persuadidos por la oferta que les hice de tres cuchillos de caza, pude lograr que tres miserables nativos de aquella aldehuela se resolvieran a acompañarnos durante la primera jornada, unas veinte millas, llevándonos cada uno una calabaza con un galón de agua. Era mi objeto, rellenar nuestras cantimploras después de la primera noche de marcha, pues habíamos decidido partir con el fresco, a la caída de la tarde. Les, dí a entender que íbamos a cazar avestruces, muy abundantes en el desierto. Charlaron entre sí, encogiéronse de hombros, y después de decirnos que estábamos locos y

moriríamos de sed (que me parecía lo más probable), consintieron en cuanto les pedía, seducidos por los cuchillos, prendas de inestimable valor, casi desconocidas entre ellos, y tal vez después de reflexionar que nuestra muerte no era cosa de su incumbencia.

Pasamos descansando y durmiendo la mayor parte del día siguiente, y a la, puesta del sol, hicimos una buena comida de carne fresca y té, el último, como Good dijo con cierta tristeza, que íbamos a tomar, Dios sabe por cuanto tiempo. Concluídos los últimos preparativos, nos echamos de nuevo, esperando la salida de la luna. Por fin, hacia las nueve, elevóse este astro con todo su esplendor, inundando aquellas salvajes comarcas con ondas de argentina y pálida luz, que, arrancando al desierto de las tinieblas que lo envolvían, hizo aparecer su inmensa superficie cual brillante y petrificado mar, perdiéndose en el horizonte tan silenciosa y solemne como el tachonado firmamento que nos cubría.. Pusímonos de pie, y aunque a los pocos minutos estábamos listos para partir, nos sentimos vacilantes, que es del hombre el vacilar en el momento que se va a dar un paso irrevocable. Sir Enrique, Good y yo, formábamos un grupo; Umbopa, con la azagaya en la diestra y el rifle cruzado a la espalda, a unos pasos delante de nosotros, miraba fijamente hacia el desierto; y los tres nativos, con sus calabazas de agua, y Ventvögel, estaban reunidos a nuestras espaldas.

Sir Enrique, con su voz gruesa y baja, dijo en este instante:

-Caballeros, vamos a emprender uno de los viajes más extraordinarios que el hombre puede intentar sobre la tierra. Muy dudoso es corone el éxito nuestros esfuerzos; pero somos tres hombres que siempre estarán unidos, tanto en la fortuna como en la adversidad, hasta el último momento. Y ahora, antes de partir, roguemos al Creador, árbitro de la suerte de todos los seres, quien desde las más remotas edades tiene marcadas nuestras sendas, para que dirija nuestros pasos conforme a su Santa Voluntad.

Descubrióse, y por espacio de un minuto permaneció con la cabeza, inclinada, apoyando la frente sobre sus manos. Good y yo hicimos lo mismo.

No me atrevo a afirmar que soy muy devoto, pocos cazadores lo son; en cuanto a sir Enrique, jamás le había oído expresarse de esta manera ni le volví a oir, salvo en una sola ocasión; aunque creo que en el fondo de su corazón es profundamente religioso; Good es piadoso, pero muy pronto para jurar y renegar. De cualquier modo creo que,con una, sola excepción, nunca en mi vida he orado con tanto fervor como durante aquel momento, sintiéndome, al terminar, lleno de confianza y tranquilidad. Nuestro futuro nos era completamente desconocido, y lo desconocido y lo vaporoso empujan al hombre hacia su Hacedor.

-Y ahora- dijo sir Enrique; - ¡adelante!

Emprendimos la marcha.

Nada teníamos que nos sirviese de guía a no ser las distantes montañas y el plano del antiguo José da Silvestre, que, atendiendo a haber sido dibujado por un moribundo medio enajenado y sobre un pedazo de tela, hacía tres siglos, no era cosa que pudiera merecer nuestro crédito; sin embargo, en el desansaba nuestra única esperaza de salvación. Si por desgracia no encontrábamos la poza de agua mala, que marcaba el viejo fidalgo en el centro del desierto, a sesenta millas de nuestro, punto de partida y de las montañas, no había remedio para nosotros; estábamos condenados a perecer miserablemente de sed. Y para mí, las probabilidades de hallarla en aquel inmenso mar de arena y mezquinos karus eran casi inapreciables, porque aún suponiendo que da Silvestre la indicase en su verdadero lugar, ¿qué podía haber impedido, que desde largo tiempo hacía, el sol la hubiese secado completamente, los animales destruído con sus pisadas o cegado la movible arena?

Andábamos silenciosos como, sombras en medio de la noche y sobre el flojo suelo. Las desnudas ramas de los karus, se nos enredaban en las piernas, retardando nuestra marcha, y la arena, introduciéndose en nuestro calzado y botas de Good, nos obligaba de rato en rato a detenernos para vaciarlos: la atmósfera estaba pesada; sin embargo, sentíase a un agradable fresco y pudimos avanzar bastante. El silencio de la soledad que nos rodeaba gravitaba pesadamente sobre

nosotros. Good, sin duda, para rechazar su influencia, comenzó una vez a silbar el aire de una canción; pero las notas sonaban tan lúgubremente en la vasta planicie, que no tardó en volver a callar. Al poco rato ocurrió un incidente que, si en un principio nos inquietó concluyó por hacernos reir a carcajadas. Good, que, como marino, conocía el manejo de la brújula, llevaba este instrumento marchando a la cabeza; seguíamosle en una sola hilera, cuando repentinamente le vimos desaparecer lanzando una exclamación, a la par que por todas partes nos envolvía, en extraordinario desconcierto, una confusa mezcela de resoplidos, alaridos y rápidas pisadas. A la débil luz que pugnaba con la lobreguez de la noche, entrevimos varias sombras obscuras que parecían brotar del cielo y se alejaban en descompasado galope. Nuestros nativos, tirando sus cargas, se prepararon a combatir; mas recordando que nadie ni nada había allí que les pudiera atacar, arrojáronse aterrorizados al suelo, aullando, por no decir gritando, que aquello eran cosas del demonio. Sir Enrique y yo nos detuvirnos completamente sorprendidos, y no disminuyó nuestro asombro cuando reapareció Good, quien gritando como un desesperado, cabalgaba en algo que, parecido a un caballo, le arrebataba en fantástico escape hacia las montañas. Apenas tuvimos tiempo de darnos cuenta de esta especie de visión, cuando le vimos levantar los brazos y venir a tierra, llegando a nosotros en perfecto acorde, el ruido del porrazo y la acentuación de un juramento. Entonces comprendí lo que había ocurrido; nos habíamos metido dentro de una recua de quagas dormidas, y Good, tropezando con una, cayó sobre sus lomos despertando al animal, que, asustado, se puso de pie y huyó, arrastrándole en su fuga. A la par que tranquilizaba a los demás corrí hacia Good temeroso de que hubiese recibido algún golpe; pero, para mi satisfacción,le encontré sentado en la arena, con el lente fijo en su sitio, algo agitado, muy sobresaltado y sin la menor lesión. Pasada esta aventura continuamos la marcha sin que otra nueva nos ocurriera; a la una hicimos alto, bebimos un poco de agua, escatimándola todo lo posible, y después de media hora de descanso, volvimos a emprender nuestro camino.

Paso tras paso avanzábamos hacia nuestro destino; por fin, el orto comenzó a teñirse con los suaves arreboles, anuncios del naciente día. A poco surgieron del horizonte tenues rayos de argentada luz, que, marcándose más y más a la par que aumentaban en brillantez, terminaron por destacarse sobre los azules celages del cielo, como barras de oro, a través de las cualas deslizándose el alba, corrió a tenderse por el ámbito vasto del desierto. Las estrellas palidecieron hasta quedar completamente desvanecidas y la luna, adquiriendo gradualmente un tinte amarillento de cera, fue exhibiendo con mayor limpieza las rugosidades de sus montañas, que se mostraban en su descolorida faz como los huesos en el rostro de un moriburido. Por último, veloces y crecientes ondas de fulgurante luz, rasgando y arrollando la neblina, cubrieron al desierto con dorado manto: era de día.

Sin embargo, no nos detuvimos, aunque mucho lo deseábamos, y no ignorábamos que, a poco que ascendiera el sol, seria casi imposible continuar andando. A las seis descubrimos, un grupo de rocas apiñadas, hacia las que en caminamos nuestros pasos, y por fortuna, una de ellas, ancha y achatada, descansando sobre sus compañeras, nos brindaba un asilo a nuestro deseo contra el ardiente sol, y bien pronto dormíamos profundamente a su sombra protectora, tendidos sobre suave arena y después de haber tomado un pedazo de carne seca y un poco de agua.

Las tres de la tarde serían cuando despertamos. Nuestros tres cargadores estaban disponiéndose para regresar a sus hogares; ya tenían bastante de desierto y no había cuchillos en el mundo que los hubiera tentado a dar un paso más. Así, pues, bebimos a nuestro gusto, y vaciadas las botellas, las volvimos a llenar con el agua que traían en las calabazas, terminado lo cual, nos pusimos a vigilar su partida para la jornada de veinte millas, que los volvía a sus casas.

A las cuatro y media emprendimos de nuevo la nuestra, que fue en extremo monótona y triste, pues con la excepción de contados avestruces, no se vio un sólo ser en aquellos dilatados arenales. Eran demasiado secos para la caza, y excepto una o dos terribles cobras, no

encontramos reptil alguno. Sin embargo, abundaba un insecto, la mosca común, las cuales no aparecían individualmente, sino en cerrados batallones. La mosca es, sin duda, uno de los animales más extraordinarios; en todas partes se las encuentra y también en todos los tiempos, porque he visto embutida en un trozo de ámbar una que se me dijo, debía contar medio millón de años, y era exactamente igual a sus, descendientes en la actualidad; y por otro lado, no vaciló en afirmar que, cuando el último hombre yazga moribundo en la tierra, estará zumbando en su derredor, si tal suceso ocurre bajo un clima templado, esperando el momento oportuno para colocársele en la punta de la nariz.

A la puesta del sol suspendimos la jornada para proseguirla a la salida de la luna. A las diez apareció este astro tan hermoso y sereno como siempre, y salvo un descanso de media hora, hacia las dos de la mañana, caminamos toda la noche, hasta que por fin, el deseado sol vino a poner término a nuestra fatigosa marcha. Bebímos unos tragos de agua, nos acostamos en el suelo, rendidos por el cansancio, y pronto estabamos dormidos. No teníamos necesidad de establecer vigilancia alguna, porque a nadie, ni a nada debíamos temer en esa desolada llanura. Nuestros únicos enemigos eran el calor, la sed y las moscas; sin embargo, hubiera preferido afrontar todos los peligros a que me expusiera el hombre o las fieras, a los tormentos de aquella espantosa trinidad. En esta ocasión no fuímos tan afortunados, no hubo roca que nos protegiera contra los abrasadores rayos del sol, por lo que, a las siete de la mañana, nos despertó una sensación parecida a la que podemos suponer experimentaría, si tuviera sensibilidad, una chuleta en las parrillas. Materialmente nos estábamos asando; el aire nos quemaba los pulmones y tuvimos que sentarnos para poder respirar.

-¡Cáspita!- exclamé ahuyentando con las manos la nube de moscas, que, indiferentes a aquella atmósfera de fuego, zumbaban en derredor de mi cabeza.

-¡Por mi nombre!- añadió sir Enrique.

-Hace un calor endemoniado- terminó Good.

Así era, en efecto, y nada, nada en derredor que nos pudiera prestar el menor abrigo. A cualquier parte que volviéramos la vista, ni una roca, ni un árbol: siempre el intenso resplandor deslumbrándonos con las constantes vibraciones causadas por el aire caliente que bullía y rebullía sobre la abrasada superficie, lo mismo que sobre una encandecida estufa.

-¿Qué haremos? No es posible resistir esto por mucho más tiempo- dijo sir Enrique.

Nos miramos, estábamos muy pálidos.

-¡Di en ello!- exclamó Good; - debemos abrir un agujero, meternos en él y cubrirnos con el ramaje de los karus.

El recurso no parecía muy eficaz; pero corno valía más que la inacción, nos pusimos a trabajar con la llana y las manos; una hora después teníamos hecha una excavación de doce pies de largo, diez de ancho y dos de profundidad. Entonces cortamos una buena cantidad de arbustos, y acostándonos en la cueva todos, excepto Ventvögel, que como buen hotentote estaba a prueba de sol, tiramos de ellos hasta cubrirnos lo mejor posible. Logramos de este modo una ligera protección contra los insoportables rayos directos del sol, mas el calor que en aquella especie de sepultura nos sofocaba, se imagina mejor que se describe. El BklacHole[3] de Calcuta no podía menos de ser una nonada comparado con ella; y hoy apenas comprendo como no concluímos aquel día. Tendidos en el suelo y jadeantes, de rato en rato humedecíamos los tostados labios con algunas gotas de agua, violentando nuestros instintos que nos hubieran llevado a agotar en las dos primeras horas la corta provisión de que disponíamos, y por consiguiente a perecer desastrosamente de sed.

Mas, nada hay que no tenga su fin, si se vive lo bastante para verlo, y el día comenzó a declinar aproximándose al suyo. Cerca de las tres, no pudiendo resistir tanta tortura, decidimos continuar nues-

[3] El "Pozo Negro", horrible prisión así denominada en la citada ciudad.

tra marcha, pues era preferible morir sobre el camino a morir paulatinamente de sed y calor, en aquel espantoso agujero; por lo que, disminuyendo con unos tragos la ya mermada cantidad de agua que nos restaba, y cuya temperatura pasaba de tibia, comenzamos a caminar.

Teníamos hechas unas cincuenta millas: si el lector consulta la ruda copia y traducción del plano del antiguo da Silvestre, verá que da al desierto cuarenta leguas de ancho, y coloca la poza de agua mala en el mismo centro de él. Ahora bien; cuarenta leguas son ciento veinte millas, y, por consecuencia, debíamos hallarnos, a lo más, de doce a quince de ella, si es que realmente existía.

Durante la tarde avanzamos muy lentamente, en extremo fatigados y a razón de milla y media por hora; a la puesta del sol volvimos a reposar y, después de beber un poco, nos echamos a dormir hasta que la luna apareciera.

Antes de acostarnos, Umbopa llamó nuestra atención hacia una pequeña, y casi invisible colina, que a unas ocho millas de nosotros interrumpía la cansada regularidad de la desierta planicie. A tal distancia semejaba uno de esos grandes conos de tierra que las hormigas levantan para hacer sus viviendas, y materialmente me caía de sueño, para ocuparme de lo que pudiera ser.

Con la luz de la luna volvimos a continuar nuestro camino. El cansancio y los tormentos de la sed y del calor nos agobiaban, como sólo pueden comprender los que se hayan visto en iguales circunstancias. Ya no andábamos, dábamos traspiés como ebrios, cayendo aquí y acullá, forzados a detenernos a cada rato. Nuestra energía había desaparecido completamente, y el mismo Good, quien hasta aquel momento no cesara en sus oportunas ocurrencias y alegres bromas, callaba como un muerto. Por fin, serían las dos cuando, con el ánimo completamente perdido y agotadas nuestras fuerzas, llegamos a la base de aquella extraña colina de arena, que parecía, como antes observara, un gigantesco hormiguero, de cien pies de elevación y dos acres de base.

Hicimos alto, y arrastrados por la implacable sed que nos devoraba, apuramos nuestras últimas gotas de agua. ¡No teníamos más que un medio vaso por barba y cada uno se hubiera bebido un galón!

Nos dejamos caer sobre el suelo para dormir un rato, y al hacerlo oí a Umbopa, que se decía a sí mismo en zulú.

-Si no encontramos agua, moriremos todos antes que aparezca la luna de mañana.

A pesar del intenso calor, un escalofrío me hizo estremecer. La perspectiva de una muerte tan cruel nada tenía de halagadora; sin embargo, la idea, por siniestra que fuera, no pudo vencer mi sueño.

VI
¡AGUA! ¡AGUA!

Dos horas más tarde, a las cuatro de la madrugada, desperté. Tan pronto como mi fatigado cuerpo hubo satisfecho su necesidad de descanso, el martirio de la sed, volviéndome a la realidad, me arrancó de las cristalinas y frescas aguas de un arroyo, que bajo verde y tupido ramaje se deslizaba, y donde, en mi sueño, me bañaba, para traerme a la memoria, en medio del árido desierto, las palabras fatídicas de Umbopa: «Si no encontramos agua, moriremos todos antes que aparezca la luna de mañana.» Ningún ser humano podía vivir largo tiempo sin agua en aquella seca y ardorosa atmósfera. Sentóme y me froté el polvoriento rostro con mis secas y ásperas manos. Tenía los labios y párpados adheridos completamente, y sólo después de friccionármelos por algún tiempo y hacer un esfuerzo, logré separarlos. El alba se aproximaba, pero ni uno de esos vagos resplandores que la preceden, rompía la lobreguez de aquel aire cuya espesa y calurosa obscuridad nos es imposible describir. Todos los demás dormían. Poco a poco la luz fue haciéndose más intensa, y cuando su claridad me permitió leer, saqué de mis bolsillos un pequeño volumen de las «Leyendas de Ingoldsby» que traía conmigo, y me puse a leer la «Corneja de Reims.» Cuando llegué al pasaje, en donde

“Alegre un chicuelo, su cántaro lleva
rebosando el agua más clara y más fresca
que manan las fuentes de Reims a Namur.”

materialmente me saboreé, o mejor dicho, traté de saborearme mis cuarteados labios. La simple idea de agua ma enloquecía. Si aquel cántaro hubiera estado a mi alcance, me habría arrojado como un loco frenético sobre él y zambullido mi rostro en su fresca agua y bebido con avidéz, hasta agotarla toda, mientras que el aterrorizado niño huía

de mí, sin saber cómo ni por dónde había aparecido aquel ennegrecido cazador de enmarañado cabello, obscuros ojos y pequeña estatura... Este pensamiento me pareció tan chistoso, que prorrumpí a reir o mejor a lanzar carcajadas que despertaron a mis compañeros. Hoy creo que, debilitado por la falta de alimento, el cansancio y la sed, caí en un momentáneo estado de excitación que daba vida a las quimeras de mi mente.

Sir Enrique y Good se sentaron, frotáronse los curtidos rostros y, al duras penas, pudieron apartar los bien pegados párpados y labios. Tan pronto como todos estuvimos despiertos, comenzamos a discutir la situación, que era muy grave. No contábamos con una gota de agua; en vano volvimos y sacudimos nuestras cantimploras, estaban tan secas como la arena que hollábamos. Good, que era el portador de la botella de aguardiente, la sacó del sitio donde la guardaba y la miró con avidéz; pero sir Enrique se la quitó en seguida, porque aquel fuerte licor sólo hubiera precipitado el fin.

-Si no encontramos agua, pereceremos- dijo.

-Si no nos engaña el mapa del viejo fidalgo, debe haberla en estas cercanías- observó; pero ningún efecto produjeron mis palabras, era muy poca o ninguna la fe que nos inspiraba la veracidad de aquel itinerario. La luz continuaba aumentando gradualmente; y, mientras nosotros sentados y pálidos nos mirábamos en silencio, observó al hotentote Ventvögel, quien poniéndose de pie empezó a andar con los ojos clavados en el suelo y de repente, se detuvo, lanzando una exclamación gutural, al mismo tiempo que señalaba a la tierra.

-¿Qué pasa?- exclamamos todos, levantándonos simultáneamente y dirigiéndonos apresuradamente hacia él, que inmóvil continuaba con su brazo y dedo apuntando al mismo lugar.

-Bueno, es una pequeña mancha de grama bastante fresca, y ¿qué hay con eso?- pregunté yo.

-La grama no crece lejos del agua- me contestó en holandés.

-Tienes razón, lo había olvidado: y bendito sea Dios que así lo dispuso.

Este pequeño descubrimiento nos dio nueva vida: maravilloso es como, en una situación desesperada, se agarra uno a la más débil esperanza y se reanima y tranquiliza con ella. Cuando las tinieblas nos rodean, un rayo de luz, por insignificante que sea, alienta a nuestro espíritu y nos anima a marchar.

Entretanto Ventvögel, levantando su grande y achatada naríz, giraba lentamente sobre sí mismo, y, semejante a un perro que olfatea por la perdida pista, aspiraba con todos sus pulmones aquel aire caliente. De pronto dijo:

-Huelo agua.

Al oirle, nuestro júbilo fue grande, porque todos sabíamos que estos salvajes poseen un finísimo olfato.

En este instante, el sol, surgiendo radiante del horizonte, hizo aparecer ante nosotros un paisaje tan majestuoso que, atónitos en su contemplación, olvidamos por algunos minutos los tormentos de nuestra sed.

En frente, y como a cuarenta o cincuenta millas erguíanse soberbios los pechos del Sheba, que, semejantes a dos inmensos conos de bruñida plata, reflejaban con vivísimo fulgor los tempranos rayos del naciente astro; mientras que por cada uno de sus lados y maciza cual colosal muralla, iba a perderse en el horizonte la elevada cordillera de Sulimán. Hoy que tranquilo y con la memoria llena por su recuerdo, trato de describir la grandiosa belleza de aquel espectáculo, fá1tanme palabras para el concepto y conceptos para su sublimidad. Allá, en los lindes del desierto, precisamente ante nosotros, alzábanse, cual vigilantes atalayas, dos enormes montañas, que seguro estoy no tienen otra parecida en toda el Africa, ni en el mundo entero; medían unos quince mil pies de altura y separábalas un espacio de unas doce millas, en el centro del cual se unían sus encrespadas laderas. Desde el lugar en que nos encotrábamos, las veíamos elevarse airosas de la llanura, suaves y redondas como los pechos de una virgen, para ir a terminar en dos picos perfectamente cónicos y cubiertos de nieve, que se hundían en las nubes.

El desfiladero en que venían a unirse sus encontradas laderas, parecía muy escarpado y a varios miles de pies sobre el nivel del suelo; a sus opuestos lados, en cuanto la vista descubría, observábase en la cordillera la misma rápida, y uniforme pendiente, interrumpida, de trecho en trecho, por eminencias terminadas en mesetas, parecidas a las afamadas de la ciudad del Cabo, que, entre paréntesis son de una formación muy común en el Africa.

Imposible me es describir el cuadro que se extendía ante nuestra vista. Sí puedo decir que nos produjo tal impresión la solemne majestad de aquellos gigantescos volcanes- porque sin duda alguna lo son,-ya apagados, que suspensos, creo que ni siquiera respirábamos. Durante cierto tiempo, los rayos de la mañana se quedaron en los nevados picos y en las redondeadas y obscuras masas que los sostenían; pero poco a poco y como queriendo ocultar de nuestros curiosos ojos la grandiosidad de aquel espectáculo, extrañas neblinas y nubes comenzaron a agruparse en su derredor hasta cubrirlas con un tupido velo, al través del cual sólo podíamos entrever sus enormes y bien cortadas siluetas. Por lo general, como más tarde descubrimos, estaban siempre envueltas en densas nieblas que, indudablemente no nos habían permitido antes verlos con tanta claridad.

Apenas las montañas habían desaparecido bajo su vaporosa vestidura, cuando nuestra sed reaparecía con sus insoportables tormentos.

A pesar de la afirmación de Ventvögel, por más que buscamos, no descubrimos agua ni la menor traza de ella; en todo cuanto la vista dominaba, sólo se percibía el árido y seco arenal, y los raquíticos karus. Dimos la vuelta a la colina, examinando con ansiedad sus alrededores, pero siempre con el mismo resultado, ni una gota de agua, nada, nada que indicase la existencia de una poza, charco o manantial.

-Eres un estúpido, no hay ninguna agua- dije coléricamente a Ventvögel.

Este volvió, levantando su horrible naríz, a olfatear el aire, y contestóme:

-La huelo, señor; la husmeo en el aire.

-Sí, en las nubes y cuando caiga, de aquí a dos meses, vendrá a refrescar nuestros huesos.

Sir Enrique se cogió pensativamente la barba y sugirió:

-¡Tal vez se encuentre en la cima de esa colina!

-¡Diablo! ¿a quién se le puede ocurrir tal cosa? ¡agua en la cima de una colina!- exclamó Good.

-Sin embargo, veámoslo- dije yo, y comencé a ascender a gatas, sin ninguna esperanza, y precedido por Umbopa, la arenosa pendiente de aquella eminencia. Al llegar a la cumbre, éste se detuvo como si se hubiera petrificado, y gritó con toda su voz :

-¡Nanzia, Manzie! (Aquí hay agua).

Nos abalanzamos hacia él, y, en efecto, encontramos sobre la misma cúspide, y en un hueco profundo o grieta, un charco de agua. No nos ocupamos de pensar cómo podía hallarse allí, ni nos detuvo su obscuro color y desagradable apariencia. Era agua, o por lo menos una buena imitación de ella, y esto nos bastaba. De un salto nos pusimos en sus orillas, y echándonos boca abajo, hundimos nuestros labios en el repugnante líquido, sorbiéndolo como si hubiera sido el néctar de los dioses. ¡ Sabe el Cielo cuánto bebimos! Apagada nuestra sed, nos quitamos nuestras ropas y sumergimos en él nuestros cuerpos, para absorber la humedad a través de la tostada piel. Aquellos que, tranquilos en sus hogares, les basta abrir una llave para tener toda el agua que desean, no pueden comprender las delicias que experimentamos al revolcarnos en aquel sucio y tibio charco. Pasado un rato, salimos de él, bien frescos, en realidad, atacamos nuestra provisión de carne seca, que apenas habíamos probado durante las últimas veinticuatro horas, y cada uno concluyó con su ración. Encendimos nuestras pipas, nos tendimos a la orilla del mil veces bendito charco, y protegidos por la sombra de sus empinados bordes, dormimos profundamente hasta el mediodía.

Toda la tarde permanecimos cerca de él, dando gracias a nuestras estrellas, por habernos guiado hasta allí, sin olvidarnos de hacerlo

también a los manes de da Silvestre, que con tan admirable precisión lo señaló sobre un pedazo de su camisa. Cuando ya satisfechos la sed, el hambre y el sueño, pudimos pensar en otras cosas, nos quedamos asombrados al considerar el tiempo que esta poza había durado, sólo nos lo explicábamos, suponiendo la alimentaba algún manantial que debía existir a gran profundidad bajo la arena.

A la salida de la luna, rebosando de agua tanto nosotros como nuestras cantimploras, volvimos a ponernos en camino, y, mucho más animados, ganamos veinticinco millas próximamente. Casi no es necesario decir que no encontramos más agua, pero tuvinmos la fortuna de hallar unos altos hormigueros que, al día siguiente, prestaron un peco de sombra a nuestro sueño. Cuando el sol apareció sobre el horizonte, y, aunque por breves momentos, rompió y disolvió las misteriosas nieblas que envolvían a la cordillera de Sulimán y a sus dos majestuosos picos, ahora a unas veinte millas de distancia, parecía que éstos, más grandiosos que nunea, se alzaban hasta las nubes por encima de nuestras cabezas. A la caída de la tarde proseguimos nuestra marcha, y, a la mañana siguiente, nos encontramos sobre las eminencias más bajas de la base del pecho izquierdo del Sheba, al cual nos habíamos dirigido constantemente. Para este tiempo teníamos consumida toda el agua con que llenamos las cantimploras, y de nuevo sufríamos el martirio de la sed, sin otro medio para librarnos de él, que el de ascender la montaña hasta alcanzar sus elevadas nieves. Después de descansar una hora o dos, impulsados hacia ellas por nuestra abrasadora sed, empezamos a subir penosamente por sus faldas de calcinada lava, pues, según vimos, la inmensa base de la montaña, estaba compuesta de capas de esta substancia, vomitadas en épocas muy remotas.

Las once serían, cuando, desfallecidos por completo, nos sentíamos sin fuerzas ni ánimo para continuar nuestra ascensión. Caminábamos por encima de un suelo de lava que, si bien no tan dura y áspera como la de otros lugares, por ejemplo, la de la isla de la Ascensión, era lo bastante para herirnos, si no destrozarnos los pies: esto

venía a colmar las miserias de nuestra situación, contribuyendo poderosamente al desastroso fin que, sin remedio alguno, parecía esperarnos. Cuesta arriba, a unos cuantos centenares de varas, se levantaban de la superficie unos grandes trozos de lava y nos encaminábamos a ellos para reposar a su sombra.

Cuando los alcanzamos, quedamos sorprendidos si es que en nuestro desfallecimiento cabía el sorprendernos, al encontrarnos con un terraplén o escalón, que ocultaba su volcánico suelo, bajo una tupida capa de fresca vegetación. Era evidente que la lava detenida allí y descompuesta por la acción de la humedad, se había convertido en tierra fértil y reproducido las semillas que los pájaros dejaron caer sobre su superficie. Pero tal hallazgo nos interesó muy poco, pues uno no puede alimentarse sólo con hierbas, a semejanza de Nabucodonosor, lo que, por otro lado, requiere una especial permisión de la Providencia o unos órganos digestivos apropiados al efecto. Por consiguiente, desalentados y quejumbrosos nos sentamos al pie de las rocas, y, por mi parte, bien arrepentido de haberme aventurado en tan loca expedición. Mientras permanecíamos sentados, Umbopa se levantó, y, tambaleándose, se dirigió hacia aquella mancha de verdura, en donde a los pocos minutos, lleno de sorpresa, le vi gritar y danzar como un extravagante, olvidado completamente de su habitual y digna gravedad, a la par que agitaba por encima de su cabeza algo verdoso que tenía entre las manos. A gatas y con toda la celeridad que nuestros cansados miembros permitían, nos aproximamos a él, creyendo había encontrado agua.

-¿Qué diablos es eso, animal?- le grité en Zulú.

-Agua y comida, Macumazahn- y volvió a agitar el verdoso objeto.

Entonces pude ver lo que tenía en sus manos. Era un melón. Habíamos dado con un melonar silvestre, cuyas frutas, maduras hasta pasarse, se contaban por millares.

-¡Melones!- grité a Good, que me seguía de cerca, y casi en el mismo instante le vi clavar su dentadura portiza en la corteza de uno.

Creo que mejor que comer, devoramos seis cada uno antes de llegar a satisfacernos, y aunque dichas frutas eran bastante malas, jamás cosa alguna nos supo mejor.

Pero el melón no es fruta que mate el apetito, y por consiguiente, una vez apagada nuestra sed con su jugosa pulpa y puesto a enfriar un buen número, por el simple proceso de partirlos por la mitad y dejar evaporar parte de su jugo al calor del sol, comenzamos a sentirnos hambrientos en demasía. Aún nos restaba alguna carne seca; pero a más de comenzará resistirse a nuestros estómagos, debíamos economizarla, porque no sabíamos cuándo nos sería dable reponer nuestrar, provisiones. Precisamente, en erte instante acaeció un feliz incidente. Miraba al desierto y vi volando hacia nosotros, una bandada de unos diez pájaros de gran tamaño.

-Tírel es, señor, tíreles- me dijo con voz muy baja el hotentote, al mismo tiempo que se echaba boca abajo en el suelo, ejemplo que todos seguimos.

A poco me cercioró de que eran unas abutardas y, que según su vuelo, debían pasar a unas cincuenta varas por encima de mi cabeza. Tomé uno de los rifles Winchester, esperé a que estuvieran próximamente sobre nosotros y entonces, de un solo salto me puse de pies. Las abutardas, asustadas con mi aparición, se arremolinaron, formando un grupo bastante compacto, como esperaba había de suceder, al centro del cual mandé, sin dilación alguna, dos balas, que quiso nuestra, suerte, hiciera caer una hermosa ave, por lo menos de veinte libras. Media hora más tarde se asaba en una pequeña hoguera alimentada con los tallos y hojarasca secos del melonar, y, nos preparábamos para regalarnos con una comida como, hacía una semana, no la habíamos hecho.

Aquella noche, alumbrados por la luna y cargando con tantos melones cuantos nos fue posible, continuamos la marcha. A medida que nos elevábamos, la atmósfera se enfriaba más y más, con gran satisfacción por nuestra parte, y al amanecer, si no nos equivocamos, distábamos doce millas de la línea de las nieves. Los melones abunda-

ban por estos sitios; así desapareció el temor que la carencia de agua nos inspiraba; además, sabíamos que pronto tendríamos toda la nieve que quisiéramos; pero la pendiente se iba haciendo muy rápida, y a duras penas progresábamos una milla por hora. Aquella noche consumimos nuestra última ración de carne seca. Hasta entonces no habíamos encontrado en la montaña, ser alguno animado, excepto las aludidas abutardas, y por otro lado, no se veía la más insignificante corriente de agua, lo cual nos parecía inexplicable, dada la gran masa de nieves que cubría la cercana cúspide, y que debía fundirse de cuando en cuando. Pero, después averiguamos, obedeciendo a ciertas causas, que está fuera de mis alcances el explicar, las aguas producidas por el deshielo, dando vueltas y revueltas, corrían hacia la llanura por la vertiente Norte de la montaña.

A la sazón comenzó a inquietarnos la carencia de alimento. Nos habíamos librado de morir de sed, pero parecía que sólo había sucedido así para fenecer de hambre. Y ahora creo más oportuno copiar las notas de mi cartera, con relación a los sucesos que ocurrieron durante los tres días subsiguientes.

21 de mayo.-Partimos a las once de la mañana, llevando algunos melones, con una temperatura bastante fresca para viajar de día. Avanzarnos, penosamente toda la jornada sin encontrar nuevos melonares; sin duda dejamos a nuestras espaldas la zona en que se producen. No hemos visto especie al guna de caza. Hacemos alto a la puesta del sol, haber comido absolutamente nada hace muchas horas. El frío nos ha molestado bastante durante la noche.

22.-A la salida del sol, aunque nos sentimos débiles y extenuados, volvimos a emprender la marcha. Cinco millas es cuanto hemos podido adelantar en todo el día; encontramos varios montones de nieve, que es lo único que hemos comido. Acampamos, para pasar la noche, en el borde de una dilatada meseta. El frío es terrible. Bebimos un poco de aguardiente y envolviéndonos en las mantas, nos acostamos muy apretados unos contra otros, a fin de conservar el calor. El

cansancio y el hambre nos hacen sufrir horriblemente. Temí que Ventvögel hubiera muerto durante la noche.

23.-Tan pronto como los rayos del sol comenzaron a calentar y logramos desentumecer nuestras medio heladas piernas, continuamos la penosa marcha. Estamos en una situación espantosa, y temo que, si no hallamos hoy comida, este día será el último de nuestra jornada. Nos queda muy poco aguardiente. Sir Enrique, Good y Umbopa, resisten admirablemente, pero el pobre Ventvögel se siente muy mal. Como sucede en general con los hotentotes, el frío le mata. Las angustias del hambre, no son tan graves como cierto entorpecimiento que siente en el estómago. Hemos llegado a la pendentísima cresta o muralla de lava que une las dos montañas, y el paisaje no puede ser más imponente. A nuestras espaldas, el abrasado desierto tiende su inmensa superficie hasta perderse en el horizonte, y delante de nuestra vista, milla tras milla, se dilata la deslumbrante llanura de nieve endurecida, perfectamente uniforme, alzándose insensiblemente hacia el centro, para enlazarse con el pico de la uiontaña, que midiendo varias millas en la circunferencia de su base, se levanta verticalmente a cuatro mil pies de elevación. Nada; ningún ser vivo, al alcance de nuestra mirada. Dios nos proteja, temo que nuestra última hora ha llegado ya.

Y ahora cierro mi cartera, tanto por no ser su lectura muy interesante, cuanto porque lo que sigue exige una relación minuciosa y exacta.

Todo aquel día (23 de mayo), subimos penosa y lentamente por la nevada cuesta. Extraño espectáculo hacíamos, sin duda, al arrastrar los doloridos pies por la deslumbrante llanura, agobiados por el peso de los objetos que llevábamos y volviendo a todas partes los hambrientos ojos; lo que, entre paréntesis, era completamente inútil, pues nada había allí que pudiera servirnos de alimento. Adelantamos siete millas durante el día, y poco antes de la puesta del sol, llegamos al mismo pie del pico del pecho izquierdo de Sheba, que parecía un gigantesco cono de endurecida nieve. No obstante lo precario de nuestro estado, hubimos de sentirnos impresionados por la sublime belleza de

aquel espectáculo, que el sol, desde su ocaso, realzaba hasta lo maravilloso, vistiéndolo con grandes gírones de grana, y circundando su porción más elevada con una fulgente y magestuosa aureola.

-Debemos estar próximos a la cueva que cita el antiguo caballero - murmuró Good con apagado acento.

-Sí - le contestó,- si es que tal cueva existe.

-Adelante, Quateiníain - dijo sir Enrique, - no hable usted así; tengo completa fe en el fidalgo; ¡acordaos del agua! Pronto encontraremos ese lugar.

-Si no lo descubrimos antes que obscurezca,- no hay salvación posible para nosotros, es todo cuanto tengo que decir- fue mi consoladora réplica.

Por espacio de unos diez minutos marchamos silenciosamente; de repente, Umbopa, quien caminaba a mi lado envuelto en su manta, y con un ancho cinturón de cuero, tan ceñido alrededor del estómago, para disminuir su hambre como decía él, que su cintura parecía la de una elegante señorita; me agarró fuertemente por el brazo, y señalando hacia el arranque de la falda del pico, exclamó:

¡Allí! Allí está la cueva

Seguí con la vista la dirección que me indicaba y percibí, a unas doscientas yardas de nosotros, una pequeña mancha negra que parecía ser producida por un agujero en la nieve. Nos dirigimos tan rápidamente como posible nos era, hacia ella, y, en efecto, descubrimos un agujero que servía de boca a una cueva, la misma, sin duda, descrita por da Silvestre. Apenas hiabíamos llegado a la entrada de aquel providencial asilo, quedamos sumidos en densa obscuridad; el sol acababa de hundirse en el horizonte, y sabido es que en esas latitudes el crepúsculo tiene poquísima duración. Nos deslizamos a gatas dentro de la cueva, que no parecía ser muy grande, y después de bebernos nuestro último resto de aguardiente, escasamente un trago para cada uno, nos acostamos, apiñándonos lo más apretadamente posible para conservar el calor, o intentamos buscar en el sueño alivio a nuestros sufrimientos; pero el frío era demasiado intenso para permitirnos ese descanso:

seguro estoy de que el termómetro en aquella gran altitud, hubiera descendido a catorce o quince grados por debajo del punto de congelación, y lo que esto significaba para nosotros, extenuados por la faiga, la falta, de alimento y el insufrible calor del desierto, el lector puede imaginarlo mejor que yo deseribirlo. Baste el decir que estuvimos a punto de morir helados. Sentados, hora tras hora, contamos las de aquella larga y horrorosa noche; el implacable frío nos cercaba por todos lados, ora belándonos los dedos, ora los pies, y a veces el rostro; en vano nos estrechábamos unos contra otros, en vano nos apretábamos más y más; nuestros miserables y demacrados cuerpos parecían haber perdido ya todo su calor. De rato en rato, uno de nosotros caía en un intranquilo sueño, de corta duración, lo que hoy considero una fortuna, pues si alguno se hubiera dormido por más largo tiempo, tal vez no hubiese vuelto a despertar.

Sólo nuestra fuerza de voluntad pudo salvarnos, haciéndonos sobrevivir a todas las torturas de aquella noche. No estaba muy lejana el alba, cuando el hotentote Ventvögel, cuyos dientes no habían cesado de chocar produciendo un continuo castañeteo, exhaló un profundo suspiro, después del cual guardó un silencio absoluto. Al pronto no paré mi atención en tal cosa, creyendo se había quedado dormido; pero su espalda, que se apoyaba contra la mía, enfriándose rápidamente, llegó a hacerme sentir la misma impresión del hielo.

Por fin las tinieblas, empezaron a desaparecer; suaves rayos difundían por doquiera su indecisa luz, aumentando gradualmente en intensidad, hasta que convertidas en esplendentes haces al asomarse el sol, cruzaron: veloces por encima del desierto para derramar su claridad sobre el triste grupo de unos cuantos hombres medio helados en derredor de un cadáver: el de Ventvögel, que duro como un roca, estaba en la misnia posición en que la muerte le sorprendiera. Infelíz, ya no me extraiñó la excesiva frialdad de su espalda. Horrorizados,pues generalmente causa este raro efecto la compañía de un cadáver, nos apartamos de él, que continuó sentado y con los brazos fuertemente ceñides alrededor de las rodillas.

Para esta hora el sol inundaba de luz la entrada de la gruta, y sus fríos rayos (pues allí perdían todo su calor), disipaban la sombría obscuridad, que dentro de ella apenas debía ser interrumpida. De repente, alguien dejó escapar una exclamación de terror, y volviéndome hacia el fondo de la cueva, vi a un hombre sentado, con la cabeza inclinada sobre el pecho y caídos los largos brazos; a poco me convencí de que era un cadáver, y para mayor asombro, el cadáver de un europeo.

Los demás también lo vieron, v como el espeetáculo era demasiado fuerte, para nuestros destemplados nervios, nos arrastramos presurosos, con la celeridad que nuestros medio helados miembros permitían, fuera de aquella pavorosa tumba.

VII
EL CAMINO DE SALOMON

Cuando salimos de la cueva nos detuvimos vacilantes y pueril-mente sobrecogidos. Después de un corto instante, dijo sir Enrique: -Voy a entrar otra vez. - ¿Para qué ? - preguntó Good.

-Porque se me ha ocurrido que ese cadáver pudiera ser el de mi hermano.

Era esta una razonable idea y, para salir de dudas nos deslizamos de nuevo dentro de la tenebrosa caverna. Al pronto, nuestras pupilas, contraídas por la deslumbrante blancura de la nieve, nada podían distinguir; pero poco a poco fueron aeostumbrándose a aquella media obscuridad, y nos aproximamos al cadáver.

Sir Enrique, poniéndose de rodillas junto a él, le examinó el rostro con ansiosa mirada, y lanzando un suspiro de satisfacción, dijo:

-¡Gracias, Dios mío, no es mi herimano! - Entonces me acerqué a mi vez y pude examinarlo. Era el helado y rígido cadáver de un hombre de elevada estatura, facciones aguileñas, algo gris el cabello, negro el largo bigote y próximamente en la mitad de su vida. Su piel amarilla, estaba completamente extendida sobre los huesos, y el cuerpo, absolutamente desnudo, con la excepción de unos harapos que envolvían sus pies, al parecer restos de un par de calcetines de lana, y un crucifijo amarillo de marfil, atado a su cuello.

-¿Quién podrá ser? - dije.

-¿No lo sospecha, usted siquiera? - pregunto Good.

Moví negativamente la cabeza.

-¡Hombre, el antiguo fidalgo José da Silvestre! ¿Quién si no él?

-Imposible, hace trescientos años que murió.

-Y en esta atmósfera glacial, ¿qué puede impedir dure tres mil años más? Basta que el aire está frío, al punto de congelación, para que la carne y la sangre se conserven siempre tan frescas como las de un carnero de Nueva Zelanda, y bien sabe Dios si aquí hace frío. Ja-

más el sol penetra hasta este lugar, ni tampoco animal alguno que pudiera haberlo derstruido o devorado. Indudablemente su esclavo, el mismo que cita en el mapa, le quitó las ropas, y no pudiendo enterrarlo por sí solo, lo dejó en ese sitio. Y si no miren aquí, éste es el hueso con que dibujó aquel trabajo y al decir estas últimas palabras, Good, inclinándose al suelo, recogía de él un pedazo de hueso que terminaba por un extremo en aguzada punta.

Quedamos por un momento tan admirados, que olvidamos las miserias de nuestra casi desesperada situación, ante tan extraordinario, o mejor dicho, milagroso suceso.

-Sí, y ved aquí de dónde obtuvo la tinta- dijo sir Enrique, señalando una pequeña herida en el brazo izquierdo del cadáver.- ¡Habráse visto cosa más rara!

No cabía duda en el particular, y, por mi parte, confieso quedó enteramente estupefacto. Allí, sentado ante nosotros, estaba, inanimado e intacto, el cuerpo del hombre, cuyas direcciones, escritas hacía diez generaciones, nos habían conducido hasta aquel lugar. En mis propias manos veía la rústica pluma de que se sirviera; y, pendiente de su cuello, el crucifijo contra el cual fervorosamente oprimiera el moribundo labio. Mientras con fija mirada, contemplaba el cadáver, mi imaginación, arraricándola de las garras del pasado, traía a mis ojos la remota escena, y veía al moribundo viajero aterido, hambriento, olvidando sus dolores, afanarse por revelar al mundo el gran secreto que había descubierto, y la horrible soledad de su agonía y muerte. También creía descubrir en sus facciones cierto parecido con las de mi pobre amigo da Silvestre, su descendiente, hacía veinte años muerto en mis brazos; pero tal vez fuera efecto de mi excitada imaginación. De todos modos, allí estaban sus tristes restos, imagen espantosa de la suerte que espera al que se lanza a lo desconocido; y probablemente allí permanecerán siglos y siglos, rodeados por la imponente majestad de la muerte, para aterrorizar a los aventureros, que, como nosotros, vayan a iuterrumpir el solemne silencio de su sepulcro.

-Partamos- dijo sir Enrique con voz muy baja;-pero esperen, voy a darle un compañero.

Levantó el cadáver del hotentote Ventvögel y lo colocó al lado del antiguo fidalgo. Entonces, inclinándose hacia éste, tomó el crucifijo, y de un tirón rompió la cuerda que le sujetaba a su cuello, pues tenía los dedos dernasiado helados para intentar desatarlo. Creo que todavía lo conserva. Yo cogí la pluma, en este momento la tengo delante de mi tintero, y a veces suelo firmar con ella.

Entonces, separándonos de los inertes cuerpos del orgulloso blanco de los pasados tiempos y del humilde hotentote, que quedaron guardando un eterno silencio en medio de las nieves eternas, nos arrastramos fuera de la cueva y volvimos a emprender la penosa marcha, pensando cuántas horas transcurrirían antes de que nos cupiera la misma suerte.

Habíamos ganado una media milla cuando nos encontrarnos, en el borde de una meseta; el pico no se levantaba del mismo centro de aquella, como nos pareció al mirarlo, desde el opuesto lado. Nada pudimos descubrir de lo que desde aquella altura se dominaba; todo estaba oculto por la densa neblina de la mañana. Sin embargo, a poco comenzaron a desvanecerse sus capas superiores, y distinguimos, a unas quinientas yardas de nosotros, cuesta abajo, al final de la nevada. pendiente, una porción de terreno cubierto de hierba y regado por un arroyuelo. No era sólo esto; junto a la corriente y echados, al parecer calentándose al sol de la mañana, descansaba un grupo de diez a quince grandes antílopes; la distancia que de ellos nos apartaba uo permitía saber exactamente lo que eran.

La presencia de estos animales nos llenó de loca alegría. Allí teníamos carne en abundancia, es decir, si lográbamos cogerlos; pero esto era precisamente lo difícil, pues estaban a seiscientas yardas de distancia, tiro demasiado largo, y del cual no se debía fiar, cuando todas nuestras vidas dependían de su resultado.

Discutimos rápidamente la conveniencia de acercarnos a sorprender la caza; pero convencidos de que tal proyecto era, irrealizable,

lo desechamos: en primer lugar, el viento no nos favorecía, y en segundo lugar, por mucho cuidado que tuviéramos, habían de vernos al bajar por la capa de nieve, que de ninguna manera podíamos evitar. - En fin, es preciso que probemos nuestra suerte desde aquí- dijo sir Enrique, - y ¿qué armas usaremos, Quatermain, los rifles de repetición o los otros?

Aquí había otra cosa que dilucidar. Los dos Winchester de repetición, que traía Umbopa, quien había recogido el del pobre Ventvögel, alcanzaban, punto en blanco, a mil varas: mientras los expresos o de combate, que llevábamos nosotros, sólo estaban graduados para trescientas cincuenta, siendo pura cuestión de apreciación su puntería en mayores distancias; pero, por otra parte, si daban en el blanco, sus balas expansivas hacían más probable que cayese la pieza. La elección se hacia difícil de decidir; pero me resolví a correr el riesgo de la puntería, y elegí los expresos.

-Elija cada cual el animal que tiene al frente. Apunte bien al centro del brazuelo, levante algo el arma y tú, Umbopa, da la voz de fuego, para que disparemos al mismo tiempo.

Hubo un momento de silencio; cada uno apuntó lo mejor que pudo, como se hace cuando la vida depende de la certeza del ojo y la firmeza de la mano.

-¡Fuego!- dijo Umbopa en zulú, y casi al mismo tiempo las detonaciones de los tres rifles resonaron estrepitosamente; tres nubes de humo interceptaron por un instante nuestras miradas, y centenares de ecos repercutieron sobre la silenciosa nieve. El humo se disipó, y vimos -¡oh dicha!- un hermoso animal revolcándose en el suelo, mortalmente herido. Arrojamos un grito de júbilo, estábamos salvados, el hambre no nos mataría. A pesar de nuestra extremada debilidad, descendimos rápidarnente el nevado declivio, y diez minutos después de haber disparado, el corazón y el hígado de nuestra presa humeaban a nuestra vista. Pero se nos presentó otra nueva dificultad; no había allí ninguna especie de combustibles, y, por consiguiente, no podíamos hacer fuego para cocerlos. Nos miramos unos a otros enteramente

desanimados, y Good dijo:- Los que se están muriendo de hambre, no deben andar con remilgos; comeremos carne cruda.

Esta era la única solución del dilema, la que, a cansa de nuestra roedora hambre, no nos pareció tan desagradable como a primera vista, pudiera creerse. Cogimos, pues, el corazón y el hígado y los pusimos a enfriar, enterrándolos por cortos ninutos en la nieve; en seguida los lavamos con la helada agua del arroyuelo y los devoramos ávidamente. Parecerá horrible y repugnante mi aserción; pero, hablando honradamente, debo afirmar que nunca bocado alguno me supo tan sabroso como aquellas entrañas crudas. Un cuarto de hora más tarde éramos otros hombres. La sangre, circulando con creciente vigor por nuestros cuerpos, llevaba calor a los entumecidos miembros; las arterias, acentuaban más, y más sus latidos hasta que adquirieron sus habituales pulsaciones, y, por fin, completamente reanimados, volvimos a la vida, recuperando con ella, nuestra extinguida energía. Sin embargo, no ignorando los peligros a que nos exponía una comida excesiva, refrenamos nuestro voraz apetito y la suspendimos cuando aún estábamos hambrientos.

-¡Gracias a Dios! - exclamó sir Enrique; ese bruto nos ha salvado la vida.

-Quatermain, ¿qué clase de animal es?

Me acerqué al antílope para exarninarlo de cerca, porque no estaba muy seguro de que lo fuera. Era próximamente del tamaño de un asno y estaba armado con un par de grandes y encorvades cuernos. Nunca los había visto semejantes, siendo su especie nueva para mí. Cubríalo una piel gruesa de color obscuro y listada con un rojo apagado. Después averigué que los nativos de aquel maravilloso país lo llamaban «inco», escaseaba mucho y sólo se encontraba en elevadas altitudes, donde ningún otro animal podía vivir. Había sido herido en la parte alta del brazuelo; y, aunque era imposible saber quien de los tres merecía los honores de tan acertado balazo, creo que Good, orgulloso de su habilidad en la aventura de la jirafa, lo contó para sí entre sus proezas, lo que por nuestra parte no quisimos ni siquiera discutir.

Estuvimos al principio tan ocupados en satisfacer las urgentísimas demandas de nuestros vacíos estómagos, que no tuvimos tiempo para hacernos cargo del paraje donde nos hallábamos. Pero atendidas aquellas, y mientras Umbopa cortaba de las mejores partes del animal tanta carne como podíamos cargar, nos dedicamos a reconocer nuestros alrededores. El sol estaba bastante alto; eran las ocho de la mañana, y sus rayos, desvaneciendo completamente la neblina, nos permitió abarcar de una sola ojeada el maravilloso panorama que se desplegaba ante nuestra atónita mirada. Nunca había visto cosa parecida ni creo la volverá a contemplar.

A nuestra espalda, erguíase, hacia el cielo el nevado Sheba, y a nuestras plantas, próximamente a unos cinco mil pies, dilatábase hasta el lejano horizonte una grandiosa campiña de exhuberante ferocidad. Aquí se veían tupidos bosques de gigantescos árboles, y ora lamiendo sus bordes, ora ondulando por el desmontado suelo, descubríase allá, cual ancha cinta de plata, la mansa, y caudalosa corriente de un río. A la izquierda se extendía una vasta y ligeramente ondeada llanura cubierta de hierba, donde pastaban innumerables rebaños de animales, que, a la distancia a que estábamos, no podíamos distinguir. Esta llanura parecía cerrada por una elevada y distante cordillera. A la derecha el terreno, era mas accidentado; alzábanse numeroras y aisladas colinas, entre las cuales se veían perfectamente, grandes porciones de tierra cultivada, y al lado de éstas aldeas de chozas de techo cónico. La comarca entera aparecía a nuestra vista cual un inmenso mapa, en el que los ríos se deslizaban como serpientes de luciente cristal y los alpinos picos se destacaban altivos y salvajes, coronados con sus eternales nieves; mientras, vivificándolo todo, por doquiera se derramaba la alegre luz del sol y el fecundo aliento de la Naturaleza.

Al examinar aquella privilegiada comarca, dos cosas llamaron nuestra atención. Primero: que el nivel general estaba, por lo menos, a cinco mil pies sobre el del desierto; y segundo: que todos los ríos corrían de Sur a Norte. Como amarga experiencia nos enseñaba, ni una gota de agua bajaba hacia las faldas meridionales de la inmensa cor-

dillera, mientras por la opuesta se deslizaban infinidad de arroyos, en su mayoría para morir en el gran río, cuyo retorcido cauce seguíamos con la vista hasta perderse en el horizonte.

Nos sentamos por un rato, y silenciosos, contemplamos la belleza de aquella vista maravillosa. Pasados algunos minutos, sir Enrique preguntó:

-¿No hay algo en el mapa respecto al gran camino de Salomón? Hice un movimiento afirmativo con la cabeza sin apartar los ojos del lejano paisaje.

-Pues bien; ¡védlo aquí!- dijo señalando hacia nuestra derecha.

Good y yo seguimos con la mirada la dirección que nos indicaba, y, en efecto, vimos una especie de carretera que, dando vueltas, y revueltas, descendía hacia la llanura. No lo habíamos observado desde el principio, porque al llegar a ésta, desaparecía detrás de un terreno bastante accidentado. No nos sorprendimos mucho; por lo menos, hablamos poco respecto a aquel nuevo descubrimiento, y es que, acostumbrándonos a lo maravilloso, no nos parecía ya causa de asombro el encontrar algo semejante a una vía romana en aquella extraña comarca. Aceptamos sencillamente el hecho y no pasamos a ninguna consideración.

-Está bastante cerca, si cortando por la dereha nos dirigimos hacia ella. ¿No creéis que lo mejor sería hacerlo así, sin perder más tiempo? -dijo Good.-El consejo era prudente y, tan pronto como nos lavamos caras y manos en el arroyuelo, lo pusimos en ejecución. Caminamos una milla, poco más o menos, por encima de grandes trozos de lava y a través de porciones del declivio cubiertas de nieve, hasta que, repentinamente, al asceuder una pequeña eminencia, apareció el camino a nuestros mismos pies. Era una magnífica carretera, cortada a pico en la dura roca de unas diecisiete varas de ancho y aparentemente en muy buen estado; pero lo raro de ella consistía en que, al parecer, arrancaba de aquel mismo lugar; y, en efecto, cuando descendimos a su solado piso, vimos que a unos cien pasos de nosotros se

perdía en la pedregosa y en parte nevada ladera de la enorme montaña.

-¿Quatermain, qué piensa usted de esto?- preguntóme sir Enrique?

No sabía qué contestarle, cuando Good exclamó:

-¡Ya lo sé! no cabe la menor duda; el camino cruzaba la cordillera y continuaba por el desierto; pero las arenas de éste lo han cubierto completamente en aquel trayecto, y a partir de aquí hacia arriba, ha sido destruído por una erupción volcánica de lava fundida. La explicación nos pareció bastante buena, y aceptándola como tal, proseguimos nuestro descenso. Ahora el asunto cambiaba de aspecto, ya no se trataba de subir hambrientos y casi helados por la nevada pendiente de desolada montaña; no marchábamos cuesta abajo por una soberbia carretera y con el estómago repleto. Si no hubiera sido por los tristes recuerdos de la muerte del pobre Ventvögel y de aquella horrenda gruta en donde hacía compañía al antiguo fidalgo, creo que nuestro contento se hubiera manifestado ruidosamente, a pesar de los peligros que presentíamos no lejano porvenir. A cada, milla que adelantábamos el aire se hacía más suave y balsámico, y el país hacia donde caminábamos exhibía mayores bellezas. En cuanto a la carretera, diré que nunca había visto obra igual de injeniería; pero sir Enrique nos dijo era muy parecida a la de San Gotardo en Suiza. Ninguna dificultad detuvo al ingeniero de los pasados tiempos que la proyectó. Llegamos a un sitio en donde la cortaba un inesperado valle de trescientos pies de anchura y ciento de profundidad. El camino salvaba esta enorme grieta por encima de un muro colosal, edificado, al parecer con grandes sillares y horadado en su parte inferior por bien delineados ojos que daban paso a las aguas. En otro lugar estaba construído un zis-zás,en las paredes de un precipicio de quinientos pie de profundidad; y más adelante atravesaba, por un túnel de treinta o más varas de longitud, la base de una estribación de la cordillera que le cerraba el paso.

Las paredes de este túnel estaban decoradas con muchos relieves perfectamente concluídos, y que en su mayoría representaban guerreros cubiertos por cotas de malla, guiando sus carros de combate. Uno de estos trabajos, de exquisito mérito, detallaba todos los episodios de una batalla, y un convoy de cautivos que se alejaba del campo.

Sir Enrique, después de haber examinado detenidamente aquellas creaciones del arte de los antiguos, dijo:

-Paro porque se llame a esta carretera el Camino de Salomón; pero en mi humilde juicio, creo que los egipcios han estado aquí, antes que los súbditos de aquel rey hayan puesto el pie en estas comarcas. Si estos relieves no son trabajos egipcios, no hay cosa que más se les parezca.

Hacia el medio día habíamos descendido bastante y comenzamos a encontrar señales de una vegetación más vigorosa. Primero aparecieron algunos grupos separados de pequeños arbustos, a poco se hicieron más numerosos y grandes, y, por último, el camino atravesaba por una hermosa alameda de árboles de plateadas hojas, semejantes a los que crecen en las faldas de la Montaña de la Mesa, cerca de la Ciudad del Cabo. Jamás en mis numerosas excursiones los había encontrado fuera del citado lugar, y su aparición me sorprendió en extremo.

Good, quien contemplaba estos árboles de hojas brillantes, con marcado entusiasmo, exclamó:

-¡Bravo! ya tenemos leña, y mucha; detengámonos y preparemos una buena comida; por mi parte juro que he digerido toda mi ración de carne cruda.

Nadie se opuso a esta idea: por consiguiente, apartándonos del camino, nos acercamos a un arroyuelo que corría por sus imnediaciones, y bien pronto varias ramas secas ardían en una buena hoguera. Cortamos hermosas magras de la carne que traíamos, y después de asarla al estilo de los kafires, esto es, colocándola en la aguzada punta de una vara, las comimos con sin igual deleite. Satisfecho el apetito, encendimos nuestras pipas y nos tendimos sobré el césped, abando-

nándonos completamente a una felicidad tan grande, cuanto duras habían sido las miserias y penalidades que apenas acabábamos de arrostrar.

El alegre murmurar del arroyuelo, que, estrechado entre orillas cubiertas por tupida capa de hiedra, huía raudo de nosotros; los vagos rumores con que el aire mecía las argentadas hojas de la arboleda, el lejano arrullo de las tórtolas, los pajarillosde brillante plumaje revoloteando ligeros y graciosos de rama, en rama, todo, en fin, contribuía a hacernos creer habíamos llegado a un paraíso.

La magia del lugar, combinada con la abrumadora reminiscencia de los pasados peligros y la satisfacción de nos sumieron en una especie de religioso silencio. A poco, sir Enrique y Umbopa, sentados a corta, distancia de mí, empezaron a conversar en una jerigonza, mitad inglesa y mitad zulú, con voz baja, pero con mucho interés; mientras yo, con los ojos medio cerrados los observaba desde mi mullido y fragante lecho de hidra. De pronto noté que Good había desaparecido, y al buscarle con la mirada, lo descubrí sentado a la orilla de la corriente, en donde se acababa de bañar. Sólo tenía puesta la camiseta, y, habiendo reaparecido sus naturales hábitos de extremada pulcritud, se entregaba completamente a los cuidados del más minucioso tocado. Había lavado su cuello de celuloide, sacudido cuidadosamente sus pantalones, chaqueta y chaleco, y actualmente se ocupaba de doblarlos con el mayor esmero, moviendo desconsoladamente la cabeza a la vista de sus numerosas roturas y de nuestras penosas jornadas, colocándolos a un lado, hasta que estuviese dispuesto para vestirse de nuevo. En seguida cogió sus botas, las restregó con un puñado de hiedra, y,finalmente, las frotó con un poco de grasa, que había sacado con ese objeto de la carne del inco, hasta dejarlas algo presentables. Terminada esta tarea, sacó de su pequeño saco de mano un peine de bolsillo, en el que había fijo un diminuto espejo, del cual se sirvió para su propio examen. Aparentemente no quedó satisfecho, pues procedió en seguida a peinarse cuidadosamente, y volvió a contemplarse en imágen por corto tiempo, dando señales ciertas de no encontrarse aún a su

agrado. Llevóse la mano a la cara y tentóse su barba de diez días. «No, no creo trate de afeitarse» pensé; pero me equivocaba. Volvió a coger el pedazo de grasa con que habia sacado lustre a sus botas, y lo lavó cuidadosainente en el arroyuelo; hecho esto, registró de nuevo su saco de mano y extrajo de el una navaja, también de bolsillo, con el filo resguardado por dos piezas de metal, como las que usan los que temen cortarse o los que viajan por mar. Entonces se frotó enérgicamente los lados de la cara y barbilla con la grasa, y comenzó a raparse; pero, sin duda, el procedimiento era algo doloroso, a juzgar por sus visajes y gemidos; y mientras él luchaba con los rebeldes cañones de su barba, yo reventaba de la risa que casi no podía contener. Parecíame excesivamente raro que un hombre se ocupara de afeitarse jabonándose con grasa, en un lugar como aquél, y en la situación en que nos encontrábamos. Por fin había logrado afeitarse el lado derecho de su cara y barbilla, cuando repentinamente vi algo relumbrante que pasó velozmente, por encima de su cabeza y casi rozando con ella.

Good, de un salto, se puso de pie lanzando un enérgico juramento (si su navaja no hubiera sido de seguridad, indudablemente, se habría cortado la garganta); y lo mismo hice yo, salvo el voto, y he aquí lo que vimos. A diez pasos del capitán y veinte de mí, formando un grupo, estaban varios hombres de elevada estatura, color cobrizo, adornados algunos con grandes plumeros negros, y envueltos en unas cortas capas de pieles de leopardo. Enfrente de ellos un joven de unos diecisiete, años, con la mano en alto y el cuerpo inclinado hacia adelante, guardaba la misma actitud de la estatua griega de un guerrero al despedir su dardo. No cabía duda, el relámpago que me había sorprendido era efecto de un arma, y él, quien la había arrojado.

A tiempo que los veía se destacó del grupo un viejo de aspecto marcial y, cogiendo al joven por un brazo, le dijo algunas palabras, después de lo cual avanzaron todos hacia nosotros.

Sir Enrique, Good y Umbopa ya habían echado mano de sus rifles y los levantaron con aire amenazador, apuntando al grupo, que continuó acercándose sin dar la más mínima muestra de desconfianza.

Comprendí no sabían lo que era un rifle, pues de lo contrario no los hubieran mirado con tanto desprecio. Convencidos de que nuestros únicos medios de salvación consistían en tratar amistosamente con aquellos nativos, grité a los míos: «bajad las armas», y saliéndoles al encuentro, dije en zulú, pues no sabía qué dialecto emplear, dirigiéndome al citado viejo:

- ¡ Salud !

Confuso quedé al notar que me entendió perfectamente, y mucho más al oir su contestación, dicha, no precisamente en este dialecto; pero sí en uno tan parecido, que ni Umbopa ni yo tuvimos dificultad para comprenderla. Y, en efecto, más tarde descubrí que el idioma de aquel pueblo era una especie de antiguo zulú y guardaba, con éste la misma relación que se observa entre el castellano de la Edad Media y el del siglo actual.

-¡Salud! ¿De dónde venís? ¿Quiénes sois y por qué tres de vosotros tenéis la cara blanca y la del cuarto (señalando, a Umbopa,) es del mismo color que las de los hijos de nuestras madres? Miré a éste y me chocó la verdad de la observación: el tinte de su rostro y el desarrollo de su estatura eran idénticos a los de aquellos hombres; pero no tenía tiempo para reflexionar, sobre tal coincidencia, y volviendo la vista hacia mi interlocutor, le contesté con sosegado acento para que pudiese entenderme:

-Somos extranjeros, venimos de paz y este hombre es nuestro esclavo.

-Mientes, ningún extranjero puede cruzar las montañas donde todo muere. Pero qué importan tus falsedades; si sois extranjeros vais a morir, porque ninguno puede pisar impunemente la tierra de los kukuanos. Tal es la orden del rey. Así, pues, ¡oh extranjeros! preparaos a recibir la muerte.

Este discurso me alarmó bastante, y mucho más al notar que varios de sus acompañantes llevaron las manos a sus costados, de donde pendian una especie de grandes y pesados cuchillos.

-¿Qué dice ese desastrado? - preguntóme Good.

-Dice que vamos a ser descuartizados.

-¡Válgame Dios! - exclamó lleno de sobresalto; y llevándose la mano a la boca, como acostumbraba hacer siempre que se encontraba perplejo, cogió los dientes superiores y extrajo la caja de su sitio, al que la volvió inmediatamente, produciendo un chasquido con la lengua. Nunca ha ocurrido cosa más afortunada; pues los graves kukuanos, al ver aquello, retrocedieron en masa dejando escapar un grito de horror.

-¿Qué pasa?- preguntó.

-Los dientes de Good - dijo en voz baja sir Enrique, y con alguna excitación. - Creo que los ha movido. ¡Quíteselos, Good, quítese ambas dentaduras!

El capitán obedeció sin titubear, escondiéndolas dentro de una manga de su camiseta.

Pasado un instante, la curiosidad venció al temor, y, volvieron a acercarse poco a poco, en apariencia olvidados de las bondadosas intenciones que habían tenido para nosotros.

-¡Oh extranjeros! ¿Es, posible haya un hombre como éste - dijo el viejo con solemne acento y señalando a Good; - el del cuerpo cubierto y desnudas las piernas, con pelo en un lado de la cara y sin él en la otra, que tenga un ojo brillante y transparente, y dientes movibles que abandonen la quijada y vuelvan a ella obedientes a su voluntad?

-Abra la boca - dije a Good, quien, contrayendo los labios semejante a un perro furioso, mostró- las desnudas y apretadas encías a la asamblea, que, asustada, exclamó:

-¿Dónde están los dientes? ¡Los hemos, visto antes con nuestros propios ojos!- Entonces Good, girando lentamente la cara a un lado, con un gesto de marcado desprecio, se llevó de nuevo la mano a la boca; en seguida, volviéndose al auditorio, repitió la misma mueca, exhibiendo las dos hileras de su magnífica dentadura.

El joven que le había lanzado el cuchillo, se echó sobre la hierba, despavorido, y gritando como un energúmeno; en cuanto al caracterizado nativo, al parecer jefe de los demás, dijo con apagado acento y

vacilando sobre sus trémulas rodillas que el miedo hacía chocar violentamente:

-Bien veo que, no soís seres de este mundo, pues ¿es posible que hombre, nacido de mujer tenga pelos en un lado de la cara y no en el otro, un ojo redondo y transparente o dientes que se mueven, desaparecen y vuelven a aparecer? Perdonadnos ¡oh sí! poderosísimos señores.

La suerte no podía brindarnos nada más oportuno para nuestros proyectos; así es que, aprovechando la ocasión, le contestó sonriendo majestuosamente.

-Os lo concedo: aún más, vais a saber la verdad. Venimos de otro mundo, aunque somos hombres como vosotros; sí: hemos bajado de la estrella más grande que resplandece por la noche.

-¡Oh! ¡oh!- exclamaron en coro los atónitos aborígenes.

-Sí, así es. Os hemos querido favorecer con nuestra presencía y estarermos por corto tiempo entre vosotros. Bien veis, amigos, que he querido propararme aprendiendo vuestro idioma.

-Verdad es, verdad es – dijeron todos a la vez. -Solamente, señor- observó el viejo nativo; que los has aprendido muy mal.

Le lancé una mirada de indignación, que le hizo temblar y continué:

-Ahora, amigos míos, bien podéis comprender que después de tan largo viaje, debemos sentirnos ofendidos por la manera cómo se nos ha recibido, y desear vengarnos castigando con la muerte al que con mano impía osó arrojar un cuchillo a la cabeza de aquel cuyos dientes desaparecen y aparecen.

-Perdonadles, señores - suplicó el mismo viejo humildemente; -es el hijo del rey, y yo soy su tío. Si algo le acontece, mi sangre responderá por él.

-Sí, soy el hijo del rey- dijo enfáticamente el joven.

Yo continué, sin dar ímportancía a esta aserción :

-Tal vez dudéis de nuestro poder para vengarnos. Esperad, os lo voy a mostrar. Vén, miserable esclavo (dirigiéndome a Umbopa, con

imperioso acento e indicándole mi rifle con una rápida guiñada.); dáme el mágico tubo que truena.

Umbopa, haciendo admirablemente su papel, con una ligera contracción de los labios algo semejante a una sonrisa y como jamás había visto en su grave y altivo rostro, me presentó el rifle, diciendo humildemente:

-Aquí lo tenéis, ¡ oh señor de los señores!

Justamente antes de pedir mi rifle- había visto un antílope pequeño sobre unas rocas a setenta varas, poco más o menos de nosotros, y lo elegí para blanco de mi experimento.

-¿Veis aquel pequeño, animal, allí sobre la roca? ¿Puede algún hombre, nacido de mujer matarlo desde aquí, haciendo un gran ruido?
- Es imposible, señor- contestó el viejo,- ¡Pues yo lo mataré!

El viejo se rió al oir mi afirmación.

-Eso, mi señor, no puede hacerlo.

Levanté el rifle y apunté al animal, que era lo suficientemente pequeño para quedar excusado si lo erraba; pero puse mis cinco sentidos en aquel tiro, pues conocía la inmensa importancia de acertarlo.

Contuve el aliento, y tiré suavemente del disparador. El antílope estaba completamente inmóvil.

Sonó la detonación. El pobre animal dio un salto y cayó sobre las rocas muerto como una piedra, y los nativos, agrupados delante de mí, arrojaron un grito de terror.

-Si necesitáis carne, íd y recogedla- les dije con frialdad.

El viejo hizo un gesto, y uno de los de su séquito partió, regresando en seguida con el muerto animal, que vi con satisfacción, había herido detrás del brazuelo. Todos rodearon a la victima de mi rifle y examinaron consternados el sangriento agujero abierto por la bala.

-Ya veis, mis palabras no son vanas.

Todos callaron.

-Si aún dudáis de nuestro poder, íd uno de vosotros a aquellas rocas y haré con él lo mismo que hice con ese animal.

Ninguno pareció dispuesto a sufrir la prueba; sin embargo, a poco el hijo del rey dijo:

-Bien dicho. Házlo, tío, vé y pónte de pie sobre la roca. El mágico ha matado a un animal pequeño; seguro estoy de que no puede matar a un hombre.

El tío no pareció dispuesto a complacer al sobrino y contestó apresuradam ente:

-¡No! ¡no! Mis viejos ojos han visto bastante. Estos hombres son hechiceros sin duda alguna. Vamos a conducirlos a la presencia del rey. Sin embargo, si alguien quiere más pruebas, vaya él mismo a ponerse de pies sobre la roca, para, queel tubo mágico le hable.

Todos se apresuraron a manifestar su convicción, renunciando terminantemente la tal prueba.

-No es necesario, buenos magos, que malgastéis vuestro poder sobre nuestros pobres cuerpos dijo uno de ellos;- estamos satisfechos. Toda la brujería de nuestro pueblo no puede hacer cosa parecida a la que acabamos de ver.

-Así es- observó el viejo aborígen con acento de completa satisfacción;- sin la mener duda, así es. Escuchadme, hijos de las estrellas, hombre del ojo brillante y de los movibles dientes, los que rugen como el trueno y matan desde lejos. Yo soy Infadús, hijo de Kafa, en un tiempo rey de los kukuanos. Este joven es Scragga, hijo de Twala, del gran rey Twala, el esposo de un millar de mujeres, jefe y señor supremo de los kukuanos, el guardián del gran camino, terror de sus enemigos, investigador de las ciencias ocultas, caudillo de cien mil guerreros, Twala el Tuerto, el Ceñudo, el Terrible.

-Entonces- le dije arrogantemente, -guíanos hasta Twala. No queremos hablar con plebeyos, ni subalternos.

-Muy bien, mis señores, os obedeceré, pero la distancia es larga. Estamos a tres jornadas del lugar en donde el rey reside. Dignaos tener paciencia, señores, y os guiaremos hasta él.

-Sea como tú dices; el tiempo no nos apura, porque nuestros días no están contados; somos inmortales. Puedes emprender la marcha,

vamos a seguirte. ¡Pero tened cuidado, Infadús, y tú, Scragga! No tratéis de armarnos celadas, no queráis tendernos lazos, porque antes que vuestros cerebros de cieno lo hayan pensado, nosotros lo sabremos y nadie os evitará un cruel castigo. La luz del ojo transparente, del de las desnudas piernas y medio cabelludo rostro os aniquilará, y destruirá toda vuestra tierra: sus movibles dientes se clavarán profundamente en vuestras carnes y devorarán a vosotros, a vuestras mujeres e hijos; y los tubos mágicos os hablarán ruidosamente dejando vuestra piel como una criba. ¡Tened auidado!

Esta magnifica arenga no dejó de producir su efecto; aunque casi era innecesaria, pues nuestros amigos estaban ya en extremo impresionados con nuestro poder.

Infadús se inclinó en sumisa reverencia pronunciando con voz baja la palabra «Kum, Kum», que más adelante supe era el saludo real de su pueblo, correspondiente al «Bayete» de los zulús, y volviéndose, habló a los que le acompañaban. Estos procedieron en seguida a recoger todos nuestros efectos para conducírnoslos, con la excepción de las armas de fuego, que por ningún concepto se atrevían a tocar. También echaron mano a la ropa de Good, que como recordará el lector, la tenía a su lado cuidadosamente doblada. El quiso impedirlo y la asió con ese objeto, lo que dio lugar a un fuerte altercado.

-No permitáis que se míoleste mi señor del ojo transparente, y de la dentadura que se desvanece - dijo el viejo. - Sus esclavos cuidarán de esas cosas.

-Pero es que necesito vestirme- exclamó Good con furioso acento.

Umbopa tradujo sus palabras.

-Nunca., señor- contestó Infadús,- quiera ocultar sus preciosas piernas blancas (aunque era, trigueño, Good tenía la piel de un blanco muy delicado), de la vista de sus siervos. ¿Hemos acaso ofendido a mi señor para que quiera hacer tal cosa?

Estuve a punto de reventar de risa, y más cuando oí a Good exclamar, al ver que un nativo se alejaba con ella.

-¡Maldición! Ese canalla de negro se ha llevado mis pantalones.

-Good, óigame- dijo sir Enrique; - usted ha aparecido en este país bajo un aspecto especial y ya debe sostener su papel. No creo que le convenga ponerse los pantalones; así, pues, de hoy en adelante tiene que pasárselas en camiseta, con botas y el lente.

-Sí- continué yo;- y con un lado de la cara afeitado y el otro no. Si usted altera su actual apariencia, creerán que somos unos impostores. Lo siento mucho; pero hablando seriamente, debe hacerlo así. Es preciso evitar la más mínima sospecha; de lo contrario, nuestras vidas no valen ni un maravedí.

-¿Usted lo cree realmente así?- preguntóme con triste resignación.

-Cierto que lo creo. Sus preciosas piernas blancas y lente son ahora las cosas más características de nuestra partida, y como dice sir Enrique, debe pasárselo de esta manera. De gracias al CieIo por tener calzadas las botas y porque la temperatura es bastante templada.

Good suspiró y no hizo réplica alguna; pero necesitó de dos semanas para acostumbrarse a su nuevo atavío.

VIII
EN LA TIERRA DE LOS KUKUANOS

Toda aquella tarde marchamos por el magnífico camino, que se dirigía de éstos a unos cien pasos delante de nosotros. Rompiendo el silencio que desde el constantemente hacia el Noroeste, con Infadús y Scragla a nuestro lado y la comitiva principio de la marcha observábamos, entablé con Infadús la siguiente plática:

-Infadús, ¿quién hizo este camino?

-Este eamino, señor, fue construido en remotos tiempos, nadie sabe cuándo ni cómo, ignorándolo la misma Gagaula, cuya vida cuenta muchas generaciones. Nadie entro nosotros es lo suficientemente viejo para haber presenciado su construcción, ni nadie hay ahora que pueda hacer obras iguales a ésta; pero el rey la conserva, no consintiendo que la hierba eche raíces en su blanco pavimento.

-¿Y qué mano dibujó los signos sobre los muros de la cueva por donde pasa?- volví a preguntar, refiriéndome a los relieves, al parecer egipcios, que habíamos visto.

-Señor, la misma mano que abrió en la roca este camino, trazó aquellos signos maravillosos. No sabemos quién los hizo.

-¿Cuándo vino el pueblo kukuano a estas comarcas?

-Nuestra raza, señor, abandonando las grandes tierras que hay allá lejos- y apuntaba hacia el Norte,- bajó a estas llanuras, arrollándolo todo cual impetuoso torrente, hace diez mil miles de lunas. Esas altas montañas cubiertas de nieve- y señaló a las heladas cumbres,- testigo de nuestros horribles sufrimientos, contuvieron su empuje, según cuentan viejas tradiciones que de generación en generación han llegado hasta nuestros oídos, y dice Gagaula, la sabia, la hechicera. Detenidos por esa infranqueable barrera, y viendo que este país era muy bello y rico, decidieron establecerse aquí, donde creciendo en fuerza y poderío, son sus hijos tan numerosos como las arenas del

mar, y hoy, a la voz de Twala, el rey, sus regimientos, cubren con sus plumeros la llanura en todo cuante la vista de un hombre puede abarcar.

-Y si vuestra tierra está encerrada entre montañas que nadie puede atravesar, ¿dónde está el enemigo que vuestros regimientos deben combatir?

-Os equivocáis, señor; nuestro país, es completamente abierto hacia allá- volviendo a indicar al Norte;- y de cuando en cuando, nubes de guerreros de una tierra desconocida, lo invaden para morir a nuestras manos. Como la tercera parte de la vida de un hombre habrá que tuvimos una terrible guerra. Muchos millares de los nuestros perecieron en ella, pero destruimos a todos los que venían a devorarnos. Después no nos han vuelto a atacar.

-¿Vuestros guerreros, por consiguiente, deben aburrirse del forzado reposo de sus lanzas?

-Señor, apenas destruimos al pueblo que como manada de lobos cayó sobre nosotros, tuvimos otra guerra; pero fue una guerra civil, de perro contran perro.

-¿Cómo así?

-El rey, mi hermano por parte de padre, señor, tenía un hermano gemelo llamado Imotu. Es costumbre entre nosotros, cuando tal suceso ocurre, matar al más débil de los dos recién nacidos; pero la madre del rey no lo hizo así, y llevada de la pena que esto le causaba, ocultó al que debía morir, al que hoy es Twala, el rey.

-Bueno, ¿y qué?

-Kafa, nuestro padre, señor, murió cuando ya éramos hombres, y mi hermano Imotu, reconocido y proclamado como su sucesor, comenzó a reinar, teniendo algún tiempo después un hijo en su esposa favorita.

Cuando este niñio tenía tres años de edad, precisamente al final de la gran guerra que antes os he citado, se presentó una espantosa hambre, consecuencia de aquélla, pues por largo tiempo había impedido la siembra y recolección de los frutos, y el pueblo, exaltado por el

terrible azote parecía encolerizado león dispuesto a desgarrar la primera presa que cayese bajo su poder. Entonces, aprovechando el instante en que la hambrienta multitud, medio rebelada, murmuraba de su rey, Gagaula, la mujer sabia y terrible, la que nunca muere, gritó a los amotinados: «El rey Imotu no es vuestro rey»; entrando en seguida en una choza, sacó de ella a Twala, a quien babía guardado oculto desde su nacimiento, y arrancándole el «moocha» o ceñidor que cubría su cintura, mostró al pueblo kukuano la marca de la sagrada serpiente en derredor de su talle, con la cual se señala, al hijo primogénito del rey a poco de nacer, y volvió a exclamar con robusto acento: «¡ Véd aquí vuestro rey, a quien he salvado para vosotros!

El pueblo, ignorando la verdad y arrastrado por el hambre, que le obscurecía la razón, exclamó: ¡El Rey! ¡El Rey! pero yo sabía que todo era una impostura; nuestro hermano Imotu era el mayor de los gemelos, y por consiguiente el verdadero rey. Creció el tumulto y estaba en su apogeo cuando éste, que se encontraba herido y muy enfermo en su cabaña, salió de ella apoyándose en el brazo de su esposa, andando lenta y penosamente, y seguido de su pequeño Ignosi (el relámpago).

-¿Qué significa este alboroto?- Preguntó. - ¿Por qué gritáis: ¡El Rey! ¡El Rey!? entonces Twala, su propio hermano, el que había nacido en la misma hora y de la misma mujer, corrió a él, y asiéndolo por el cabello le atravesó el corazón con su cuchillo. El pueblo, voluble por naturaleza y dispuesto siempre a rendir sus homenajes al sol que se levanta, aplaudió estrepitosamente, vociferando: ¡Twala es rey! ¡Viva Twala! ¡Ahora, todos sabemos que Twala es rey!

-¿Y cuál fue la suerte de la esposa de Imotu y de su hijo Ignosi? ¿También Twala les mató?

-No, mi señor. Cuando ella vio que su amo y esposo había sido muerto, cogió a su hijo, y dando un grito terrible, huyó de allí. Dos dias mas tarde se acercó a un kraal impulsada por el hambre, y nadie quiso darle un trago de leche o alimento alguno; su esposo el rey había muerto, era una infortunada, y los hombres odian el infortunio; sin embargo, a la caída de la noche, una muchacha, casi una niña, salió

en su busca y le llevó algo que comer; ella bendijo a la compasiva niña y se dirigió con su hijo hacia las montañas antes que el sol apareciera sobre el horizonte, en donde deben haber perecido, despues nadie desde entonces ha vuelto a ver a ella ni al pequeño Ignosi.

¿De manera que si ese Ignosi hubiera vivido, él sería el verdadero rey del pueblo kukuano?

-Así sería, mi temido señor; la serpiente sagrada rodea su cintura. Si vive, es nuestro rey; pero ¡ ay! largo tiempo hace que ha muerto.

En este instante llegamos a la vista de una aldea compuesta de numerosas chozas, rodeada por una empalizada que defendía un ancho y profundo foso.

-¿Veis ese kraal, señor? Pues en ese mismo fue en donde se vio por la última vez a la esposa e hijo de Imotu, y en él vamos a dormir esta noche, si es que acaso- añadió con cierto acento de duda,- duermen mis señores en este mundo.

-Cuando estamos entre los kukuanos, amigo Infadús, hacemos exactamente lo mismo que los kukuanos hacen- le dije con majestuoso acento, y volviéndome de pronto para hablar a Good, quien, muy mal humorado y ocupado completamente en impedir que la brisa de la tarde jugase con el ruedo de su camiseta, caminaba detrás de nosotros, encontréme de manos a boca con Umbopa, que casi venía pisándome los talones y evidentemente había oído con el mayor interés mi conversación con Infadús. Su rostro mostraba la más curiosa expresión, y sugería la idea del hombre que lucha por traer a la memoria el recuerdo de algo, que cual vaga o indeterminada sombra, aparece y desaparece en las densas brumas del pasado.

Mientras tanto, descendíamos con paso rápido hacia la ondulante llanura. Las montañas que habíamos cruzado se alzaban altivas a nuestras espaldas, y los picos del Sheba aparecían modestamente envueltos en vaporosa neblina. A medida que nos internábamos en aquel país, crecían los encantos de su paisaje. La vegetación exuberante, pero no tropical, el sol resplandeciente y tibio, pero jamás abrasador, y la brisa suave y embalsamada por las fragantes plantas que enverde-

cían los repechos de las colinas, convertian esta tierra desconocida en una especie de paraíso terrenal. Nunca he visto un suelo tan privilegiado en belleza, riqueza natural y clima. El Transvaal es un precioso país, pero no vale nada comparado con Kukuana.

Al emprender la marcha, Infadús había despachado un correo para el kraal, que entre paréntesis pertenecía a su mando militar, dando aviso de nuestra llegada. El correo había partido a la carrera con extraordinaria velocidad, la que, según me dijo Infadús, sostendría en todo el camino, estando como estaban muy acostumbrados a este violento ejercicio que practicaban mucho los de su nación.

Cuando distinguimos el kraal nos, apercibimos del resultado de este mensaje. Estábamos a dos millas de dicho lugar cuando vimos salir por sus puertas, compañía tras compañía, una numerosa tropa que se dirigió a nuestro encuentro.

Sir Enrique me cogió por un brazo y me observó que parecía íbamos a encontrarnos con una recepción, nada de nuestro agrado. Algo en su tono atrajo la atención de Infadús, que dijo apresuradamente:

-Nada teman mis señores, en mi pecho no habita la perfidia. Ese regimiento está bajo mi mando y, obedeciendo a mis órdenes, viene a rendiros los honores que merecéis.

Contestéle con un tranquilo movimiento de cabeza, por más que en mi interior nada tranquilo me sentía.

A media milla de las puertas del kraal, arrancaba del camino en muy suave pendiente, un despejado campo, y en él se situaron las compañías. Espléndido espectáculo presentaban los trescientos hombres que contaba cada una, con sus brillantes lanzas y ondulantes penachos, al desfilar para ir a establecerse en los puestos que les correspondían. Al llegar nosotros al citado lugar, doce compañías estaban ya alineadas a lo largo del camino, presentando una fuerza efectiva de tres mil seiscientos hombres.

Seguimos avanzando y cuando estuvimos cerca de la primera compañía pudimos contemplar, llenos de asombro, el conjunto más

espléndido de hombres que jamás yo haya visto. Todos eran veteranos, como de cuarenta años de edad, y ninguno medía menos de seis pies de estatura. Llevaban en la cabeza grandes plumeros negros, ceñían la cintura y la pierna derecha por debajo de la rodilla con una serie de rodajas blancas, hechas de cola de buey, y tenían en la mano izquierda, escudos redondos, próximamente de veinte pulgadas de diámetro. Estos escudos eran muy curiosos: estaban formados por tina plancha de hierro y forrados con una piel de buey tan blanca como la leche. Las armas ofensivas de estos soldados eran tan sencillas como terribles; consistían en una lanza, con moharra de doble filo, de seis pulgadas de anchura en su parte mayor y asta de madera, y tres grandes cuchillos, cada uno de peso de dos libras. Las lanzas no eran armas arrojadizas; como el «bangwan» o azagaya de combate de los zulús, sólo se emplea en las luchas cuerpo a cuerpo, y las heridas que causa son horribles. Llevaban los cuchillos, uno en la especie de cinturóque ya he descrito y otros dos en el reverso del escudo. Estos cuchillos, llamados "tolas" entre ellos, hacen las veces de las azagayas arrojadizas de los zulús. Un guerrero kukuano puede lanzarlos con notable destreza a cincuenta varas de distancia, y en los combates acostumbran, al cargar sobre el enemigo, arrojárselos en disparo general, antes de cerrar con él.

Cada compañía, perfectamente alineada, parecía estar compuesta de estatuas de bronce; tal era la inmovilidad y silencio con que esperaban en su posición de firmes, hasta que conienzábamos a pasar por delante de ellos En este momento y a una señal de sus capitanes que, distinguidos por una zamarra de piel de leopardo, formaban al frente y centro de sus respectivas fuerzas, todas las lanzas se alzaban a un tiempo y trescientas gargantas confundían en un solo y estentóreo grito el «kum» con que saludan a sus reyes. Cuando rebasábamos la línea que cada una cubría cambiando de frente, venía a formar a nuestras espaldas, siguiéndonos en la marcha hacia el kraal, y en breve todo el regimiento «Gris» (llamado así por el color de sus escudos)

los triarios del pueblo kukuano, hacían vibrar el suelo bajo el golpe vigoroso de su uniforme paso.

Por fin,desviándonos del gran camino de Salomón llegamos al ancho foso que circundaba al kraal; por lo menos medía una milla de longitud y como desde lejos advirtiera, servía de defensa a una resistente palanquera de gruesos troncos.

Este foso estaba salvado en la puerta de la plaza por un puente levadizo algo primitivo, y al acercarnos a ella, su guardia lo dejó caer para franquearnos al entrada. El kraal estaba muy bien dispuesto; atravesábalo por el centro, de un extremo a otro, una espaciosa avenida, cortada en ángulo recto por varias calles transversales, de modo que las chozas se agrupaban en manzanas cuadradas, correspondiendo cada una a una sola compañía. Las chozas eran de forma cónica y, a la usanza de los zulús, estaban fabricadas con paredes de bien tejidos zarzos y buenos techos de hierba: pero, como aquéllas, no carecían de puertas, teniéndolas bastante grandes para que se pudiese entrar sin necesidad de bajarse. Eran, además, mucho mayores y las rodeaba una galería de seis pies de ancho, con piso de arena perfectamente apisonado. A lo largo de la avenida, atraídas por la curiosidad, se aglomeraban centenares de mujeres que, para ser africanas, tenían un aspecto en extrerno agradable. Altas y graciosas, con el cabello corto; pero más bien crespo que envedijado, ofrecían ejemplos muy frecuentes de facciones aguileñas, sin que las afeara el grueso y abultado labio que distingue a la mayoría de las razas de aquella parte del mundo. Sobre todo, lo que más nos llamó la atención, fue el aire digno y reposado con que nos observaban, dando con ello evidente prueba de tan buena educación, dentro de sus costumbres, como la que distingue a las damas más avezadas a la vida del buen tono; y difiriendo mucho en este particular de las zulús y de las masáis que habitan al Este de Zanzíbar.

La curiosidad las había traído hasta aquel lugar, pero ni una palabra, ni una contracción del rostro, nada, en fin, vimos en ellas a medida que cansados pasábamos por su frente, que pudiera hacer conocer la impresión que producíamos. Ni aun cuando Infadús les señalaba

con disimulado ademán, la maravilla de las preciosas piernas blancas del pobre Good, dejaban reflejar en la mirada, la intensa admiración que sin duda alguna debían de despertar en sus espíritus. Fijaban los negros ojos sobre sus alabastrinas formas y nada más; pero ésto era ya demasiado para el modesto marino.

Cuando llegamos al centro del kraal, Infadús se detuvo a la puerta de una espaciosa cabaña, rodeada a cierta distancia por otras más reducidas.

-Entrad, hijos de las estrellas, entrad y dignaos descansar un poco bajo nuestro humilde techo. En breve os traerán algunos alimentos para que el hambre no haga holgar los ceñidores que oprimen vuestras cinturas: alguna leche, alguna miel, una o dos terneras, y varios corderos; no lo mucho que yo quisiera; pero, al fin, lo escaso que puedo brindaros.

-Gracias, Infadús; ahora deja que descansemos de nuestro fatigoso viaje por las regiones de los aires.

En seguida entramos en la cabaña que encontramos convenientemente preparada para nuestro alojamiento. Varias camas de pieles curtidas nos ofrecían un lecho como hacía tiempo no teníamos, y vasijas llenas de agua limpia nos invitaban a librarnos del polvo de la jornada.

Apenas nos habíamos hecho cargo del local cuando oímos unos gritos afuera y yendo a la puerta vimos una hilera de damiselas que nos traían leche, harinas cocidas y un jarro de miel. Detrás de éstas varios mozos conducían una gorda ternera.

Recibimos el presente y uno de los jóvenes, desenvainando su cuchillo, degolló al animal, que en diez minutos estuvo desollado y descuartizado. Separada la mejor carne para nosotros, distribuí la restante, en nuestro nombre, a los guerreros que nos rodeaban, quienes se alejaron con ella para repartirse la dádiva de los blancos.

Umbopa, ayudado por una joven de extraordinaria belleza, comenzó a preparar nuestra comida, cociendo la carne que nos reservamos, en una gran marmita de barro, al calor de una pequeña hoguera

que hizo fuera de la cabaña, y cuando ya iba a estar a punto, enviamos una invitación a Infadús, para que con Scragga viniera a comer con nosotros.

Aceptaron, y a poco, sentados en unos de los banquillos, que había en la cabaña, porque, los kukuanos no acostumbran a sentarse en cuclillas como los zulús; nos ayudaban a concluir con nuestra comida. El viejo militar, Infadús, nos trató con suma amabilidad y cortesía; pero nos pareció que el joven nos miraba con algún recelo. En un principio había sido, como todos los que le acompañaban, completamente subyugado por nuestro color y nuestras facultades mágicas; pero creo que al descubrir que comíamos, bebíamos y dormíamos como cualquier otro mortal, su temor comenzó a ceder dejando lugar a malévolas sospechas y peores intenciones, que nos tenían poco menos que sobre ascuas.

Durante la comida, sir Elirique quiso que yo tratara de averiguar si nuestros comensales sabían algo de su hermano; si le habían visto o habían oído hablar de él; pero después de pensarlo, creí prudente dejar para más tarde esa investigación.

Terminada la comida cargamos nuestras pipas y las encendimos, cosa que dejó atónitos a Infadús y a Scragga, prueba evidente de que los kukuanos desconocen tan deliciosa costumbre. La planta crece abundantemente en su suelo; pero a igual de los zulús sólo la emplean para hacer rapé y la desconocieron por completo bajo el nuevo aspecto con que se les presentaba.

Pregunté a Infadús cuándo proseguiríamos el viaje, y con placer oí que todo estaba preparado para ponernos en camino a la mañana siguiente; habiendo, al efecto, despachado ya varios correos al rey Twala, avisándole nuestra próxima llegada. Según entendí, éste se hallaba en la residencia principal, denominada Loo, disponiéndose para la gran fiesta que anualmente se celebra en la primera semana de junio, a la que concurren todos los regimientos, excepto los que quedan de guarnición en les principales kraales del país, para formar en

parada delante del rey; y en la cual se lleva a efecto la gran "cacería de las brujas".

Debíamos partir al amanecer, acompañados por Infadús, quien esperaba que, si no nos detenía un accidente o algún río crecido, llegaríamos a Loo durante la noche del segundo día.

Cuando nos hubieron participado todos estos informes, se retiraron dándonos las buenas noches; y, habiendo convenido en establecer un turno de vigilancia, tres de nosotros echados sobre las pieles comenzaron a gozar el dulce sueño del fatigado caminante, mientras que el cuarto estaba alerta contra una posible traición.

IX
EL REY TWALA

No creo necesario pase a detallar todos los accidentes de nuestro viaje hasta Loo; duró dos días, y lo hicimos por el gran camino de Salomón que se dirige directamente al centro de la tierra de los kukuanos. Basta el decir que según nos internábamos en aquel país, aumentaban la riqueza de su suelo y el número de los kraales, rodeados siempre por una ancha faja de terrenos cultivados. Todos estaban edificados con arreglo a los mismos principios que observamos en el primero, y perfectamente guarnecidos. En la tierra de Kukuana, lo mismo que en Alemania, y en las tierras de los zulús y de los masáis, todo hombre que puede llevar las armas es soldado; por consiguiente, la fuerza entera de la nación es hábil para la guerra, sea ofensiva o defensiva. Por el camino encontramos millares de guerreros que con rápido paso marchan a Loo para asistir a la gran revista y fiesta anuales, y por mi parte, aseguro que jamás había visto tantas tropas en movimiento. El segundo día de nuestro via,je, nos detuvimos a la puerta del sol, para descansar un rato sobre la cima de una eminencia que el camino cortaba, y desde aquel lugar distinguimos a Loo en medio de una fértil y preciosa llanura. Demasiado espaciosa para ser una población nativa, medía unas cinco millas de circunferencia, la rodeaban de cerca varios kraales que en las grandes ocasiones servían de cantones para los regimientos allí concentrados, y como dos millas al Norte de ella, se veía una curiosa colina en forma de herradura que estábamos destinados a conocer mejor.

Su situación era admirable; corría por su centro un río, tal vez el mismo que vimos desde el Sheba, y las dos porciones en que la dividía parecían estar en comunicación por varios puentes. A sesenta o setenta millas más allá en la dirección del camino, se levantaban de la llanura tres grandes montañas nevadas dispuestas como las puntas de un tríángulo, y de aspecto completamente desemejante al de los picos

del Sheba, pareciendo irregulares y casi a plomo en vez de suaves y redondeadas.

-Allí concluye el camino- diJo, Infadús, al vernos mirar hacia aquellos picachos que los kukuanos llaman las «Tres Brujas».

-¿Por qué termina allí?- le pregunté.

-¿Quién puede saberlo?- contestó encogiéndose de hombros; -las montañas están llenas de cuevas y una profunda sima las separa. A ellas venían a buscar los hombres de las remotas edades aquello que les atraía a esta tierra, y en ellas está hoy la sepultura de nuestros reyes, en un paraje denominado la «Morada de la Muerte».

-¿Y qué era lo que venían a buscar?

-No lo sé. Mis señores que bajan de las estrellas, ¿acaso lo ignoran?

Nos dirigió una rápida mirada, por la que comprendimos sabía más de lo que nos había dicho.

-Sí, tienes razón, en las estrellas se saben muchas cosas, y para que te convenzas, te diré que los hombres de las antiguas edades venían a buscar en esas montañas piedras relucientes, bonitas baratijas y hierro amarillo.

-Sabio es mi señor- contestóme fríamente;- a su lado soy un niño y no puedo hablar de tales cosas con él. Debéis dirigiros a Gagaula la vieja, que reside cerca del rey y es sabia también, casi tanto o tanto como mi señor.

Al pronunciar esta última palabra se alejó. Tan pronto como estuvo a alguna distancia volvíme a mis compañeros y señalando hacia las montañas dije:

-Allí están las minas de diamantes de Salomón.

Umbopa estaba con ellos, al parecer sumido en uno de aquellos momentos de abstracción tan comunes en él; sin embargo, oyó mis palabras y me dijo:

-Sí, Macumazahn, indudablemente allí están los diamantes; y les obtendréis, ya que los blancos son tan aficionados a esas fruslerías como al dinero.

-¿Cómo sabes eso, Umbopa?- preguntéle con bastante acritud porque nada me agradaban sus misterios.

-Lo he soñado durante la noche.-Y sonriendo giró sobre los talones y se alejó de nosotros.

-¿Qué le pasa cen nuestro bronceado amigo? Parece que sabe más de lo que dice. Y, a propósito, Quaterinain, ¿ha podido averiguar algo respecto, de... de mi hermano ?

-Nada absolutamente; ha preguntado a todos los que han hecho con él, y le han respondido que nunca, hasta ahora, se había visto a un blanco en el país.

-¿Cree usted que pueda haber llegado hasta aquí?-preguntó Good;- nosotros lo hemos podido realizar milagrosamente; ¿y lo conseguiría él, de igual manera, sin el auxilio del mapa?

-No lo sé- contestó sir Enrique, con entristecido acento;-pero sea como sea, algo me dice que lo encontraré.

En este momento el sol lanzó su rayo postrero desde el lejano horizonte y la noche, tendiendo rápida su manto sombrío, suimió la tierra en completa obscuridad, pues, según creo haber dicho, en estas latitudes el crepúsculo no existe, y la noche sucede al día, tan violenta y repentinamente como el sueño a la vigilia, como la muerte a la vida. A poco de quedar en completas tinieblas, aparecieron en el Oriente suaves y vagas tintas, que creciendo gradualmente en intensidad, se derramaron por la bóveda del cielo y, por último, inundaron la tierra en dulce y misteriosa refulgencia, al asomar la luna su creciente y argentado disco.

Las estrellas, un momento hacía vivas y centelleantes, palidecían más y más a medida que serena y majestuosa se alzaba entre ellas la casta reina de la noche, así como palidecen hasta desvanecerse las hazañas de los héroes de la espada, en presencia de los grandes hechos de les héroes del amor, los bienhechores de la humanidad. Absortos, con el corazón palpitante, contemplábamos la grandiosidad de un espectáculo, del que apenas teníamos conciencia y por consiguiente imposible nos sería describir.

Lector, mi vida ha sido dura, penosa; pocas cosas me la han hecho agradable y una de ellas es el haber presenciado aquella salida de la luna en la tierra de Kukuana. Nuestro amigo, el político Infadús, vino a arrancarnos de nuestra meditación.

-Si mis señores lo quieren, podemos continuar la jornada para Loo, en donde una cabaña dispuesta a recibirlos los espera. La luna alumbra el camino y no hay temor de que podamos tropezar y caer.

Asentimos y una hora después estábamos en las afueras de la población, que rodeada por millares de hogueras nos parecía interminable; Good, siempre afecto a maliciosas bromas, la bautizó, por este motivo, con el nombre de la «Indefinible Loo». A la sazón, que llegábamos a un ancho y profundo foso, franqueado por un puente levadizo, detúvonos el áspero ¡alto! de la centinela y el ruido de las armas de la fuerza que guardaba quella entrada. Infadús dio una seña, que no me fue posible entender, y contestándosele con un saludo, se nos permitió el paso, encontrándonos en la callo central de la inmensa y hermosa ciudad. A la media hora de desfilar por ella, entre dos líneas inacabables de chozas, Infadús hizo alto a la entrada de un grupo de éstas, que se alzaban en derredor de un patio cuidadosamente arenado, informándonos de que aquél era nuestro pobre alojamiento.

Entramos en él y hallamos se había destinado una choza para cada uno de nosotros. Eran mucho mejores que las que hasta entonces habíamos visto, y en todas se encontraba un cómodo lecho formado por pieles curtidas, tendidas sobre blandos colchones de hierbas aromáticas. Tenían dispuesta nuestra comida, y tan pronto como nos hubimos lavado en anchas vasijas de agua, varias jóvenes de hermosa presencia se acercaron a nosotros con carnes asadas y harinas, esmeradamente servidas en platos de madera que nos presentaron haciendo respetuosas reverencias.

Comimos y bebimos a nuestro placer y, colocadas todas las camas en la misma choza por nuestro mandato, precaución que hizo sonreir a las amables y graciosas jóvenes, nos echamos a dormir, cansados de lo largo de la jornada.

Alto brillaba el sol, cuando al despertarnos, descubrimos a nuestras sirvientas, que de pie, silenciosas y ajenas a falsos rubores, aguardaban para ayudarnos a «vestir», según se les había ordenado.

-Vestirse gruñó más bien que murmuró el enfadado Good;-poco trabajo y tiempo cuesta esto cuando se anda en camiseta y botas. ¡Tenga la bondad de pedirles mis pantalones!

Así lo hice; pero me contestaron que estas sagradas reliquias, estaban en poder del rey, quien nos vería aquella tarde. Entonces les mandé que nos dejaran solos, lo que hicieron con cierto asombro y bastante contrariadas, procediendo acto continuo a hacernos el mejor tocado, que las circunstancias nos permitían. Good la emprendió con el lado derecho de la cara, que se rasuró admirablemente, no consintiéndole que por concepto alguno atentase, como de buena gana lo hubiera hecho, contra la crecida barba que ornaba su lado izquierdo. En cuanto a nosotros nos contentamos con un buen lavado, y peinarnos, el cabello. Las rubias guedejas de sir Enrique casi caían sobre sus hombros, asemejándole más que nunca a un antigua dinamarqués, mientras que mis entrecanas greñas medían una pulgada, media más allá del límite que por lo general acostumbraba conceder a su crecimiento.

Concluíamos de fumar nuestra pipa después del almuerzo, cuando apareció Infadús en persona a participarnos que Twala, el rey, estaba dispuesto para recibirnos, si teníamos a bien acudir inmediatantente a su presencia.

Le contestamos preferíamos esperar hasta que el sol estuviese más alto, pues aún nos sentíamos cansados de nuestro largo viaje; porque nada es tan conveniente como el no manifestar el más mínimo apresurarniento cuando se trata con gentes por civilizar, siempre prontas a confundir los actos de la política con las manifestaciones del miedo y del servilismo. Por consiguiente, y aunque por nuestra parte deseábamos ver a Twala tanto como Twala pudiera desear el vernos, nos sentamos y con toda calma nos pusimos a arreglar los presentes que nuestras pobres circunstancias nos permitían hacer; consistían

éstos en el Winchester que con algunas municiones destinábamos para Su Majestad y sartas de cuentas que pensábamos distribuir entre sus mujeres y cortesanos. Ya habíamos dado algunas a Infadús y Scragga, quienes manifestaron mucho contento al recibirlas y nos dijeron nunca habían visto cosa semejante. Pasada una hora larga y terminados todos estos preparativos, dijimos a Infadús estábamos dispuestos a seguirle, y guiados por él, emprendimos la marcha hacia la corte, acompañados de Umbopa que llevaba el rifle y las cuentas de nuestro regalo.

Después de andar unas cuatrocientas varas llegamos a una cerca parecida a la que rodeaba las chozas en donde se nos había alojado; pero como cincuenta veces mayor y encerrando un espacio de terreno que por lo menos sumaba de seis a siete acres. Adosadas a esta cerca se levantaban en fila un sinnúmero de chozas, que eran las habitaciones de las mujeres del rey, y diametralmente opuesta a la puerta de entrada y aislada, una muy grande en donde residía Su Majestad. Todo el resto del terreno estaba despejado o, mejor dicho, hubiera estado despejado a no aglomerarse en él compañía tras compañía siete u ocho mil guerreros que al parecer formaban en parada. Inmóviles como estatuas, ondeantes los amplios penachos, relucientes los hierros de sus temibles lanzas y marcialmente cogidos los ferreos escudos forrados de piel, presentaban un conjunto imponente del que imposible me sería dar una idea.

El frente de la gran choza estaba completamente desembarazado y en él se veían unos taburetes.

A una señal de Infadús ocuparnos tres de ellos,Umbopa se colocó de pie detrás de nosotros y nuestro introductor fue a situarse a la puerta de la choza. Así aguardamos unos diez minutos, en medio del más sepulcral silencio y blanco de las convergentes miradas de ocho mil hombres. Sin duda alguna aquello era en cierto modo una prueba terrible para nuestros nervios, pero dominándolos la resistimos con tanta sangre fría como pudimos.

Al fin abrióse la puerta de la cabaña y un hombre de gigantesca talla, con una magnífica piel de tigre echada por encima de los hom-

bros, salió de ella, seguido por el joven Scragga y algo que nos pareció ser un viejísimo mono envuelto en una capa lanuda. El primero se sentó en un taburete,Scragga se situó a sus espaldas y el repugnante mono, arrastrándose a gatas, llegó a la sombra que arrojaba la choza, en donde se agachó a semejanza de un perro.

Nada interrumpió el profundo silencio que allí reinaba. Nuestro hércules, al cabo de un corto momento, dejó escurrir la piel que llevaba en los hombros, y se irguió, ofreciendo a nuestra vista una figura verdaderamente alarmante. Era la de un hombre enorme con el aspecto más repulsivo que se puede imaginar. Belfudos los labios, grande y aplastada la nariz, siniestra la mirada de su único ojo (pues el otro estaba reemplazado por su asquerosa y vacía cavidad), salíanle al rostro la crueldad y el sensualismo de un carácter endurecido y depravado. Llevaba en la cabeza un precioso penacho de plumas blancas de avestruz, cubría su cuerpo una reluciente cota de malla y ceñía la cintura y nacimiento de la pantorrilla con los usuales adornos de rabo blanco de buey. Armada su diestra con disforme lanza, rodeábale el cuello un aro o collar de oro y, atado a su frente, ostentaba un magnífico diamante sin tallado ni pulimento alguno.

Aún continuó el silencio, pero por breves momentos, pues aquel coloso, que desde el primer instante conocimos era el rey, levantó su terrible lanzón e inmediatamente ocho mil lanzas se alzaron centelleantes por encima de aquella multitud de cabezas, y de ocho mil gargantas salió uniforme y sonoro el “kum” o saludo real. Tres veces y con cortos intervalos se repitió igual movimiento y aclamación, y en cada una, aquel ruido, sólo comparable a las notas más bajas del trueno, hizo retemblar el suelo.

-Humíllate, ¡oh pueblo! - profirió una voz discordante y chillona que parecía salir del mono que se arrebujaba en la sombra,- ¡ es el rey!

-¡Es el rey!- clamaron estentóreamente ocho mil gargantas. -Humíllate, ¡oh pueblo! es el rey.

Siguióse otro momento de silencio, de absoluto silencio, que fue interrumpido por el sonoro choque de un escudo al herir el endurecido

pavimento de piedra apisonada. Un soldado a nuestra izquierda había dejado caer el suyo.

Twala, volviendo el rostro, clavó la mirada de su helado ojo en el lugar donde se escuchó el ruido, y con voz de trueno, gritó:

-Vén aquí, tú.

Un joven de agradable apariencia, salió de las filas y fue a colocarse delante de en Señor.

-¿Eres tú quien has dejado caer el escudo, perro imbécil? Has querido sonrojarme en presencia de les extranjeros, hijos de las estrellas? ¡Habla! ¿Qué tienes que decir? - Vimos al infelíz palidecer a pesar de su bronceado color.

-Ha sido una casualidad, ¡ oh hijo de la vaca negra !- murmuró con desmayado acento.

- Entonces, paga por tu casualidad. Me has avergonzado y vas a morir.

-Manda, soy el siervo del rey- fue su abyecta contestación.

-¡Scragga! - rugió en vez de gritar, con ronco acento el rey, -déjame ver cómo manejas tu lanza. Mátame a ese miscrable perro.

Scragga, dio unos cuantos pasos al frente, con una repugnante expresión de complacencia y afianzó su lanza. La pobre víctima se cubrió les ojos con las manos. Nosotros estábamos materialmente petrificados por el horror que nos inspiraba aquella escena. Dos veces balanceó el arma para darle impulsó a la tercera, retirando el brazo todo lo posible, despidió la lanzada que, ¡ ah, Dios mío ! hiriéndole en el mismo centro del pecho, lo traspasó de parte a parte. Como un pie de la ensangrentada moharra apareció por la espalda del soldado;que levantó las manos y rodó muerto a los pies de su verdugo. Algo semejante a un murmullo se alzó de las apretadas filas; pero, alejándose de las primeras hacia las últimas, gradualmente se desvaneció hasta desaparecer completamente. La tragedia estaba consumada; el ensangrentado cadáver yacía allí entre nuestros atónitos ojos, y aún no nos dábamos cuenta de lo que había ocurrido. Sir Enrique, de un salto, se, puso de pie, dejando escapar un enérgico juramento; pero dominado

por lo imponente del silencio que todos guardaban, volvió a ocupar su asiento.

-Ha sido un buen bote de lanza - dijo el rey; llevad eso de aquí.

Cuatro hombres salieron de las filas y levantando el cadáver de la víctima de aquel cobarde asesinato, se retiraron con él.

-Tapen las manchas de sangre, ¡tápenlas bien! - gritó la voz chillona de aquel indefinible ser, tan semejante a un asqueroso mono; - ¡las palabras del rey han sido pronunciadas ! ¡la justicia del rey está ya hecha !

Inmediatamente, una muchacha con un jarro de cal apareció por detrás de la choza, y vertiéndola sobre las enrojecidas señales, las borró de nuestra vista.

Mielitras tanto, sir Enrique saltaba de cólera y difícil en verdad nos fue contenerle.

-Por el Cielo, estése tranquilo- le dije en voz baja, - nuestras vidas dependen de ello.

Accedió, y por un esfuerzo de voluntad reconquistó su perdida impasibilidad.

Twala continuó silencioso hasta que los rastros de la tragedia desaparecieron bajo una capa de cal; entonces se dirigió a nosotros.

-Hombres blancos, que venís no sé de dónde ni para qué, salud!

-Salud, Twala, rey de los kukuanos - contesté.

-Blancos, ¿de dónde sois, y qué buscáis?

-Somos de las estrellas. Venimos a ver esta tierra.

-De muy lejos llegáis para ver cosa bien pequeña,- y señalando a Umbopa, - ¿ese también viene de las estrellas?

-También ha bajado de ellas; hombres de tu mismo color viven al otro lado de los cielos; pero no me preguntes más por cosas que son demasiado elevadas para ti, Twala, rey de los kukuanos.

-Altiva es tu voz, hijo de las estrellas - replicó con un tono que bien poco me agradó - Recuerda que las estrellas están muy distantes, mientras que tú con los tuyos os encontráis aquí, al alcance de mi ma-

no. ¿No temes haga con vosotros como hice con aquel cuyo cuerpo retiraron ha poco ?

Lancé una carcajada, aunque maldito el deseo que de reirme tenía.

-¡Oh, rey! Tén cuidado, anda con cautela, por encima de ascuas, no vayas a quemarte los pies; no juegues con los filos de tu lanza, si no quieres cortarte las manos. Toca uno solo de nuestros cabellos y caerás como herido por el rayo. ¿Acaso esos- señalando Infadús y Scragga (este malvado a la sazón limpiaba tranquilamente su enrojecida arma)- no te han dicho qué clase de hombres tienes ante ti? ¿Has visto seres semejantes a nosotros alguna vez?- y tendí el brazo hacia Good, bien seguro de que jamás sus ojos habían tropezado con alguien, cuyo aspecto se pareciera en lo más mínimo al de nuestro camarada.

-Nunca en verdad.

-¿No te han dicho cómo herimos de muerte desde lejos?

-Sí, me lo han dicho; pero no lo creo. Mostrádmelo ahora. Mátame un hombre de aquellos - señalando a los que estaban formados al lado opuesto del kraal, - y entonces te creeré.

-No; sólo derramamos la sangre, de un hombre cuando así lo exige un justo castigo; pero si quieres verlo, manda a tus criados hagan entrar un buey por la puerta del kraal, y antes que se haya apartado veinte pasos de ella, lo verás caer muerto a nuestra mano.

-No - replicó riéndose, - mátame a un hombre y daré, fe a tus palabras.

-Sea, ¡oh rey! como lo pides - contesté con frialdad;-levántate, cruza por esta parte despejada y antes que tu planta alcance la puerta, habrás dejado de existir; y si así no lo quieres, envía a tu hijo Scragga; (a quien en aquel momento hubiera tomado con placer por blanco de mi rifle). Al oir mi proposición el joven perverso, dejando escapar un aullido, de un salto desapareció en la choza. Twala frunció majestuosamente el ceño. La idea no le agradaba.

-Traed un buey - mandó al cabo de un corto silencio.

Dos hombres partieron imnediatamente a la carrera.

-Ahora, sir Enrique, dispare usted, quiero que estos brutos sepan no soy yo el único mago entre nosotros.

Sir Enrique tomó su rifle y lo preparo.

-Espero hacer un buen blanco.

-Es preciso que lo haga. Si falla con el primer cañón, fuego con el segundo. Alza para 150 varas, y aguarde a que el animal presente el costado.

Después de un momento de espera, descubrimos un buey que corría directamente hacia la puerta del kraal, pronto la atravesó, y asustado por el gentío allí apiñado, se detuvo, volvióse de lado y mugió.

-Ahora - murmuré.

Oyóse la explosión y el buey, herido por las costillas, cayó de espaldas agitando las patas en el estertor de la agonía. La bala explosiva había cumplido bien con su misión y un apagado ¡ ah ! se escapó a la atónita asamblea.

Volvíme con calma.

-¿He mentido, rey?

-No, blanco, decías la verdad - contestó con acento algo inseguro.

-Tú lo has visto. Ahora, óyeme Twala; no venimos de guerra, sí de paz. Como prueba te daré este palo hueco, (le mostré el Winchester), él te, permitirá matar como nosotros matamos; pero le pondré un solo encanto, y es que no lo podrás emplear contra hombre, pues si tal hicieras, te matará a ti mismo. Espera, te enseñaré su poder. Manda a uno que clave su lanza por el regatón en el suelo, a cuarenta pasos de mí, y presentándome el plano de su hierro. A los pocos segundos estaba dispuesta.

-Ahora mira, voy a romper esa arma. Apunté cuidadosamente y disparé. La bala dio en el centro de la moharra, haciéndola saltar en pedazos.

Otra exclamación de asombro salió del numeroso concurso.

-Ahora, Twala, toma (presentándole el rifle) este tubo mágico, más tarde te lo enseñará a usar; pero, ¡ ay de ti ! si tratas de emplear el talismán de las estrellas en daño de los hombres de la tierra.

Se lo entregué y lo tomó con cierto temor, poniéndolo inmediatamente en el suelo a sus pies.

Mientras hacía esto, observé que la repugnante criatura, viva imagen de un mono decrépito, abandonando la sombra de la choza, se acercaba a gatas hacia el Rey. Cuando llegó a su lado, se levantó y dejando caer la piel que ocultaba su cabeza, reveló a nuestra vista la cara más repulsiva que es posible imaginar. En apariencia era la de una mujer de avanzadísima edad, tan contraída y plegada, que no excedía en tamaño a la de un niño de un año, y sólo se componía de una serie de arrugas amarillentas y profundas. Sumida en una de ellas aparecía una negra hendidura correspondiente a la boca, bajo la cual encorvábase la barbilla hacia arriba hasta rematar en punta. Apenas se encontraba un rastro de naríz, en lo que indudablemente se hubiera creído una antiquísima momia, a no brillar por debajo de blancas, enmarañadas cejas y en sus hondas cavidades dos ojos grandes, negros, llenos aún de vida y de inteligencia. En cuanto a su cráneo, calvo en absoluto, cubríalo una piel amarilla, rugosa y movible como la de la cabeza de la cobra.

El deforme ser, dueño de tan espantoso semblante, cuya sola vista nos produjo un escalofrío de horror, permaneció inmóvil por un instante; de repente separó de su cuerpo una descarnada garra, que mano no era, armada con uñas de media pulgada, la plantó sobre el hombro de Twala y comenzó a hablar con una voz chillona y penetrante.

-Escucha, ¡oh Rey! Escucha ¡oh pueblo! Escuchad ¡oh montañas, llanuras y ríos, patria de la raza kukuana! Escuchad ¡oh Cielos y sol! ¡Lluvias, tormentas y neblinas ! ¡Escuchad todo, cuanto vive y debe morir! ¡Todo cuanto ha muerto y volverá a vivir, y vivirá para morír otra vez! ¡Escuchad, el espíritu de la vida se ha apoderado de mí y voy a profetizar ! ¡a profetizar! ¡a profetizar!

Las palabras murieron en sus labios con un timbre quejumbroso, y el terror se apoderó de cuantos la escuchaban, sin exceptuarnos nosotros mismos. Aquella vieja era un ser terrible.

-¡Sangre! ¡sangre! ¡sangre! ríos de sangre; sangre por todas partes. Yo la veo, la huelo, la saboreo - ¡ah! ¡qué bien sabe! corre roja por encima le los campos, cae en espesa lluvia desde los cielos.

-¡Pisadas! ¡pisadas! ¡pisadas! El pie del blanco que llega desde muy lejos hiere el suelo. El suelo se conmueve bajo su planta. La tierra tiembla ante su señor.

La sangre embriaga, la roja sangre fascina; la nariz se dilata al olfatearla; nada hay como el olor de la que tibia aún, salta de la herida. Los leones vendrán a lamerla y rugirán, los buitres mojarán en ella sus alas y arrojarán estridentes chillidos de alegría.

¡Soy vieja! ¡Muy vieja! Mucha sangre he visto. ¡Ah! ¡ah! pero antes que muera la verá correr a torrentes y será feliz. ¿Qué edad tengo yo? ¿ Lo sabéis, acaso? Vuestros padres me conocieron; también vuestros abuelos y los padres de vuestros abuelos... He visto al blanco y sé lo que quiere... Soy vieja; pero las montañas son aún más viejas que yo... Decidíme, ¿quién hizo el gran camino? Decidme, ¿quién trazó los signos sobre las rocas? ¿Quién, decidme, levantó los tres silenciosos, allá a lo lejos, (y lo hacia las tres escabrosas montañas que habíamos visto la noche anterior) los que miran por encima del profundo pozo?

Vosotros no lo sabéis, pero yo lo sé. Fueron unos hombres blancos que existieron antes que vosotros vivierais, que volverán a existir cuando ya no viváis; y vendrán otra vez, y os destruirán y os devorarán. ¡Sí! ¡sí! ¡sí!

Y ¿a qué vinieron aquellos blancos, los terribles, los conocedores de la magia y de todo saber, los fuertes, los incansables? ¿Qué piedra es esa que brilla ¡olí Rey! ¿en tu frente? ¿Qué manos tejieron esa tela de hierro que cubre tu pecho? Vosotros lo ignoráis; pero yo lo sé... ¡Yo, la vieja, la sabia, la Isanusi ! (la bruja o hechicera). Y, volviendo hacia nosotros la repugnante cabeza,, continuó:

¿Qué buscáis vosotros, blancos de las estrellas?... ¡ alí ! sí, ¡ de las estrellas ! ¿Vais tras uno que se os ha perdido? No le encontraréis aquí. Aquí no está. Nunca, hace siglos y siglos, el pie de un blanco ha pisado esta tierra; nunca, excepto una vez y ese la dejó; sólo para morir. Vosotros venis por las piedras que brillan: yo lo sé... yo lo sé; las hallaréis cuando la sangre esté seca; pero ¿volveréis a la tierra de donde venís, u os quedaréis aquí, para hacerme compañía? ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

-Y tú, tú el de la piel obscura, el de la orgullosa apariencia (dirigiendo su seco dedo, hacia Umbopa) ¿ quien eres, di, y qué busca? No las piedras que relumbran, no el metal amarillo que brilla; eso lo dejas tú, «para los blancos, hijos de las estrellas.» Paréceme que te conozco; paréceme que percibo el olor de la sangre que corre por tus venas. ¡Desnuda tu cintura!...

-Al gritar con salvaje e imperioso acento estas tres últimas palabras, aquel ente extraordinario fue presa de horribles convulsiones, y rodó por el suelo, espumosa la boca; con un ataque de epilepsia, siendo inmediatamente conducida a la choza del Rey.

Este, tembloroso, se puso de pie o hizo un movimiento con la mano. A dicha señal, los regimientos comenzaron a desfilar, y en diez minutos, nosotros, él y algunos de los de su servicio, quedamos completamente solos en aquel vasto circuito.

- Blancos, tiéntame la idea de mataros. Gagaula ha pronunciado frases muy extrañas. ¿ Qué decís a esto?

Solté una carcajada.

-Ten cuidado ¡ oh Rey ! que nosotros no somos fáciles de matar. Tú has visto la suerte del buey ¿ quieres acaso tener igual fin ?

-No es prudente amenazar a un Rey - dijo frunciendo el ceño.

-No amenazamos, decimos la verdad. Trata ¡ oh Rey ! de matarnos y así lo verás.

El gigantesco Monarca, se llevó la mano a la frente y, después de una corta pausa nos despidió.

-Idos en paz. Esta noche es la gran danza. Vosotros la veréis. No temáis vaya a tenderos un lazo. Mañana decidiré.

-Como quieras, ¡ oh Rey ! - le contesté con afectada indiferencia, y levantándonos regresamos a nuestro kraal, acompañado por Infadús.

X
LA CACERíA DE LAS BRUJAS

Al llegar a nuestra choza, Infadús, obedeciendo a mi invitación entró con nosotros.

-Ahora, Infadús - le dije,- deseamos hablar contigo.

-Pueden, mis señores, comenzar.

-Nos parece, Infadús, que el Rey Twala es eruel.

-Sí, lo es, mis señores. Toda esta tierra ¡ay! clama contra sus crueldades. Aguardad a que llegue la noche y vosotros mismos veréis. En ella se hace la gran cacería de las brujas y muchos, husmeados, como hechiceros, malvados o traidores morirán. Nadie tiene su vida segura. Si el Rey codicia el ganado de uno o desea su muerte o teme induzca al pueblo a rebelarse contra él, entonces Gagaula, a quien ambáis de ver, o cualquiera de las descubridoras de maleficios, enseñadas por ella, delatan a ese hombre como hechicero y se le mata acto continuo. Muchos estarán yertos o inertes antes de que la luna de esta noche comience a palidecer. Siempre ha sido así. Tal vez yo mismo no veré el sol de mañana. Si hasta hoy se ha respetado mi vida, ha sido, por mi habilidad en la guerra y por ser muy querido de mis soldados; sin embargo, no sé cuánto tiempo he de vivir, la muerte me acecha a todas horas. La tierra gime ante el sanguinario Twala; está cansada de él y de sus feroces costumbres.

-Y siendo así, ¿por qué el pueblo sufre su tiranía ? ¿por qué no se libra de él?

-¡Ah! mis señores, es el Rey, y si fuera muerto, Scragga reinaría en su lugar, y las entrañas de Scragga, son aún más negras que las entrañas de su padre Twala. Si Scragga fuera Rey, doblaríamos la cabeza bajo un yugo mucho más duro y más cruel. Si Imotu no hubiera sido asesinado, o si su hijo Ignosi viviera, entonces sería otra cosa: desgraciadamente ambos murieron.

-¿Cómo sabéis que Ignosi ha muerto? - preguntó alguien con firme voz a nuestra espalda.

-Nos volvimos sorprendidos para ver quien nos hablaba. Era Umbopa.

-¿Qué queréis decir? - preguntóle Infadús ¿ quién te ha dado permiso para hablar?

-Oyeme, Infadús, y te contaré una historia. Hace algunos años, el Rey Imotu, fuá asesinado en este país y su espesa, huyó con su hijo Ignosi. ¿No es eso cierto?

-Sí, lo es.

-Se dijo que la madre y el hijo perecieron en las montañas. ¿No es así ?

-Así, es también.

-Pues bien, la suerte quiso que la madre y el hijo se salvaran. Atravesaron las montañas y conducidos por una tribu errante del desierto al otro lado de las arenas, llegaron a una tierra con agua, hierbas y arboles.

-¿Cómo sabes eso?

-Escúchame. Siguieron caminando meses y meses, hasta llegar a un país, cuyos habitantes, llamados amazulúes y pertenecientes a la raza kukuana, viven de la guerra; y entre ellos moraron mucho años, hasta que al fin la madre murió. Entonces el hijo, Ignosi, abandonó aquel lugar, fue a una comarca maravillosa, en donde habitan los blancos, y por largo tiempo permaneció entre ellos aprendiendo las ciencias de estos hombres.

-Es curiosa tu historia - dijo Infadús incrédulamente.

-Por muchos años vivió allí como criado y como soldado; pero guardando siempre en el corazón cuanto su madre le contara de su patria, buscando sin desmayar los medios de volver a ella y ver a su pueblo y el hogar de su padre, antes que la muerte terminara sus días. Largo tiempo vivió esperando; pero al fin llegó la hora, como sucede a todo el que sabe, y puede aguardar; supo de unos blancos que venían a esta Tierra desconocida y se unió a ellos. Cruzaron el abrasador de-

sierto, pasaron por encima de la nieve de las montañas, y entrando en la tierra de los kukuanos te encontraron a ti, ¡ oh, Infadús ! - Sin duda alguna, tú estás loco cuando hablas así - dijo asombrado el viejo militar.

-¿Tal piensas? mira, yo te lo probaré, ¡oh! hermano de mi padre.

-Yo soy Ignosi, el legítinio Rey de los kukuanos.

Al pronunciar palabras dejó caer con un ligero movimiento su «moocha» o lienzo que ceñía a su cintura y quedó desnudo ante nosotros.

-Mira, ¿qué es esto? - y señaló a una gran serpiente azúl grabada indeblemente en la piel, alrededor de la cintura, cuya cola desaparecía entre sus ardientes mandíbulas, precisamente por encima de la unión de sus caderas.

Infadús vio la señal, abrió desmesuradamente los ojos, y, cayendo de rodillas, murmuró:

-"¡Kum!" "¡kum!" es el hijo de mi hermano, es el Rey.

-¿No te lo había dicho ya, tío? Levántate; no soy todavía el Rey, pero con tu auxilio y con el auxilio de estos bravos blancos, mis amigos, lo seré. Mas la vieja Gagaula tiene razón: la sangre se verterá a torrentes y con ella: se mezclará la suya, porque sus palabras mataron a mi padre y expulsaron a mi madre de su hogar. Y ahora, Infadús, decídete. ¿Quieres darme tu mano, y ser el primero de los míos? ¿ Quieres participar de los peligros que me esperan y ayudarme a aniquilar a ese tirano, a ese asesino, o te niegas a ello? Elige.

El viejo veterano llevó la mano a la cabeza y meditó un corto instante. Después se levantó y acercándose a Umbopa, o mejor dicho a Ignosi, se arrodilló y le cogió la mano.

-Ignosi, Rey legítimo de los kukuanos, con mi mano en tus manos, prometo servirte hasta la muerte. Cuando eras un pequeñuelo te saltaba sobre mis rodillas, hoy mi envejecido brazo luchará por ti y por la libertad.

-Bien está, Infadús; si triunfamos, tú serás el hombre más grande de nuestra nación, después del Rey. Si perezco, morirás; eso es todo, y la muerte no debe estar ya muy distante de ti. Levántate, querido tío.

-Y vosotros, blancos, ¿me negaréis vuestro poderoso auxilio? ¿Qué podrá ofreceros? Las piedras relucientes. Si venzo y las encuentro, tendréis tantas cuantas podáis llevaros del país. ¿Os basta eso? Traduje sus palabras y sir Enrique replicó:

-Dígale que mal conoce al caballero inglés. La riqueza es un bien y si la suerte la pone a su paso se apoderará de ella; pero jamás se vende por valor alguno. Ahora, refiriéndome a mí, digo lo siguiente: Umbopa ha merecído siempre mi estimación y en cuanto de mi voluntad dependa, estará a su lado en esta tentativa. Muy agradable para mí será, por otra parte, el ver de ajustar cuentas con ese sanguinario Twala. ¿Qué piensan ustedes, Good y Quatermain?

-Bien - contestó Good, adoptando el lenguaje hiperbólico de los kukuanos,- puede usted decirle que un poco de zafarrancho limpia la cala del corazón y, en cuanto a mí concierne, siento plaza bajo su enseña, soy su grumete. Mi única condición es que me devuelva los pantalones.

Traduje ambas respuestas:

-Gracias, amigos míos; y tú, Macumazahn, viejo cazador, aún más listo que un búfalo herido ¿estás también conmigo?

Pensé por un momento y me rasque la cabeza, Umbopa o Ignosi - le contesté,- a mi no me gustan las revoluciones. Soy hombre pacífico con algo de cobarde, (aquí Umbopa se sonrió); pero por otro lado no quiero abandonar a mis amigos. Has estado siempre a nuestro lado como todo un hombre y ahora yo me pondré al tuyo. Pero piensa que soy un traficante y he de ganarme el sustento; así pues, acepto la oferta de, los diamantes, dado caso que llegáramos, alguna vez a estar en circunstancias de aprovecharnos de ella. Además, nosotros hemos venido como sabes, buscando, al hermano de Incubu (sir Enrique). Es necesario que nos ayude, a encontrarle.

-Haré esto inmediatamente. Atiende Infadús, por la señal de la serpiente en derredor de mi cintura, díme la verdad. ¿Sabes si algún blanco ha puesto el pie dentro de esta tierra?

-Ningúno ¡ oh ! Ignosi.

-¿Si se hubiera visto a un blanco o tenido noticias de él, lo habrías sabido tú?

-Sin duda alguna lo habría sabido.

-Tú lo oyes, Incubu - dijo Ignosi volviéndose a sir Enrique,- él no ha venido a este país.

-Bien, bien - contestó éste suspirando.¡ Allá descansa ! no logró llegar hasta aquí. ¡Pobre compañero, pobre hermano mío! Todo ha sido inútil. ¡Hágase la voluntad de Dios !

-Ahora ocupémonos de1 proyecto - exclamó deseoso de cortar tan penosa conversación. - Bueno, muy bueno es ser Rey por derecho divino, Ignosi; pero ¿de qué medio te piensas valer para ser Rey en realidad?

-Aún no lo sé. ¿Infadús, tienes algún plán?

-Ignosi, hijo del rayo, esta noche se verifica la gran danza y la cacería de las brujas. Muchos verán acusados y perecerán, y mucho otros con el corazón lleno de pena y angustia, rebosarán de cólera por las inhumanidades del Rey Twala. Cuando la danza haya concluído, hablaré con varios de los grandes jefes, quienes a su vez, si los atraigo a nuestro bando, arrastrarán sus regimientos. En un principio los tantearé con cautela, vista su disposición los traerá a este sitio para que se convenzan de que eres nuestro legítimo Rey, y espero que al sol de mañana veinte mil lanzas brillarán bajo tu mando. Y ahora permite que me retire, debo pensar y prepararme. Después de la danza volveré, si vivo o vivimos todos aún, a reunirme contigo aquí, y nos pondremos de acuerdo. Por lo menos tendremos guerra.

En este instante, el aviso de la llegada de unos mensajeros del Rey interrumpió nuestra conferencia. Nos acercamos a la puerta de la choza y dimos orden para que los introdujeran a nuestra presencia; así

se hizo y aparecieron tres hombres conduciendo cada uno una reluciente cota de malla y una magnífica hacha de combate.

-Regalos de mi señor el Rey a los hombres blancos de las estrellas - exclamó un heraldo que venía con ellos.

-Damos gracias al Rey - contesté, - retiraos.

Los mensajeros se fueron y nosotros nos pusimos a examinar las cotas con extremo interés. Era el mejor trabajo de malla que viera en mi vida. El tejido era muy fino, cada cota plegada formaba un bulto tan pequeño que podía abarcarse por completo entre ambas manos.

-Infadús, ¿hacéis estas cosas en el país ? - pregunté; - son de muchísimo mérito.

-No, mi señor, las heredamos de nuestros antepasados. No sabemos cómo se hacen y ya que.dan muy pocas. Nadie, exceptuando a los de real sangre, puede usarlas. Son preciosos talismanes que ninguna lanza traspasa. Quien se cubre con uno de ellos va casi a salvo a la batalla. El Rey está muy contento o muy temeroso. Si no, jamás os las hubiera enviado. Ponéoslas esta noche, mis señores.

Pasamos el resto del día descansando tranquilamente y hablando de la situación, que atraía todo nuestro interés. Por fin desapareció el sol en su ocaso, millares de fogatas resplandecieron en los cantones ocupados por la tropa, y, envueltos en las tinieblas de la noche, e interrumpiendo el silencio con el acompasado ruido de sus pasos y el choque de las armas, desfilaron los regimientos para los respectivos puestos que debían ocupar durante la gran danza. Hacia las ocho de la noche apareció la luna en todo su esplendor, y contemplábamos su majestuoso ascenso, cuando llegó Infadús en traje de perra y con una escolta de veinte hombres para acompañarnos al lugar en donde se iba a verificar. Como nos había recomendado, teníamos debajo de nuestras usuales ropas las cotas de malla, regalo del Rey, las que nos llenaron de admiración por su ligereza y flexibilidad. Estas cotas de acero hechas para hombres de gran estatura, colgaban algo flojas en derredor del cuerpo de Good y del mío; pero se ajustaban al de sir Enrique como el guante a la mano. Nos pusimos los revólveres a la

cintura y armándonos con la hachas de combate, que el Rey nos enviara, partimos.

Al llegar al extenso kraal, donde el Rey nos recibió por la mañana, lo encontramos materialmente rodeado de una muralla humana; unos veinte mil hombres formados por regimientos, se apretaban en el interior y a lo largo de la cerca que lo limitaba. Los regimientos a su vez se subdividían en compañías y éstas dejaban entre sí, estrechos intervalos por donde las descubridoras de maleficios pudieran circular fácilmente. Imposible es concebir cosa más imponente que la vista de aquella vasta, silenciosa y ordenada asamblea de hombres armados.

La luna enviaba torrentes de luz que se quebraban en el bosque de sus alzadas lanzas, de sus ondeantes plumeros, cayendo de lleno sobre sus atléticas formas y redondos escudos de diferentes colores. A cualquier lado adonde volviéramos la vista descubríamos fila tras fila de bronceados rostros, cubiertos por línea tras línea de bruñidas moharras.

-¿Seguramente- pregunté a Infadús, - ejército entero se encuentra aquí?

-No, Macumazahn, sólo su tercera parte. Esta es la que asiste anualmente a la danza; otra tercera ocupa posiciones en las afueras de la población para el caso en que haya algún disturbio al comenzar la matanza, y la restante da diez mil hombres para guarnecer los puestos avanzados de Loo, distribuyendo los sobrantes entre los demás kraales del país. Como ves, este pueblo es grande y poderoso.

-Guardan un silencio sombrío- observó Good.

-¿Qué dice Bougwan ?- inquirió Infadús.

Traduje sus palabras, y añadió con tétrico acento:

-Aquéllos sobre cuyas cabezas la muerte cierne sus heladas alas, callan, mi señor, callan profundamente.

-¿Se matará a muchos?

-A muchísimos.

-Parece- dije a mis compañeros,- vamos a asistir a una horrorosa función, en la que no se economizará la sangre humana.

Sir Enrique se inmutó y Good dijo que deseaba verse lejos de aquel lugar.

-Decidme - Infadús, ¿corremos nosotros riesgo-

-No lo sé, mis señores, espero que no; pero no manifestéis temor. Si no morís esta noche, todo tal vez irá bien. Los soldados murmuran contra el Rey.

Mientras hablábamos, continuamos avanzando hacia el despejado centro en cuyo medio, se veían varios taburetes y, al acercarnos a éstos, descubrimos otro grupo de personas que desde la choza real se dirigían al mismo sitio.

-El Rey Twala, su hijo Scragga, la vieja Gagaula y ved detrás de ellos a los matadores- dijo Infadús señalando a una docena de hombres de gigantesca estatura y salvaje aspecto, armados con una lanza en una mano y una pesada maza en la otra.

El Rey se sentó en el taburete del centro, Gagaula se acurrucó en el suelo a sus pies y los otros se colocaron a su espalda.

-Salud, blancos señores- exclamó el primero al vernos llegar- sentaos y no perdáis un tiempo precioso; la noche es demasiado corta para los altos hechos que en ella se han de realizar. Venís a buena hora y presenciaréis un espectáculo sublime. Mirad en vuestro derredor, blancos señores, mirad en vuestro derredor y decidme: ¿pueden las estrellas mostraros un cuadro semejante a éste? E inspeccionando los regimientos uno por uno con su maligno ojo- añadió: - ved, ved como tiemblan temerosos, todos los que ocultan su maldad en lo más hondo del corazón, al encontrarse bajo la mano de la justicia del Cielo.

-¡Principiad! ¡principiad!- gritó Gagaula con su desagradable voz; las hienas están hambrientas y aullan por falta de carne. ¡Priacipiad! ¡principiad!

Murió el desapacible acento de la vieja y por corto instante reinó un silencio sepulcral, tanto más imponente cuanto era presagio de una horrible escena.

El Rey levantó su lanza; a esta señal veinte mil pies se alzaron repentinamente como si pertenecieran a un mismo cuerpo y asentáronse con fuerza en la tierra, produciendo una especie de estampido. Tres veces se repitió este movimiento y todas tres el suelo retembló. Entonces en un lejano punto de aquel compacto círculo de hombres, una voz solitaria y lastimera entonó un canto cuya letra más o menos venía a decir:

-¿Qué es lo que aguarda el hombre nacido de mujer?

Sonora vibró en el espacio la respuesta de la vasta asamblea, que contestó a una, con esta siniestra palabra:

¡Morir!

Gradualmente entonaron aquel canto compañía tras compañía, hasta que por fin el ejército entero allí acumulado formó un monstruoso coro. Imposible me fue ya entender la letra, sin embargo, pude comprender representaban todas las faces de las pasiones, temores y alegrías del hombre. Ora la cadencia semejaba a la de una dulce cantinela de amor, ya a un majestuoso aire guerrero, y por último a una lúgubre canción de muerte, terminada repentinamente por un espantoso alarido que helaba la sangre con su tétrica resonancia. De nuevo reinó un fatídico silencio, interrumpió a una señal del Rey, por el ruido de las rápidas pisadas de extrañas y pavorosas figuras, que destacándose de la callada masa de los guerreros, corrieron hacia nosotros. Al acercársenos vimos eran mujeres, en su mayor parte de avanzada edad: adornaban el cano y desgreñado cabello con multitud de pequeñas vejigas que caían hacia atrás, tenían pintada la rugosa cara con rayas blancas y amarillas, de sus encorvadas espaldas colgaban distintas pieles de culebra, y en derredor de sus cinturas chocaban ruidosamente numerosas rodajas de hueso humano. Cada una tenía en su descarnada mano un especie de horquilla. En total eran diez : cuando llegaron enfrente de nosotros se detuvieron, y una, señalando con su horquilla a la agachada Gagaula gritó:

-Madre, anciana madre, aquí nos tienes.

-¡Bueno! ¡bueno! ¡bueno!- gritó atipladamente aquel decrépito monstruo- ¿Tenéis perspicaces los ojos, Isanusis, (brujas) vosotras, las que veis en los sitios más recónditos?

-Madre, los tenemos perspicaces.

-¡Bueno! ¡bueno! ¡bueno! ¿Tenéis vuestros oídos bien abier- tos, Isanusis, vosotras que oís las palabras que la lengua calla?

Madre, los tenemos bien abiertos.

-¡Bueno! ¡bueno! ¡bueno! ¿Tenéis vuestros sentidos bien despiertos, Isanusis? ¿podéis husmear la sangre y purgar la tierra de los malvados que maquinan daño contra el Rey o contra sus semejantes? ¿Estáis dispuestas a hacer la «justicia del Cielo,» vosotras a quienes he enseñado, las que han comido del pan de mi sabiduría y bebido del agua de mi magia?

-Madre, lo estamos.

-¡Entonces comenzad! no os detengáis mas,buitres míos, ved a los matadores, señalando al repugnante grupo de los verdugos; haced que sus lanzas no estén ociosas; los hombres blancos de lejano país esperan con impaciencia. ¡Comenzad!

Dando un aullido salvaje, disolvióse el grupo de brujas, las que se desparramaron en todos sentidos, y enrrieron, haciendo grande ruido con los sonajeros de hueso que llevaban en la cintura, hacia la muralla humana que nos rodeaba. lmposible era seguir los movimientos de todas; así pues, nos limitamos a observar a la Isanusi mas cercana a nosotros. Cuando estuvo a pocos pasos de la fila de guerreros, hizo, alto y empezó a bailar con desordenada furia, dando vueltas y revueltas con increíble rapidez y vociferando a la par expresiones como éstas: ¡Husmeo al maldito! ¡ Cerca, cerca está el envenenador de su madre! ¡ Oigo los pensamientos del que desea daño a su Rey !

Más y más apresuró la vertiginosa celeridad de sus movimientos, hasta caer en tal frenesí que, como una poseída, arrojaba espumarajos por entre las contraídas mandíbulas, saltábansele los ojos y le temblaban las carnes. De repente quedóse inmóvil y tendiéndose en el suelo como un tigre cuando va a arrojarse sobre su presa, comenzó a arras-

trarse cautelosamente, con la horquilla extendida, hacia los soldados que tenía enfrente. Nos pareció que al acercárseles, desvaneciéndose completamente el estoicismo de éstos, retrocedían aterrorizados. En cuanto a nosotros seguíamos sus menores movimientos dominados por una invencible fascinación. Mientras tanto se aproximaba siempre arrastrándose, deteniéndose a veces y señalándolos con su horquilla como si fuera ya a abalanzarse sobre ellos, hasta quedar a dos pasos de la fila.

Entonces dando un chillido, de un salto se puso de pie y tocó con su ahorquillada vara a un alto guerrero. Inmediatamente los dos camaradas que formaban a su lado, agarraron por los brazos al infeliz condenado y lo condujeron ante el Rey.

El desgraciado no hizo resistencia, pero apenas podía andar, tenía paralizadas sus piernas y sus dedos, que habían dejado caer la lanza, estaban tan flexibles como los de un cadáver aún caliente.

Saliéronle al encuentro dos de los odiosos ejecutores y al llegar junto a él, volviéronse al Rey en demanda de órdenes.

-¡Matad!- dijo éste.

-¡Matad!- gritó chillonamente Gagaula.

-¡Matad!- repitió Scragga con una bárbara sonrisa de placer.

Antes que las palabras hubieran concluído de ser pronunciadas, la horribe sentencia se babía realizado. Uno de los verdugos enterró el hierro de su lanza en el corazón de su víctima y el otro de una terrible mazada esparció sus sesos por el suelo.

-Uno- díjo tranquilamente el Rey, mientras arrastraban el cadáver algunos pasos a un lado.

Apenas lo habían hecho, cuando trajeron a otro infelíz, como buey a matadero. En esta ocasión pudimos comprender por la zamarra de piel de leopardo, que el condenado era una persona de alta jerarquía. Otra vez se escucharon las fatídicas palabras, y un nuevo cadáver rodó por tierra.

-Dos- contó el Rey.

Y así continuó aquella inhumana matanza, hasta que unos cien cuerpós estuvieron amontonados a nuestras espaldas. Mucho he oído contar de las sangrientas f unciones de los circos romanos; pero, por más crueles quo se las descríba, nunca pudieron ser tan espantosas como aquella hecatombe humana. Además, dichos espectáculos contribuían a la diversión del público, y aquí todos estaban expuestos, lo que estoy seguro pondría a prueba el nervio del más experimentado amante de sensaciones fuertes, a trocar su puesto de espectador por el muy pasivo de condenado.

Una vez nos levantamos, y pedimos a Twala detuviera aquella carnicería; pero nos replicó con áspera entonación.

-Sentaos, dejad que la ley siga su curso, blancos. Esos perros miserables son encantadores y malvados; justo es que mueran.

Próximamente a las diez y media hubo un momento de pausa; las cazadoras de hechiceros se reunieron, aparentemente cansadas de su sangrienta tarea y pensamos que aquello había llegado a su término. Pero nos equivocábamos, pues llenos de sorpresa, vimos a la vieja Gagaula levantarse y sosteniéndose con un bastón, avanzar insegura hacia el centro del despejado espacio. Daba grima el ver a esta decrépita criatura con su repugnante cabeza de buitre y el tembloroso cuerpo encorvado por el peso de los años, ir recuperando progresivamente las perdidas fuerzas hasta llegar a arrebatarse, en desenfrenados movimientos, tan vivos, tan rápidos como los de sus maléficas discípulas. Corrió de un lado para otro, girando con frenesí y animándose con su propio y desagradable canto, hasta que deteniéndose repentinamente se abalanzó a un arrogante jefe que estaba al frente de un regimiento y lo tocó con su vara. Una dolorosa exclamación se escapó de las filas de aquel cuerpo, que evidentemente mandaba; pero como siempre, dos de sus individuos saliendo de ellas lo cogieron por los brazos, y lo condujeron al lugar en donde debía morir. Después supimos que aquel hombre era primo del Rey y uno de los más importantes por su riqueza y su graduación.

Fue muerto y Twala contó ciento tres. En seguida Gagaula continuando sus endiabladas cabriolas fue poco a poco aproximándose a nosotros.

-¡Que me cuelguen si no trata de hacernos una mala jugada!- exclamó Geood horrorizado.

-¡Qué disparate!- contestó sir Enrique.

Por mí parte, al ver a aquella vieja furia en continuas contorsiones acercándosenos más y más, sentí que la sangre se me helaba y echando una ojeada a los cadáveres hacinados a mi espalda, se me erizó el cabello.

Mientras tanto Gagaula, encorvado el cuerpo, con los ojos casi fuera de sus órbitas, y fosforescentes, continuaba girando rápida, y acortando más y más la distancia.

Ya no cabía duda, era a nosotros a quienes se dirigía; y todos los ojos de aquella inmensa asamblea seguían sus movimientos con marcada ansiedad. Al fin se detuvo y nos señaló con su vara.

-¿A quién tocará?- se preguntó a sí mismo sir Enrique.

En un momento salimos de dudas, pues la horrible vieja de un salto se colocó enfrente de Ignosi, alias Umbopa, y le tocó en el hombro, gritando con chillona y horripilante voz:

-¡Lo he husmeado! ¡Matadle! ¡matadle! está lleno de maldad; ¡matad a ese extranjero, antes de que por su causa corran torrentes de sangre! ¡oh Rey! hazle morir.

Hubo una pequeña pausa que me apresuré a aprovechar.

-¡Oh Rey!- exclamé levantándome de mi asiento- Este hombre es el criado de tus huéspedes, es su perro; cualquiera que derrame la sangre de él, derrama la nuestra. Por la ley sagrada de la hospitalidad reclamo tu protección para nuestro criado.

-Gagaula la madre de la sabiduría pide su muerte, blancos, y morirá.

-No, no morirá; el que trate de tocarle, ese sí, que morirá.

-¡Cogedle!- gritó furioso Twala a sus verdugos, que le rodeaban enrojecidos hasta los ojos con la sangre de sus víctimas.

Al mandato de su amo, avanzaron hacia nosotros y a los pocos pasos se detuvieron indecisos. Ignosi por su parte, habíase puesto en guardia con su lanza, resuelto a vender bien cara la vida.

-Atrás, perros- les grité yo, cubriendo a Twala con mi revolver,- si es que queréis ver el día de mañana. Tocad un solo cabello de su cabeza y mato a vuestro Rey. Sir Enrique y Good también sacaron los suyos, apuntando el primero al verdugo que venía a la cabeza de sus compañeros y continuaba acercándose para ejecutar la sentencia; y Good a Gagaula, lo que hizo con cierto aire de satisfacción.

Twala dejó traslucir un movimiento de sobresalto al ver el cañón de mi arma dirigido a su pecho.

-¿Y bien, Twala, en qué quedamos?le pregunté.

-Guardad vuestros tubos mágicos; me lo habéis suplicado en nombre de la hospitalidad y por esa razón, no por temor a lo que podáis hacer, le concedo la vida. Idos en paz.

-Bien está- le contesté con indiferencia,- nos hallamos hartos de carnicería y queremos dormir. ¿Ha terminado la gran danza?

-Ha, terminado- respondió Twala mal humorado- Arrojad esos perros, señalando los cadáveres, a las hienas y a los buitres, y dada esta orden levantó su lanza.

Al instante los regimientos comenzaron a desfilar silenciosamente por la puerta del kraal, y a poco sólo quedó ocupado por un destacamento encargado de arrastrar lejos de allí los cadáveres de aquellos que habían sido, sacrificados.

Entonces nos pusimos de pie y haciendo una reverencia a Su Majestad, que apenas se dignó devolvernos, partimos para nuestro kraal.

-Bien- dijo sir Enrique al sentarnos después que hiciéramos luz, bien, en realidad me encuentro algo indispuesto.

-Si alguna duda hubiera tenido en ayudar a Umbopa a destronar a ese rnaldito- exclamó Good,- por mi nombre ya habría desaparecido. Hice cuanto pude para permanecer tranquilo mientras se efectuaba esa horrible carnicería. Traté de tener cerrados los ojos; pero los abría

precisamente en el peor momento. Me extraña no haber visto a Infadús. Umbopa, amigo mío, bien puede estarnos agradecido; vuestra piel anduvo muy próxima de obtener su correspondiente ojal.

-Estoy agradecido, Bougwan, y jamás lo olvidaré. En cuanto a Infadús no tardará en llegar. Esperemos.

Así, pues, encendimos nuestras pipas y aguardamos.

XI
LA SEÑAL

Largo rato, dos horas poco más o menos, permanecimos sentados y silenciosos, demasiado impresionados por los horrores que acabábamos de ver, para poder conversar. Al fin, cuando al aparecer los primeros albores de la mañana nos disponíamos a acostarnos, oímos el ruido de varias pisadas. El centinela a la puerta del kraal dio el ¿quién vive? que en apariencia fue satisfactoriamente contestado, pero con voz tan baja que no llegó hasta nosotros, pues los pasos continuaron acercándose a nuestra choza, cuya puerta se abrió para dar entrada a Infadús y a unos seis jefes de marcial aspecto y arrogante presencia que le acompañaban.

-Mis señores, como os lo prometí, aquí me tenéis. He traído conmigo, mis sei'iores y tú, Ignosi, legítimo Rey de les kukuanos, a estos hombres, grandes entre nosotros y jefe cada uno de tres mil guerreros, prontos a obedecer sus órdenes en el servicio del Rey. Les he contado todo cuanto mis ojos han visto y mis oídos escuchado. Ahora permíteles también ver la sagrada serpiente en derredor de tu cintura y oir de tus mismos labios tu historia, Ignosi, para que puedan decidirse y digan si estarán a tu lado o al lado de Twala, el Rey.

Ignosi, por toda contestación, desnudó su cintura, dejando, al descubierto la regia señal. Los jefes, uno a uno, auxiliados por la mezquina luz de la lámpara, la examinaron de cerca, y según concluían su investigación pasaban sin decir una palabra a colocarse al otro lado.

Cuando todos la hubieron visto, Ignosi volvió a cubrir su cintura y dirigiéndose a ellos, repitió la historia que contará a Infadús.

-Ya habéis visto y oído, Jefes- dijo éste cuando Ignosi terminó; -¿qué decís? ¿os declaráis por el hijo de Imotu y ofrecéis ayudarle a conquistar el trono de su padre, o le abandonáis? La tierra clama contra las crueldades de Twala, la sangre del puebo corre como el agua en

las lluvias de la primavera. ¡ Bien lo habéis visto anoche! Dos de vuestros compañeros, dos jefes a quienes pensaba haber traído aquí ¿dónde están? Las hienas aullan sobre sus ensangrentados restos. Esa es la suerte que os aguarda si no os apresuráis a herir. ¡ Hermanos, decidíos !

El más viejo de los seis guerreros, hombre de corta estatura, robusto y con el cabello blanco, dio un paso al frente y contestó:

-Tus palabras no mienten, Infadús, la tierra entera gime. Mi hermano, mi propio hermano está entre aquellos que murieron anoche; pero este asunto es muy grave y el suceso casi increíble. ¿ Cómo podemos convencernos al empuñar nuestras lanzas, de que no servimos a un impostor? Grave asunto es, repito, y nadie puede prever su fin. Porque estad seguros de ésto, la sangre correrá a torrentes antes que el hecho se haya consumado; muchos continuarán adictos al Rey, que los hombres están puestos a adorar al sol que brilla resplandeciente en medio del cielo y no al que aún no ha salido. Estos hombres blancos de las estrellas son grandes magos, y cubren a Ignosi con sus alas. Si en verdad es el legítimo Rey de los kukuanos, pueden darnos una señal que lo atestigüe, una señal que lo declare al pueblo y el pueblo entero pueda ver. Entonces, los hombres nos seguirán convencidos de que la magia de los blancos está con ellos.

-Ya tenéis la señal de la serpiente- le contesté.

-Señor, no es bastante. La serpiente ha podido ser marcada en su cintura después que ese hombre naciera. Mostradnos una señal, sin ella no nos moveremos. Los demás se manifestaron decididamente acordes con la proposició y yo me volví perplejo hacia sir Enrique y Good, a quienes espliqué la situación.

-Creo que dí en una- dijo el último con cierto aire de triunfo - decidle que nos dejen soles un momento para pensarla.

Así lo hice, y los jefes se retiraron. Tan pronto como hubieron salido, Good cogió la cajita donde guardaba las medicinas, la abrió y sacó de ella una cartera que tenía un almanaque en sus primeras páginas.

-¡Bueno, aquí está! ¿Camaradas no es mañana el día cuatro de junio?

Habíamos tenido cuidado de anotar los días; así pudimos contestarle afirmativamente.

-Muy bien; entonces oigan- 4 junio, eclipse total de luna: comienza a las 8:15, meridiano de Greenwich y es visible en Tenerife, Africa, etcétera.- ¿ Puede haber mejor señal ? Dígales que mañana por la noche, cuando la luna brille en la mitad del cielo, la haremos desaparecer.

La idea era magnífica; su único inconveniente consistía en un posible error del almanaque de Good. Si hacíamos una profecía de tal magnitud y salía falsa, perdíamos nuestro prestigio para siempre, y con él, las probabilidades que Ignosi tenía de ocupar el trono de Kukuana, naufragaban.

-¿Y si el almanaque fuera, inexacto?- preguntó sir Enrique a Good, en aquel momento muy atareado, haciendo, al parecer, algún cálculo en las hojas de su citada cartera.

-Y, ¿por qué hemos de hacer hipótesis tal? Los eclipses jamás han dejado de ser puntuales, por lo menos así me lo enseña mi propia experiencia; y aquí se expresa terminantemente que será visible en esta parte del mundo. He hecho mis cálculos con la exactitud que me permite el desconocimiento de nuestra verdadera, posición y según su resultado, el fenómeno comenzará en este lugar hacia las diez de la noche y terminará a las doce y media. Por hora y media las tinieblas serán completas.

-Bien- dijo sir Eurique, en todo caso creo es lo mejor correr el riesgo y hacer la predicción.

Asentí por mi parte, aunque algo receloso, pues los eclipses son cosas que no tienen cuenta con nuestras necesidades, y dije a Umbopa que llamará a lo jefes. Cuando entraron, con toda la prosopopeya que el acto requería, les hablé de este modo:

-Nobles guerreros de Kukuana, y tú, Infadús, oíd. No nos agrada mostrar la omnipotencia de nuestra voluntad, trastornando las leyes de

la Naturaleza, porque al hacerlo, llenamos al mundo entero de terror y confusión; sin embargo, atendiendo a que se trata de un asunto de la mayor importancia, a la cólera que contra el rey ha despertado en nosotros la inicua carnicería de anoche y la conducta de Gagaula, al exigir se vertiera la sangre de nuestro amigo Ignosi, hemos resuelto, rompiendo nuestra costumbre, daros una señal que nadie ni nada dejarán de ver. Venid comnigo- les dije, conduciéndolos a la puerta, y señalando a la enrojecida esfera de la expirante luna, les pregunté: - ¿Qué veis allá?

-Vemos la luna entrando ya en su lecho - contestó el orador del grupo.

-Eso es. Ahora contestadino: ¿puede mortal alguno obligarla a desaparecer antes que llegue al final de su jornada y hacer que la noche, descendiendo del cielo, envuelva la tierra entera con sus más densas sombras?

-No, mi señor, el hombre no puede tanto. La luna es más poderosa que todos los que la contemplan, nadie la hará variar en su curso.

-Vosotros lo decís. Pues bien, yo os digo que mañana, dos horas antes de la media noche y cuando más brille sobre vuestras cabezas, la borraremos del cielo por espacio de hora y media, cubriendo la tierra con tan profundas tinieblas que no podréis veros vuestras propias manos: tal será nuestra señal y prueba de que Ignosi es el legítimo rey del pueblo kukuano. Si, como lo prometemos, sucede, ¿quedaréis convencidos?

-Sí señores, míos- afirmó el viejo jefe con cierta sonrisa incrédula, que también vi vagar por los labios de sus compañeros: - si vosotros lo hacéis lo que decís, quedaremos completamente convencidos.

-Pues lo veréis con vuestros propios ojos; nosotros tres, Incubu, Bougwan y Macumazahn, lo hemos dicho y así será hecho. ¿ Nos escuchas tú, Infadús ?

-Escucho, mi señor; pero gran maravilla prometéis; ¿hacer desaparecer la luna, ¡la madre de la tierra! cuando brilla toda entera?

-No importa, nosotros lo haremos, Infadús.

-Muy bien, señores míos. Hoy, dos horas despues de la puesta del sol, Twala enviará a buscar a mis señores, para que asistan a la danza de las vírgenes una hora más tarde, terminado el baile, la que el rey juzgue más bella de todas será sacrificada por Scragga, en honor de los «silenciosos de piedra» asentados y vigilantes entre las montañas, allá a la lejos;- Y señaló a los tres extraños picos en donde terminaba el camino de Salomón. Dígnaos, obscureciendo entonCes la luna, mis señores, salvar la vida de esa doncella y el pueblo en masa os dará su fe.

-Sí- repitió el encanecido veterano, aún algo sonreído,- hacedlo y el pueblo creerá cuanto digáis.

-A dos millas de Loo- prosiguió Infadús,- levántase una colina, cuya base tiene la misma forma de la luna nueva, posición inexpugnable que ocupa mi regimiento y otros tres obedientes a la voz de estos jefes. Hoy, en la mañana, nos pondremos de acuerdo para que dos o tres regimientos más vayan a concentrarse en el mismo sitio. Así dispuesto, si mis señores pueden en realidad apagar la luna, durante la obscuridad vendré a buscarlos, los conduciré fuera de Loo, al indicado punto, en donde estarán a salvo, y emprenderemos la guerra contra el rey Twala.

-Perfectamente- le contesté.- Ahora déjanos, queremos dormir un rato y preparar nuestra magia.

Infadús nos hizo una profunda reverencia y seguido de los demás jefes, salió de nuestra choza.

-Amigos míos- dijo Ignosi, tan pronto como quedamos solos,-¿podéis hacer realmente cosa tan maravillosa o habéis dicho vanas palabras a los jefes?

-Creemos que podemos hacerlo, Umbopa, Ignosi, quiero decir.

-Me asombráis, y si vosotros no fuerais ingleses, no lo creyera: pero sé que el «caballero» inglés nunca miente. Estad seguros de que si sobrevivimos a la lucha, os sabré recompensar.

-Ignosi- dijo sir Enrique, - quiero me prometas una cosa.

-Os la prometo, Incubu, amigo mío, aun antes de saber cual es. ¿Qué queréis?

-Esto: si llegas alguna vez a ser rey de los kukuanos, quiero suprimas en absoluto el husmeo de hechiceros y malvados, como el que anoche presenciamos, y que ningún hombre muera en vuestra tierra sin haber sido antes convenientemente juzgado.

Ignosi quedó pensativo por un instante y contestó:

-Las costumbres de los negros no son iguales a los usos de los blancos, Incubu, ni tampoco armamos la vida tanto como vosotros. No obstante, lo prometo. Si llega a estar en mi mano el evitarlo, las brujas no cazarán más, ni morirá hombre alguno sin habérsele juzgado.

-Entonces queda convenido: y ahora descansemos por un rato.

Tan rendidos estábamos, que nos dormimos profundamente, y Dios sabe cuando hubiéramos despertado, si Ignosi no nos hubiese llamado a las once. Nos levantamos, y después de lavarnos hicimos un buen almuerzo; y en seguida que lo concluímos fuimos a dar unos paseos fuera de la choza, divirtiéndonos en observar la estructura de las habitaciones de los kukuanos y las costumbres de sus mujeres.

-Espero que el eclipse se realizará- dijo sir Enrique, al cabo de algún tiempo.

-Si nos hemos engañado, pronto habrá concluído todo para nosotros- le contesté melancólicamente; - porque tan cierto como que estamos vivos, algunos de esos jefes harán una completa delación al rey, y entonces otra clase de eclipse ocurrirá; nos eclipsará a nosotros y de una manera nada agradable.

Regresamos al alojamiento, comimos y empleamos lo restante del día recibiendo visitas de ceremonia y curiosidad. Por fin el sol llegó a su ocaso y pudimos descansar por un par de horas con cuanta tranquilidad nos permitía nuestro inseguro porvenir. Por último, hacia las ocho y media, apareció un mensajero del rey Twala a invitarnos, en su nombre, para que asistiéramos a la gran danza anual de las vírgenes, que de un momento a otro se iba a comenzar.

Vestimos apresuradamente las aceradas mallas, nos armamos con nuestros rifles y todas sus municiones, para tenerlas a la mano en caso de haber que escapar como nos lo advirtiera Infadús, y partimos llenos de osadía, en la apariencia, pues llevábamos el alma en vilo y las carnes nos temblaban. El ancho patio del kraal del rey tenía un aspecto muy distinto del que presentara en la noche anterior. En vez de las apretadas filas de sombríos guerreros, alegraban los ojos, compañía tras compañía de jóvenes kukuanas, ligera y graciosamente vestidas, coronadas con olorosas guirnaldas, teniendo con una mano una palma y sustentando en la otra un hermoso lirio blanco. En el centro del espacio despejado, a la luz de la luna, sentábase el rey, con la odiosa Gagaula acurrucada a sus pies y rodeado por Infadús, Scragga y doce guardias. También había presente una veintena de jefes, entre los cuales reconocí a casi todos los que nos habían ido a ver la noche anterior.

Twala nos recibió, en apariencia, con extremada cordialidad, aunque no se me escapó la expresión de odio que animó a su único ojo, cuando lo fijó sobre Umbopa.

-Bien venidos seáis, blancos de las estrellas- nos dijo;- cosa bien distinta a la que anoche, a la luz de la luna, pudísteis contemplar, venís a ver: es un hermoso espectáculo; pero no tan bello como aquél. Las jóvenes son agradables, y si no fuera por éstas (señalando en derredor), no estaríamos aquí; pero los hombres son mejores. Dulces son los besos de sus labios, dulce su tierna voz; pero más dulce es el choqu de las lanzas y aún mucho más el olor de la sangre que derraman. ¿ Queréis tomar esposas entre las mujeres de nuestro pueblo? Si así lo deseáis, elegid entre las más bellas, tantas como querais y serán vuestras; e hizo una pausa en espera de respuesta.

La proposición no pareció desagradable a Good, quien, como buen marino, era fácil de inflamar, y previendo las complicaciones sin cuento que enlaces de esa naturaleza nos podían traer (pues a la mujer, siguen las dificultades tan infaliblemente como la noche al día), autorizado por mi mayor edad y experiencia, me apresuré a contestar:

-Gracias ¡oh rey! pero los blancos sólo nos casamos con mujeres de nuestro color y linaje. ¡Vuestras vírgenes son bellas, pero no han nacido para nosotros.

El rey se echó a reir.

-Como queráis. En nuestra tierra hay un proverbio que dice: «Los ojos de la mujer no brillan menos, ora sean más claros, ora más negros», y otro que nos advierte: «Ama a las que cerca tengas y da por cierto, que aquellas que dejaste te dar por muerto»; pero tal vez no suceden estas cosas en las estrellas. En donde los hombres son blancos, ¿qué se debe extrañar? ¡En fin, nuestras jóvenes, no han de suplicaros; Bien venido seáis, repito de nuevo; y bien venido seas también tú, el negro; si hubiera oído a Gagaula, estarías ahora rígido y yerto. No ha sido mala suerte para ti el haber bajado también de las estrellas. ¡ Ah! ¡ah!

Ignosi contestó con firme y tranquilo acento.

-Yo puedo matarte antes que tú me mates a mí ¡oh rey! y tus piernas estarán yertas y rígidas antes que las mías cesen de doblarse.

-Tus palabras son muy osadas - replicó con cólera,- no confíes demasiado.

-Bien sienta la osadía en los labios del que dice la verdad. La verdad es aguzada, azagaya que vuela y hiere en el blanco sin jamás fallar. Es un mensaje de las «estrellas» ¡oh rey! Twala frunció el ceño y su ojo brilló con fiereza; pero no dijo una palabra más.

-Dad principio a la danza- gritó.

Inmediatamente las jóvenes, moviendo con inimitable gracia las adornadas cabezas, avanzaron, por compañías, hacia el centro, ágiles, encantadoras, entonando dulce, candencioso canto y balanceando las flexibles palmas y los olorosos lirios. En seguida, y sin detenerse, agrupáronse en pintorescos cuadros, ya valsando ligeras, ya cayéndose unas sobre otras en simulado combate, ora apretándose como las flores de un ramo, ora dispersándose, cual asustadas mariposas; obedientes al ritmo, en fantástica confusión, que la suave luz de la naciente luna, embelleciendo más, revelaba a nuestra deleitada vista. Terminadas las

figuras, volvieron a reunirse en compañías y retrocedieron a sus puestos; pero saltando de las tentadoras filas y apenas tocando el suelo en sus veloces y acompasados pasos, se acercó a nosotros una joven preciosa, que, semejante a vaporosa hada, bailó a nuestra presencia con tal destreza y donaire tal, que hubiera traído a las mejillas de casi todas nuestras bailarinas el rubor de la vergüenza y de la envidia. Rendida al fin por el cansancio, se retiró; otra, vino a ocupar su puesto, y así se sucedieron varias; mas ninguna, por su gracia, por su habilidad y personales atractivos, pudo rivalizar con la primera.

Cuando todas las jóvenes elegidas terminaron los solos, el rey alzó su diestra, y nos preguntó:

-¿Cuál, entre todas, hombres blancos, creéis la más bella?

-La primera- contesté inmediatamente, arrepintiéndome acto contínuo, al recordar que la de mayor hermosura iba a ser sacrificada.

-Entonces tenemos gustos iguales e iguales ojos. Es la más linda de todas; triste cosa para ella, porque es preciso que muera.

-¡Ay! ¡es preciso que muera! - repitió con chillona voz Gagaula, envolviendo en una mirada a la pobre muchacha, quien, ignorante de la espantosa sentencia que pesaba sobre ella, se entretenía al frente de un grupo de sus compañeras, en deshojar pétalo por pétalo una de las flores de su guirnalda.

-¿Por qué motivo? ¡oh rey!- preguntó conteniendo difícilmente mi indignación: - esa joven ha danzado con donaire y nos ha llenado de placer; también es muy hermosa; duro y cruel me parece castigar tanta gracia con la muerte.

-Es antigua costumbre entre nosotros y los «silenciosos» que allá a lo lejos se levantan (señalando a los tres picos que hemos mencionado), deben recibir su ofrenda. No lo hiciera, no derramara hoy en su honor la sangre de la virgen más bella, y la desgracia, aniquilándome, agobiaría mi casa. Oid la profecía de mi pueblo: «Si el rey, el día de la danza de las doncellas, no sacrifica la más agraciada entre todas a las vetustas guardas que vigilan sobre las montañas, él y su casa cesarán de reinar.» Y oídme, blancos, mi hermano, mi predecesor en el trono

kukuano, ablandado por las lágrimas de las mujeres, no ofreció el sacrificio, y cayó con su casa, levantándome yo la mía sobre sus ruinas. Así, pues, la sentencia es irrevocable, ¡ es preciso que muera! Entonces, volviéndose a sus guardias, dijo tranquilamente, traedla aquí; Scragga, aguza tu lanza.

Dos de los de la escolta se dirigieron hacia la pobre muchacha, quien, comprendiendo por primera vez el horrible destino que la aguardaba, prorrumpió en un lastimero grito y trató de huir; pero alcanzada por sus perseguidores, la agarraron con rudas manos, ajando sus delicadas formas entre sus dedos de hierro, y la trajeron al lugar en donde estábamos, convulsa, palpitante, embargada por el terror o inundada de lágrimas.

-¿Cómo te llamas, muchacha?- preguntó con su timbre usual Gagaula. ¡ Qué! ¿no quieres contestarme? ¿será necesario que el hijo del rey se entienda inmediatamente contigo?

A esta alusión, Scragga, con una bárbara expresión de regocijo, dio un paso al frente y preparó su arma, mientras a mi lado, Good, sin apartar los ojos del malvado joven, llevó la mano a la culata de su revólver. La infeliz doncella percibió, a través de sus lágrimas, el brillo del acero, y dominando su angustia cesó en sus convulsiones, se entrelazó las manos delante del pecho con ademán suplicante, y permaneció tranquila, pero temblorosa de pies a cabeza.

-Vedla- exclamó Scragga jocosamente,- tiemblequea a la simple vista de mi juguetito aun antes de haberlo saboreado, y dio unas palmaditas sobre el plano del ancho hierro de su lanza.

-Si la suerte me depara una ocasión, vas a pagarme esa canallada, lobezno- murmuró Good indignado.

-Vamos; ahora que te has aquietado, dinos tu nombre, querida. Vén, habla en voz alta y nada temas- dijo burlonamente Gagaula.

-¡Oh! madre- contestó con trémulo acento, - mi nombre es Foulata y pertenezco a la casa de Suko, ¡ Oh! madre, ¿por qué he de morir? ¡Yo a nadie he hecho mal!

- ¡ Ten ánimo! - prosiguió la maldita vieja con su odioso tono de mofa.- Tú debes morir sacrificada a «los silenciosos» que descansan allá (y señaló hacia los picos); pero ¿ acaso no es mejor el sueño de la noche que las faenas del día? ¿el reposo de la muerte que las fatigas de la vida ?... ¡además, tú morirás por la mano real del único hijo del rey!

Foulata se retorció las manos y exclamó con acento desgarrador:

-¡Oh, cruel ! ¡soy tan joven! ¿Qué crimen he cometido para que nunca más el primer rayo del sol alegre mis ojos, ni la luz de las estrellas conmuevan mi corazón; para que nunca más coja las olorosas flores, húmedas por el rocío, ni oiga el dulce murmullo del fresco manantial? ¡ Oh dolor! ¡nunca, nunca, más ver la choza de mi padre, ni recibir los besos de mi madre, ni atender, ni cuidar al enfermo cabritillo! ¡Pobre de mí! ¡jamás tierno amante me apretará a sus brazos mirándose en mis ojos, ni sabré cómo se ama a los hijos! ¡Oh, suerte, cruel ! y se retorció de nuevo las manos, volviendo el rostro, bañado por su llanto y todavía coronado de flores, hacia el cielo, apareciendo tan conmovedora en su desesperación, pues indudablemente era una mujer bellísima, que hubiera ablandado el corazón de un ser menos perverso que cualquiera de los tres de aquella empedernida trinidad.

Pero ninguna impresión hizo en Gagaula ni en Twala, aunque la piedad conmovía visiblemente a los individuos de su guardia y a los jefes que le rodeaban. En cuanto a Good, dejando escapar una especie de rugido, se puso de pie como en ademán de correr a su lado. Con toda la penetración de la mujer, la desgraciada comprendió cuanto pasaba en la mente de nuestro amigo, y de un salto se puso de rodillas ante él, abrazándose estrechamente a sus «preciosas piernas blancas».

-¡Oh, blanco, padre de las estrellas! arroja sobre mí el manto de tu protección, cúbreme con las sombras de tu poder, para que pueda salvarme. ¡Oh, sí; guárdame contra la crueldad de estos hombres y las mercedes de Gagaula!

-Así será, niña mía; velaré por ti. Levántate, eres una buena muchacha- exclamó nerviosarnente inclinándose a ella y cogiéndola por la mano.

Twala hizo a su hijo un imperioso gesto, y éste, preparando la lanza, avanzó hacia nosotros.

-Ha llegado el instante- me dijo sir Enrique con voz baja,- ¿qué espera usted?

-El eclipse. Hace media hora no separo la vista de la luna y jamás la he contemplado con mejor salud.

-Pues no hay más remedio que decidir la partida ahora mismo o la muchacha perece. Twala está perdiendo la paciencia.

Convencido de la fuerza del argumento, arrojé ansiosísima mirada a la radiante faz de la luna, como jamás lo hiciera el más ardiente astrónomo en espera de algún suceso, comprobación de sus teorías, y, asumiendo toda la majestad imaginable, pasé a colocarme entre la postrada joven y la lanza de Scragga, diciendo al mismo tiempo:

-Rey, esa joven no morirá; nunca consentiremos acto tan inhumano; déjala que se retire en salvo.

Twala se levantó furioso de su asiento, y de los jefes y nutridos pelotones de las muchachas, que insensiblemente se habían aproximado en expectativa de la tragedia, se oyó un murmullo de asombro.

- ¡ No *morirá*, dices tú, perro blanco, que ladras al león en su cueva; *no morirá!* ¿estás loco? Anda con tiento, no sea que la suerte de esa paloma te alcance a ti y a los tuyos. ¿Cómo lo podrás impedir? ¿ Quién eres tú para oponerte a mi voluntad? ¡Retírate, te lo mando! Scragga, mátala. ¡He, guardias! prended a esos hombres.

A este grito, varios soldados armados, saliendo de detrás de la choza, donde evidentemente habían sido colocados de antemano, corrieron hacia nosotros.

Sir Enrique, Good y Umbopa se pusieron a un lado y prepararon los rifles.

-¡Deteneos! - gritó atrevidamente, por más que el alma se me había ido a los pies.- ¡ Deteneos! nosotros, los hombres blancos de las estrellas, decimos que no morirá. Dad un solo paso más y apagaremos la luz de la luna, sumergiendo la tierra en las más profundas tinieblas. ¡Vosotros sabréis lo que puede nuestra magia!

Mi amenaza produjo su efecto; los soldados se detuvieron y Scragga permaneció enfrente de nosotros, inmóvil y con su lanza prevenida.

-¡Oidle! ¡oidle!- gritó burlonamente Gagaula,- oid al impostor que afirma apagará la luna como si fuera una lámpara. Sí, que lo haga, o que muera con Faulata, y con todos sus compañeros.

Alcé los ojos a nuestro satélite y, cobrando ánimo, lleno de alegría, vi que no nos habíamos equivocado. En el borde del hermoso luminar se proyectaba una pequeña sombra, mientras que opaca penumbra se extendía y condensaba sobre su radiante superficie.

Levanté la mano hacia el cielo del modo más solemne, movimiento que sir Enrique y Good imitaron, y con afectada entonación recité uno o dos versos de mi libro favorito, la Leyenda de Ingoldsby. Sir Enrique secundó mi fingida imprecación, con un versículo de la Biblia, y Good coadyuvó a hacerla más imponente dirigiendo a la Reina de la Noche, en no interrumpida retahila, las expresiones más clásicas del repertorio marinesco.

Gradualmente la penumbra, haciéndose más espesa, amorteció visiblemente el brillante disco, y una exclamación de miedo se oyó en la aterrorizada multitud que nos rodeaba.

-¡Mira! ¡oh, rey! ¡mira Gagaula! mirad, jefes, soldados y mujeres, y decid si los hombres blancos de las estrellas hacen lo que prometen o son unos vanos impostores!

-La luna se obscurece a vuestros mismos ojos; pronto las tinieblas nos envolverán- ¡sí! las tinieblas, cuando más grande y clara centelleaba sobre vuestras cabezas. Nos habéis pedido una señal, y os la damos. Apágate; ¡oh luna! extingue tu luz, tu pura o inmaculada luz, abate hasta el polvo la frente de los soberbios y sepulta el mundo en las más lóbregas sombras de la noche.

Todos los circunstantes dejaron escapar un grito de terror, y presas del pánico, unos quedaron como petrificados y otros, cayendo de rodillas, prorrumpieron en lastimeras súplicas. El rey continuó senta-

do; pero su bronceada piel palideció notablemente. Sólo Gagaula permaneció tranquila.

-Eso pasará- gritó ésta,- ya yo he visto lo mismo en otra ocasión; ningún hombre puede apagar la luna; recobrad el ánimo; sentaos, estad serenos; las sombras desaparecerán.

-Esperad y vosotros lo veréis - repliqué volviendo a tender los brazos hacia el astro.

-Adelante, Good, no se detenga, ya no recuerdo más versos. Siga con su tiroteo de palabrotas, ¡ bravo! buen camarada.

Good respondió noblemente al tributo, que se le impuso sobre sus facultades inventivas. Nunca hasta entonces pude tener una idea exacta de las infinitas interjecciones, denuestos, epítetos, votos y reniegos del vocabulario de un oficial de 1a Armada. Por diez minutos largos, sin detenerse siquiera a respirar, soltó a todo trapo una sarta de terminachos, cayendo apenas en muy contadas repeticiones.

Entretanto, la mancha negra iba dilatándose y no había uno en aquella vasta concurrencia que, enmudecido por el temor, no tuviese fijos los espantados ojos en el cielo. Extraños, tupidos velos se tendían sobre la faz del satélite, y en nuestro derredor todos permanecían callados o inmóviles, como si la muerte los hubiera paralizado repentinamente. Los minutos transcurrían en medio de absoluto silencio, y a su paso, la luna se sepultaba más y más en el cono de la sombra de la tierra, pudiéndose observar la marcha del negro y creciente segmento por encima de sus, profundos cráteres. El hermoso y pálido astro parecía aproximarse a nosotros y aumentar en tamaño. Su argentino color se convirtió en cobrizo en la porción aun no eclipsada, pasando gradualmente a un obscuro carmesí, en el que se destacaban vagamente sus dilatadas planicies y elevadas montañas.

La ennegrecida sombra, entretanto, seguía su curso; ya cubría más de la mitad del enrojecido globo. La atmósfera, creciendo en opacidad, adquiría un algo de siniestro por el sanguíneo tinte que de aquél recibía. Al fin nos fue casi imposible distinguir las facciones del feroz grupo que teníamos delante. No se oía nada, nada, excepto las

pestes que a borbotones brotaba la boca de Good, quien, con arreglo a las leyes de la oratoria, dio descanso a la lengua con un remate musical y grandioso.

-¡La luna se está muriendo! ¡Los brujos la han matado!- gritó Scragga, poco después que Good terminara su oración.- ¡Todos vamos a perecer entre las tinieblas! y animado por el furor del miedo, tiró una terrible lanzada a sir Enrique, dando de lleno en el mismo medio del pecho de este caballero. Pero habíase olvidado de las cotas de malla que el rey nos regalara, y que llevábamos puestas debajo de nuestra ropa. El acero rebotó inofensivo; antes que tuviera tiempo de repetir el golpe, sir Enrique le arrancó el arma de las manos, y, ligero como un rayo, lo atravesó con ella misma de parte a parte, haciéndole rodar muerto a sus pies.

A la vista de este suceso, espantadas por la creciente obscuridad y la monstruosa mancha que según su creencia, devoraba a la luna, las jóvenes, rompiendo su orden de formación, huyeron desordenadamente lanzándose en confuso tropel y dando chillidos de terror, hacia la puerta del kraal. No fueron ellas las únicas víctimas del pánico. El mismo rey, seguido por sus guardias, varios jefes y Gagaula, que con maravillosa vivacidad cojeaba tras del primero, huyeron a sus chozas, de modo que, en cosa de un minuto, quedamos dueños de la escena en compañía de Foulata, Infadús, algunos de los jefes, con quienes habíamos hablado previamente, y el cadaver de Scragga.

- Jefes- dije,- os hemos dado la señal. Si estáis, satisfechos, corramos al lugar de que hablasteis. El encanto continuará sin que nadie pueda detenerlo, por espacio de hora y media más. Aprovechémonos de la obscuridad.

Venid - contestó Infadús emprendiendo la marcha,- ejemplo seguido por los amedrentados jefes, nosotros y Foulata, a quien Good conducía de la mano.

Antes de llegar a la puerta del kraal la luna desapareció completamente y de todas partes del firmamento aparecieron las estrellas como suspendidas de una inmensa y enlutada bóveda.

Asidos de las manos formando cadena, tropezando aquí y acullá, avnzando entre profundas tinieblas.

XII
ANTES DE LA BATALLA

Afortunadamente, Infadús y los jefes conocían muy bien la gran ciudad, y, por consiguiente, a pesar de lo turbio de la ocasión, pudimos caminar con diligencia.

Por hora y media sostuvimos la marcha sin la menor dilación, hasta que, por fin, el eclipse entró en su último período, y apareció el borde de la luna que primero se ocultó, al comenzar el fenómeno. Repentinamente descubrimos un tenue rayo argen- tino rodeado por un misterioso fulgor rojizo que, cual lámpara celestial, se destacaba en medio del obscurecido espacio. Cinco minutos después, las estrellas comenzaron a palidecer y tuvimos suficiente claridad para reconocer el paraje en donde nos encontrábamos, viendo con placer que estábamos fuera de la ciudad de Loo y cerca de una aplanada cumbre, a la que se encaminaban nuestros pasos. Esta colina, cuya especie abunda mucho en el Africa AustraI, no era muy elevada; en efecto, su mayor altura no pasaría de unos doscientos pies, pero su forma afectaba la de una herradura y sus precipitosas laderas estaban materialmente erizadas de riscos que hacían imposible el ascenderlas. En la hierbosa meseta, que la coronaba, había suficiente terreno para un campamento, y como tal se utilizaba, siendo una de las posiciones, militares que defendían la capital. Su guarnición ordinaria consistía en un regimiento de tres mil horribles; mas al subir por sus inclinadas vertientes pudimos observar, a la luz de la retornante luna, que el número de los guerreros allí reunidos era mucho mayor.

Al llegar a la meseta encontramos multitud de hombres que, arrancados del sueño, se apiñaban temblorosos, consternados por el hecho natural que aun presenciaban. Sin pronunciar una palabra pasamos entre ellos y nos dirigimos a una choza en donde, con sorpresa, hallamos, nos esperaban dos hombres cargados con los contados efectos que nuestra precipitada fuga nos forzara a abandonar.

-Yo envié por ellos- observó Infadús,- y también por esto- añadió suspendiendo en sus manos, los hacía tanto tiempo perdidos pantalones de Good.

Este, con una exclamación de alearía, se abalanzó a ellos e inmediatamente procedió a ponérselos.

-¡Mi señor, no oculte sus preciosas piernas blancas!- instó Infadús con tono de súplica.

Pero Good persistió obstinadamente en su propósito y el pueblo kukuano hubo de resignarse a no verlas más al natural, teniéndose que contentar con su barbudo lado, su ojo transparente y su movible dentadura.

Sin apartar los ojos, que acariciaban con persistente mirada los encubiertos miembros de Good, Infadús nos informó había dado órdenes para que los regimientos se formaran al despuntar el día, a fin de participarles las causas que inducían a sus jefes a la rebelión y presentarse a Ignosi, legítimo heredero del trono.

En efecto, tan pronto como apareció el sol, unos veinte mil hombres, la flor del ejército de Kukuana, ocupaba un espacio despejado al cual nos encaminamos. Formaban un inmenso cuadro de tres caras, presentando un espectáculo magnífico. Nos situamos en el lado abierto, y en seguida nos rodearon los jefes y oficiales de mayor importancia.

Requerido absoluto silencio, Infadús, situándose en el centro de la formación, tomó la palabra. Con vigorosa y arrebatadora elocuencia, porque como casi todos los kukuanos de noble cuna era un admirable orador, relató la historia del padre de Ignosi, describiendo con crudeza la conducta de Twala al asesinar traidora y cobardemente al primero, y al condenar a la esposa y al hijo, infelices, a perecer aniquilados por el hambre. Inmediatamente, y con atrevidos rasgos, hizo ver cómo el país padecía, ahogando sus gemidos, bajo la inicua férula del cruel Twala, aserto que probó pintando con espantosa realidad las sangrientas escenas de la noche anterior, en la que muchos de los más grandes y bravos de sus jefes, bajo pretexto de ser entes maléficos,

habían caído muertos por la mano del verdugo. Prosiguiendo, pasó a manifestarles cómo los blancos señores de las estrellas, movidos a piedad por tantos horrores que pesaban sobre su tierra, determinaron, sin detenerles los grandes riesgos de su proyecto, descender hasta ellos y mejorar su suerte; cómo tomando bajo su protección al legítimo rey de la nación, a Ignosi, quien suspiraba en el destierro por la nunca olvidada, patria, con generosa mano, lo habían guiado hasta ella por encima de las montañas; cómo en presencia de las malvadas acciones de Twala, decidieron su castigo; y, dando una señal para convicción de los irresolutos y salvar a la bella Foulata, acababan, por el poder de su insondable magia, de apagar la luna y matar al perverso Scragga; y cómo estaban resueltos a ayudarlos a derribar al tirano usurpador y coronar al legítimo rey, a Ignosi, ¡al hijo del rayo!

Concluyó su discurso en medio de un murmullo de aprobación, y entonces Ignosí valió al frente para a su vez arengarlos. Reiteró cuanto su tío Infadús había dicho, concluyendo su enérgica oración de la siguiente manera:

-¡Oh! jefes oficiales, soldados y pueblo, habéis oído mis palabras. Ahora decidíos entre aquél que sienta en mi trono, y el que por derecho le corresponde; entre el infame fratricida, y el hijo de vuestro muerto rey; entre el cobarde verdugo de una desventurada viuda e inofensivo niño y la intentada víctima. Sí, soy el hijo de Imotu; sí, soy vuestro legítimo rey; esos (señalando a los jefes), os lo, pueden decir, pues han visto con sus propios ojos la sagrada serpiente en derredor de mi cintura. Y si no fuera así, ¿ estarían estos hombres blancos, estos temibles magos, al lado mío? ¡ Temblad jefes oficiales, soldados y pueblo ! ¿ Acaso las tinieblas que esparcieron por la tierra toda, para confundir a Twala y proteger nuestra marcha, cuando más hermosa brillaba la luna en el cielo, no os llena aún de estupor?

-Sí- contestaron los soldados.

-Yo soy el rey; lo digo a vosotros. ¡Yo soy el rey ! repitió Ignosi irguiéndose majestuosamente y blandiendo su enorme hacha de combate por encima de la cabeza. Si hay alguno entre vosotros que diga lo

contrario, salga de las filas para combatir conmigo, y su roja sangre será una nueva prueba de que os digo la verdad. Venga, venga a mí, que aquí le espero - y agitó vigorosamente su arma, que relampagueaba a la luz del sol.

Como nadie pareció dispuesto a aceptar este reto a muerte, nuestro ex-criado prosiguió:

-En verdad, soy el rey, y si estáis a mi lado durante el combate, si soy el vencedor, compartiré con vosotros la gloria y los honores de la victoria. Os daré bueyes y esposas, y vuestros regimientos serán los primeros del ejército; si sois vencidos, si morís, yo moriré con vosotros.

Y, oíd la promesa que os hago. Cuando me siente en el trono de mis padres no habrá más derramamiento de sangre en el país; no clamaréis por justicia para que os conteste con el hierro, no habrá más cacerías de brujas en las que se os mate sin que seáis delincuentes. Ningún hombre morirá, a menos que viole las leyes. Cesará la destrucción de vuestros kraales; todos podrán dormir tranquilos bajo el techo de sus chozas, que la justicia velará hasta en los más lejanos rincones de mi tierra.

-¿Os habéis decidido, jefes, capitanes, soldados y pueblo?

-Nos hemos decidido ¡ oh rey !- contestaron en masa.

-Está bien. Volved vuestras cabezas y ved a los emisarios de Twala cómo, saliendo de la gran ciudad, corren al Norte y Sur, al Este y Oeste para reunir un formidable ejército, con el fin de exterminarme, y exterminar a vosotros y a mis amigos y protectores. Mañana, tal vez pasado mañana, caerá sobre nosotros con todos los que aún le son fieles. Entonces sabrá quiénes son mis más adictos partidarios, quiénes no temen morir por mi causa, y desde ahora os digo que no los olvidaré cuando llegue el momento de los despojos. He dicho, ¡ oh ! jefes, oficiales, soldados y pueblo. Ahora, volved a vuestros alojamientos y apercibíos para el combate.

Hubo una corta pausa; uno de los jefes levantó su mano y de todas las bocas salió el real saludo «kum», prueba evidente de que los

regimientos reconocían a Ignosi por su Rey, y en seguida desfilaron en batallones.

-Media hora después nos reunimos en consejo de guerra, al que asistieron los comandantes de los regimientos. Evidente era no transcurriría mucho tiempo sin que nos viéramos atacados por fuerzas superiores a las nuestras; y, en efecto, desde la ventajosa posición que ocupábamos, pudimos observar la concentración de las tropas enemigas y a los correos, que saliendo a la carrera de Loo, se dirigían en todos sentidos, indudablemente con órdenes de Twala, para que acudieran a la capital los regimientos de guarnición en los kraales. Por nuestra parte, contábamos con unos veinte mil hombres que formaban en siete regimientos, los mejores del país. Twala tenía, según Infadús y los jefes calculaban, de treinta a treinta y cinco mil guerreros, obedecientes a su mando, reunidos en Loo; y suponían que hacia la mitad del siguiente día habrían engrosado su ejército con otros cinco mil. Era probable que algunos de aquellos cuerpos, desertando de su bandera, se pasaran a la nuestra; pero no debíamos fundar nuestros planes en una mera contingencia. Entretanto, notamos no se descuidaba el adversario en dictar oportunas medidas para someternos, pues numerosas y fuertes patrullas rondaban cerca de la base de la colina, mientras otros movimientos parecían predecir la inminencia de un ataque.

Sin embargo, Infadús y los jefes opinaron que el ataque no tendría lugar aquel día, dedicado a los necesarios preparativos y a levantar el ánimo de los soldados, aún muy impresionados por el efecto de nuestra magia sobre la luna; y sí al siguiente, en lo que no se equivocaron, como los hechos vinieron a demostrarlo.

Terminado el consejo, nos dedicamos a fortificar nuestra posición: casi todo el ejército se empleó en estos trabajos, y durante el día, que nos pareció bien corto, muchas cosas se llevaron a cabo. Los caminos que conducían a la meseta de la colina fueron cerrados con macizas y altas barricadas, y se amontonaron los obstáculos en sus laderas, especialmente en aquellas que ofrecían más fácil ascenso; en una palabra, hicimos cuanto el tiempo nos permitió para convertir

nuestra posición en inexpugnable fortaleza. Aglomeramos enormes piedras en varios puntos del borde de la meseta para desprenderlas sobre el enemigo cuando viniera a asaltarnos, señalamos su puesto a cada regimiento y nada de lo que según nuestros unidos ingenios, robustecía la defensa, quedó por efectuarse.

Poco antes de la puesta del sol, cuando descansábamos de las fatigas del día, distinguimos un grupo de hombres, que desde Loo, venían hacia nosotros; uno de ellos traía una palma en la mano como distintivo de su carácter de heraldo.

Al acercarse, Ignosi, Infadús, uno o dos jefes y nosotros bajamos hasta la base de la colina para salirle al encuentro. Era un joven de arrogante figura, y vestía la reglamentaria zamarra de piel de leopardo.

-¡Salud!- gritó, cuando se hubo aproximado lo suficiente para que le pudiéramos oir; - salud en nombre del Rey a los que se han alzado en impía guerra contra é1; salud en nombre del león a los chacales que gruñen en derredor de sus garras.

-¿ Qué queréis? -le pregunté.

-Escuchad las palabras del Rey. Rendíos a merced del Soberano, antes de que desgracia mayor caiga sobre vuestras cabezas. Ya el toro negro, con los brazuelos -desgarrados y desangrándose, corre por nuestro campo azuzado por el Rey. [4]

-¿Cuáles son las proposiciones de Twala ?- inquirí por curiosidad.

- Sus proposiciones son magnánimas, dignas de su grandeza. Estas son las palabras de Twala, el tuerto, el poderoso, el esposo de mil mujeres, señor de los kukuanos, guardián del gran camino, bien amado de los que se sientan silenciosos, allá entre las montañas (las tres Brujas), tenero de la vaca negra, elefante cuyo paso estremece la tierra, terror de los malvados, avestrúz incansable del desierto, el gi-

[4] Esta cruel costumbre no existe entre los los kukuanos; es muy común en las tribus africanas cuando se va a comenzar una guerra o a celebrar un acontecimiento de importancia.

gante, el negro, el sabio, Rey de generación a generación, éstas son las palabras de Twala: Seré piadoso y me contentará con poca sangre. Diezmaré a los rebeldes; los que la suerte señale, morirán; los restantes quedarán libres de todo castigo; pero el blanco Incubu, matador de mi hijo Scragga, el negro su criado, pretendiente a mi trono, e Infadús, mi hermano, quien ha urdido esta conspiración contra mí, sufrirán el suplicio del tormento hasta que mueran en obsequio de los silenciosos. Tales son las palabras magnánimas de Twala.

Después de consultar brevemente con los otros, le contesté en alta voz, para que todos los soldados me pudieran oír.

- Vuélvete, perro, vuélvete a Twala y dile que nosotros: Ignosi, el legítimo Rey de los kukuanos, Incubu, Bougwan y Macumazahn, los sabios blancos de las estrellas, los que apagaron la luna; Infadús, el de la easa real, y los jefes, capitanes y soldados aquí reunidos, le contestan así: Jamás nos rendiremos; antes que el sol se haya hundido dos veces en el horizonte, el cadáver de Twala yacerá rígido y ensangrentado a la misma puerta de su kraal, e Ignosi, el hijo de aquel que asesinó, reinará en su pueblo. Ahora, vete, vete antes de que te arrojemos a azotes, y ¡ ay de ti ! si levantas la mano contra seres como nosotros.

El heraldo lanzó una burlona carcajada, y contestóme con mordaz acento:

- ¿Creéis asustará los hombres con esas hinchadas expresiones? Mostraos tan audaces mañana, vosotros, los que obscurecisteis la luna. Bravead, combatid y divertíos, antes que los cuervos os limpien los huesos hasta dejarlos más blancos que vuestras caras. Adiós; tal vez nos encontremos en la pelea; esperadme, os lo suplico, hombres blancos.

Y despidiendo este irónico dardo, se retiró; en el mismo instante en que el sol desaparecía del horizonte.

La noche no nos trajo descanso alguno, porque se dedicó a aumentar los medios de defensa a la luz de la luna, bajo la vigilancia y dirección de todos los jefes. Por fin, a la una de la madrugada, terminados los preparativos que las circunstancias permitían, el silencio del

sueño, de cuando en cuando interrumpido por el grito de los centinelas, reinó en nuestro campamento. Sir Enrique y yo, acompañados por Ignosi y uno de los jefes, descendimos de la colina para rondar por los puestos avanzados. A medida que caminábamos, inesperadamente y de ignorados lugares aparecían bruñidos aceros, centelleaban un instante, heridos por los rayos de la luna, y volvían a desvanecerse al pronunciar nosotros la palabra que teníamos como seña. Evidentemente ninguno faltaba a los deberes de su delicado servicio. Cuando regresamos de nuestra ronda tuvimos que pasar por entre miles de dormidos guerreros, muchos de los cuales gozaban por vez postrera de este corto reposo terrenal.

Los rayos de la casta diosa de la noche se quebraban sobre el hierro de sus, lanzas y resbalando sobre sus facciones, daban a éstas la palidez del cadáver; el desagradable aire que soplaba, agitaba las plumas de sus penachos, los cuales me recordaban más los tristes ornamentos del féretro que las alegres galas del miliar. Allí, echados por el suelo, en desorden, con los brazos extendidos, las piernas encogidas, inmóviles, semejaban un confuso apiñamiento de cuerpos inanimados y no de seres entregados al descanso.

- ¿ Cuántos de éstos cree usted vivirán mañana a esta hora ?- preguntóme sir Enrique.

Moví la cabeza con desaliento y volví a contemplar a los dormidos guerreros. Excitada mi imaginación, paréceme reconocer a los que estaban destinados para enrojecer con su sangre el campo de la contienda, y se me oprimió el corazón ante el misterio de la vida humana, ante su futilidad y su amargura. Ahora, esos millares de seres gozan de apacible sueño; mañana ellos, y con ellos muchos más, quizá nosotros mismos, dormirán para nunca despertar; ¡cuánta esposa viuda! ¡cuánto niño huérfano! ¡cuánta choza sin dueño a quien guarecer! Sólo la luna volverá a brillar tranquila, la brisa de la noche a acariciar las hierbas y el anchuroso mundo a descansar sereno, como lo hicieron antes de que esos seres existieran, como lo harán después que su memoria se sepulte en el olvido.

Multitud de reflexiones por el estilo cruzaron por mi mente, pues, a medida que crezco en años, se va apoderando de mí el detestable hábito de filosofar; mientras miraba las filas de los guerreros dormidos, según su dicho, sobre las armas.

- Curtis, aseguro a usted que tengo un miedo de marca mayor.

Sir Enrique se acarició la barba, y se echó a reír.

- Ya antes le he oído hacer la misma, confesión.

- Bueno, pero ahora lo digo de veras, porque temo no viva uno solo de nosotros mañana por la noche. Vamos a ser atacados por fuerzas mucho mayores que las nuestras, y dudo podamos sostener la posición.

De todos modos, daremos buena cuenta de algunos de ellos. Atendedme, Quatermain, el embrollo es bien enmarañado y, hablando juiciosamente, cosa en la que no debíamos mezclarnos; pero ya estamos aquí, y no tenemos más remedio que sacar el mejor partido de él. Por mi parte, prefiero morir matando, a morir de otra, manera y, ahora que casi no tengo esperanza de encontrar a mi pobre hermano, la idea se me hace mucho menos desagradable. Sin embargo, la fortuna favorece a los valientes, y tal vez podamos vencer. En uno u otro caso, la carnicería será espantosa, y como debemos velar por nuestra reputación, preciso es que nos vean en los sitios de mayor peligro, allí en donde la lucha sea más obstinada y sangrienta.

Sir Enrique pronunció estas últimas palabras como con pesaroso acento; pero el fuego de sus ojos desmentía su entonación. A mi parecer, sir Enrique Curtis, en la actualidad, estaba dominado por los más belicosos deseos.

En seguida nos recogimos y dormimos un par de horas.

Próximamente al asomar el alba, Infadús nos despertó para decirnos se observaba gran actividad en Loo, y que fuertes destacamentos del enemigo, atacando a nuestras avanzadas, las obligaban a re plegarse.

Sin la menor dilación nos pusimos de pie y nos vestimos para la jornada, cubriéndonos con las cotas, que nunca como entonces agra-

decimos a Twala. Sir Enrique se hizo minucioso tocado, vistiéndose lo mismo que un guerrero nativo, «Cuando estés en Kukuana, haz lo que los kukuanos hacen», dijo, al estirar las aceradas mallas sobre su robusto pecho. Y no se contentó con esto. A su petición, Infadús lo había provisto con un uniforme completo de guerra. Sujetó alderredor de su cuello la zamarra de piel de leopardo, distintivo de mando, ató a su frente un penacho de plumas negras de avestruz, insignia que sólo pertenece a los generales de alta categoría y ajustó su cintura con un espléndido ceñidor de colas blancas de buey. Un par de sandalias, una fuerte hacha de combate, con mango de cuerno de rinoceronte, un redondo escudo de hierro forrado con piel blanca y el número reglamentario de «tolas» o cuchillos arrojadizos completaron su equipo, el que aumentó con su revólver. El traje era salvaje, no cabe duda; pero puedo afirmar nunca vi espectáculo más bello que el que sir Enrique presentaba en su nuevo atavío. Su poderosa musculatura se exhibía en todo su desarrollo, y cuando Ignosi se presentó vestido con semejantes arreos, pensé para mí nunca se habían puesto ante mis ojos dos hombres por el estilo. En cuanto a Good y a mí, las cotas nos estaban demasiado holgadas: el primero insistió en no desprenderse de sus pantalones; y su figura, o sea la de un hombre de corta estatura, grueso, con un lente, media cara afeitada, envuelto en una cota de malla, cuidadosamente recogida en unos destartalados pantalones, tenía más de raro que de imponente. Por mi parte, siendo mi cota demasiado ancha, la eché por encima de mi ropa, lo que la hizo tomar una forma nada elegante; me descarté de mis pantalones, resuelto a batirme con las piernas desnudas, para ser el más ligero en caso de una pronta retirada, reteniendo únicamente mis abarcas. Una lanza, el escudo, que no sabía manejar, un par de tolas, mi revólver y un enorme penacho, que afirmé en lo alto de mi sombrero de caza, con el fin de completar mis apariencias de matón; fueron los restantes adminículos de mi modesto equipo. Además agregamos nuestros rifles; pero como las municiones, escaseaban y eran inútiles en caso de una carga, determinamos nos los llevaran uno de los individuos de nuestra escolta.

Terminado esto, comimos apresuradamente algunas viandas, y salimos de nuestra choza para ver cómo marchaban las cosas. En un extremo de la meseta había una especie de cono de piedras obscuras, que servía para indicar el sitio del cuartel general y como torre de observación. Allí encontramos a Infadús, rodeado por su regimiento, los Grises, indudablemente el mejor del ejército de Kucuana y el primero que vimos al entrar en el país. Este regimiento tenía, a la sazón, tres mil quinientos hombres sobre las armas, y, habiendo sido destinado para la reserva, sus veteranos, formados por compañías y de bruces sobre la hierba, seguían con la vista los movimientos del ejército de Twala, que salía de Loo en tres interminables columnas, cada una de once a doce mil hombres por lo menos.

Cuando estas fuerzas estuvieron por completo fuera de la población, se organizaron en tres cuerpos. Uno se encaminó hacia nuestra derecha, otro hacia nuestra izquierda y el tercero avanzó directa y lentamente sobre nosotros.

-¡ Bien !- exclamó Infadús,- van a atacarnos simultáneamente por tres puntos.

Grave era el acontecimiento, porque como nuestra posición en la cima de la colina, tenía algo más de milla y media de circunferencia, presentaba una línea muy extensa, y, por otro lado, era de vital importancia el conservar nuestra fuerza, relativamente pequeña, en la mayor concentración posible. Pero no estaba a nuestro arbitrio el disponer cómo se nos debía atacar, y, por consiguiente, lo mejor que pudimos, hacer fue dar las oportunas órdenes para que varios regimientos se prepararan a realiazar las separadas embestidas.

XIII
EL ATAQUE

Lentamente, sin la menor apariencia de apresuramiento o excitación, las tres columnas continuaron su avance. Al llegar a unas quinientas varas de nosotros, el cuerpo del centro hizo alto en el arranque de una de las laderas más fáciles y despejadas de la colina, para que las alas tuvieran tiempo de circunvalar nuestra posición, cuya figura, creo ya dijimos, era la de una herradura con su concavidad vuelta a Loo, a fin de que el triple asalto fuera simultáneo.

- ¡ Oh ! ¡ un gátling aquí- exclamó Good al contemplar las apretadas falanges del enemigo,- un gátling aquí y en veinte minutos limpiaría la llanura ! Pero no lo tenemos, y es tonto suspirar por él. Sin embargo, ¿ por qué no arriesga usted un disparo, Quatermain? Déjenos ver cuánto se puede usted acercar a aquel prójimo de elevada talla, jefe de un regimiento, si no me equivoco. Dos contra uno a que lo yerra, y un doblón de a cuatro, a la par, pagaderos con toda honestidad, si libramos bien de este trance, a que la bala no cae en diez varas a la redonda.

Quemado por sus palabras, cargué mi rifle y esperé hasta que el aludido individuo se separó unos diez pasos de su gente, acompañado por un ordenanza, para examinar nuestra posición; entonces, acostándome boca abajo en el suelo y apoyando mi arma en una roca, le apuntó cuidadosamente. Como la mira sólo llegaba a trescientas cincuenta varas, calculando a ojo la caída de la trayectoria, dirigí la línea de puntería al centro de su cuello para que la bala lo hiriera en el pecho. Nuestro hombre permanecía inmóvil, circunstancia en extremo favorable para mí; pero, fuera a causa del viento o bien que mi blanco en realidad estaba a tiro muy largo, he aquí lo que ocurrió: Dándolo por cosa hecha en mi interior, apretó el disparador y cuando el humo se disipó, vi con tamaña contrariedad, que continuaba. en pie sin inju-

ria alguna, mientras que su ordenanza, a unos tres pasos a su izquierda, había rodado sobre la hierba, en apariencia muerto.

El jefe a quien dedicara mi caricia dio media vuelta y corrió desoladamente hacia su fuerza.

-¡Bravo, Quatermain! - gritó Good,- buen susto le ha dado usted.

Me cegué de cólera, pues nada me molesta tanto como errar un blanco en público. Cuando uno tiene solamente una habilidad, pone todo su amor propio en conservar la reputación que por ella haya adquirido; así, pues, desesperado por mi fracaso, arriesgueme a una verdadera temeridad. Cubrí al citado jefe en su precipitado escape o hice fuego en un abrir y cerrar de ojos, con el segundo cañón de mi arma. El pobre diablo alzó los brazos y cayó de boca en el suelo. Esta vez había sido certero; y, lo digo como prueba de lo poco que nos ocupamos de los otros cuando nuestro orgullo, o nombre están interesados en un asunto; fuí lo bastante bruto para sentirme extremadamente complacido con aquel espectáculo.

Nuestros regimientos atronaron el espacio con sus alegres gritos al presenciar la hazaña de la magia de los hombres blancos, la cual tomaron por feliz augurio; mientras que el regirniento enemigo, acobardado por la pronta muerte de su jefe, retrocedió desordenadamente. Sir Enrique y Good empuñaron sus rifles y comenzaron a tirotear, el último diligentemente con un Winchester de repetición, sobre la densa masa que estaba a nuestro frente; yo también contribuí con uno o dos disparos más, logrando, como por la vista nos fue dable juzgar hacerles ocho o diez bajas antes de que se pusiera fuera del alcance de nuestro plomo.

En el mismo instante de suspender el fuego, una espantosa gritería retumbó a nuestra derecha, seguida de otra semejante a nuestra izquierda. Las dos alas del enemigo entraban en acción.

Al oirlo, el centro abrió un poco su formación y avanzó al paso de carga hacia la base de la colina, animándose con las notas de un canto guerrero.

Sostuvimos un fuego muy vivo contra él, en el que Ignosi tomaba parte, de cuando en cuando, con grave perjuicio de varios de los asaltadores, pero, como no podía menos de suceder, nuestras balas no hacían más efecto sobre la embestida de aquella enorme masa de hombres armados que el de unos cuantos guijarros, lanzados contra la embravecida ola que avanza sobre la playa.

Nada los detiene, llegan al pie de la colina, obligan a replegarse los puestos avanzados que teníamos allí entre las rocas, y comienzan a subir por su ladera con marcha más lenta, porque si bien nosotros no los hostilizábamos de un modo serio, en cambio venían repechando y no querían estar sofocados cuando llegáramos a las manos. Nuestra primera línea de defensa estaba a mitad de pendiente; la segunda, unas cincuenta varal más arriba y la tercera en el mismo borde de la meseta.

Acércanse a la primera lanzando su grito de guerra: ¡Twala! ¡Twala! ¡Chielé! ¡ Chielé ! (¡Twala! ¡Twala! ¡Matad! ¡Matad!). ¡Ignosi! ¡Ignosi! ¡Chielé! ¡Chielé!- les contestan los nuestros; comienzan las tolas o cuchillos arrojadizos a silbar de un lado a otro y casi en seguida, con horrible estruendo por el grito de los combatientes y el golpe de las armas, se dio principio a la batalla.

Terrible fue el choque de las enemigas líneas apretándose en todo su frente, ora cediendo aquí, ora forzando allá, enlazándose y retorciéndose como dos monstruosas e irritadas serpientes, lucharon por algún tiempo; los guerreros caían como las hojas de los árboles al soplar el cierzo del otoño; al fin, por la fuerza del número, pero siempre combatiendo, nuestros bravos soldados, obligados a retirarse de la primera posición, fueron replegándose lentamente hasta llegar a la segunda. En esta se renovó el combate con verdadero furor; incontrastable era el empuje de los agresores; pero obstinada la resistencia que en ella los nuestros oponían, por lo que sólo cuando la dejaron marcada con charcos de sangre y rimeros de cadáveres, retrocedieron a la tercera, que a los veinte minutos de iniciada la encarnizada contienda, entraba en acción.

Al llegar a ella el enemigo estaba muy fatigado y además, muy debilitado por las numerosas bajas que había sufrido; así, pues, forzar aquella tercera muralla viva, erizada de lanzas, parecía cosa superior a sus fuerzas. Sin embargo, sostuvieron su arremetida con tal tesón, se batieron con tan salvaje valor, que, por algún tiempo, el resultado pareció dudoso. Sir Enrique, con los ojos chispeantes observaba el desesperado combate, y de repente, sin proferir una voz, partiendo como un rayo y seguido de Good, se lanzó en lo más recio de la pelea. Yo me limité a seguirle con la vista, desde el sitio en donde estaba.

Los soldados, al ver su arrogante figura aparecer en medio del combate, gritaron entusiasmados.

-¡Nanzia Incubu! ¡Nanzia Unkungunklobo.(¡Aquí está el elefante!) ¡Chielé! ¡Chielé!

Desde aquel instante la jornada quedó decidida. El enemigo, acosado a su vez, se vio obligado a retroceder, aunque haciéndolo pulgada por pulgada, y combatiendo heroicamente, hasta la base de la colina, desde donde emprendió la retirada hacia sus reservas, con alguna precipitación. En este momento, un mensajero nos vino a participar que nuestra izquierda también había triunfado, y ya comenzaba a congratularme, pues por el presente todo había concluido, cuando para nuestra consternación, vimos a los hombres de nuestra derecha retirándose desordenadamente hacia nosotros arrollados por multitud de guerreros enemigos sobre la misma meseta de la colina.

Ignosi estaba cerca de mí, de una rápida mirada se hizo cargo del estado de las cosas, y dio una voz de mando. Inmediatamente el regimiento de reserva, los Grises, que nos rodeaba, se puso sobre las armas.

Sin pérdida de tiempo volvió a dar otra voz de mando, que repitieron todos los oficiales, y sin saber cómo ni cuando, y contra toda mi voluntad, me encontró envuelto y arrastrado en una furiosa carga sobre el enemigo que nos invadía. Guareciéndome de la mejor manera con el gigantesco cuerpo de Ignosi, corrí en busca de la muerte como si fuera tras cosa de mi mayor agrado. Uno o dos minutos después (el

tiempo me parecía sumamente corto), nos abríamos paso entre los grupos en derrota de nuestra derecha, quienes empezaron a reorganizarse a nuestra retaguardia, y en seguida, en verdad no sé lo que pasó. Todo cuanto puedo recordar es el temeroso y continuado estruendo del choque de los escudos y la aparición de un tremendo bruto que con los ojos casi saliéndosele de las órbitas, ya preparada la sangrienta lanza venía disparado sobre mí. Pero, y de ello me vanaglorio, rayó a la altura de lo crítico de una situación, en la cual muchos hubieran fracasado, y para siempre. Comprendiendo que si no esquivaba el golpe, mal lo habría de pasar, al abalanzárseme la horrenda aparición me echó a tierra en sus mismas barbas con tal maestría que, hiriendo en vago, vino al suelo de cabeza, sobre mi propia persona, arrastrado por el impulso de su acometida. Antes de que pudiera levantarse lo hacía yo, apaciguándolo por la espalda con mi revólver.

Casi a raíz de este lance, alguien me hizo morder el polvo Y no recuerdo más del conflicto.

Cuando volví en mí, me encontré al lado del cono que antes cité, y vi a Good de rodillas a mi lado con una calabaza media de agua en las manos.

-¿Cómo se siente usted, viejo camarada?- me preguntó ansiosamente.

Me puse de pie y moví todos mis miembros antes de contestar.

-Muy bien gracias.

-¡Gracias a Dios! cuando vi como lo traían se me heló el corazón; creí me lo habían despachado.

-No por ahora, muchacho. Supongo todo ha sido un golpe en la cabeza, que me puso fuera de combate. Y ¿ el enemigo?

-Ha sido rechazado en toda la línea; pero las bajas son enormes; nosotros contamos dos mil entre muertos y heridos, y las de los contrarios no deben bajar de tres mil. Mirad, ahí tenéis un triste espectáculo, y señaló al interminable convoy de heridos que avanzaba hacia nosotros, al lugar en donde se había improvisado el hospital de sangre.

Cada infelíz era conducido por cuatro hombres en un coy de cuero, con los que están bien provistos las fuerzas kukuanas; y tan pronto como llegaban, iban dejando sus malheridas cargas en manos de los físicos, que numeraban a diez por regimiento. Estos se posesionaban inmediatamente de los pacientes, examinaban sus heridas y si no eran mortales, los atendían con todo el esmero que las circunstancias permitían; pero si el estado del herido no daba esperanza de salvación, hacían una cosa horrible, e indudablemente una verdadera obra de misericordia. Uno de los cirujanos, so pretexto de reconocimiento, rápida y cautelosamente abría con afilada lanceta una arteria al enfermo, quien, uno o dos minutos después, espiraba tranquilamente. Muchas veces se practicó dicha operación en aquel día, y por lo general, con la mayor parte de los que habían sido heridos en el cuerpo, pues el destrozo producido en las carnes por la anchísima moharra de las lanzas kukuanas, no dejaba esperanza de restablecimiento. Casi siempre los desahuciados estaban ya sin sentido, y cuando no, el lancetazo de gracia se daba con tan veloz y hábil mano, que pasaba desapercibido para el que lo recibía. El espectáculo, no obstante su filantropía, era en extremo repugnante y uno que nos apresuramos a evitar: en verdad, no recuerdo cosa alguna que me haya conmovido tanto como el ver a aquellos valientes terminar así, por la ensangrentada cuchilla de los médicos, sus insufribles dolores; a no ser en otra ocasión, cuando después de un combate vi a unos guerreros swazis enterrando vivos a sus heridos de muerte.

Huyendo vista tan desagradable, nos encaminamos al lado del cuartel general más lejano de allí, y nos encontramos con sir Enrique, quien aún estaba armado con su hacha de combate, tinta en sangre, Ignosi, Infadús y uno o dos jefes reunidos en consejo.

-¡Gracias al Cielo que lo trae por aquí ! Quatermain, no puedo entender bien lo que Ignosi quiere hacer. Paréceme que, aunque hemos rechazado el ataque, Twala está recibiendo refuerzos de importancia y muestra intenciones de cercarnos para rendirnos por hambre.

-Eso es muy serio.

- Sí; especialmente atendiendo que, según Infadús, se nos concluye el agua.

- Mi señor, así es; el pequeño manantial con que contamos no da suficiente agua para nuestros numerosos guerreros, y ya casi se ha agotado. Antes de la noche todos estaremos sedientos. Oyeme, Macumazahn. Tú eres sabio, y no dudo habrás asistido a muchas batallas en la tierra de donde vienes, ¡ si por acaso se guerrea en las estrellas ! Aconséjanos ahora, ¿ qué debemos hacer? Twala ha llenado con nuevos guerreros los huecos que abrimos en sus filas; pero ha recibido una lección; el halcón creyó sorprender a la garza y nuestro pico le ha desgarrado el pecho; no volverá a caer sobre nosotros. También por nuestro lado estamos muy desangrados, y él aguardará a que nos muramos; nos ceñirá con sus fuerzas, así como una boa se retuerce en el cuerpo de un toro, y hará la guerra sin pelea, limitándose a esperar.

- Continúa.

- Careciendo de agua, escaso de vituallas, no tenemos más remedio, Macumazahn, que elegir uno de estos tres partidos: concluir aquí como hambriento león en su caverna, o, abriéndonos paso a viva fuerza, encaminarnos hacia el Norte, o - y al decirlo se puso de pie y señaló a las nutridas masas enemigas, - arremeter derechos al mismo corazón de Twala. Incubu, el temible guerrero, pues hoy, ante mis propios ojos, se ha batido como búfalo acorralado, y los soldados de Twala caían bajo su hacha como las mieses bajo el granizo; Incubu, dice «carguemos»; pero el Elefante siempre está pronto a cargar. Ahora, ¿ qué opinas tú, Macumazalm, tú, zorro viejo y astuto, que tantas artes tienes y muerdes al enemigo a tu salvo y por detrás? Ignosi, el rey, decidirá, pues el rey manda en la guerra : pero déjanos antes oir tu parecer,¡ oh Macumazahn ! y el parecer de aquél, el del ojo transparente.

-¿Qué piensas tú, Ignosi ?- pregunté.

-No, padre- contestóme nuestro ex-sirviente, - habla tú; yo soy un niño al lado de tu sabiduría y debo escuchar tus palabras.

Después de consultar unos minutos con Good y sir Enrique, les manifesté mi opinión. Atendiendo, principalmente, a la falta de agua, opté por el tercer partido, aconsejando la mayor celeridad en su ejecución, pues de lo contrario corríamos riesgo de que nuestra gente se enfriara, y su valor, a la vista del poderoso ejército de Twala «se derritiera como la grasa en el fuego», o aún peor, que algunos de los capitanes, desesperando de vencer, desertaran de nosotros, o, por una traición, nos pusieran en las manos de nuestro adversario.

Este parecer recibió unánime aprobación; indudablemente los kukuanos daban a mis expresiones un valor que nunca, antes ni después, tuvieron ni han tenido entre los míos. Pero, según observara Infadús, la resolución de lo que se hubiera de hacer estaba al arbitrio de Ignosi, quien desde el momento en que fue reconocido como legítimo rey, pudo ejercer los casi ilimitados derechos de la soberanía, incluyendo, naturalmente, los de mando absoluto del ejército; por consiguiente, todos los ojos se volvieron a él.

Al fin, después de un momento de profunda meditación, habló de esta manera:

-Incubu, Macumazahn y Bougwan, bravos blancos y amigos míos; Infadús, mi tío, y jefes; mi decisión ya está tomada. Hoy mismo atacaré a Twala, y la suerte decidirá de mi fortuna y de mí vida; ¡ ay! de mi vida y de las vuestras también. Escuchad: voy a atacarle así. Veis cómo la colina se encorva por sus extremos, semejante a la luna nueva, y cómo la llanura, cual verde lengua, pasando entre sus cuernos, avanza hacia nosotros?

-La vemos- contesté.

-Bien: ahora es el medio día, y los hombres comen o descansan de la fatiga de la batalla. Cuando el sol haya caminado un poco hacia su ocaso, conduce tu regimiento ¡ oh mi tío ! seguido de otro cualquiera a esa verde lengua. Ocurrirá que, al verlo ahí Twala, lanzará sobre él su fuerza entera para anonadarlo. Pero el lugar es estrecho y sólo uno a uno podrán atacarte sus regimientos, y uno a uno los irás destruyendo en presencia de su ejército, que tendrá clavados los ojos en

una lucha como jamás la ha visto viviente alguno. Contigo irá mi amigo Incubu, para que, cuando su hacha relampaguee, en la primera fila de los Grises, se le desfallezca el corazón a Twala. Yo iré detrás de ti con el sabio Macumazahn y el segundo regimiento; así pues, si acaso vosotros perecéis, como puede acontecer, aún habrá un rey sobre el campo por quien luchar y morir.

-¡Muy bien! ¡oh rey! -exclamó Infadús con la mayor calma, como si no se tratara de destinar su regimiento a una segunda y completa destrucción. Lo cierto es que estos kukuanos son unos hombres extraordinarios. La muerte no les causa el más mínimo temor cuando la arrostran en el cumplimiento de sus deberes.

-Y mientras los ojos de los soldados de Twala están fijos en el combate - continuó Ignosi, - ¡atended bien! un tercio de los hombres que nos quedan (unos seis mil), desfilando ocultamente por detrás del cuerno derecho de la colina, caerán sobre su flanco izquierdo, y otro tercio, marchando de igual manera por detrás del cuerno izquierdo, caerán sobre su flanco derecho. Cuando yo vea que mis alas envuelven a Twala por ambos flancos, cargará sobre su frente, y si la suerte nos protege, la jornada será nuestra, y antes que la noche nos esconda entre sus sombras, descansaremos tranquilos en Loo. Ahora, comamos algo y preparémonos. Tú, Infadús, da las órdenes para que mi plan se lleve a ejecución. Espera; mi blanco amigo Bougwan, marchará con el ala derecha, su ojo transparente enardecerá el valor de los soldados.

Las disposiciones tan láconicamente dictadas para la batalla, se llevaron a cabo con una rapidéz que hablaba muy alto en favor de la organización militar de los kukuanos. Apenas pasó una hora cuando ya todos los hombres habían recibido y devorado sus raciones, las tres divisiones estaban formadas, el plan de ataque debidamente explicado a los caudillos, y la fuerza entera, que en la actualidad se componía de unos dieciocho mil hombres, excepto una guardia para custodia de los heridos, pronta a entrar en acción.

En este momento se nos acercó Good, y tendiendo las manos a sir Enrique y a mí, nos dijo:

-Adiós, camaradas. Parto con el ala derecha, conforme las órdenes recibidas; así pues, vengo a despedirme de ustedes por si acaso no nos volvemos a ver.

Nos apretamos las manos, y no sin dejar traslucir tanta conmoción cuanta un inglés acostumbra a dar a conocer.

-El lance es bien grave- dijo sir Enrique con su gruesa voz algo alterada,- y confieso que en manera alguna espero ver el sol de mañana. Según se me alcanza, los Grises, con quienes voy a marchar, tienen que batirse hasta morir, para dar tiempo que las alas verifiquen su evolución y sorprendan a Twala por los flancos.

-¡Bueno, sea así! ¡en todo caso caeremos como bravos! Adiós, mi viejo amigo. ¡Dios lo proteja! Espero librará bien y pondrá sus manos sobre los diamantes; si no me equivoco, siga mi consejo: ¡ no se enrede más en negocios de pretendientes!

En seguida Good volvió a estrecharnos las manos y se alejó. Infadús vino a buscar a sir Enrique y lo condujo al frente de los Grises, mientras yo, turbado por tristes presentimientos, partí con Ignosi a mi puesto, en el segundo regimiento o reserva del centro.

XIV
LA ULTIMA PARADA DE LOS GRISES

Pocos minutos después, los regimientos destinados a envolver al enemigo por los flancos, se ponían en movimiento, cubiertos por la cresta de la colina y burlando los perspicaces ojos de los espías de Twala.

Media hora más tarde, cuando ya las alas llevaban algo adelantada su evolución, los Grises y el regimiento que les iba a servir de apoyo, denominado los Búfalos, rompían la marcha para ocupar su puesto en la línea del combate, para formar su centro y en él sostener todo el choque de la acción.

Ambos regimientos se encontraban casi intactos y descansados; los Grises habían estado de reserva durante la mañana, y sus pérdidas fueron insignificantes al cargar y rechazar a los enemigos que rompieron nuestra línea; carga en la cual tomé parte tan activa y pasiva, cuando por mis pecados me tendieron de un trastazo en la mollera. En cuanto a los Búfalos, habían formado el tercer escalón de la defensa en la izquierda, y, como allí el ataque se estrelló en el segundo, realmente no tomaron parte en la función.

Infadús, como hábil, envejecido general y buen conocedor de la importancia de levantar la moral de sus soldados, al arrastrarlos a tan mortal encuentro, empleó el tiempo de espera en arengarlos con poético lenguaje: díjoles que gran honor se les hacía al encomendar a su arrojo el puesto de importancia mayor y de mayor peligro; era gloriosa distinción que los blancos guerreros de las estrellas combatiesen en sus filas, y prometió buenas recompensas en ascenso y ganado a todos los que sobrevivieran, si las armas de Ignosi conquistaban la victoria.

Eché una mirada a las largas filas de sus severos rostros, inmóviles bajo la rizada ola de sus penachos negros, y suspiré tristemente al pensar que antes de una hora, todos o casi todos aquellos arrogantes veteranos yacerían muertos o moribundos sobre el enrojecido campo

de la lid. No podía menos de ser así; estaban condenados con esa indiferencia por la vida humana, prenda de los grandes generales, a sacrificarse y derramar su última gota de sangre, para dar al resto del ejército, y con él a su causa, las probabilidades del triunfo. Iban a morir y lo sabían. Era su misión sostener uno por uno el choque de todos los regimientos de Twala, en aquella estrecha y verde ensenada, hasta que fueran exterminados o hasta que las alas, envolviendo a sus adversarios, cargaran sobre ellos. Y, sin embargo, ni una cara pálida; ni una mano trémula; nada, nada que revelara algo de temor en uno solo de los impávidos guerreros. No pude menos de comparar la imponente serenidad de unos hombres próximos a dejar para siempre las dulzuras de la vida, tan grata, cuando desde el borde de la tumba se contemplan con el intranquilo estado de mi ánimo, y volví a suspirar de envidia y de admiración.

-¡Ved a vuestro rey!- terminó el viejo Infadús señalando hacia Ignosi;- pelear hasta caer por él, es el deber de les bravos; y maldición y vergüenza caiga para siempre sobre el nombre de aquél que le acobarde la muerte en defensa de su rey o vuelva infame la espalda al enemigo. ¡Ved a vuestro rey! jefes, capitanes y soldados; rendid vuestros homenajes a la sagrada serpiente y ¡ adelante ! que Incubu y yo os guiaremos por glorioso camino al mismo corazón del ejército de Twala.

Hubo un momento de silencio: de pronto partió de las apretadas falanges suave rumor, semejante al susurro de lejano oleaje, causado por el tenue golpear de las astas de seis mil lanzas sobre los escudos de los que las blandían. Lentamente fue creciendo hasta convertirse en ruido atronador que, cual el fragor de tempestuoso mar, conmovió la atmósfera y se reflejó en las distantes montañas; entonces decreciendo gradualmente y como el rugir de tempestad que pasa, vino a morir dulcemente y, apenas se apagó, llenó el espacio cual estampido de colosal sonora del saludo real.

Bien orgulloso debía sentirse Ignosi en ese instante, pensaba yo, porque jamás un César fue saludado así por los gladiadores «que van a

morir.» Ignosi contestó a este magnífico homenaje, levantando su hacha por encima de la cabeza, y los Grises desfilaron en columna compuesta de tres líneas, cada una de mil hombres, sin contar a los oficiales. Cuando la línea de retaguardia hubo andado quinientas varas, se puso a la cabeza de los Búfalos, ya dispuestos en igual formación, dio la voz de marcha, y a nuestra vez la emprendimos; por mi parte, y casi es inútil lo diga, haciendo de corazón mil promesas para que el Cielo me sacara del lance sin deterioro de mi salud ni de mi piel. En muchas y apuradas circunstancias me he encontrado; pero nunca en una tan desagradable como la presente, ni en la que mis probabilidades de salvación fueran tan escasas.

Al llegar al borde de la meseta, los Grises ya estaban a mitad de la pendiente, que bajaba a la estrecha y cercada llanura; y percibimos gran agitación en el campo de Twala, situado a nuestro frente, de donde los regimientos salían a la carrera, unos tras otros, con el fin de cerrar la entrada de aquella especie de seno e impedirnos desembocar en la planicie de Loo.

Este seno o lengua de tierra, que medía corno trescientas varas de profundidad, no tenía más de cuatrocientos cincuenta pasos de un lado a otro, en su arranque o parte más ancha, y apenas noventa en su punta, al pie de la colina. Los Grises, después de descender la ladera, continuaron avanzando en columna por la indicada punta, y cuando llegaron a terreno más abierto, desplegaron en su habitual orden de batalla, o sea en tres filas, e hicieron alto.

Entonces nosotros, esto es, los Búfalos, continuando la marcha, cerramos la distancia que nos separaba de los primeros hasta reducirla a unas cien varas, y tomamos nuestra posición como reserva sobre un terreno algo más elevado. Entretanto, pudimos observar a nuestro placer el ejército entero de Twala, evidentemente reforzado después del ataque de la mañana, y que ahora, a pesar de sus bajas, no contaba menos de cuarenta mil hombres, dirigiéndose apresuradamente a nuestro encuentro. Pero cerca de la entrada del seno, sus regimientos vacilaron, al percibir que sólo a uno daba paso la estrecha garganta, y

que a setenta varas de la boca, con los flancos perfectamente guardados por las allí casi a plomo pendientes de la colina, les esperaba el famoso regimiento de los Grises, orgullo y gloria del ejército kukuano, pronto a cerrar el paso a todas sus fuerzas, como los tres romanos, en otro tiempo, sostuvieron el puente contra millares de enemigos. Vacilaron, según antes dije, y, por último, permanecieron como clavados en el suelo: no, no les corría prisa de cruzar sus lanzas con las de aquellos ceñudos veteranos, que, formando muralla erizada de aceros, esperaba la acometida. Sin embargo, poco después, y a todo escape, llegóse a ellos un alto general, luciendo en la cabeza las reglamentarias plumas de avestruz, acompañado por varios jefes y oficiales, el que no dudo era Twala en persona, y dio una orden; acto continuo, el primer regimiento, arrojando su grito de guerra, cargó sobre los Grises; éstos continuaron inmóviles y silenciosos, hasta que, al separarlos unas cuarenta varas, una lluvia de tolas o cuchillos arrojadizos silbó entre sus filas.

Entonces, con un bramido y de un salto, enristradas las lanzas, saliéronles impetuosos al encuentro y los dos regimientos chocaron, y comenzó la matanza. El ruido de sus escudos, al encontrarse, llegó hasta nosotros semejante al sonido del trueno, y el campo entero centelleó con los rayos de luz reflejados por las agitadas armas. Ambas líneas se apretaron con furioso brío y batallaron obstinadas, pero no por largo tiempo. Las filas agresoras se debilitaron rápidamente, y de pronto, con lento e incontrastable empuje, los Grises avasallándolas, pasaron por encima de ellas, así como indómita ola pasa irritada, sepultándolo bajo su espuma, sobre el obstáculo que se opone a su carrera. Todo había terminado; el cuerpo enemigo estaba materialmente aniquilado; pero los Grises no tenían ya más que dos filas, la tercera parte de sus valientes yacían muertos en el ensangrentado suelo.

Cubriendo los huecos, pegando hombro contra hombro, silenciosos y terribles, hicieron alto, y descansaron sobre las armas en espera de un nuevo ataque: entonces, para mi alegría, percibí a sir Enrique, muy atareado en arreglar las filas. ¡ Gracias al Cielo, aún vivia !

Mientras tanto nosotros avanzamos al lugar del encuentro, embarazado con los cuerpos de unos cuatro mil seres humanos, muertos, agonizantes y heridos; y literalmente teñido de rojo por la sangre vertida. Ignosi dio una orden, inmediatamente trasladada a todas las filas prohibiendo, de un modo absoluto, se rematara a los heridos enemigos, la que fue escrupulosamente obedecida, por lo menos en cuanto nosotros pudimos observar. Lo contrario hubiera sido un espectáculo repugnante, si las circunstancias nos hubiesen permitído ocuparnos de él.

Mas, sin pérdida de tiempo, otro regimiento, con blancos arreos, venía a paso de carga sobre los dos mil restantes Grises, quienes, impertérritos y con imponente silencio los esperaron, hasta que, al distar unas cuarenta varas, se lanzaron como un rayo contra ellos. Otra vez retumbó el incesante choque de sus escudos y volvióse a repetir la horrible tragedia. Pero ahora el combate se prolongaba indeciso; en efecto, durante un rato pareció casi imposible que la victoria diera sus lauros a los Grises. El regimiento que los atacó, formado por jóvenes y vigorosos soldados, luchaba con indómito coraje; y en un principio, agobiando a los veteranos con su empuje, los obligaron a cejar algunos pasos. La carnicería era espantosa, caían centenares de hombres por minuto, y entre el fragor de la pelea, escuchábanse un incesante y silboso «Syi, syi» expresión de triunfo que cada contendiente lanzaba al hundir su arma en el cuerpo de su vencido adversario.

Pero una perfecta disciplina y un valor firme y resuelto pueden hacer maravillas; y, no hay duda, un veterano vale bien por dos bisoños, como la ocasión lo demostró. Cuando ya dábamos a los Grises por desbaratados, y sólo esperábamos verlos caer o desbandarse para ocupar su puesto, oí la poderosa voz de sir Enrique, dominando el estruendo de la lid, y vi su hacha describiendo rápidos círculos por encima de su inquieto plumero. Entonces los Grises cesaron de retroceder, y, tenaces como una roca, resistieron las porfiadas arremetidas de sus furiosos enemigos, que se estrellaban una y otra vez en la inquebrantable línea de sus lanzas. Después volvieron a moverse; pero

ahora, hacia adelante; como no había armas de fuego, nada nos ocultaba los incidentes de la jornada. A su irresistible avance, los agresores comenzaron a vacilar.

-¡Ah, esos son *hombres*; volverán a vencer - exclamó Ignosi, rechinando los dientes excitado por la lucha.- ¡Vedlo, ah, mis bravos! Y, en efecto, en aquel momento, despedidos corno el humo de la boca de un cañón, saltaron hacia atrás, rompieron sus filas, y en pequeños grupos y a todo correr, huyeron los de Twala, dejando el campo a sus victoriosos rivales; pero ¡ ay ! el regimiento de los Grises ya no existía. De las tres arrogantes filas, que, cuarenta minutos antes entraban en acción, de los tres, mil guerreros que las nutrían, sólo quedaban a lo más seiscientos hombres cubiertos de sangre; los restantes habían caído bajo el hierro de sus agresores. Y todavía arrojando un grito de triunfo, blandiendo las lanzas, animosos, en lugar de replegarse hacia nosotros como esperábamos, persiguieron los grupos del derrotado regimiento por espacio de unas cuatrocientas varas, posesionáronse de una pequeña eminencia y, volviendo a triplicar sus filas, formaron en círculo dando frente a todos lados. Entonces, gracias a Dios, vi a sir Enrique, aparentemente ileso, de pie, en la cumbre de aquel reducto humano, y a su lado, a nuestro amigo Infadús. Entretanto, los regimientos de Twala arremetían contra ellos y no tardó en renovarse. el combate.

Como mis lectores se habrán convencido, yo soy, hablando honradamente, algo cobarde y nada aficionado a las funciones marciales, aunque contra toda mi voluntad, la suerte me ha puesto a menudo en estos desagradables conflictos, obligándome a verter la sangre de mis semejantes. Pero yo siempre lo he detestado, y por otra parte, he cuidado de conservar la mía lo más intacta posible, valiéndome, algunas veces, del juicioso y oportuno empleo de los pies. Sin embargo, ante aquel espectáculo, y por primera vez en mi vida, ardió mi pecho con belicoso fuego. Ocurrían a mi memoria los cantos guerreros de las «Leyendas de Ingoldsby», mi sangre, hasta entonces helada por el terror, batía precipitada en mis arterias, y me sentía animado por los

más salvajes deseos de matar sin piedad y sin cuartel. Volví los ojos a las apretadas filas de guerreros, que estaban a nuestra espalda, y, por un giro repentino de la imaginación, comencé a pensar si mi cara tendría el mismo aspecto que la de ellos. Allí, con las cabezas hacia adelante por encima de sus escudos, los puños apretados, los labios entreabiertos, los semblantes encendidos por la pasión del exterminio y de la matanza, veía en sus ojos brillar la feroz mirada que enciende la pupila del tigre cuando se acerca a su presa.

Sólo el corazón de Ignosi, a juzgar por su sereno continente, parecía latir tranquilo bajo su zamarra de piel de leopardo, no obstante, el crujido de sus dientes no cesaba. Ya no pude contenerme más y le dije:

¿Vamos a estar aquí hasta que echemos raíces, mientras Twala concluye allá con nuestros hermanos?

-No, Macumazahn aguarda, ahora llega el momento oportuno, ¡aprovechémoslo!

Al contestarme, un regimiento de refresco rebasando la posición de los Grises, cambió de frente y los atacó por el lado que miraba a nosotros, presentándonos la retaguardia.

Acto seguido con el hacha en alto, dio la voz de carga y los Búfalos, arrojando su grito de guerra, avanzaron con el empuje de un torrente desbordado.

Lo que después ocurrió no me es posible decirlo. Sólo recuerdo una impetuosa pero ordenada acometida, que hacía retumbar el suelo; luego un repentino cambio de frente por el regimiento objeto de nuestro ataque; y entonces un espantoso choque, un ruidoso tumulto de gritos y golpeo de armas, y el constante relampaguear de las lanzas, todo visto a través de una roja llovizna de sangre.

Cuando tuve conciencia de mis actos me encontré en el centro del puñado de Grises aún en pie, cerca de la cumbre de su posición, y justamente a la espalda de nadie menos que sir Enrique en persona. ¿Cómo llegué hasta allí? fue misterio que no sabía explicarme; pero sir Enrique me dijo después, que en la furia de la primera carga de los

Búfalos había avanzado hasta las filas de los Grises, en donde permanecí, cuando a su vez los primeros fueron forzados a retroceder; y que él, al verme, saltando fuera del círculo me cogió y me arrastró a su interior.

En tanto la lucha, cada vez más obstinada, cada vez más encarnizada, continuaba en nuestro derredor. Las cargas de nuestros enemigos sobre el círculo que nos rodeaba y se estrechaba por momentos, se sucedían sin interrupción; más siempre eran rechazadas y como dice el poeta:

“Aún los guerreros con tenaz porfía
Del bosque oscuro defendían la entrada;
Relevando al herido camarada
En el mismo momento en que caía.”

Era sublime espectáculo ver avanzar a los bravos batallones una y otra vez por encima de los apinados cadáveres de sus compañeros, para encontrarse con las puntas de nuestras lanzas y caer sobre ellos, levantando más y más la trinchera de carne que nos protegía.

Espléndido era ver a aquel esforzado y viejo guerrero, a Infadús, tranquilo como en una parada, ora dando órdenes, mofándose del adversario y aún, con oportunos chistes, conservando alto el espíritu de los pocos soldados que le restaban; ora, saliendo al frente en el instante en que un cuerpo enemigo cargaba contra ellos, para tomar, allí donde mayor peligro había, su parte en repeler la acometida. Y todavía más espléndido, contemplar a sir Enrique, cuyo plumero le arrancara una lanzada, suelta la rubia cabellera que el viento tendía y arremolinaba a sus espaldas. Allí, con las manos, el hacha y la cota tintos en humeante sangre, estaba el enorme dinamarqués, pues no era sino eso, abatiendo a cuantos alcanzaba su terrible golpe. Sin dar tregua al brazo, tan pronto como un guerrero le retaba a singular combate, ligero cual rayo y arrollándolo todo bajaba a la llanura, se abalanzaba sobre él y gritando: «¡O-joy! ¡O-joy!» al estilo de sus as-

cendientes, los bersekires, de un vigoroso hachazo hacía saltar su escudo en fragmentos y les dividía el cráneo, hasta que al fin no hubo uno que osara por su propia voluntad, ponerse delante del invencible «tagati» (brujo) blanco, que mataba sin errar jamás.

Pero de pronto ¡se oyó el grito de «¡Twala y Twala!» en la enemiga muchedumbre y de ella salió el gigantesco tuerto, el mismo Rey, armado también con hacha y escudo, y cubierto por una cota de malla.

-¿En dónde estás tú, Incubu, tú, blanco, asesino de Scragga, mi hijo? ¡vén a ver si me puedes rnatar!- exclamó, y al mismo tiempo despidió una tola a sir Enrique, quien por fortuna la vio venir y pudo recibir en su escudo, el que traspasó quedándose clavada en su plancha de hierro.

En seguida, Twala de un salto se echó sobre él, descargándole hachazo tal sobre el escudo, que al solo empuje del golpe sir Enrique, a pesar de su tremenda fuerza, cayó de rodillas.

Pero aquí terminó la contienda, porque en el mismo instante se alzó de los regimientos que nos acosaban un grito de alarma, que de una simple mirada nos explicamos.

A derecha e izquierda la llanura desaparecía bajo las plumas de los guerreros que los embestían por los costados. Nuestras alas venían a socorrernos. Mejor oportunidad para su entrada en acción no se podía elegir. El ejército de Twala tenía, como Ignosi predijo, fija toda su atención en las encarnizadas luchas entabladas alrededor de los Gises y de los Búfalos, quienes a corta distancia batallaban contra numerosos agresores; y sólo tuvieron idea de lo que ocurría cuando nuestras alas, desplegadas en batalla los envolvían por los flancos, y sus soldados como perros de presa caían sobre ellos, sorprendiéndolos antes de que tuviesen lugar para cambiar de formación y hacerles frente.

En cinco minutos se decidió la batalla. Cogidos por los flancos, desanimados por la espantosa matanza que los Grises y los Búfalos habían hecho en sus filas, los regimientos de Twala, se desbandaron precipitadamente, huyendo a todo escape hacia Loo. En cuanto a las fuerzas que últimamente habían cercado a los Búfalos y a nosotros, se

desvanecieron como por vía de encanto, dejandonos en pie sobre nuestros puestos semejantes a una roca cuando se retira la hinchada ola que quiso en vano rodar sobre ella. Pero ¡qué vista la que se presentaba a nuestros ojos ! Alrededor, los muertos y moribundos tendidos unos sobre otros formando alta y gruesa muralla; y encerrados por ella noventa y cinco hombres, únicos sobrevivientes de los heroicos Grises. Más de dos mil novecien" habían caído sólo en este regimiento, ensu mayor parte para no levantarse jamás.

- Soldados- dijo, tranquilamente Infadús mientras se vendaba una herida en el brazo e inspeccionaba con la mirada los hombres que le restaban de su cuerpo,- soldados: habéis sabido conservar la reputación de nuestro regimiento, y los hijos de vuestros hijos, admirados de este combate, pronunciarán vuestros nombres. - Entonces volviéndose a sir Enrique y estrechándole calurosamente la mano, le dijo: - Eres, un gran hombre, Incubu, casi mi vida entera la he pasado entre guerreros, y muchos bravos y fuertes he conocido; pero jamás he visto uno semejante a ti.

Al decir esto, los Búfalos desfilaban, cerca de nuestra posición, en camino hacia Loo, y llegaba un oficial de parte de Ignosi para que Infadús, sir Enrique y yo nos le uniéramos sobre la marcha. En efecto, después de mandar a los noventa y cinco Grises restantes, se emplearan en recoger a los heridos, lo hicimos así; y al alcanzarle nos manifestó que forzaba el paso hacia dicha ciudad para completar la victoria, haciendo prisionero a Twala, si tal cosa era posible. Antes que hubiéramos ganado mucho terreno, descubrimos de improviso a Good, sentado sobre el pequeño cono de un hormiguero, a un centenar de varas de nosotros. A su lado, tendido sobre el suelo, estaba el cuerpo de un kukuano.

- Debe estar herido- dijo sir Enrique con ansiedad.- Al mismo tiempo que hacía esta suposición, ocurrió una cosa inesperada. El cadáver del kukuano, o mejor dicho, lo que suponíamos su cadáver, de un salto se puso de pie, de una puñada, desmontó a nuestro amigo de su asiento, tirándolo de espaldas en tierra y comenzó a alancearlo con

enconado ensañamiento. Corrimos aterrorizados hacia él, y según nos acercábamos vimos al obscuro guerrero, menudeando los golpes sobre el rendido Good, que a cada bote levantaba las piernas y brazos en alto. Al vernos llegar el kukuano, asestándole por despedida una mal intencionada y vigorosa lanzada, rompió a correr gritándonos con todos sus pulmones:

-¡Ahí tenéis a ese brujo!

Good no hacia ningún movimiento, y supusimos que nuestro pobre camarada había muerto. Dominados por indecible tristeza llegamos junto a él y con la mayor sorpresa lo encontramos muy pálido en verdad, pero con serena sonrisa en los labios y su lente clavado en su sitio.

-¡Cáspita con la cota!- murmuró al vernos inclinados sobre él.- ¡Cuán impenetrable ha tenido que ser!- y se desmayó. Al reconocerle descubrimos había recibido una seria herida de tola en una pierna, durante la persecución de los de- rrotados enemigos; y que, defendido por la acerada malla, su cuerpo sólo estaba magullado por los golpes de la lanza de su último agresor. Se había salvado por milagro. Nada podíamos hacerle en aquel lugar; así pues, lo colocamos en un coy y lo llevamos con nosotros.

Cuando llegamos a la puerta más próxima de Loo, un regimiento estaba vigilándola por orden de Ignosi, y lo mismo hacían las demás fuerzas en las restantes salidas de la plaza. El jefe, comandante del indicado cuerpo, saliendo al encuentro de Ignosi, le saludó como Rey y le dijo que las tropas enemigas y el mismo Twala se habían refugiado en la ciudad; pero, que aquéllas estaban muy desmoralizadas y creía se rendirían a la primera intimación. Enterado de esto, Ignosi, después de consultar con nosotros, envió heraldos a todas las puertas, mandando a sus defensores que las abrieran, y prometiendo por su real palabra, completo perdón a los jefes, oficiales y soldados que depusieran las armas. No se hizo esperar la respuesta, pues a poco, en medio de los vítores de los Búfalos, cayó el puente sobre el ancho foso y se nos franqueó la entrada.

Tomando las debidas precauciones, para evitar una posible emboscada, entramos en la ciudad. A lo largo de las calles que seguimos formando a uno y otro lado, los vencidos guerreros con la cabeza inclinada y los escudos y lanzas a sus pies, saludaban a Ignosi como Rey cuando pasaba por su frente. En tanto avanzábamos directamente al kraal de Twala. Cuando llegamos al extenso patio, en donde presenciamos la gran danza, y la cacería de las brujas, lo encontramos desierto. Pero no, no completamente desierto, pues hacia el fondo y en frente de su propia cabaña, estaba sentado Twala, acompañado por un solo ser, por Gagaula.

Triste cosa era verle allí, con el hacha y escudo en tierra, al alcance de su mano, la barba apoyada sobre el pecho, sin nadie a su lado excepto aquella decrépita mujer; y, a pesar de sus crueldades y fechorías, no pude librarme de cierta conmoción, al encontrarme ante la ruina de su derrumbada grandeza. Ni un soldado de sus numerosos ejércitos, ni un cortesano de los centenares que servil y constantemente le rodearan antes, ni aun una solitaria esposa, que viniera a partir con él las amarguras de su caída. ¡ Infelíz salvaje ! estaba aprendiendo la lección más ruda que la experiencia da a casi todos los que viven algo, esto es, que la humanidad vuelve la espalda a los desgraciados y que el inerme, el que desciende, rara vez encuentra un amigo, y sus más allegados, como buitre en cadáver, se ceban en su infortunio.

Pasada la puerta del kraal, marchamos directamente al lugar en donde el ex-rey se hallaba. Cuando solo distamos unas cincuenta varas se dio la voz de alto al regimiento, y acompañados por un pequeño piquete nos acercamos hacia él, saliéndonos al encuentro Gagaula con un torrente de injuriosas palabras. Al aproximarnos, Twala levantó por primera vez la cabeza, y clavó su ojo, que encendido por la cólera, brillaba casi como la gran diadema que ostentaba en su frente, sobre su victorioso rival, sobre Ignosi.

-¡Salve, oh Rey!- exclamó con irónica burla,- ¡ tú que has comido de mi pan y, con la ayuda de la magia de esos blancos, has seduci-

do mis regimientos y derrotado mi ejército, salve ! ¿ qué suerte me reservas, oh Rey ?

-La suerte que en tus propias manos encontró mi padre, cuyo trono has usurpado por tantos años.

-Está bien. Yo te enseñaré a morir y tú nunca podrás olvidar lo que aquí vas a ver. Mira, el sol se hunde teñido de sangre, y señaló con su enrojecida hacha el encendido globo, ya cerca de su ocaso; digno es mi sol de desaparecer con él. Y ahora, ¡ oh Rey ! estoy pronto a morir; pero me acojo al privilegio de la casa real de Kukuana, [5]quiero morir peleando. Tú no me lo puedes negar, porque si así lo haces, hasta esos mismos cobardes que huyeron hoy, te despreciarían.

-Concedido. Elige; ¿con quién quieres tú combatir? Yo no puedo ser tu adversario, porque el Rey sólo se bate en la guerra.

El sombrío ojo de Twala se paseó por nuestras filas y al ver que se detenía en mí, me estremecí de terror. ¿ Qué hacer, si me designaba para comenzar el combate ? ¿ Qué probabilidades de éxito podía tener contra un desesperado salvaje de seis pies de estatura y ancho en proporción ? Más valía que de una vez me suicidara. Sin detenerme a pensarlo me decidí a declinar tal honor, aunque como consecuencia, a silbidos me echaran de Kukuana, pues, a mi entender, es preferible salir corrido a quedarse hendido de un hachazo.

-Por fin habló.

-¿Incubu, no te parece concluyamos lo que comenzamos hoy, o debo llamarte cobarde blanco, ante todos los que nos oyen?

-No- contestó apresuradamente Ignosi,- no pelearás con Incubu.

-No, sí me tiene miedo - añadió Twala. - Desgraciadamente sir Enrique comprendió estas palabras y la sangre encendió sus mejillas.

-Acepto su desafío; y ya verá si le tengo miedo.

[5] Según ley entre los kukuanos, ningún individuo de la familia real puede castigarse con la muerte sin su consentimiento, el que nunca es rehusado. Se le permite elegir una serie de adversarios, que deben ser aceptados por el rey contra quienes combate sucesivamente hasta morir.

-¡Por el Cielo!- le supliqué,- no vaya a arriesgar su vida en un encuentro con ese desesperado. Todos los que le han visto hoy saben que usted no es un cobarde.

-Me batiré con él- contestó ásperamente. Ningún viviente me llama a mí cobarde. ¡Adelante, ya te espero ! y saliendo al frente, levantó su hacha.

Yo me retorcí las manos al presenciar este quijotesco arranque, pero estaba tercamente resuelto a pelear y no me era posible evitarlo.

-No te batas, blanco, hermano mío - dijo Ignosi poniendo cariñosamente la mano sobre el brazo de sir Enrique: - bastante has combatido hoy, y si algo te aconteciera se me partiría el corazón.

-Me batiré, Ignosi.

-Hágase tu voluntad; eres un valiente. Será un hermoso combate. Twala, el Elefante espera por ti.

El destronado monarca lanzó una salvaje carcajada, y marchando hacia Curtís se le colocó enfrente. Por unos segundos permanecieron inmóviles, y sus gigantescos cuerpos, envueltos por los últimos rayos del sol, parecieron vestidos con llamas. Eran dignos adversarios. En seguida comenzaron a girar el uno en derredor del otro, con las hachas en alto.

De repente, sir Enrique, arremetiendo a su adversario, le descargó un descomunal hachazo, que éste esquivó por un hábil salto de costado; y tal fue la fuerza del golpe, que el arma al herir en vago, arrastró a su esgrimidor, descompuso, su guardia, y lo dejó descubierto; circunstancia no desperdiciada por el contrario, quien, describiendo un círculo con la suya en torno de la cabeza, le asestó un tremendo tajo. La sangre se me heló; lo di todo por terminado. Pero no, nuestro amigo, adelantando rápidamente su escudo, paró en él el hacha, que, cortándolo en limpio por el borde exterior, fue a caer inofensiva sobre su hombro izquierdo. En seguida, sir Enrique tiró otro golpe a Twala, que éste recibió también en su escudo y entonces se sucedieron, sin intermisión alguna, hachazo tras hachazo, ora contenidos con los escudos, ora evitados por un movimiento de los com-

batientes. La más intensa excitación se apoderó de los espectadores: los Búfalos, olvidando la disciplina, rompieron la formación, y acercándose al sitio del mortal duelo, lanzaban a cada golpe ruidosas exclamaciones. Precisamente en este instante, Good, quien había sido colocado sobre el suelo cerca de mi, volvió de su desmayo, y sentándose percibió lo que ocurría. Inmediatamente se levantó, me agarró por un brazo y encogiendo su pierna lisiada, saltó de un lugar a otro, arrastrándome tras él y animando a sir Enrique con sus voces.

-¡Cierra con él, camarada! ¡Otro como ese! ¡bueno! ¡Pégale en los entrepuentes! y así sucesivamente.

Al cabo de un momento, sir Enrique, recogiendo con su escudo el hacha de su adversario, le envió un furioso tajo, que partiéndole el suyo y rompiéndole las mallas de la cota, le hirió en el hombro. Con un grito de rabia y de dolor, Twala le devolvió el golpe con interés tal, que, cortando en redondo el mango de cuerno de rinoceronte reforzado con láminas de acero del hacha de Curtis, le hirió a su vez en la cara.

Una desalentada exclamación partió de los Búfalos al ver rodar por el suelo el hierro del arma de nuestro héroe; y Twala, alzando la suya, se abalanzó a él con un grito de triunfo. Yo cerré los ojos. Cuando los volví a abrir, fue para ver el escudo de sir Enrique por tierra, y a éste apretando, entre sus vigorosos brazos el robusto cuerpo de su antagonista. Yendo de un lado a otro lucharon a brazo partido, apretándose, cual irritados osos, con todo el poder de sus músculos de hierro, en obstinada contienda por la vida y el honor. Por un supremo esfuerzo, Twala hizo perder el equilibrio al inglés, y ambos viniendo a tierra, rodaron por encima del calizo paviniento; Twala, intentando herir con su hacha a sir Enrique en la cabeza y éste tratando de introducir unatola, que tomara de su cintura, a través de la cota que defendía el pecho del primero.

Era una lucha, hercúlea y daba pavor el presenciarla.

-¡Quítele el hacha!- gritó Good,- y tal vez nuestro campeón le oyó.

De cualquier modo, tirando su tola, echó mano al hacha que estaba sujeta a la muñeca de Twala por una tira de cuero de búfalo, y revolviéndose y resoplando como dos fieras, se disputaron tenazmente la posesión de aquella arma. De repente, la tira de cuero se reventó y por violento impulso, sir Enrique se desprendió de los brazos que le ceñían con el hacha en su diestra. Acto continuo estaba de pie, cubierto el rostro con la sangre que brotaba de su herida, y lo mismo Twala, quien, sacando una pesada tola de su cinturón, como un rayo cayó sobre Curtis, hiriéndole en el pecho. El golpe fue certero y terrible; pero el fabricante de aquellas cotas, fuera quien fuese, bien supo lo que tuvo entre manos, pues la punta del acero rebotó en sus mallas. De nuevo le asestó otra tremenda puñalada, acompañándola con un grito salvaje, y también de nuevo rebotó el arma, aunque haciendo retroceder vacilante a sir Enrique. Por tercera vez arremetió Twala contra él; pero en esta ocasión, recobrándose el invencible inglés, volteó el hacha en derredor de su cabeza, y le descargó un tajo con todas sus fuerzas. Una ruidosa exclamación salió de las gargantas de la excitada muchedumbre, y, la cabeza de Twala, como impulsada por un resorte, saltó de sus hombros y botando y rodando vino a detenerse a las mismas plantas de Ignosi. Por un segundo el descabezado tronco permaneció de pie, manando a borbotones la sangre de las cortadas arterias; en seguida cayó pesadamente sobre la tierra, y a su vez sir Enrique, se tambaleó un instante y rodó sobre el cadáver de su vencido adversario

Presurosamente nos dirigimos a él y cariñosas manos, alzándole del suelo, comenzaron a echarle agua en el rostro. A poco abrió sus grandes ojos grises.

No había muerto.

Entonces yo, precisamente, al sepultarse el sol en el horizonte, me acerqué a la cabeza de Twala, desaté el diamante de su frente y lo entregué a Ignosi, diciéndole:

-Tuyo es, Rey de los kukuanos.

Ignosi colocó la diadema en su frente y marchando hacia su muerto rival, llegóse a él, le puso un pie sobre el pecho y entonó un canto, o, mejor dicho, un himno triunfal, tan bello y al par tan salvaje, que temo me sea imposible traducir con exactitud. Recuerdo que en una ocasión, al oir a un joven estudiante recitar con sonora entonación algo de Homero, el poeta de la vieja Grecia, la cadencia de los niajestuosos versos suspendieron el curso de mi sangre. Lo mismo me ocurrió con el himno de Ignosi, vertido en un idioma no menos armonioso que el antiguo griego, a pesar de encontrarme enteramente rendido por el cansancio y las emociones de aquel día. Así cantó:

-*Ya nuestra rebelión se convirtió en victoria, y nuestro acriminado acto se justifica por la fuerza.*

-*Con el sol se levantaron nuetros opresores, adornáronse con sus más vistosos plumeros y se prepararon para la pelea.*

-*Levantáronse y armados con sus lanzas, los soldados decían a sus jefes: «Venid y guiádnos» y los jefes al Rey: «Dirige tú la batalla.»*

-*Levantáronse arrogantes y mil hombres, y aún otros veinte mil más.*

-*Sus plumeros cubrían la tierra como las plumas de un ave cubren su nido; blandían sus lanzas y gritaban: sí, tremolaban el acero de sus armas a los rayos del sol; la sed de combatir los devoraba, y temblaban de placer.*

-*Vinieron contra mí; sus más esforzados guerreros corrían veloces para aniquilarme; y todos exclamaban: «¡ Ah ! ¡ ah ! puede contarse entre los muertos ya.»*

Entonces les arrojé mi aliento, y mi aliento fue como el soplo impetuoso del huracán, y ¡ ved ! quedaron anonadados.

El fuego de mis ojos los amedrentó; anonadé su fuerza con los rayos de mis lanzas y los tiré por tierra con el trueno de mis gritos.

Rompiéronse sus masas, esparciédose por los campos y desaparecieron como las nieblas de la mañana.

-*Sirven de pasto a los cuervos y a los lobos, y el suelo de la batalla está empapado con su sangre.*

¿Dónde están los poderosos que se levantaron con el sol ?

¿Dónde los orgullosos, que, agitando sus plumeros, gritaban: «puede contarse entre los muertos ya ?»

Doblan la cabeza, pero no al sueño; yacen por tierra, pero no dormidos.

Pasaron al olvido; han sido arrojados a las tinieblas y no tornarán; otros serán dueños de sus esposas, y sus hijos no recordarán sus nombrcs.

Y yo, ¡Yo el Rey ! vuelvo como un águila a mi nido.Después de haber vagado perdido entre las sombras, acudo a mis pequeñuelos al despuntar el día.

Vén, pueblo, guarécete bajo mis alas, yo te confortaré, y jamás serás desatendido.

Llegó el buen momento, el momento de los des pojos.

Mío es el ganado que pace en los valles; las vírgenes de los kraales también son mías.

El invierno ha pasado, el verano llega.

Ahora la Maldad esconderá el rostro, y la prosperidad florecerá en esta tierra como florecen los lirios.

¡Regocíjate, regocíjate, pueblo mio! que el pueblo entero se alegre porque la tiranía ha sido abatida y yo soy el Rey.

Aquí terminó, y la multitud que casi ocultaba la creciente obscuridad de la noche, respondió gravemente:

¡Tú eres el Rey !

Mi profecía al heraldo se realizó,- no habían pasado las cuarenta y ocho horas, sin que el cadáver de Twala yaciera rígido y ensangrentado A la misma puerta de su kraal.

XV
GOOD CAE ENFERMO

Inmediatamente después del combate, sir Enrique y Good fueron conducidos a la cabaña de Twala, donde me reuní con ellos. Ambos estaban extenuados por las fatigas de la jornada y la perdida de sangre, y por mi parte poco menos me sentía yo. Soy fuerte por naturaleza y puedo resistir el cansancio mejor que la generalidad de los hombres, tal vez a causa de haberme habituado a semejantes trabajos, y a lo enjuto de mis carnes; pero lo cierto es que los límites de mi resistencia y apenas podía tenerme en pie; además, como siempre me ocurría en iguales circunstancias, la vieja herida de mi pierna se me enconó y comenzó a molestarme. También tenía un insoportable dolor de cabeza, consecuencia del soberano trastazo que por la mañana me puso fuera de acción. Resumiendo: hubiera sido difícil encontrar un trío más desastroso que el que aquella noche hacíamos, y sólo nos consolábamos al pensar cuánto debíamos a la fortuna por hallarnos así en lugar de estar tendidos y yertos sobre, el campo de batalla, haciendo compañía a los miles de valientes que, rebosando salud, se habían levantado al aclarar del día.

Auxiliados por Foulata, quien desde que la libramos de la muerte se constituyó en nuestra criada, especialmente en la de Good, nos quitamos las cotas de malla, descubriendo que si bien habían salvado la existencia de sir Enrique y Good, no pudieron impedir las terribles magulladuras producidas por los repetidos golpes que recibieron durante la jornada. Mis compañeros tenían materialmente lacerado todo el cuerpo, y el mío, aunque no tanto, no dejó de salir acardenalado de la aventura. Foulata nos trajo unos emplastos de ciertas hojas aromáticas muy bien majadas, que aplicamos a nuestras maltratadas carnes y nos produjo gran alivio. Pero por más que las magulladuras nos mortificaban mucho, no nos causaban tanta inquietud como las heridas de Good y sir Enrique. El primero tenía atravesada de un lado a otro la

pantorrilla de una de sus «bellas piernas blancas,» y el segundo una profunda cuchillada en la cara, sobre la mandíbula derecha, causada por el hacha de Twala. Felizmente, Good era un buen cirujano, y tan pronto como le trajeron su pequeño botiquín, se apresuró a lavar la herida de sir Enrique y tomarle los convenientes puntos, pasando en seguida a tratar la suya de igual manera; luego las cubrió con un ungüento antiséptico que traía entre sus drogas, y, por último, las vendó con unas tiras que le proporcionó el único pañuelo que poseíamos.

Mientras tanto Foulata nos hizo un buen caldo, porque el cansancio no nos dejaba aliento para comer cosas más sólidas. Lo bebimos y nos echamos sobre las magníficas pieles que estaban esparcidas en el piso de la gran cabaha del Rey. Por uno de esos sarcásticos contrastes de la suerte, sir Enrique, el matador de Twala, durmió aqueña noche en el mismo lecho de éste.

He dicho durmió, pero me equivoco; después de las emociones de aquel día, era bien difícil rendir al sueño nuestro agitado espíritu. Además, en el aire vibraban perennes

“Adiós a los moribundos
Y lamentos por los muertos.”

De todas partes se escuchaban lastimeros y prolongados gritos, lanzados por las desgraciadas mujeres cuyos esposos, hijos o hermanos habían perecido en el combate. ¿ Y qué extrañar fueran tantas las que, abrumadas por el dolor, desahogaran su pecho con desgarradores ayes, si más de veinte mi1 hombres, la tercera parte del ejército kukuano, había muerto en la encarnizada lucha ? Partía el corazón oír sus tristes lamentaciones por aquéllos que nunca más han de volver, y ahuyentando el sueño de nuestros párpados, presentábase a nuestros ojos, desnudo de atavíos, en su horrible realismo, todo el horror de los hechos de aquel día, frutos de la ambición del hombre. Hacia la media noche, el incesante plañir fue gradualmente disminuyendo, hasta que, por fin, enmudecido el pesar, reinó el silencio de la noche, sólo inte-

rrumpido de cuando en cuando por un agudo y prolongado alarido, que salía de una choza inmediata, a espalda de la nuestra, y que, según más tarde averigüé, era el tributo de Gagaula a la memoria de Twala.

Al cabo logré quedarme dormido: pero mi sueño fue muy tranquilo; a cada momento despertaba sobresaltado, juguete de la pesadilla que se empeñaba en volverme a las angustias de la batalla. Unas veces veía al guerrero cuyas cuentas saldé con mi revólver, atacándome furioso; otras me encontraba de nuevo en el invencible cuadro de los Grises, y otras la ensangrentada cabeza de Twala pasaba rodando por mis pies, crujiendo los dientes y con feroz mirada en su terrible ojo. Por fin pasó la noche, y al lucir el alba descubrí que mis compañeros no habían sido más afortunados que yo. Good estaba con fiebre y no tardó en comenzar a delirar, y para mayor alarma tuvo frecuentes esputos de sangre, resultado de alguna lesión interna producida por los desesperados esfuerzos del guerrero kukuano al tratar de romper la cota y traspasarlo con su lanza. Sir Enrique, en cambio, amaneció bastante bien a pesar de sus magulladuras y herida, que muy enconadas no le permitían moverse ni masticar y le obligaban a un absoluto reposo.

A las ocho de la mañana vino a vernos Infadús, que apenas daba indicios de quebranto, tan duro era el viejo guerrero, por las fatigas del día anterior, aunque durante la noche entera, según nos dijo, no había podido descansar un solo instante. Se alegró mucho al vernos, deploró el estado de Good y nos estrechó las manos afectuosamente; pero observó que al hablar a sir Enrique lo hacía con cierta veneración, como si se dirigiera a alguien superior al hombre; y en efecto, andando el tiempo nos cercioramos de que en toda Kukuana se consideraba al invencible inglés como un ser sobrenatural. «No hay hombre- decían los soldados,- que pueda pelear como él peleó, o que al final de tan incesante como sangrienta contienda, tenga aliento suficiente para matar a Twala, al primero entre los guerreros más temibles de Kukuana, en singular combate, cortándole el robusto cuello de

un solo tajo.» Este hachazo se hizo proverbial en el país, y en adelante se llamó a lo «Incubu» cualquier golpe o acto de fuerzas extraordinarios.

Infadús pasó a manifestarnos que todos los regimientos de Twala se habían sometido a Ignosi, añadiendo ya comenzaban a llegar mensajes de los jefes de los campos reconociendo al vencedor por Rey de la nación. La muerte de Twala había cortado de raíz toda causa que pudiera prolongar la guerra; Scragga había sido su único hijo, y, por consiguiente, no existía persona alguna que pudiera alegar derechos al trono.

Observó que Ignosi había llegado hasta él cruzando torrentes de sangre. El bravo veterano se encogió de hombros y me contestó:

-Sí; pero para que el pueblo kukuano pueda vivir sosegadamente, necesita de cuando en cuando una sangría. Muchos han muerto, en verdad; mas ahí quedan las mujeres, pronto otros vendrán a ocupar los puestos de los que cayeron, y mientras tanto, estaremos tranquilos por algún tiempo.

A poco de dejarnos Infadús, Ignosi nos hizo una corta visita, luciendo en la altiva frente la diadema real. Cuando le vi llegar, con majestuosa dignidad y seguido por obsequioso séquito, recordó al alto zulú que pocos meses atrás se nos presentó en Durbán pidiéndonos lo tomáramos para nuestro servicio, y pensé en los extraños giros de la rueda de la fortuna.

-Salud, ¡oh Rey!- le dije, saliendo a su encuentro.

-Sí, Macumazahn. Rey, al fin, por la gracia de vuestras tres diestras- contestó sin tardanza.

Todo nos dijo marchaba muy bien, añadiendo que esperaba tener dispuesta una gran fiesta entre dos semanas para presentarse al pueblo.

-¿Y qué piensas hacer con Gagaula ?- le pregunté.

-¡Es el genio malo de nuestra tierra; la mataré, y con ella también morirán todas las brujas ! Ha vivido tanto, que nadie recuerda cuándo ha sido joven; ella es la que ha enseñado siempre a las brujas

cazadoras, y por ella, este suelo ha parecido maldito a los ojos del Cielo que nos cubre.

- Sin embargo, ella sabe mucho; y es, Ignosi, más fácil el destruir la sabiduría que el adquirirla.

-Así es- contestó pensativamente- Ella, y ella no más, guarda el secreto de las «Tres Brujas,» allá donde muere el gran camino, donde se entierra a los Reyes y se sientan los silenciosos.

-Sí, y en donde están los diamantes. No olvides tu promesa, Ignosi; tú debes guiarnos a las minas, aun cuando tengas que conservar la vida a Gagaula para que nos muestre el camino.

-No la olvidaré, Macumazahn, y pensaré en lo que dices.

Retiróse Ignosi, fuí a ver a Good, y le encontró delirando. La fiebre se había hecho muy intensa y parecía efecto de la herida de su pierna complicada con alguna lesión interna. Por cuatro o cinco días estuvo de extrema gravedad, y creo firmemente que a no ser por los constantes desvelos de Foulata, hubiera sucumbido sin remedio.

Las mujeres son mujeres en todas partes del globo, sea cual fuere el color de la piel. Sin embargo, llamaba mi atención ver aquella bronceada beldad inclinada día y noche sobre el lecho del enfermo, atenta a todas las piadosas minuciosidades de su misión, pronta, dulce y con el instinto de la más avezada enfermera. La primera y segunda noche quise compartir con ella los cuidados que nuestro amigo exigía, y lo mismo pretendió sir Enrique tan pronto como sus desinflamadas carnes le permitieron moverse; pero nuestra presencia allí la tenía impaciente, y, por últirno, protestó contra ella, afirmando que el ruido que haclamos intranquilizaba a Good, en lo cual creo tenía sobrada razón. Sin descansar un momento, día y noche velaba junto a su cabecera, ora haciéndole tomar su única medicina, una bebida nativa refrescante hecha con leche y el zumo del bulbo de cierta especie de tulipán, ora ahuyentando las moscas para que no le incomodaran. Paréceme que los veo tal como noche tras noche y a la mezquina luz de nuestra primitiva lámpara los pude contemplar. Good, con las facciones consumidas, los ojos desmesuradamente abiertos y brillantes, re-

volviéndose febril sobre su cama de pieles y ensartando en su delirio disparates por millares; y cerca de él, sentada en el suelo con la espalda apoyada contra la pared, a la bella kukuana, acariciándolo con la dulce mirada de sus hermosos ojos, y dejando traslucir en su rostro la expresión del más compasivo interés, o tal vez del más tierno sentimiento.

Dos días fue tanta su gravedad que le dimos por perdido, y tristes y cabizbajos, no hacíamos más que discurrir por el kraal. Solo Foulata no abandonaba la esperanza.

- No morirá- nos decía.

Con el objeto de que ningún ruido molestara al enfermo, por orden del Rey, se habían desocupado las chozas que estaban detrás de la de Twala, y, excepto sir Enrique y yo, alojados en una inmediata a ésta, no se encontraba un viviente en trescientas varas alrededor nuestro, donde, por consiguiente, reinaba profundo silencio. Una noche, la quinta de su enfermedad, fuí, según mi costumbre, a su cabaña para enterarme cómo seguía antes de echarme por un breve rato a dormir.

Entré cuidadosamente, andando de puntillas y, a la luz de la lámpara distinguí a mi amigo, no ya volviéndose de un lado para otro, pero sí en absoluta inmovilidad.

¡Todo, al fin, había terminado ! y en la amargura de mi dolor se me escapó un sollozo.

Un suave, ¡chi-i-to! salió de las sombras que envolvían la cabecera del lecho.

Entonces, aproximándome más, vi que no estaba muerto, y sí tranquilamente, dormido, apretando en su enflaquecida y blanca mano los delicados dedos de Foulata. La crisis había pasado y su vida estaba a salvo. Así, tal como lo encontré durmió dieciocho horas seguidas; y, aunque no quisiera decirlo porque pienso no se me creerá, durante ese tiempo la adicta muchacha, permaneció en el mismo sitio, en la misma posición como si se hubiera petrificado, temerosa de despertarlo si se movía o retiraba la mano. Cuánto debió sufrir por los

calambres, entumecimiento y aún falta de alimento, Dios y ella lo saben; sólo puedo decir que cuando Good despertó, fue preciso sacarla de allí en brazos; sus piernas estaban tan envaradas que le era materialmente imposible tenerse de pie.

Después de esta crisis, la convalecencia de Good fue rápida y completa. Así que casi hubo recuperado la salud, sir Enrique, le contó los desvelos y cuidados de Foulata; y, al decirle cómo había estado sentada dieciocho horas seguidas a su lado, sin hacer el más mínimo movimiento por temor de despertarle, los ojos del honrado marino se llenaron de lágrimas. En seguida se encaminó a la choza donde Foulata preparaba el almuerzo (ya nos habíamos mudado a nuestro antiguo alojamiento), llevándome como intérprete, para el caso de no poder hacerse entender bien, aunque debo advertir ella lo comprendía maravillosamente dado lo corto del vocabulario kukuano de nuestro compañero.

-DecidIa, que le debo mi vida y que jamás olvidaré sus bondades para conmigo.

Traduje, y a mis palabras sus bronceadas mejillas se encendieron de rubor.

Volviéndose hacia él con uno de sus rápidos y graciosos movimientos, que siempre me hacían acordar de los pájaros del bosque, contestó dulcemente a la par que fijaba en su rostro la suave mirada de sus admirables ojos.

-No, mi señor; ¡mi señor olvida! ¿No salvó él la mía? y ¿acaso no soy yo su criada?

Se observará que la joven no parecía recordar la parte que sir Enrique y yo mismo tomamos al librarla de las garras de Twala. ¡ Pero así son las mujeres ! No olvido que mi querida esposa era exactamente igual. Salí de la entrevista algo preocupado; nada me gustaban las tiernas miradas de la «señorita Foulata;» porque buena experiencia tenía de las imprudentes inclinaciones amorosas de los marinos en general, y de Good en particular.

Dos cosas pasan en el mundo, que, según siempre he podido comprobar, nadie ni nada pueden impedir, a saber: que un zulú se abstenga de pelear o un marino de enamorarse a la menor provocación.

Pocos días después de este incidente, Ignosi reunió su gran «indaba» (consejo) y quedó formalmente reconocido como Rey por los «indunas» (jefes) de Kukuana. El espectáculo fue imponente; hubo una gran revista de las tropas, en lo que formaron los pocos Grises, restos de aquel soberbio regimiento, y en presencia del ejército, se les dio las gracias por su heroica conducta durante la gran batalla. Como recompensas a su valor el Rey regaló a cada uno un numeroso rebaño, ascendiéndole al empleo de oficial en el nuevo cuerpo de igual nombre, actualmente en vías de organización. También se promulgo en toda Kukuana una orden mandando que, mientras honráramos el país con nuestra presencia, se nos recibíese con las mismas ceremonias y el mismo respeto que al Rey en persona; y se nos confirió públicamente el derecho de vida y muerte. Además, Ignosí, en presencia de su pueblo repitió la promesa que antes hiciera, afirmando que jamás se vertería la sangre de un hombre, sin previo juicio, y que jamás también volvería a efectuarse la cacería de las brujas.

Pasada la ceremonia, fuímos a ver a Ignosi; le, hablamos de las minas a que conducia el camino de Salomón, manifeistándole deseábamos descubrir su misterio, y le preguntamos si había averiguado algo respecto de ellas.

-Amigos míos- contestó,- oid lo que sé. Allá en aquel lugar, hay tres grandes figuras sentadas, llamadas los «silenciosos» y en honor de los cuales quería Twala sacríficar a la joven Foulata.

Allá también, en una inmensa cueva que entra hasta el corazón de la montaña, está el sepulcro de los Reyes, en donde encontraréis el cadáver de Twala, junto con los de sus antecesores. Además, ábrese en el suelo un ancho y profundo pozo, que en tiempos remotos excavaron los hombres, tal vez en busca de las piedras de que vosotros habláis y hablaban los blancos de Natal, en Kimberley. Por último, en la Man-

sión de la Muerte existe una cámara secreta, que solamente el Rey y Gagaula conocen. Pero Twala ha muerto, y yo nada sé de ella ni de lo que encierra. Cuéntase en el país que una vez, hace muchas generaciones, un hombre blanco cruzó las montañas y guiado por una mujer llegó a esta cámara y vio las riquezas allí amontonadas; pero que no pudo apoderarse de ellas porque antes de que lo lograra, la mujer le hizo traición y el Rey en aquellos tiempos, le obligó a volver a las montañas, no habiendo entrado desde entonces hombre alguno en dicha cámara.

-La tradición es indudablemente cierta, Ignosi; recuerda que encontramos en las montañas al hombre blanco.

-Sí, Macumazahn, lo recuerdo. Ahora os prometo que si vosotros podéis encontrar esa cámara, y las piedras están en ella...

-La piedra que tienes en la frente prueba que están allí- dije yo, interrumpiéndole y señalando el enorme diamante que por mi propia mano había quitado de la frente del decapitado Twala.

-Tal vez sea así; si están allí, vuestras serán todas las que podáis llevaros, si es que os resolvéis a abandonarme, hermanos míos.

-Pero primero tenemos que hallar la cámara - dije yo.

-Una persona no más puede guiarnos a ella; y es Gagaula,.

-¿Y si se niega a hacerlo ?

-Entonces morirá. Unicamente con este fin la he dejado vivir. Esperad, ahora mismo nos dirá lo que elige, y llamando a uno de los de su servicio mandó trajeran a Gagaula. A los pocos minutos, llegó conducida por dos guardias a quienes vino maldiciendo por todo el camino.

- Dejadla- dijo el Rey a los guardias. - Tan pronto como éstos cesaron de sostenerla por los brazos, el rugoso y viejo envoltorio, porque más parecía un envoltorio que otra cosa, se dejó caer al suelo, haciéndose un ovillo en el cual resaltaba el maligno fulgor de sus ojos de víbora.

-¿Para que me quieres, Ignosi ? No te atrevas ni siquiera a tocarme, pues si lo intentas, te haré desaparecer con los tuyos. ¡Teme mi magia!

-Tu magia, vieja loba, no pudo salvar a Twala y no puede herirme a mí. Escucha: quiero me reveles en donde está la cámara que guarda las piedras brillantes.

-¡Ah! ¡ah! nadie sino yo lo sabe y jamás te lo diré. Esos demonios blancos tendrán que irse con las manos vacías.

-Tú me lo dirás. Yo te obligaré a decírmelo.

-¿Cómo? ¡oh Rey! Tú eres grande y poderoso, pero ¿puedes acaso arrancar la verdad a una mujer?

-Dificil es, sin embargo, yo te la arrancaré.

-¿De qué manera? joh Rey!

-De ésta; si no me la dices, te haré morir lentamente.

-¡Morir!- gritó aterrorizada y furiosa;- no te atrevas a tocarme, hombre, tú no sabes quien soy yo. ¿ Qué edad piensas es la mía ? Yo conocí a vuestros padres y a los padres de vuestros abuelos. Cuando el país era joven estaba ya en él, cuando haya envejecido, en él todavía estaré. Mi vida no tiene fin, sólo un azar puede terminarla, nadie osará matarme.

-A pesar de todo, yo te mataré. Atiende, Gagaula, madre del mal, eres tan vieja que no debes tener ningún amor a la vida. ¿ Qué puede ser la existencia para una criatura a quien los años han quitado la forma, arrancado los dientes y el cabello, dejándola sólo el maligno mirar de sus perversos ojos ? Matarte será hacerte un bien, Gagaula.

-¿Imbécil- gritó la vieja arpía,- rematado imbécil, crees que la vida guarda sus dulzuras sólo para el joven ? No, te engañas y nada sabes del corazón humano, si así lo piensas. Para el joven, no hay duda, la muerte tiene sus encantos, porque el joven siente. Goza y sufre, y se le rompe el corazón al ver a los que ama desaparecer para siempre en el mundo de las sombras. Pero el viejo no tiene sentimiento, no ama, y ¡ ah ! ¡ ah ! ríe cuando otros se hunden en el negro e insondable abismo; ¡ ah ! ¡ ah ! ríe en presencia del mal que se hace en

torno suyo. Todo cuanto ama es la vida, el calor, el tibio rayo del sol y el dulce, dulce aire. Tiene miedo al frío, al frío y a las tinieblas, ¡ ah ! ¡ ah ! y la horrible anciana se balanceó con repugnante júbilo.

-Calla tu infame charla y contéstame- exclamó airadamente Ignosi.-¿Quieres o no mostrar el sitio en donde las piedras están ? Si no quieres, moriras, y morirás ahora mismo; y cogiendo una lanza la suspendió sobre ella.

-No y mil veces no; tú no te atreves a matarme. El que me prive de la vida será maldito para siempre.

Ignosi bajó con lentitud la lanza hasta que su punta, pinchó levemente aquel montón de arrugas y de harapos.

Dando un salvaje grito, de un brinco se puso en pie, y volviendo a desplomarse, se contrajo en forma de ovillo y rodó por el suelo.

-Sí, lo enseñaré. Déjame vivir, déjame sentar al sol y tener un pedazo de carne que chupar, y yo te descubriré mi secreto.

-Está bien. Demasiado sabía que al fin encontraría un medio para hacerte hablar. Mañana irás con Infadús y mis hermanos blancos al citado sitio; y, guárdate de no cumplir tu palabra, porque si los engañas, te hará morir poco a poco.

-Lo cumpliré, Ignosi. Jamás falto a mi propósito: ¡ah! ¡ah! ¡ah! Una vez una mujer mostró ese sitio a un hombre blanco y sabed que la desgracia cayó sobre él, y al decir esto sus ojos brillaron con siniestro fulgor. Su nombre también era Gagaula. Quizá yo sea aquella mujer.

- Mientes- le repliqué,- desde que eso ocurrió han pasado diez generaciones.

- Puede ser, puede ser; cuando se vive mucho, se pierde la memoria, Tal vez la madre de mi madre me lo contó, también se llamaba Gagaula. Pero, oíd, hallaréis en el lugar de las brillantes baratijas, un saco de cuero lleno de piedras. Aquel hombre las colocó en él, pero jamás pudo sacarlo de allí. ¡ La desgracia lo aniquiló, os lo advierto, la desgracia lo aniquiló ! Tal vez la madre de mi madre me lo contó. Será un alegre viaje; veremos de paso los cuerpos de los que murieron

en la batalla. Ya habrán perdido los ojos y tendrán las costillas descarnadas. ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

XVI
LA MORADA DE LA MUERTE

Tres días después de la escena descrita en el capítulo anterior, acampábamos ya entrada la noche, en varias chozas situadas a la base de las «Tres Brujas», nombre nativo de los tres picos, que marcaban el término del camino de Salomón. Componíase nuestra partida de nosotros tres y Foulata, que continuaba en nuestro servicio (especialmente en el de Good), Infadús, Gagaula, a quien se traía en una litera y no cesaba de murmurar y maldecir, varios criados y una escolta. Las montañas, o mejor dicho, los tres picachos de las montañas, porque la masa entera se había evidentemente formado por un aislado levantamiento del terreno, estaban dispuestos, según antes dije, como vértices de un triángulo que volviece la base hacia nosotros; esto es un pico a la derecha, otro a la izquierda y el tercero en el centro a nuestro mismo frente. Nunca podré olvidar la vista que, a la temprana luz de la siguiente mañana, presentaron a nuestros ojos. Alto, muy alto, por encima de nuestras cabezas, perdíanse sus agudas cimas vestidas de nieve, cual retorcidas agujas de plata, en la inmensidad azul del espacio. Por debajo de la nieve, el brezo de los páramos las ataviaba con mano de púrpura y subiendo por sus laderas destacábase, a manera de blanca cinta, el camino de Salomón, en derechura hacía la base del pico central en donde moría.

No quiero relatar nuestras impresiones durante la ascensión, emprendida aquella misma mañana: la imaginación de mis lectores las concebirá mejor que yo puedo describirlas. Al cabo nos aproximábamos a las maravillosas minas, causa de la muerte del antiguo fidalgo portugués, de la de mi pobre amigo su infortunado descendiente, y también, según temíamos, de la de Jorge Curtis, el hermano de sir Enrique. ¿Estábamos predestinados, después de tantos obstáculos vencidos, a no tener suerte mejor? La desgracia cayó sobre ellos, como decía la endemoniada vieja Gagaula, y ¿caería sobre nosotros tam-

bién? En el fondo, la verdad es que, a medida que recorríamos aquel último trozo del magnífico camino, un temor supersticíoso avasallaba mi ánimo, y, a mi parecer, inquietaba no menos a sir Enrique y a Good.

Durante hora y media o más, impedidos por nuestra excitación, caminamos tan de prisa que los conductores de la litera de Gagaula no podían seguirnos el paso, y ésta hubo de gritarnos que la esperáramos.

-Más despacio, más despacio, hombrea blancos- dijo sacando por entre las cortinas su horrible y repugnante cabeza y clavando sus vivaces ojos en nosotros;- ¿por qué corréis al encuentro de vuestro mal, vosotros, los buscadores de tesoros? y lanzó una siniestra carcajada, que me produjo un escalofrío y amortiguó nuestro entusiasmo.

No obstante, seguimos avanzando hasta que llegamos al borde de una vasta excavación circular de inclinadas paredes, con trerscientos pies de profundidad y media milla de contorno, situada precisamente entre nosotros y el pico central.

-¿Saben ustedes lo que es esto?- pregunté a sir Enrique y a Good, quienes miraban con asombro la profunda sima, abierta a sus pies.

Ambos hicieron un movimiento negativo con sus cabezas.

-Vamos, se conoce que ustedes, no han visto las minas de diamantes en Kimberley. No cabe duda, ésta es la mina de diamantes de Salomón, y si no, mirad allí- dije señalando a la endurecida arcilla azul que aún se percibía entre las hierbas y plantas que cubrían las paredes del pozo:- la formación del terreno aquí es la misma del indicado lugar. Apuesto cualquier cosa a que si bajamos al fondo del pozo, encontrarernos «cañutos» de un conglomerado jabonoso. Véd también allí, indicando las desgastadas superficies, de varias rocas cortadas en forma de losas y colocadas en un sitio de suave pendiente y bajo el nivel de un canal de agua, abierta en la roca, si esos artesones no se han empleado como lavaderos, yo soy holandés.

En la orilla de la excavación, que era el pozo indicado en el mapa del antiguo fidalgo, el gran camino se bifurcaba, circunvalándolo completamente. En muchas partes los ramales de circunvalación esta-

ban construidos con enormes sillares, aparentemente con el objeto de contener los bordes e impedir su derrumbamiento. Animados por la curiosidad, despierta en nosotros por tres grandes bultos que al otro lado del pozo se levantaban, recorrimos velozmente uno de estos ramales. Al aproximarnos a ellos descubrimos eran tres estatatuas colosales de piedra, no cabía duda, eran los tres «Silenciosos» tan temidos como venerados en el pueblo kukuano; pero no pudimos hasta llegar junto a ellas, observar la majestad de estos «Silenciosos».

Sobre enormes pedestales de piedra obscura, inscritos con caracteres desconocidos, a veinte pasos de intervalo una de otra y mirando hacia el camino que, por unas sesenta millas cruzaba la llanura hasta Loo, estaban sentadas tres gigantescas figuras, una de mujer y dos de hombre, que medían unos veinte pies desde la corona de la cabeza al pedestal.

La de mujer, que estaba al desnudo, era de severa belleza; pero desgraciadamente tenía muy deterioradas las facciones por los siglos y siglos que hacía estaba, expuesta a los rigores de la intemperie. A uno y otro lado de su cabeza asomaba, una punta o cuerno semejantes a los de la luna nueva. Las figuras de los hombres, por lo contrario, estaban cubiertas y ofrecían aterrador aspecto, especialmente la de la derecha, cuyo rostro semejaba al de un demonio. La de la izquierda tenía un semblante sereno; pero la expresión de su calma causaba espanto. Era la calma de la absoluta insensibilidad, de la insensibilidad que, según sir Enrique indicó, los antiguos atribuían a los seres poderosos, para el bien, quienes podían presenciar los dolores de la humanidad, si no con alegría, por lo menos sin sufrimiento. Las tres, figuras, allí, en aquella soledad, en aquel silencio, vueltas hacia la llanura de Loo, hacían una imponente trinidad. Al contemplar estos "Silenciosos" los kukuanos las llaman, intenso, volvió a despertarse en nosotros, el deseo de descubrir ¿ qué manos las habían tallado ? y ¿ quiénes habían excavado el profundo y anchuroso pozo y construido la suntuosa vía ? Mientras mi asombrado espíritu vagaba entre las densas tinieblas del misterio de aquellas maravillas, repentinamente y como rayo de luz que las disi-

para, ocurrióme una idea, fruto de mi afición al Viejo Testamento; recordé, que Salomón prevaricó y dio culto a dioses extraños, entre los cuales se contaban: Astoret, diosa de los Sidoneses; Chemos, dios de los Moabitas y Milcom, dios de los hijos de Ammón, y pensé, participándolo a mis compañeros, que las tres figuras, bien podían ser representación de estas falsas divinidades.

-¡Ta, ta!- exclamó sir Enrique, que estaba muy versado con estas materias, - bien puede ser que no ande usted del todo desorientado; la Astoret de los hebreos no fue sino la Astarte de los fenicios, de esos grandes traficantes del siglo de Salomón. Y Astarte, la que tiempos después recibió el nombre de Afrodita entre los griegos, se representaba con cuernos semejantes a los de la luna nueva, e iguales a los que vemos en esta estatua. Tal vez los tres colosos han sido diseñados por algún fenicio, encargado de la administración de las minas. ¿Quién puede saberlo?

Antes que hubiéramos terminado de examinar estas interesantes reliquias de remota edad, Infadús vino hacia nosotros, y después de saludar a los «Silenciosos» con su lanza, nos preguntó si queríamos entrar inmediatamente en la «Morada de la Muerte» o preferíamos aguardar hasta que hubiésemos tomado nuestra merienda del mediodía; añadiendo que si decidíamos continuar sin detenernos, Gagaula estaba pronta a guiarnos. Siendo apenas las once, y, por otro lado, excesiva la curiosidad que nos dominaba, le anunciamos nuestra intención de proseguir la expedición sin demora alguna, advirtiéndole que, por si acaso nos deteníamos mucho en la cueva, llevaríamos algunas provisiones. En conformidad con nuestros deseos trajeron la litera de Gagáula al sitio en donde nos hallábamos, y la vieja, sin esperar ayuda de nadie, saltó de ella; entretanto, Foulata, obedeciendo mi indicación, colocaba en una cesta alguna carne seca y dos calabazas con agua. A cosa de cincuenta pasos, a la espalda de las estatuas y enfrente de nosotros, se levantaba un muro de roca, de unos ochenta pies de elevación, que inclinándose gradualmente iba a morir en la base del erguido y nevado pico, cuya cima se remontaba a tres mil pies sobre

nuestras cabezas. En seguida que Gagaula se hubo apeado de su litera, nos dirigió una diabólica mueca y, apoyada en un palo, se encaminó hacia el muro. Nosotros la seguimos, llegando en breve a una puerta abovedada, que parecía la entrada de una galería en una mina.

Allí nos esperaba Gagaula, siempre con aquella mueca infernal en su horrenda cara.

-¿Estáis ya, hombres blancos de las estrellas, grandes guerreros, Incubu, Bougwan y Macumazahn el sabio, dispuestos para seguirme ? Vedme aquí pronta a cumplir los mandatos de mi señor el rey, y mostraros el depósito de las piedras brillantes.

-Estamos dispuestos- le contesté.

-¡Bueno! ¡bueno! Fortalecéos el corazón para que soportéis lo que vais a ver. ¿No vienes también tú, Infadús, tú que hiciste traición a tu amo?

Infadús le contestó, frunciendo el entrecejo:

-No, no voy, no soy yo el que entre ahí. Pero tén la lengua y mira, Gagaula, lo que hacer con mis señores. Tu propia persona me responderá de ellos, y si tratas de causarles o les causas el menor daño, aunque seas cincuenta veces bruja, te mataré. ¿Oyes tú?

-Te oigo, Infadús; yo bien te conozco y sé que siempre fuiste aficionado a echar bravatas; aún eras un chiquillo cuando amenazaste a tu propia madre; lo recuerdo, fue cosa de ayer. Pero no temas, no temas estoy aquí para cumplir el mandato del Rey. Me he sometido a la voluntad de muchos reyes, Infadús, hasta que al fin ellos fueron los esclavos de la mía. ¡ Ah ! ¡ ah ! ¡ Voy a verles las caras una vez más y veré también la de Twala ! Adelante, adelante, aquí tenemos luz, y sacó una gran calabaza, llena de aceite y con una torcida de filamentos, que llevaba oculta bajo su abrigo de piel.

-Foulata, ¿vienes con nosotros? - preguntó Good en su infame kukuano de cocina, en el que hacía notables progresos bajo la dirección de la joven.

-Tengo miedo, mi señor - contestó tímidamente.

-Entonces dame la cesta y espéranos.

-No, mi señor, que a cualquier parte que vayas, te seguiré.

-¡Diablo con el seguiré!- pensé para mí; eso será algo más difícil el día, si al fin llega, en que salgamos de esto.

Sin otros preliminares Gagaula avanzó por la obscura galería, bastante ancha para que pudiéramos marchar dos de frente, y, guiados por sus voces, seguimos tras ella no del todo tranquilos y mucho menos al oir un repentino y ruidoso aleteo.

-¡Eh! ¿qué es esto?- exclarnó Good,- alguien me ha pegado en la cara.

-Los murciélagos- le contesté,- ¡ vamos ! adelante.

Cuando hubimos hecho, según pudimos juzgar, unos cincuenta pasos, notamos que el pasaje se aclaraba débilmente, y, a poco, nos encontramos en un paraje tan maravilloso como jamás ojos humanos pudieron contemplar. Imagínese el lector la nave de grandiosa catedral, sin ventanas ni claravoyas en sus costados, pero misteriosamente iluminada por arriba (tal vez por ocultos tragaluces que, abiertos en la inmensa bóveda, suspendida a cien pies sobre nuestras cabezas, la ponían en comunicación con el aire exterior) y tendrá una idea del enorme tamaño de la cueva en donde nos encontrábamos: con la diferencia de que esta obra de la Naturaleza era más elevada y más grande que los templos fabricados por el hombre. Y lo estupendo de sus proporciones era la menor de sus maravillas, porque colgando desde el techo llegaban hasta el suelo, como gígantescos pilares de hielo, varias hileras de asombrosas estalactitas. Difícil me es describir la imponente belleza de aquellas columnas de blanco espato, que a veces medían nada menos que veinte pies en el diámetro de sus bases y subían majestuosas, al par que elegantes y delicadas, hacia la distante bóveda. Otras aún estaban en formación. En estos casos, veíanse descansando en la roca del piso, hermosas estalacmitas semejantes, según dijo sir Enrique, a las rotas columnas de un templo griego; mientras que pendientes del techo, colgaban sobre ella enormes y puntiagudos cerriones, escasamente iluminados por tenue claridad. Y en tanto admirábamos las elevadas moles, el ruido de la gota de agua desprendi-

da de su extremo, al caer en el truncado pilar, nos contaba el proceso de su formación. En algunos sitios estas gotas sólo caían una vez cada dos o tres minutos, lo que daba datos para un curioso cálculo o sea determinar, dada la velocidad de la gotera, cuánto tiempo se necesitaba para la formación de una columna de ochenta pies de alto por diez de diámetro. La lentitud incalculable del proceso puede concebirse por el siguiente hecho. Descubríamos en uno de los pilares una figura, grosera representación de una momia, cerca de cuya cabeza se veía otra al parecer efigie de uno de los dioses egipcios, sin duda, obra de uno de los antiguos mineros. Estos dibujos estaban hechos a la altura en que un desocupado, bien sea trabajador fenicio o inglés, tienen la costumbre de buscar la inmortalidad a expensas de las obras maestras de la Naturaleza, esto es, a cinco pies del suelo; sin embargo, la columna a la sazón, por lo menos tres mil años después que se hiciera aquel dibujo, lo tenía sino ocho pies de alto y aún continuaba formándose, como nos lo probaba la gota de agua que oíamos caer; por consiguiente resultaba para la marcha de su crecimiento un pie por mil años, o una pulgada y dos líneas por siglo.

Algunas estalacmitas afectaban caprichosas formas, debidas a la desviación de la gota de agua que las construía; unas semejaban enormes púlpitos rodeados de barandillas con primorosos calados, otras tenían el aspecto de extraños animales, y por último, las paredes de la cueva estaban decoradas con unos ramajes entrelazados y blancos como el marfil. En ambos lados de la nave principal abríanse cuevas más pequeñas, semejantes a las capillas de una catedral. Entre ellas habían una o dos de diminuto tamaño, que, evidenciando la invariabilidad de las leyes que gobiernan a la Naturaleza, aparecían como verdaderas reducciones de la grandiosa nave.

No tuvimos tiempo bastante para examinar a nuestro deseo aquella maravillosa creación de la Naturaleza, porque Gagaula, indiferente a la belleza de las estalactitas y estalacmitas, al parecer deseaba concluir cuanto antes el asunto que tenía a su cargo. Su diligencia me contrarió bastante, deseoso como estaba de averiguar de qué mane-

ra se iluminaba aquel sitio:; y si ésto era debido a la mano del hombre o no; como también, ver si había sido utilizado, lo que casi no admitía duda, en los pasados tiempos. Consolándonos con la idea de que a nuestro regreso podríamos examinarla con toda detención, seguimos a nuestra desatenta guía.

Encaminóse directamente hacia el fondo de la vasta y silenciosa cueva, en donde nos encontramos con la entrada de otro pasillo, no ya abovedado como el anterior y sí de techo plano y a escuadra, al estilo de los pórticos de los templos egipcios.

-¿Estáis preparados para entrar en la «Morada de la Muerte» ?- nos preguntó Gagaula con la marcada intención de mortificarnos.

-No te detengas, Maeduff [6]- contestó Good, solemnemente, queriendo aparentar estaba ajeno al más leve temor, lo que en realidad fingíamos todos nosotros, excepto Foulata, quien se agarraba al brazo de nuestro amigo en busca de protección.

- Esto se va haciendo muy lóbrego- dijo sir Enrique, asomándose al obscuro pasadizo. Quatermain, a la cabeza, «los más viejos caballeros, los primeros.» No hagamos aguardar a la anciana *Señora*, y, echándose políticamente a un lado, me abrió campo, para que pasara al primer puesto de honor que absolutamente nada le agradecí.

Mientras tanto escuchábase el golpeo del bastón de Gagaula, que ya avanzaba por aquel pasillo con risotadas de poseída, y yo no me decidía a seguirla, dominado por inexplicable, pero aterrador presentimiento.

-¡Vamos, adelante, mi viejo amigo!- exclamó Good, o perderemos de vista a nuestra hermosa guía.

A tales palabras dejando de vacilar, penetró en la galería, y a los veinte pasos desemboqué en una sombría cripta de cuarenta pies de largo por treinta de ancho y treinta de alto, indudablemente abierta en el macizo de la montaña por la mano del hombre, sabe Dios en qué remota edad. Esta cueva no estaba tan bien iluminada como la ante-

---

[6] Personaje de la tragedia Maobeth, de William Shakespeare.

rior y, a la primera mirada, sólo pude distinguir una gran mesa sólida de piedra, que la atravesaba de un extremo a otro, con una colosal figura blanca a la cabecera y otras de igual color y tamaño natural a su rededor. En seguida percibí un cuerpo obscuro sentado en el centro de ella y, apenas mis ojos se acostumbraron a lo turbio del lugar, vi lo que eran todas aquellas cosas, y retrocedí con cuanta velocidad me permitían mis piernas. No soy nervioso, y mucho menos dado a supersticiones, que mis años me han enseñado a despreciar; pero aquel cuadro, lo confieso sin rubor, dio al traste con mi filosofía, y, a no ser porque sir Enrique me agarró por el cuello y me contuvo, creo honradamente que en mi arranque de estampía en cinco minutos me hubiera encontrado fuera de la cueva de las estalactitas, y nada, ni la oferta de cuanto diamante tiene Kimberley, me hubiese inducido a entrar otra vez. Mas su mano de hierro me sujetaba y hube de estarme allí por fuerza, no por querer. Sin embargo, no tardó en ver a su turno; entonces soltóme y comenzó a enjugarse la sudosa frente. En cuanto a Good renegaba entre dientes, mientras Foulata, abrazándosele muy apretada, al cuello, gritaba despavorida.

Unicamente Gagaula reía con ruidosa y prolongada carcajada.

El espectáculo que teníamos a la vista no podía ser más espantoso. Al final de la larga mesa de piedra, con larga y blanca lanza en los desnudos huesos de su diestra, estaba la misma *Muerte*, representada por un esqueleto humano de quince pies o más de altura. Por encima de su cabeza y en ademán de herir alzaba el arma; su huesuda mano izquierda se apoyaba sobre la mesa, en la posición que toma un hombre al levantarse de su asiento, y su cuerpo se inclinaba sobre ella de manera que adelantaba hacia nosotros las angulosas vértebras y el descarnado rostro, al parecer, mirándonos con las vacías concavidades de sus ojos, mientras sus mandíbulas se separaban un poco como si fuera a hablarnos.

-¡Por el Cielo!- pude al fin exclamar- ¿Qué es eso?

-¿Y qué son *éstas cosas*?- dije a Gagaula, señalando las figuras blancas que rodeaban la mesa.

¿Y qué es aquello?- preguntó también sir Enrique, indicando el obscuro cuerpo colocado en el centro de la mesa.

-¡Hi! ¡hi! ¡hi! ¡Ay del que entra en la Morada de la Muerte! ¡Hi!¡hi! ¡hi! ¡ah! ¡ah! - exclamó Gagaula entre sus carcajadas.

Ven, Incubu, el bravo en la batalla, ven y mira al que mataste, y la vieja lo cogió de la ropa y, tirando de ella, lo llevó al centro de la mesa adonde nosotros lo seguimos. Al llegar a su borde se detuvo y tendió su flaco brazo en dirección de la obscura figura allí sentada. Sir Enrique la miró y dio un paso atrás lanzando una exclamación; y, ¿cómo no? si aquello no era otra cosa que el gigantesco cadáver de Twala, del último rey de los kukuanos, casi desnudo y con la cabeza, que sir Enrique de un solo tajo derribara, colocada sobre sus rodillas. Sí, allí con la cabeza sobre las rodillas, y las vértebras una pulgada fuera de las contraídas carnes de su cuello, aparecía en toda su repugnante fealdad. Sobre su piel se extendía una película transparente y lustrosa, que le daba una apariencia aun más repulsiva; en los primeros momentos no supimos explicárnosla; pero habiendo observado que desde el techo caía al cuello del cuerpo una rápida gotera, cuya agua después de bañarlo enteramente se escapaba por un pequeño agujero abierto en la mesa, comprendimos lo que era. *El cuerpo de Twala se estaba transformando en una estalacmita*. Una mirada a las blancas formas que rodeaban la mesa, comprobó esta aserción. Todas eran o mejor dicho habían sido cuerpos humanos; pero ahora eran *estalacmitas*. Tal procedimiento, desde tiempo inmemorial, empleaban los kukuanos para conservar los cadáveres de sus reyes. Los petrificaban. No puedo decir si el método, suponiendo que lo tuvieran, consistía en algo más de exponerlos años y años bajo la gotera; pero lo cierto es que allí estaban duros como roca y cubiertos por un barniz de sílice. Nada más espantoso que aquella reunión de restos de reyes, envueltos en una capa blanca cual nieve, a través de la cual se distinguían confusamente sus facciones, sentados alrededor de la sombría mesa y presididos por la Muerte en persona. Su número ascendía a veintisiete y, suponiendo no faltara ninguno, lo que no era probable, porque varios

habrían muerto en las guerras, muy lejos de aquel lugar, y dando por término medio quince años de reinado a cada uno, resultaba que como mínimo de tiempo, hacía cuatro siglos se seguía aquella práctica en el país. Pero la Muerte colosal que ocupaba el puesto de honor era mucho más vieja que eso, y no creo equivocarme al considerarla obra de la misma mano que contorneó los «Silencioso».Estaba perfectamente conservada, y como obra de arte era admirable, tanto en la concepción como en la ejecución. Good, perito en la materia, afirmó que no encontraba el menor error anatómico en el esqueleto, ni aún en los huesos de menor tamaño.

Pienso que este terrífico objeto fue obra de la caprichosa fantasía de algún antiguo escultor y que su hallazgo sugirió a los kukuanos la idea de colocar a sus regios muertos bajo su temerosa presidencia. 0 quizá se colocó allí para asustar a los aventureros que intentaran llegar al tesoro escondido a sus espaldas. No lo sé. Todo cuanto está a mi alcance, es describirla como es, y el lector formará su propia conclusión.

¡Tal, en fin, era la Blanca Muerte y tales los muertos blancos!

XVII
EL TESORO DE SALOMON

Mientras nosotros, dominando la terrible impresión que aquel lugar nos produjo, examinábamos las maravillas que lo ocupaban, Gagaula se empleaba en distinta operación. De una u otra manera, que no le faltaba agilidad cuando quería, se había encaramado sobre la mesa y se acercó al cadáver de su amigo Twala sin duda para ver, según sugirió Good, cómo se iba «curtiendo» o con algún otro horrible designio. Después, apoyada en su bastón, retrocedió, deteniéndose aquí y allá para dirigir expresiones que no pude comprender, a cada uno de los petrificados cuerpos, exactamente con el tono que uno emplea al saludar a sus viejos amigos. Habiendo terminado esta misteriosa y horrible ceremonia, se puso en cuclillas bajo la Blanca Muerte y comenzó, por lo que nos fue dable juzgar, a ofrecerle sus oraciones. La vista de esta malvada criatura, dirigiendo sus súplicas, inícuas sin duda, al más implacable enemigo del género humano, era tan desagradable que nos obligó a precipitar y terminar nuestra inspección.

-Ahora, Gagaula- le dije en voz baja, en aquel sitio uno no se atrevía a hablar alto, - condúcenos a la cámara de las piedras.

La vieja avanzó apresuradamente a gatas por el borde de la mesa y se deslizó al suelo.

-¿Mis señores no tienen miedo ?- preguntó mirándome de soslayo.

-Camina.

-Bueno, mis señores - y sin proferir otra palabra marchó hacia la espalda de la Muerte.- Aquí está la cámara; sírvanse mis señores de encender la lámpara y entrar, y colocando la calabaza llena de aceite en el suelo se recostó contra la pared de la cueva. Saqué un fósforo de los pocos que aún nos quedaban en una caja, encendí la ruda torcida, y entonces, busqué con la vista la entrada; pero ningún paso se abría

ante nosotros, la pared aparecía completamente unida. Gagaula hizo una mueca.

-¡La entrada está ahí, mis señores!

-No chancees con nosotros- le dije desesperadamente.

-No me chanceo, mis señores. ¡ Mirad !- y nos indicó la roca.

Al hacerlo levantamos la lámpara y percibimos que una parte de la roca de la pared se separaba lentamente del suelo, desapareciendo por la parte superior en el macizo que gravitaba sobre ella, en donde indudablemente existía una cavidad para recibirla. Tenía la anchura de una buena puerta, diez pies de altura y cinco de espesor. Por lo menos pesaba de veinte a treinta toneladas, y su moción claro era que se verificaba por la aplicación de un simple principio de la balanza, probablemente el mismo que se emplea para abrir y cerrar algunas de nuestras ventanas modernas.

¿Cómo se ponía el mecanismo en movimiento ? ninguno de nosotros lo pudo averiguar; Gagaula tuvo especial cuidado en evitar que lo descubriéramos; pero tengo por seguro que había allí una sencilla palanca, que movía apretando en algún punto secreto y, aumentando el peso del oculto contrapeso, determinaba la caída de éste, y por consiguiente la suspensión de aquella enorme masa. Lenta y suavemente continuó ascendiendo aquel trozo de roca, hasta que al fin desapareció por completo, dejando un obscuro hueco en el lugar que había ocupado.

Nuestra excitación, al encontrarnos con el paso franco a la cámara del tesoro de Salomón, fue tan intensa, que por mi parte comencé a temblar. ¿Sería, después de todo, la historia de los diamantes una pura fábula, o el antiguo da Silvestre decía la verdad? y ¿estaban aún amontonadas en ese obscuro sitio aquellas incalculables riquezas, riquezas que nos convertirían en los hombres más acaudalados de la tierra? En uno o dos minutos lo íbamos a saber.

-Seguidme, hombres blancos de las estrellas -dijo Gagaula, internándose en el pasadizo y deteniéndose cerca de la entrada; - pero oíd antes a vuestra criada, a Gagaula la vieja. Las piedras relucientes,

que vais a ver, fueron extraídas del pozo a cuyo borde velan los «Silenciosos», y guardadas aquí, en otros tiempos y por otros hombres que jamás he podido conocer. Desde que aquellos, después de atesorarlas, las abandonaron en su precipitada fuga, una vez y no más, el pie humano ha hollado este lugar. La noticia del tesoro se esparció en el pueblo, y la tradición la ha traído hasta nuestros días; mas nadie supo dónde se encontraba, ni el secreto de la puerta que lo guarda. Sin embargo, un hombre blanco, cruzando las nevadas montañas, vino al país, ¡ tal vez también «de las estrellas» ! y el Rey, a la sazón nuestro señor, el que se sienta allí (señalando al quinto en la mesa de los muertos), lo recibió con hospitalidad. A poco el hombre acompañado por una mujer de nuestra raza vino a este sitio, y la mujer, por casualidad, descubrió el secreto de la puerta, secreto que vosotros no podréis encontrar aunque lo busquéis mil años: conocido el camino, ambos lo recorrieron, hallaron las piedras, y el primero llenó con ellas un saco de cuero de cabrito en el que la segunda llevaba sus provisiones. Cuando se disponía a salir de la cámara, cogió una piedra más, una muy hermosa y la retuvo en su mano.

Al llegar a este punto de su relación, Gagaula hizo una pausa, y yo arrastrado por el interés que me dominaba, lo pregunté:

-Y bien, ¿ qué aconteció entonces a da Silvestre ?

La repugnante vejancona se inmutó al oirme pronunciar este apellido.

-¿Cómo sabes tú el nombre del que murió? preguntóme vivamente; y, sin esperar contestación, prosiguió:

-Nadie puede decir lo que le pasó; el resultado fue que el hombre blanco, atemorizado, dejó caer el saco en el suelo y huyó precipitadamente, con la que tenía en su mano; el Rey después se la quitó y esa piedra es la misma que tú, Macumazahn, arrancaste de la frente de Twala.

-¿Ha entrado alguien más aquí?- pregunté asomándome al obscuro pasillo.

-No, mis señores: el secreto de la puerta ha pasado, con la mayor reserva, de rey a rey, quienes la han abierto, sin cruzar jamás sus umbrales; porque una profecía dice, que los que penetren en este lugar morirán en el plazo de una luna; como murió el hombre blanco, allá en la cueva, entre la nieve de la montaña, donde vosotros, Macumazahn, lo habéis encontrado. ¡Ah! ¡ah! mis palabras no son engañosas.

Al proferir la última exclamación, mis ojos tropezaron con los suyos y su mirada me causó escalofríos e indefinible malestar. ¿Cómo la maldita vieja había sabido lo que decía?

-Pasad, mis señores. El saco lleno de piedras, que veréis en el suelo, os dirá si miento; y si también es cierto, que el que traspasa este dintel, camina a su muerte, más tarde lo sabréis, y con tres ¡ah! ¡ah! ¡ali! de mal agüero, apoyada en su bastón y llevando la luz, desapareció en el sombrío pasillo; pero confieso ingenuamente que por una vez más vacilé en seguirla.

-¡Con mil legiones de diablos, adelante!- exclamó Good; - no crea esa bruja del infierno que logra asustarme, y seguido de Foulata, que el terror hacía temblar, entró a su vez tras Gagaula, ejemplo que seguimos sin tardanza.

A pocas varas de la entrada, Gagaula se había detenido, y al alcanzarla nos dijo levantando su lámpara:

-Según podéis ver, mis señores, los que pusieron sus tesoros aquí trataron de preservarlos contra cualquiera que descubriese el secreto de la puerta; pero parece que en su precipitada fuga les faltó tiempo para terminar la obra; y al decir esto nos indicó unos sillares que cerraban el camino, formando un muro de dos a tres pies de altura. A los lados se encontraban otros idénticos, convenientemente dispuestos para la continuación del trabajo y, lo más curioso de todo, una buena cantidad de mortero y dos llanas, que en cuanto permitió lo corto de nuestro exámen, nos parecieron de igual forma y hechura a las usadas por los albañiles de la actualidad.

En este sitio la amedrentada Foulata, cuyo temor en nada había disminuído, nos dijo que sus temblorosas piernas se negaban a soste-

nerla y por lo tanto esperaría en él nuestro regreso. En efecto, la sentamos sobre el no concluído muro, a fin de que se recobrara, y, dejando la cesta con las provisiones a su lado, unos quince pasos más nos llevaron junto a una puerta de madera, esmeradamente pintada. Estaba abierta de par en par. El último que estuvo en aquel lugar, fuera quien fuese, o no tuvo tiempo para cerrarla o se olvidó de hacerlo.

Pasado el umbral veíase por tierraa un saco de cuero, hecho con la piel de un cabrito, y, al parecer, lleno de piedras.

-¡Hi! ¡hi! hombres blancos- profirió Gagaula al iluminarlo los rayos de su lámpara.- ¿No os dije que el hombre blanco que estuvo aquí, huyó apresuradamente, tirando al suelo el saco de la mujer? Pues bien ¡vedlo ahí!

Good se inclinó al suelo y lo levantó. Era pesado, y al moverlo su contenido retiñó por largo tiempo.

-¡Cuerpo de Dios! creo que está repleto de diamantes- murmuró balbuciente; - y, en efecto, la idea de un pellejo de cabrito lleno de diamantes es suficiente para quitar el habla a cualquiera.

-Adelante- dijo sir Enrique con impaciencia. - Dame tú la lámpara, y, quitándosela a Gagaula, cruzó el umbral.

Nosotros le seguimos, abandonando el saco de diamantes y nos encontramos en la cámara del tesoro de Salomón.

En el primer momento, a la mezquina luz de la lámpara, distinguimos una habitación abierta en la roca viva, aparentemente en cuadro con diez pies por lado. En seguida percibimos, apilados hasta el techo, en magnífica colección, gran cantidad de colmillos de elefante. Imposible era calcular cuántos había, porque no sabíamos el número de rimeros ocultos detrás del primero; pero en éste se descubrían por lo menos los extremos de cuatro a cinco centenares de primera calidad. El marfil allí amontonado era suficiente para hacer la fortuna del hombre más ambicioso. Tal vez, pensé yo, este mismo depósito proveyó al sabio Rey, con el material necesario a la construción de «su gran trono de marfil,» de aquel trono que no tuvo, ni ha tenido rival en reino alguno.

A la pared opuesta estaban también en rimero una veintena de arquillas de regular tamaño pintadas de rojo.

-Ahí están los diamantes - grité, - traed la luz.

-Sir Enrique lo hizo así, acercándola a una de las superiores, cuya tapa, deteriorada por el tiempo, a pesar de lo seco de aquel lugar, estaba rota, probablemente por la mano de da Silvestre.

Introduje la mía por uno de los agujeros en ella abiertos y la retiré con un puñado, no de pedrería pero sí de monedas de oro, cortadas en forma que nunca habíamos visto y estampadas en ambas caras con caracteres al parecer hebreos.

-¡Ah!- exclamé volviendo las monedas a su sitio,- a la postre no nos iremos con las manos vacías. Cada arquilla debía contener un par de millares de piezas y sumaban hasta dieciocho. Supongo que este dinero se destinaba al pago de los trabajadores y comerciantes.

-Bien- dijo Good,- pienso que esto es cuanto hay; no veo diamantes, a menos que, el antiguo portugués los pusiese todos en ese saco.

-Busquen, mis señores, allí en donde está más obscuro, si quieren encontrar las piedras- dijo Gagaula, quien, por nuestras miradas, comprendió lo que decíamos.- Allí mis señores verán, en un rincón, tres cajas de piedra, dos selladas y una abierta.

-Antes de traducir su aserción a sir Enrique, no pude menos de preguntarla ¿cómo sabía tales cosas, si nadie, después de da Silvestre, había entrado en aquel lugar?

-¡Ah! Macumazahn, el que siempre está alerta- contestóme burlonamente, ¿vosotros los moradores de las estrellas, acaso no sabéis que hay ojos que ven a través de la roca?

-Curtis, busque en esa esquina- dije, indicándole el mismo sitio señalado por Gagaula.

-¡Hola! muchachos, di con un escondrijo. Santos Cielos ! miren aquí.

-Corrimos hacia él y nos hallamos en frente de un nicho, abierto en la pared; en su fondo, pegados a ésta, se veían tres arquillas de pie-

dra, cada una de dos pies cuadrados en la base y algo más de uno de altura. Dos estaban cubiertas con tapas de igual materia, la tercera tenía la suya a un lado.

-¡Mire!- repitió con voz enronquecida, paseando la lámpara por encima de la destapada arquilla. Clavamos en ella nuestros ojos y durante un momento, deslumbrados por los brillantes reflejos que los herían, no nos dimos cuenta de lo que veíamos. Pasada la primeraimpresión, acostumbrados a las ráfagas que en un principio nos cegaron, reconocimos que la arquilla estaba en sus tres cuartas partes cuajada de diamantes en bruto, casi todos de considerable tamaño. Me incliné y cogí algunos. Sí, no cabía duda, tenían al tacto la inequívoca suavidad del jabón.

Los dejé caer, exhalé un profundo surspiro de satisfacción y exclamé:

-¡Somos los hombres más ricos del mundo, Monte-Cristo a nuestro lado es un pobrete !

-Vamos a inundar el mercado con diamantes- añadió Good.

-Sí- observó sir Enrique,- pero ante todo es preciso llevarlos a él.

Y mirándonos con el rostro pálido, y la linterna en alto sobre la fulgente pedrería, nos detuvimos indecisos, como si fuéramos malvados a punto de cometer un crimen y no, cual pensábamos, los hombres más afortunados de la creación.

-¡Hi! ¡hi! ¡hi!- prorrumpió Gagaula, a nuestras espaldas, saltando de un lado a otro como aciago vampiro.- Ahí tenéis las piedras relucientes tan amadas por vosotros, hombres blancos, ahí tenéis tantas cuantas queráis; cogedlas, bañaos las manos en ellas, comedlas, ¡ hi ! ¡ hi ! bebedlas, ¡ ah ! ¡ ah ! Sonóme tan ridículo aquello de comer y beber diamantes, que rompí a reir ruidosamente; y a mi ejemplo, mis compañeros también, aunque sin conocer la causa. Permanecimos así, carcajada tras carcajada, en frente de aquellas piedras preciosas, ya nuestras; piedras que miles de años hacía, pacientes mineros habían extraído del gran pozo, y, atesorado allí, para nosotros, el superintendente de Salomón, cuyo nombre, no sería difícil representaran los ca-

racteres impresos en la amarillenta cera aún adherida a las tapas de las otras arquillas. Ni Salomón, ni David, ni da Silvestre, ni nadie lograron poseerlos. Nosotros los teníamos en nuestras manos. Sí, millones de pesos, en diamantes; y millares, en oro y marfil, esperando solamente a que los sacáramos de aquel lugar.

-Por fin terminó nuestro acometimiento de risa y cesaron las carcajadas.

-Abrid las otras, hombres blancos, graznó, que no dijo Gagaula, en ellas hay de seguro más. ¡ Saciad vuestro apetito, blancos señores !

Obediente a la indicación, tiré de las tapas de las restantes arquillas, después de romper, lo que me supo a sacrilegio, los sellos que las aseguraban.

¡Bravo! también llenas y hasta el tope, por lo menos la segunda; no en balde el malaventurado fidalgo henchía pellejos de cabrito con el contenido de ellas. La tercera holgaba en sus tres cuartas partes, pero en la del fondo se hacinaban piedras escogidas; la menor de veinte quilates, y algunas como huevos de paloma. Varios de estos solitarios, sin embargo tenían, según observamos, acercándolos a la luz aguas amarillas, que disminuían su mérito.

Y mientras tanto, lo que no observamos, fue la horrible mirada de odio con que nos favoreció la perversa vieja, al deslizarse, arrastrándose como un reptil, fuera de la recámara del tesoro, y pasillo que a ella conducía.

¡Escuchad! Resonando en la abovedada galería llegan a nosotros atropellados gritos de espanto que nos hielan la sangre. ¡ Es la voz de Foulata !

-*¡Oh, Bougwan ! ¡vén! ¡ayúdame! ¡la roca está bajando!*

-¡Suelta, muchacha! ¡Toma!

-*¡Socorro! ¡Socorro! ¡me ha dado una puñalada!*

Al oír los últimos alaridos, corríamos a todo escape por el pasillo y he aquí el cuadro que la luz de la lámpara iluminó. La enorme roca que cierra la entrada descendía lentamente y sólo distaba tres pies del piso. Cerca de ella luchaban Gagaula y Foulata. La sangre de ésta

bañaba su cuerpo y corría por sus piernas; pero aún la valiente joven agarraba a la bruja endemoniada que se revolvía furiosa, como un gato montés. ¡Ah! ¡al fin se liberta de las manos que la aprisionan! Foulata cae, y Gagaula, echándose al suelo, ratea hacía afuera por el decreciente espacio que deja libre la enorme y pesada piedra. Está bajo ella, avanza y... ¡Oh, Dios! ¡le falta tiempo! ¡es demasiado tarde! La descendente mole la sujeta, la oprime y ella grita desesperada, presa de terror. Y baja más y más, y sus treinta toneladas prensan y comprimen las secas carnes de la vieja contra la roca inferior. Chilla, como jamás he oído chillar; rechinan, crújenle los huesos y con un repugnante estallido, con un horroroso crach, cae la maciza compuerta y cierra herméticamente la salida, en el mismo instante en que llegábamos junto a ella.

Todo ocurrió en cuatro segundos.

Entonces acudimos a Foulata. La pobre muchacha había sido herida en el pecho y a primera vista conocí que le restaban pocos instantes de vida.

-¡Ah! ¡Bougwan, me muero!- exclamó débilmente la preciosa criatura. Ella, Gagaula, salió; yo no la sentí, estaba medio desmayada...

y la puerta empezó a bajar; entonces voIvió y miró hacia adentro... yo la vi entrar; y la cogí, no la dejé escapar y me hirió, y me muero, Bougwan.

¡Oh, Foulata! ¡Oh, Dios!- exclamó Good acongojado, estrechándola en sus Brazos y cubriéndola de besos.

-¿Bougwan- preguntó la joven después de un corto silencio,- Macumazahn está aquí? se ha puesto tan obscuro que ya no puedo ver.

-Aquí estoy, Floulata.

-Macumazahn, habla por mí, te lo ruego, porque Bougwan no puede entenderme, y quisiera, antes de callar para siempre, decirle unas palabras.

-Dilas, Foulata, que yo se las repetiré.

-Di a Bougwan, mi Señor, que... le amo, y muero dichosa, porque le amo sin esperanzas, que el sol no se aviene con la noche, ni el blancor con la negrura.

-Dile que muchas veces he sentido como si en mi pecho anidara un pajarillo, que algún día, tendiendo las alas volaría de él, para entonar sus gorjeos; aún ahora, ahora que no puedo levantar mi mano... y mi cabeza se enfría, no me parece que mi corazón va a morir; hay tanto amor en él que viviría mil años sin jamás envejecer. Díle que en la nueva existencia que me aguarda, quizá le encontraré en las estrellas, que... en todas le buscaré, aunque todavía, allá sea yo negra... y él sea blanco. Dile... no, Macumazahn, no le digas nada más sino que le amo... ¡Oh! Bougwan apriétame contra ti, no siento tus brazos... ¡ah! ¡ah!

-¡Muerta! ¡muerta! - exclamó Good sollozando, mientras las lágrimas corrían por su honrada cara,

-No sé por qué se toma la pena de entristecerse tanto, mi buen amigo- dijo sir Enrique.

-¡Eh! ¿qué quiere usted decir?

-Quiero decir que pronto estará usted en posición de reunirse con ella. ¿Hombre, no ve que estamos enterrados vivos?

Hasta que sir Enrique pronunció estas palabras, no me dí cuenta, preocupado con la agonía de la pobre Foutala, de los horrores de nuestra situación. Ahora los veía en su espantosa realidad. La pesada roca había caído, y a no dudar, para siempre; porque la única persona que conocía su secreto yacía aplastada bajo su enorme masa.

Por algunos minutos, permanecimos inmóviles y aterrorizados, junto al cadáver de Foulata. Nuestra energía parecía habernos abandonado. En el primer momento, la idea del lento y miserable fin que nos aguardaba, materialmente nos anonadó. Ahora lo comprendíamos todo; la malvada Gagaula, desde un principio, nos había preparado este lazo. Su espíritu infernal se gozaba con la asechanza que llevaba a perecer de hambre y de sed a los tres hombres blancos, a quienes odiaba mortalmente, en presencia del tesoro que ambicionaban poseer.

Ahora también comprendíamos el inhumano sentido de sus escarnios al decirnos que comiéramos y bebiéramos diamantes. Quizás alguien trató de hacer la misma jugada al antiguo fidalgo, cuando abandonó en su huída el saco de pedrería.

-El abatimiento no nos sacará del paso- dijo broncamente sir Enrique, la lámpara pronto se extinguirá y, mientras dure, veamos, si podemos dar con el resorte de la puerta.

De un brinco nos encontrábamos junto a ella y, pasando de extrema inercia a arrebatada actividad, comenzamos a tentar, chapoteando en un charco de sangre medio coagulada, arriba, abajo, a diestro y siniestro, la inmensa piedra que nos interceptaba el paso, y los muros del pasillo; sin que descubriéramos un solo punto que cediera a la presión o resalto que alentara la pesquisa.

-Es inútil - dije desanimado, - no se puede abrir desde el interior; a ser así, Gagaula no se hubiera arriesgado a intentar su escape por debajo de la piedra. ¡ Maldita sea !

-En todo caso- dijo sir Enrique, soltando una carcajada,- su castigo no se hizo esperar; su agonía ha sido tan espantosa como la que aquí nos preparó. Nada podemos hacer en este sitio, volvámonos a la recámara del tesoro.

Nos dirigimos hacia ella, y a nuestro paso, distinguí la cesta con provisiones que la pobre Foulata había traído. La recogí y llevé al mil veces maldito camarín, que iba a ser nuestro patíbulo y sepulcro. Después volvimos al pasillo, silenciosamente alzamos el cadáver de Foulata y lo condujimos al citado lugar, tendiéndolo en el suelo cerca de las arcas de monedas. En seguida nos sentamos, apoyando las espaldas en las tres cajas de piedra, depósitos de incalculables tesoros.

-Dividamos las provisiones- dijo sir Enrique, - de modo que nos dure el mayor tiempo posible.

Hecho esto, resultaron cuatro raciones homeopáticas por boca, apenas lo suficiente para sostenernos un par de días. Además de la carne seca, teníamos dos calabazas con agua, cada una de un cuartillo.

-Y ahora- continuó nuestro compañero,- comamos y bebamos.

Tomamos un pequeño pedazo de carne y un trago de agua. Escaso o ninguno, como fácilmente se comprende, era nuestro apetito; pero estábamos muy débiles y aquellos bocados nos hicieron mucho bien. Reanimados por esta parca comida, nos levantamos, examinamos minuciosamente nuestro calabozo, con la vaga esperanza de hallar una salida, y golpeamos sus paredes y piso. Nada, nada que menoscabara su macicez. Así era de esperarse en un sitio donde se amontonaban tantas riquezas.

La lámpara comenzó a vacilar. La grasa que la alimentaba casi se había consumido.

-¿Quatermain - preguntóme sir Enrique, -¿qué hora es? ¿va bien su reloj?

Lo saqué del bolsillo y lo miré. Eran las seis de la tarde.

-Infadús no nos abandonará, observé. Al ver que no regresamos esta noche vendrá a buscarnos mañana.

-Y nos buscará en vano. No conoce el secreto de la antrada, ni siquiera dónde ésta se encuentra. Ayer todo viviente lo ignoraba, excepto Gagaula. Hoy nadie lo sabe. El ejército entero de Kukuana sería impotente para romper esos cinco pies de granito. Amigos míos, no veo otro recurso que el de resignarnos con la voluntad del Todopoderoso que así lo dispuso. El correr ansiosos en pos de tesoros ha sido la perdición de muchos; nosotros aumentaremos su número.

Nuestra lámpara se extinguía; su llama oscilaba ligera en derredor del enrojecido pábilo.

De repente una viva llamarada iluminó la estancia, en todos sus detalles; los rimeros de marfil, las arcas de oro y a sus pies el cuerpo de la infelíz Foulata, el saco de diamantes, el deslumbrador centelleo de la pedrería y los pálidos rostros de tres hombres, condenados a perecer de hambre. Después volvió a abatirse y expiró.

XVIII
¡SIN ESPERANZA!

Imposible me es verter en palabras las angustias que nos atribularon durante la noche. Compasivo el sueño las mitigó a ratos, porque aún en circunstancias tan terribles como la nuestra, alma y cuerpo se rinden a las leyes de la Naturaleza. Sin embargo, no pudimos dormir por mucho tiempo. Dejando a un lado el aterrador pensamiento de nuestra inevitable y horrorosa muerte (cosa que hubiera quitado el sueño, sin desdoro de su valor, al más bravo entre los bravos, y por consiguiente a mí que nunca, he tenido, pretensiones de valiente) el silencio era demasiado profundo, demasiado sombrío para permitírnoslo. Lector, acaso, despertando a media noche, lo callado de la hora, te haya oprimido el corazón; pero afirmo sin temor que no puedes tener idea cómo pesa y cómo ahoga en realidad el absoluto silencio. Sobre la haz de la tierra no todo duerme; y aunque duerma, respira y se agita en su sueño, y ese ruido de vida por imperceptible que sea, desvanece lo abrumador del aislamiento, de la quietud absolutos. Mas allí nada vivía. Estábamos enterrados en las entrañas de un nevado picacho. Encima de nuestras cabezas, a millares, de pies, el viento arremolinaba los copos de blanca nieve, pero ni el más leve rumor alcanzaba a nuestros oídos. Separábanos un largo túnel y cinco pies de compacta roca de la tétrica morada de los muertos, y los muertos, guardan sempiterno silencio. El unísono estampido de cuanta artillería hay en la tierra y rayos guardan los cielos, no hubiera traspasado las paredes de nuestra tumba. Estábamos fuera del alcance de los ecos del mundo, estábamos como si hubiéramos ya muerto.

Además la ironía de nuestra posición me exasperaba. Allí alrededor nuestro se acumulaban tesoros sin cuento, que, harían la felicidad, no de unos aventureros, sino de un pueblo; y gustosos los hubiéramos trocado por la mínima probabilidad de salir a salvo. Pronto los cambiaríamos gustosos por un bocado de pan y un trago de

agua, y después, por el triste consuelo de terminar velozmente nuestros sufrimientos. En verdad, la riqueza, objeto de la ambición y actividad de la vida entera del hombre, a la postre es una cosa sin valor.

Y así pasamos la noche.

-Good - dijo sir Enrique al cabo de prolongado callar- ¿cuántos fósforos le quedan?

-Ocho, Curtis.

-Encienda uno y veamos qué hora es. Hízolo y la impresión de la viva llamarada casi nos cegó. Mi reloj marcaba las cinco. Los rayos del alba en este instante darían sus matices a las guirnaldas de nieve que coronaban el pico, y la brisa barrería las nocturnas brumas de sus flancos.

-Creo conveniente comamos algo para conservarnos fuertes, dije.

-¿Y con qué objeto? - replicó Good,- mientras más pronto concluyamos, tanto mejor.

-Mientras vida hay, hay esperanza- observó sir Enrique.

En efecto, consumimos nuestra segunda ración de carne y agua y volvimos a callar hasta que uno de nosotros sugirió el acercarse a la puerta y gritar a voz en cuello, por si la suerte deparaba, alguien que le oyese. Enseguida Good, que, acostumbrado al mando de las maniobras en los barcos, poseía una voz estentórea, puso en práctica la tan pobre tentativa, yendo al pasillo en donde dando desaforadas voces armó un ruido de mil demonios. Nunca oí más tremendos gritos; pero para el resultado que obtuvieron fueron lo mismo que el zumbido de las alas de un mosquito.

Al cabo de un rato dejó quieta la laringe y, abandonando la empresa, regresó a nuestro lado en busca de agua para humedecerse la garganta. Esto nos disuadió de proseguir una experiencia que conspiraba contra nuestra corta reserva de agua.

Por consiguiente, ocupamos nuestros asientos al lado de las cajas de los inútiles diamantes, sumiéndonos de nuevo en aquella espantosa inacción, uno de los más crueles tormentos que pesaban sobre nosotros; y, debo confesarlo, por mi parte, me entregué a la mayor desespe-

ración. Dejé caer la cabeza sobre el ancho hombro de sir Enrique y di rienda suelta a mi llanto; también a Good, a lo menos si el oído no me engañó, se le hacían nudos en la garganta, al lado opuesto, al par que renegaba furioso de su propia debilidad.

¡Ah, cuán bueno y bravo estuvo el gran hombre! Si hubiéramos sido dos niños asustados y él nuestra ama, no hubiese mostrado más ternura. Olvidándose de sí mismo, apuró todos los recursos para tranquilizar nuestros exasperados nervios, refiriéndonos anécdotas de hombres que en circunstancias semejantes, se habían libertado de un modo providencial; añadiendo cuando comprendió no lograba, calmarnos, que en resumen todo se reducía a anticipar un fin, el cual tarde o temprano había de llegarnos; que, pronto dejaríamos de sufrir y que la muerte, por extenuación era muy dulce (lo cual no es cierto). Finalmente, con religiosa humildad, como ya en otra ocasión le había oído expresarse, nos dijo que debíamos confiarnos a la infinita bondad del Altísimo, lo que por su parte hice con desusado fervor.

En aquel trance su alma mostró lo grande que era por lo sublime de su resignada tranquilidad y lo admirable de su fortaleza.

Transcurrió el día tan penosamente como la pasada noche (si en realidad se pueden emplear estos términos en donde reinaba perenne y completa obscuridad) y cuando quemé un fósforo para averiguar la hora, mi reloj marcaba las siete.

Por tercera vez, durante nuestro encierro, comimos y bebimos; mientras tomábamos nuestro mezquino refrigerio me asaltó una idea.

-¿Cómo es que el aire- pregunté,- se conserva puro en este sitio? Está espeso y pesado, pero es respirable.

-¡Por el Cielo- exclamó Good,- no se me había ocurrido tal cosa! Imposible es que el aire se renueve por la entrada, la roca que la cierra no deja el más insignificante intersticio. Debe entrar por otra parte. Si no existiera corriente de aire nos hubiéramos asfixiado al entrar aquí. Registremos cuidadosamente por todas partes.

Maravilloso fue el cambio que esta débil vislumbre de esperanza produjo en nosotros. Instantáneamente nos encontramos, a gatas, a

caza de la más insignificante corriente de aire. De pronto sentí una violenta conmoción. Había apoyado mi mano en algo frío. Sí, en la helada cara de la pobre Foulata.

Por una larga hora perseveramos en este reconocimiento, palpando suelo y paredes, hasta que sir Enrique y yo, desalentados, y estropeados por los innumerables golpes que recibíamos en nuestras cabezas al tropezar contra los colmillos, arcas y muros, renunciamos a proseguir las pesquisas. Pero Good no se rindió, diciendo, entre serio y jovial, que aquello era mejor que el no hacer nada.

A corto rato oimos su voz que, con cierta emoción, decía:

-Camaradas, vengan aquí.

Inútil es afirmar que echándonos a gatas fuimos hacia él con la mayor presteza.

-Quatermain, ponga su mano aquí donde está la mía. ¡ Bien! ¿ Siente usted algo?

-Paréceme que siento un ligero soplo.

-¡Ahora, escuchad!

Púsose de pie, dio unas fuertes patadas sobre el mismo punto y un rayo de esperanza precipitó los latidos de nuestros corazones. ¡ Sonaba a hueco! Con trémula mano encendí un fósforo, de los tres que me restaban, y nos hallamos en la esquina más alejada de la recámara; hecho que, explicó el no haber dado con el círculo resonante durante nuestro primero y cansado examen. A la luz del fósforo, escudriñamos aquel sitio. Una grieta curva se marcaba en el sólido piso de roca y ¡Dios de bondad! encajado dentro de ella, sin interrumpir el nivel, un anillo de granito. Ni una palabra salió de nuestros labios, la emoción nos enmudeció. Good poseía, una navaja, que a su dorso tenía un gancho para arrancar las piedras de los cascos de los caballos, y abriéndola, comenzó con éste a escarbar en derredor del anillo con el objeto de engancharlo y poderlo levantar. Al fin consiguió agarrarlo y tiró suavemente de él, temiendo se le rompiese la herramienta. La argolla empezó a ceder, lo que nunca hubiera acontecido a ser de hierro, pues el orín la habría soldado firmemente en su encaje, durante las treinta

centurias que permanecía allí. Al cabo la levantó, y asiéndola con ambas manos tiró hacia arriba con todas sus fuerzas, pero permaneció completamente inmóvil.

-Dejadme probar a mí, díjele impaciente, porque la colocación de la argolla en el mismo ángulo de la esquina nos impedía unir nuestros esfuerzos. Cogíla a mi vez y desplegué cuanta fuerza Dios me diera, pero con idéntico resultado.

Llególe el turno a sir Enrique, y lo mismo.

Entonces Good, cogiendo de nuevo el gancho, escarbó a lo largo de la grieta que daba entrada al aire.

-Ahora, Curtis- dijo,- agárrela bien y eche el resto; usted vale por dos. Espérese, y sacando un pañuelo de seda que fiel a sus pulcros hábitos, llevaba consigo, lo retorció y pasó por la argolla. ¡ Quatermain ! coja a Curtis por la cintura, y, cuando dé la voz, a tirar con todo brío, que en ello nos va la vida. ¡Ya!

Sir Enrique contrajo con terrible fuerza su vigorosa musculatura, y Good y yo pusimos en juego la que la Naturaleza nos había dado.

-¡Firme! ¡firme, que cede!- exclamó ahogadamente sir Enrique,- y oí que las coyunturas de su ancha espalda le crujían. Repentinamente escuchamos un sonido como de algo que se desgaja; seguido, una bocanada de viento, y allá fuímos los tres de espaldas al suelo con una gran losa encima de nuestros cuerpos. La fuerza de sir Enrique lo había hecho, y nunca el poder muscular asistió a un hombre en situación tan apurada.

-Encienda un fósforo, Quatermain- dijo, así que nos levantamos y cogimos aliento,- pero tenga cuidado no se apague.

Así lo hice, y a nuestros ojos apareció ¡alabado sea el Cielo!, *el primer peldaño de una escalera de piedra*.

-¿Y ahora, qué hacemos?- preguntó Good.

-Bajar la escalera y confiar en la Providencia.

-¡Aguardad! - añadió, - Quatermain coja la poco agua y carne que nos queda, puede ser que nos haga falta.

Fuíme a gatas a nuestro asiento, junto a las arquillas de diamantes, con el indicado propósito, y, al volverme, me ocurrió una idea. Durante las últimas veinticuatro horas ni siquiera nos habíamos acordado de las valiosas piedras, que mirábamos con aborrecimiento como causa de nuestra malaventura; pero pensé que nada malo hacía con meterme unas pocas en los bolsillos, por si acaso lográbamos salir de aquella horrible caverna. La consecuencia, metí la mano en la primera, y llené los bolsillos de mi vieja chaqueta de caza, rellenándolos, lo que fue una feliz ocurrencia, con un par de buenos puñados de los enormes solitarios del tercer depósito.

-Oigan, camaradas, ¿no queréis llevar algunos diamantes? Yo tengo los bolsillos casi a reventar.

-¡Al Diablo con los diamantes!- exclamó sir Enrique. - Ruego al Cielo nunca más vuelva a poner los ojos en otros.

Good no contestó. Creo que en aquel momento daba su última despedida a los restos de la joven que tan tiernamente le amara.

Y por extraño que parezca a los que tranquilos en sus hogares, piensen en los inmensos tesoros que con tanta indiferencia abandonábamos, no dudo en afirmar que ellos mismos, en iguales circunstancias, después de haber pasado veintiocho horas en aquel encierro espantoso, casi sin tener que comer ni beber; obrando de idéntica manera, no se hubieran acordado de aquellas piedras, ni con ellas se hubiesen embarazado, al arriesgarse en las entrañas de la tierra; huyendo los horrores de la muerte por hambre y sed. Si así no aconteció conmigo, débolo al hábito y no a la reflexión; que es en mi, instintivo, a causa de lo mucho que en la vida lo he practicado, nunca dejar atrás cosa alguna de valor, cuando me asiste la más remota esperanza de salir con ella a flote.

-Venga, Quatermain- dijo sir Enrique, ya de pie en el primer escalón,- agárrese bien y sígame, yo irá delante.

-Vea donde pone los pies- le advertí,- debe abrirse algún hoyo profundísimo bajo nuestras plantas.

-Lo más probable es que sea otra cueva- replicóme, mientras descendía lentamente, contando las gradas. Al decir «quince» se detuvo y exclamó:

-Aquí concluye. ¡Gracias al Cielo! Creo estamos en una galería. ¡Bajad!

Good seguía a sir Enrique, yo cerraba la marcha, y al reunírmeles, encendí uno de los dos fósforos que nos quedaban. A su luz pudimos ver nos hallábamos en un estrecho túnel que corría a derecha e izquierda de la escalera. Antes de hacer mayor reconocimiento el palillo del fósforo, me quemó los dedos y se consumió. Presentóse, entonces una delicada cuestión o sea la de discernir en qué sentido debíamos dirigirnos. Ni sabíamos lo que el túnel era, ni adonde se encaminaba y sin embargo por un lado podría llevarnos a salvo y por otro a perdición. Estábamos en extremo perplejos, cuando súbitamente. Good recordó que al arder el fósforo la flama se inclinó a la izquierda.

-Avancemos contra la corriente- dijo,- el aire circula de afuera hacia adentro, no al contrario.

Aceptamos el razonamiento y arrimándonos a las paredes, tanteando el terreno con los pies, antes de asentarlos de firme nos alejamos del maldito tesoro, en nuestra arriesgada tentativa de evasión. Si llega el día en que hombre alguno entre en aquel lugar, lo que creo jamás acontezca en él encontrará, como recuerdo de nuestra estancia allí, las arcas abiertas, la apagada lámpara y los blancos huesos de la desventurada Foulata.

Al cuarto de hora de caminar a tientas la galería cambió bruscamente de dirección, o, mejor dicho, desembocó en otra, que seguimos para al poco tiempo dar en una tercera; y así, de galería en galería, anduvimos sin detenernos por espacio de varias horas. Parecía que vagábamos por interminable laberinto. No puedo decir qué fueran aquellos túneles, pero supusimos eran las antiguas vías de una mina, cuyos ramales se abrían aquí y allá en el sentido de las vetas, única cosa que daba explicación a lo excesivo de su número.

Cansados y completamente abatidos, nos detuvimos y, sentándonos en el suelo, terminamos con nuestras últimas y bien cortas raciones de carne y agua. La esperanza nos iba abandonando y ya empezábamos a creer que huimos de la muerte en la tenebrosa recámara para agonizar en las no menos tenebrosas galerías.

Mientras dominados por tan sombría idea y enteramente desalentados, descansábamos allí, parecióme oir un débil rumor hacia el cual llamó la atención de mis compañeros. Era apenas perceptible, parecía venir de muy lejos; pero al fin era un sonido, un murmullo constante que los demás oyeron también y no tengo palabras para describir la emoción de placer que nos produjo al interrumpir el perenne y horrible silencio que hasta entonces nos había rodeado.

-¡Por el Cielo! es agua corriente, - exclamó Good- ¡Partamos!

Guiados por el oído, emprendimos de nuevo la marcha hacia el lugar de donde venía aquel vago rumor, palpando las paredes con las manos y sin olvidar ninguna de las precauciones que antes tomáramos. A medida que caminábamos, más y mas perceptible se hacía, hasta que por fin resonó con bastante fuerza en el callado recinto, y pudimos percibir claramente el correr tumultuoso de las aguas. Seguimos avanzando y ya debíamos; estar muy cerca de su curso: Good, nuestro guía entonces, juraba que sentía la humedad.

-Vaya con cuidado, Good- dijo sir Enrique, porque debemos estar en los bordes de un torrente.

Aún no había concluido de decirlo, cuando llegó a nuestros oídos el ruido de un cuerpo, al chocar con el agua y un grito de nuestro amigo.

Se acababa de precipitar en la visible corriente.

-¡Good! ¡Good!- gritábamos consternados. Felizmente nos tranquilizó contestándonos con sobresaltada voz:

-No hay novedad, he logrado aferrarme de una roca. Enciendan un fósforo para ver en dónde están.

En seguida quemé el último que nos quedaba. A su escasa claridad descubrimos una obscura masa de agua, que corría precipitada-

mente a nuestros pies. No pudimos percibir la anchura de aquel río subterráneo; pero sí el bulto de nuestro amigo, asido a una roca que se levantaba sobre el nivel de su impetuosa corriente.

-Estad prestos a darme una mano - gritó Good- Voy a nadar hacia ustedes.

Acto continuo se echó al agua, nadó vigorosamente; y no había transcurrido un minuto cuando se cogía de una de las extendidas manos de sir Enrique y con nuestro auxilio ponía los pies en seco.

-¡Por mi nombre!- exclamó entre resuello y resuello, eso fue caer y largarse a toda prisa.- Si no me sujeto a la roca, si río sé nadar, aquí hecho ancla para siempre. Corre como un vendaval y no puedo tocar fondo.

Claro era que por allí se nos cerraba el camino; así es que después de beber a nuestro gusto de las frescas, y dulces aguas de aquel río subterráneo, y de lavarnos manos y caras que bien lo necesitaban, abandonamos las orillas de aquel Leteo africano, contramarchando por el camino que a él nos condujera. Al cabo de algún tiempo, llegábamos a la boca de un ramal que se dirigía a nuestra derecha.

- Ninguna razón tenemos para preferir uno al otro- dijo sir Enrique, desalentado,- todos los caminos aquí son idénticos, sigamos por éste hasta que no podamos más.

Con lento y vacilante paso, y por largo tiempo, avanzamos completamente cansados por el nuevo túnel; ahora sir Enrique iba a la caza.

De repente se detuvo y tropezamos con él.

-¡Mirad!- apenas murmuró,- ¿es aquello luz o comienzo a desvariar?- Miramos con la mayor atención y sí, allá lejos, descubríase una tenue claridad. Sólo ojos que como los nuestros hubieran estado dos días en las más profundas tinieblas, habrían podido percibir aquel vago rastro de luz.

Se nos escapó una exclamación de alegría y marchamos hacia ella con cuanta velocidad permitían nuestros maltratados miembros. A los cinco minutos, no, no teníamos duda; habíamos dado con una es-

pecie de respiradero. Un minuto después el soplo del aire, del aire libre, acarició nuestros rostros. Apresuramos el paso aún más. De pronto el túnel comenzó a estrecharse. Sir Enrique tuvo que arrastrarse de rodillas, a nuestro turno nosotros; y todavía siguió disminuyendo hasta reducirse a las dimensiones de la cueva de una zorra de buen tamaño, pero era ya tierra, ¡ tierra! la roca había terminado.

Primero a gatas luego a rastras, como culebras, ensanchando el paso con manos y uñas, y forzando el cuerpo con el empuje de sus vigorosas piernas, salió sir Enrique; tras sus talones, Good, y juntos con los de éste, yo, encontrándonos bajo el hermoso cielo con sus brillantes estrellas, y aspirando con delicia el aire, el aire embriagador de la montaña; pero nos embargaba aún la primera emoción, cuando el terreno cedió a nuestro peso y allá fuímos rodando los tres por encima de hierbas, arbustos y blanda, y húmeda tierra.

Maquinalmente me así de unas plantas y detuve mi caída. Sentéme y llamé a gritos a mis compañeros. A mis voces contestó en seguida sir Enrique, cuyo rápido descenso había interrumpido una pequeña eminencia, exactamente cuesta abajo del lugar en que me hallaba. Bajé a unírmele y le encontró sin daño alguno; pero muy agitado. Entonces ambos nos dedicamos a buscar a Good, a quien descubrimos no lejos de allí, enredado en unas grandes raíces. Estaba aturdido por algún golpe en la cabeza; pero no tardó en reponerse.

Nos sentamos sobre la hierba y creo que en nuestra alegría, hasta gritamos como unos locos. Por fin habíamos escapado de aquel espantoso encierro, que nos estaba destinado para sepulcro. No cabía duda, la divina Providencia nos guió a la cueva de chacal (que así lo parecía) en donde terminaba el último ramal que recorrimos. A poco el alba, cuyos suaves rayos no esperábamos tornar a ver pintaba con rosada tinta las cumbres de los altivos picachos.

La luz acreció y percibimos que hablamos ido a parar al fondo, o para mayor verdad, cerca del fondo de la inmensa excavación, abierta a la entrada de la cueva, desde donde distinguimos las obscuras formas de los tres colosos que sus bordes sustentaban. No cabía duda,

aquellas obscuras galerías, en que erramos la noche entera habían estado primitivamente relacionadas con la gran mina de diamantes. En cuanto al río subterráneo que se precipitaba por las entrañas de la tierra, Dios y sólo Dios sabe lo que era, de dónde nacía y en dónde terminaba. Por mi parte ningún deseo tenía de averiguar su curso.

Entretanto, aumentando la claridad, pudimos vernos mutuamente y nunca, antes ni después, he presenciado espectáculo como el que presentábamos. Las mejillas, pálidas y enflaquecidas; lo ojos, ojerosos y hundidos; cubiertos de polvo y lodo, llenos de arañazos, ensangrentados y con el espanto de la horrible muerte, que por tanto tiempo nos había amenazado, aún marcado en nuestros semblantes, ofrecíanos un aspecto capáz de hacer retroceder a la misma luz del día.

Y, sin embargo (por asombroso que aparezca, es un hecho real y positivo), el lente de Good permanecía perfectamente acomodado delante de su ojo derecho. Ni las lágrimas vertidas sobre el cadáver de Foulata, ni las que le arrancara la desesperación, ni los tropezones en las tinieblas, ni la zambullida, ni el despeñamiento y consiguiente achocadura fueron suficientes a separará Good de su vidrio.

Recuperados un poco, nos levantamos temiendo que, si continuábamos sentados se nos entumecieran las piernas, y comenzamos a escalar penosamente las inclinadas paredes del enorme pozo. Por una hora, agarrándonos de los arbustos, haciendo hincapié en cuanta aspereza o raíz encontrábamos en nuestro camino, que por fortuna abundaba en esta clase de asideros y apoyos, fuimos elevándonos hacia el borde.

Al fin pusimos los pies sobre él y nos hallamos en el gran camino, en el lado diametralmente opuesto a los «Silenciosos»A la orilla del camino y a tinas cien varas de nosotros, ardía una gran hoguera delante de un grupo de chozas, y a su rededor se veían varias personas. Nos encaminamos hacia ellas, sosteniéndonos unos a otros y parándonos cada seis o siete pasos, obligados por el cansancio.

Estábamos ya cerca, cuando uno de los que rodeaban el fuego se puso de pie, nos vio, y volvió a echarse al suelo dando gritos de pavor.

-¡Infadús, Infadús! somos nosotros, tus amigos.

Levantóse, y corrió hacia nosotros, mirándonos con ojos espantados, y sin tenerlas todas consigo a juzgar por lo trémulo de sus carnes.

-¡Oh, mis señores, mis señores, sois realmente vosotros, que volvéis del mundo de los muertos!... ¡del mundo de los muertos!

Y el viejo guerrero, echándose a nuestras plantas, estrechó entre sus brazos las rodillas de sir Enrique, llorando de alegría.

XIX
LA DESPEDIDA DE IGNOSI

Diez días después de aquella mañana tan rica de emociones, nos encontrábamos otra vez en nuestro antiguo alojamiento, en la ciudad de Loo; y aunque suene a exageración, sin otros rastros de mi nuestras terribles sensaciones que lo cano de mi cabello, tres veces, más blanco a la salida que a la entrada de la cueva, y cierta tristeza en la honrada cara de Good, quien, al parecer muy impresionado por la muerte de Foulata, no volvió a ser el jovial camarada de antes. Y aquí, en obsequio a la verdad, debo confesar mirando los hechos con toda la experiencia de mis años, que su muerte, fue un infortunio feliz, pues a no ocurrir, sabe Dios las complicaciones que se hubieran presentado. La desgraciada criatura no era una nativa vulgar; al contrario, su belleza era admirable y no menos admirables las galas de su ingenio. Pero ni una ni otras podían justificar, y menos hacer deseable, un enredo entre, ella y Good; porque según dijo la pobre en sus últimos momentos, «el» sol no se, aviene con la noche ni el blancor con la negrura.»No creo necesario advertir que no volvimos a penetrar en la recámara del tesoro de Salomón. Recuperadas nuestras fuerzas, lo que exigió cuarenta y ocho horas de continuado descanso, descendimos al gran pozo con la esperanza de descubrir el agujero por el cual salimos de las entrañas de la tierra, pero nuestra diligencia no tuvo éxito. En primer lugar unos fuertes, aguaceros habían borrado completamente la pista que nuestro paso dejara y para mayor confusión, las paredes de la inmensa concavidad estaban materialmente hechas unas cribas por las garras y dientes de los osos hormigueros y otros animales que en ellas se abrían sus refugios. Imposible era discernir a cuál de ellos debíamos nuestra salvación. También la víspera de nuestro regreso a Loo, hicimos un examen minucioso de la cueva de las estalactitas, o incitados por invencible curiosidad cruzamos el dintel de la Morada de la Muerte; una vez allí, pasamos bajo la lanza del gigantesco es-

queleto, y contemplamos, con sensaciones que no son fáciles de trasladar al lenguaje, la masa de roca que nos había separado del mundo de los vivos; pensando al mismo tiempo en los tesoros sin cuento que defendía, en la misteriosa y horrible vieja sobre cuyos aplastados, miembros descansaba, y en la graciosa doncella, a cuyo sepulcro servía de muda lápida. Y digo contemplamos la «roca» porque. por más que buscamos, no nos fue posible, distinguir las junturas de la puerta, y mucho menos, no obstante una hora de cuidadosa pesquisa, el dar con el secreto para siempre perdido, que la ponía en movimiento. En verdad aquel maravilloso mecanismo, por, su consistencia o inexcrutable sencillez, era un precioso ejemplar de la edad que lo produjo y dudo haya en el mundo otro igual.

Por fin, defraudadas nuestras tentativas, abandonamos contrariados tal empeño, aunque dudo que, si la puerta de repente nos hubiera franqueado el camino, nos asistiera suficiente valor para pasar sobre los aplastados restos de Gagaula y entrar de nuevo en la recámara del tesoro, así nos esperaran cuantos diamantes encierra el universo. Y, por otro lado, bien podía haberme desesperado a la idea de abandonar toda aquella fortuna, la mayor que en la historia del mundo se ha acumulado en un lugar, porque nada, absolutamente nada hubiera remediado. La dinamita era lo único capaz de forzar aquella barrera de compacta roca, y ésta no estaba a nuestro alcance. Tal vez, en algún lejano siglo un explorador más afortunado, descubra su ‘Abrete Sésamo” e inunde el mundo con diamantes; pero, yo lo dudo. No se por qué, mas, algo me dice que las valiosas piedras hacinadas en las tres arquillas, jamás brillarán al derredor del cuello de una beldad terrenal. Los huesos de Foulata y ellas seguirán allí tranquilos hasta el fin de los siglos.

Algo mohinos por nuestro chasco, regresamos a las chozas, y al siguiente día emprendimos la vuelta a Loo. Y en el fondo, era una verdadera ingratitud contra la suerte el andar mohino; porque, como el lector recordará, yo tuve la feliz precaución de atestarme los bolsillos de mi chaqueta de caza con los apetecidos diamantes, en el mo-

mento mismo de abandonar nuestra prisión. Algunos se me escurrieron mientras rodó por la escarpada del gran pozo y desgraciadamente de los mayores, que fue los que puse encima de todos; pero, relativamente hablando, salvé una enorme cantidad, en la cual se encontraban dieciocho hermosos solitarios, que contaban de treinta a cien quilates. Así, pues, mi vieja prenda aún valía un caudal, que si no alcanzaba a convertirnos en millonarios, por lo menos sí, en hombres ricos : pudiendo además conservar las Piedras necesarias para engalanarnos con los tres mejores juegos de botones que hubiera en Europa.

A nuestra llegada a Loo, fuimos cordialmente recibidos por Ignosi, a quien encontramos muy ocupado en consolidar su reciente poder y en reorganizar los regimientos que habían salido en cuadro de la obstinada y mortífera contienda, que lo elevara al trono.

Escuchó con marcadísimo interés la relación de los maravillosos sucesos que nos acontecieron, y cuando llegamos al episodio del espantoso fin de, Gagaula, se quedó muy pensativo.

-Ven aquí- dijo en alta voz, dirigiéndose a un anciano induna (consejero), que con otros se sentaba en torno del Rey, pero fuera del alcance de nuestras palabras. El viejo dejó su puesto, se acercó y después de saludar respetuosamente, tomó asiento.

-Tú tienes muchos años- díjole Ignosi.

-Sí, mi Rey y señor.

-Díme: ¿cuando eras muchacho, conocíste a Gagaula, la doctora de las brujas ? Sí, mi Rey y señor.

-¿Y cómo era ella entonces; joven como tú?

-¡No, mi Rey y señor! Entonces, como ahora, era vieja, arrugada, seca, muy fea y perversa.

-Ya no lo es; ha muerto.

-¡Oh, Rey! entonces la tierra se ha librado de una calamidad.

-¡Véte!

-¡Kum! Voyme, negro cachorro, el que despedazó la garganta al viejo perro, ¡kum!

-¿Lo habéis oído, hermanos míos? Esa mujer era una criatura extraña, y me regocijo de que haya muerto. Ella os hubiera dejado perecer en la negra prisión y quizá hubiese encontrado medio de asesinarme como lo halló para hacer matar a mi padre y colocar sobre su trono a Twala, al amado de su corazón. Ahora, continuad vuestra historia; ¡seguramente no hay otra que la iguale!

Terminada la narración de nuestro arriesgado escape, aprovechó la oportunidad, según teníamos acordado, para hablarle de nuestra partida de la tierra de Kukuana.

-Y ya es, hora, Ignosi, de que te demos, nuestro ¡adiós! y caminemos en busca de nuestra propia patria. ¡He aquí que tú viniste, acompañándonos como sirviente, y te dejamos Rey poderoso! Si nos estás agradecido, nunca olvides lo que nos prometiste: gobernar con justicia, respetarlas leyes y no condenar a muerte sin causa que lo exija. Así prosperaras, y serás amado y bendecido por tu pueblo. ¿ Mañana al romper el día nos darás, Ignosi, una escolta que nos acompañe y conduzca al otro lado de la montaña? ¿No lo harás, así? ¡Olí, Rey!

Ignosi se cubrió el rostro con ambas manos y permaneció silencioso por un rato, antes de contestarnos.

-Me duele el corazón- dijo al fin,- tus palabras lo han atravesado como si fueran afilado cuchillo. ¿Incubu, Macumazahn y Bougwan, qué mal os he hecho para que, queráis apartaros de mi, dejándome desolado? ¿Vosotros que estuvisteis junto a mí en la rebelión y en el combate, me abandonáis en el día de paz y de victoria? ¿Qué queréis; esposas? ¡Elegídlas entre las más bellas de mi pueblo entere! ¿Un lugar donde vivir? Vuestra es cuanta tierra abarcáis con la mirada. ¿Casas como la de los hombres blancos? Enseñad a mi pueblo cómo se construyen y él os las construirá. ¿Ganado que os dé carne y leche? Cada hombre casado os traerá un buey o una vaca. ¿ Fieras que cazar? ¿Acaso el elefante no vaga por mis bosques y el caballo de los ríos (el hipopótamo) no duerme en los juncares? ¿Queréis combatir? Mis im-

pis (regimientos) esperan vuestro mandato. Si todavía hay algo que os pueda dar, decídmelo y lo tendréis.

-No, Ignosi- le contesté,- no ambicionamos nada de esto; queremos regresará nuestros hogares.

-Ahora comprendo- replicó amargamente y con los ojos chispeantes,- os llevan esas piedras relucientes que amáis más que a mí, vuestro amigo! Ya las tenéis; ahora queréis iros a Natal, cruzar las inquietar, aguas y venderlas para enriqueceros ¡único anhelo del corazón blanco! ¡Malditas sean esas piedras y maldito el que las busque! Muera el que por ellas atraído, ponga sus pies en la Morada de la Muerte! Nada tengo ya que deciros, hombres blancos; podéis partir.

Puse, mi mano sobre su brazo y le dije:

-Ignosi, contéstame: cuando vagabas por los del Zulú, y entre los hombres blancos de Natal, ¿tu corazón no te arrastraba hacia la tierra de que tu madre te hablara, en donde viste la luz del día y jugabas cuando pequeñuelo, la tierra en donde estaba tu hogar?

-Sí, Macumazahn, así era.

-Pues de igual manera, nuestro corazón nos arrastra a nuestra tierra, al lugar donde nacimos.

-Sucedió un momento de silencio: cuando Ignosi lo rompió, su tono era bien distinto.

-Bien veo que tus palabras, Macumazahn, el que ahora como siempre, son sabias y justas: el que hiende los aires no desea arrastrarse por el suelo; el blanco no quiere vivir al nivel del negro. Sea así: os iréis; mi corazón os llorará por muertos, que en realidad morís para mí, porque jamás nuevas de vosotros llegarán a mis oídos.

Pero oidrne y llevad a todos los blancos mis palabras. Ningún otro hombre (te vuestro color atravesará las montañas, si es que no pierde la vida antes de que las logre pisar. No quiero ver un solo traficante, con sus fusiles y su ron. Mi pueblo combatirá con sus lanzas y beberá agua, como sus padres y los padres de sus padres. No consentiré que persona alguna, ocultando mundanas miras con palabras de cielo, venga aquí a enseñarle: la servidumbre para con ellos, y la re-

belión para con el Rey, preparando el terreno a los ambiciosos blancos de quienes son los precursores. 7 Si un hombre de vuestra raza llama a mis puertas, lo haré desandar su camino; sí vienen ciento los rechazará; si llega un ejército lo combatiré con todas mis fuerzas y no prevalecerá contra mí. Nadie venga en busca de las piedras relucientes; no, ni aún con un ejército, porque si así fuera, mandaría un regimiento para que cegase el gran pozo, derribase las columnas de la cueva y rellenase ésta con roca, de modo que nadie pueda siquiera llegar a la puerta de que me habéis hablado, cuyo secreto se ha perdido para siempre.

Pero para vosotros tres, Incubu, Macumazahn y Bougwan, el camino jamás se cerrará; porque, sabedlo, os amo más que a todo cuanto respiro. ¡Sin embargo, me dejáis!

Infadús, mí tío y mi induna os acompañará con un regimiento. Hay, según he sabido, otro camino que cruza las montañas, él os lo mostrará. ¡Adiós, hermanos míos, valientes blancos! ¡ No me veáis mas porque mi corazón no lo resiste ! Atended; mandaré y mi mandato se hará público de montaña a montaña, que vuestros nombres, Incubu, Macumazahn y Bougwan, sean corno los nombres de los Reyes muertos, y el que los pronuncié morirá. [8] Así nuestra memoria vivirá eternamente en nuestra tierra.

Idos ahora, antes que mis ojos se deshagan en llanto corno los de una mujer. Allá, cuando volviendo la vista atrás, miréis a la senda por donde habéis marchado, o cuando, ya viejos, os reunáis y acurruquéis delante del fuego, porque el sol no calienta vuestra sangre; recordaréis cómo, hombre contra hombre, peleamos en aquella gran batalla, que,

---

[7] Ignosi hace con estas palabras, alusión a los misioneros ingleses, que tan celoso de su pueblo como de su fe, tratan de engrandecer los dos a la vez.

[8] Esta costumbre, extraordinaria y negativa, para mostrar el más intenso respeto es muy común en los pueblos africanos y el resultado es que si, como suele ocurrir, el nombre tiene un significado, éste se expresa con otras palabras o idioma. De esta manera el nombre pasa de generación a generación, hasta que al fin, el antiguo queda completamente sustituido por el nuevo.

debo a tus sabias palabras Macumazahn; cómo marchabas a la cabeza de aquella ala que hirió de muerte a Twala por el flanco, Bougwan; mientras tú, Incubu, en el centro de los Grises, te abalanzabas sobre los enemigos, que caían bajo tu hacha como las mieses al golpe de la hoz; si, y cómo domaste la fiereza del salvaje toro (Twala), y abatiste su orgullo. ¡Adiós, para siempre, Incubu, Macumazalm y Bougwan, mis señores y mis amigos!

Se puso de pie, nos miró fijamente con elocuente angustia por algunos segundos, y en seguida se echó sobre la cabeza una punta de su zamarra para ocultarse el rostro.

Entonces nos alejamos cabizbajos y silenciosos.

A la siguiente mañana, y con los rayos del alba, salimos de Loo, en compañía de nuestro viejo amigo Infadús, quien estaba desconsolado por nuestra partida, y del regimiento de los, Búfalos, que nos servía de escolta. No obstante lo temprano de la hora, la avenida principal de la población, de un extremo a otro y por ambos lados, estaba materialmente cuajada de un gentío, que, nos honró con el saludo real a medida que desfilábamos a la cabeza del regimiento, mientras las mujeres, colmándonos con sus bendiciones por haber librado su tierra del tirano y cruel Twala, cubrían con espesa alfombra de flores el camino que seguíamos. En realidad el espectáculo fue conmovedor y muy distinto de lo que uno está acostumbrado a ver entre los nativos.

Un incidente muy jocoso, sin embargo, vino a turbar la seriedad del momento y, lo que, mucho celebré, a provocar nuestra dormida risa.

Ya, a la salida de la población, una agraciada joven, se nos acercó presurosa con un precioso ramo de fragantes azucenas, que presentó a Good (en general todas se aficionaban a nuestro amigo, a mi parecer, atraídas por su lente y solitaria patilla, que le daban simulada belleza) diciéndole, quería pedirle una merced.

-Habla.

-¡Mi señor, te suplico muestres, a tu criada tus hermosas piernas blancas para que las pueda contemplar, recordarlas los días de su vida

y hablar de ellas a sus hijos; tu criada ha caminado sin sosegar cuatro soles para verlas, porque la fama de ellas está en todas las bocas, de, un lado al otro de nuestra tierra.

-¡Que me cuelguen si hago tal ! - exclamó Good, impaciente.

-¡Vamos, vamos! mi querido amigo- dijo sir Enrique,- usted no debe resistirse a los ruegos de una señorita.

-No y mil veces no- replicó con obstinación, - eso, nada tiene de decente.

Sin embargo, al fin hubo de ceder y se me arremangó los pantalones, hasta las rodillas, en medio de las entusiastas aclamaciones de la multitud de mujeres que nos, rodeaba y especialmente de la complacida joven, viéndose obligado a seguir en tal guisa, hasta llegar a las afueras de la población.

No creo que las piernas de Good vuelvan a producir semejante admiración. Sus maravillosos dientes y aún su «trasparente ojo» llegaron en cierto modo a vulgarizarse; pero sus piernas, jamás.

Durante la jornada, Infadús nos dijo que había otro paso en las montañas, al Norte del gran camino de Salomón; o, mejor dicho, que había un lugar por donde se podía atravesar la escarpada y altísima muralla, que se alzaba entre el desierto y Kukuana. Según parece, dos años antes, varios cazadores kukuanos habían descendido por este sitio al seco arenal en busca de avestruces, cuyas plumas eran muy estimadas para sus penachos de guerra; y en la cacería, alejándose de la cordillera, se encontraron muy apurados por la sed. En tales circunstancias, descubrieron una arboleda en el horizonte, caminaron hacia ella y llegaron a un fértil oasis de buena extensión y abundantemente regado. Por esta parte nos aconsejó Infadús, efectuáramos nuestro regreso, y la idea nos pareció excelente, tanto porque evitábamos los rigores del frío, en la helada garganta del Sheba, cuanto no nos exponíamos a los tormentos de la sed, habiendo, según afirmaban,

algunos de aquellos cazadores, que como guías nos acompañaban, con otros oasis, en el interior del desierto; pero visibles desde el primero.[9]

Viajando descansadamente, al anochecer del cuarto día nos hallamos por segunda vez en la cumbre de las montañas, límite de Kukuana, unas veinticinco millas al Norte del Sheba, y nuestros ojos descubrieron la arenosa superficie del dilatado desierto.

Al amanecer del día siguiente nos guiaron al arranque de un precipitoso descenso, por el cual debíamos bajar dos mil y más pies para ganar la estéril llanura.

Allí nos despedimos de aquel leal amigo, del viejo y esforzado guerrero, de Infadús, quien con aguados, ojos y conmovido acento nos, deseó todo género de bienandanzas.

-Nunca, mis señores, tomaré a ver otros semejantes a vosotros. ¡Ah! Incubu, ¡qué manera de batallar! ¡cómo en la pelea tendía a los hombres a sus pies! ¡Ah, qué tajo, qué tajo formidable aquel con que hiciste rodar por el polvo, la cabeza de mi hermano Twala! ¡Fue hermoso... admirable! No espero ver otra igual, excepto, tal vez, en mis felices sueños.

Nos entristeció mucho separarnos de él; Good lo sintió tanto que le dio como recuerdo ¿ qué piensan ustedes? pues nada menos que un lente; uno que llevaba, reservadamente de repuesto. Este presente encantó a Infadús, no desconociendo lo mucho que acrecentaría su prestigio la posesión de aquella prenda, la que después de varias infructuosas tentativas, logró tener delante de su ojo derecho. Y por

---

[9] A menudo nos confundía el hecho de que la madre de Ignosi, llevando un niño en los brazos, lograra sobrevivir a 1os peligros de un viaje a través de las montañas y del desierto, que tan cerca estuvieron de concluir con nosotros. A mí se me figura, y lo digo al lector por si sigue mi parecer, que ella debió elejir esta ruta y andar errante como Agar por las tostadas arenas. Si así lo hizo, nada inexplicable hay en su historia, puesto que, bien pudo ser recojida, conforme a la relación do Ignosi, por algunos cazadores de avestruces, antes que ella y su hijo estuviesen extenuados por falta de alimentos, y guiada por jornadas a la tierra fértil, desde donde, poco a poco alcanzarla el país de los zulúes- A. Q.

cierto que no he visto cosa más rara que el aspecto del viejo general con el citado vidrio. Palpable es, que, lentes no hacen juego con zamarra de piel de leopardo y penachos de plumas de avestruz.

Entonces, habiéndonos asegurado de que nuestros guías, llevaban abundante prevención de víveres y agua, aturdidos por el atronador saludo de despedida que nos dieron los Búfalos, apretamos con efusión la mano del viejo veterano y comenzamos nuestro peligroso descenso. Ardua cosa fijó aquella marcha cuesta abajo, pero al fin y sin accidente alguno, a la puesta del sol nos deteníamos en la planicie.

-Saben ustedes- dijo sir Enrique aquella noche, mientras sentados alrededor de una hoguera, mirábamos la unida cresta que corría por encima de nuestras cabezas, - saben ustedes, que hay en el mundo parajes peores que Kukuana, y que he pasado temporadas más infelices que, la de estos dos últimos meses, aunque jamás me han ocurrido sucesos tan singulares.

-¡Ojalá pudiera volver a lo pasado! - dijo Good exhalando un suspiro.

Por mi parte reflexionó que todo es bueno cuando termina, bien; pero que nunca, en una larga vida de apuros, había pasado por otros como los que recientemente experimentaba. ¡ El recuerdo de la batalla todavía me helaba la sangre, y en cuanto a nuestros sufrimientos en la recámara del tesoro!...

A la siguiente mañana, emprendimos una fatigosa marcha, por el desierto, llevándonos los cinco guías una buena cantidad de agua, y acampamos por la noche al raso, prosiguiendo el viaje con el alba del consecutivo día.

A mitad del tercero de nuestra jornada, descubrirnos los árboles del oasis de que los guías. hablaban, y una hora antes de la puesta del sol, caminábamos otra vez por encima de las hierbas y oíamos el suave rumor de un arroyuelo.

XX
¡EN EL OASIS!

Y ahora quizá llegamos a la más extraña de todas nuestras aventuras y a la que mejor demuestra cuán maravillosamente se enlazan los sucesos.

Caminaba tranquilo, algunos pasos delante de mis dos compañeros, siguiendo la orilla de la corriente, que salía del oasis para perderse a poco, absorbida por las secas y ardorosas arenas, cuando de improviso, quedéme corno clavado en el suelo y me froté los ojos, dudando de lo que veía. A unas veinte varas a mi frente, en un lugar encantador, protegida por las ramas de una especie de hoguera y cerca del arroyuelo, se alzaba una reducida choza, construida al estilo de la de los kafires, con hierbas y mimbres, pero que en vez de una entrada de colmena, tenía una puerta de racional tamaño.

¿Qué significa esto? - me preguntó, - ¿ qué diantre hace esa, choza aquí? No acababa de formularme estas preguntas, cuando, abriéndose la puerta, dio paso a un hombre blanco, vestido de pieles y con una desmesurada barba negra. No cabía duda, el sol me había trastornado el cerebro. Aquello vio podía ser sitio tina alucinación. Ningún cazador se arriesgaba a venir a estos lugares y, mucho menos a establecerse, en ellos. Yo le miraba asombrado, de igual manera él a mí, y así estuvimos hasta que llegaron sir Enrique y Good.

-Decidme ¿es aquel hombre un blanco o estoy viendo visiones?

Sir Enrique y Good volvieron las caras en la dirección que les indicaba y antes, que tuvieran tiempo, para despegar los labios, el hombre de la negra barba lanzó un grito y vino cojeando apresuradamente hacia nosotros. Cuando estuvo cerca, cayó al suelo con un vértigo.

De un salto sir Enrique se puso junto a él.

-¡Gran Dios! - exclamó, - ¡es mi hermano Jorge! A las voces, otro, individuo también cubierto con píeles, salió de la choza, y cara-

bina en mano vino corriendo a nuestro encuentro. Al verme, dejó escapar una ruidosa exclamación.

-¡Macumazahn! ¿no me conoce, señor? Soy Jim, el cazador. Se me perdió el papel que me dio para mi señor, y hace cerca de dos años que estamos aquí! Y el infeliz se echó a mis pies revolcándose sobre la hierba y llorando de alegría.

-¡Ah, descuidado bribón! Bien mereces que te caliente las costillas.

Entretanto el hombre de la barba negra, había vuelto en sí y ya de pie, se abrazaban él y sir Enrique con extremos de cariño, pero sin pronunciar una palabra. Cualquiera que hubiese sido la causa de su mutuo disgusto (sospecho era una dama, aunque nunca se lo pregunté) evidentemente estaba todo olvidado.

-Mi querido hermano- exclamó al fin sir Enrique,- ya te creía muerto. He cruzado la montaña de Salomón en busca tuya, y ahora, cuando menos lo esperaba, te encuentro, semejante a un viejo Aasvögel (buitre) escondido en el desierto.

-Hace dos años yo traté de atravesarlas- contestó con la voz vacilante del hombre que por largo tiempo no ha tenido oportunidad de hablar su idioma; pero al llegar aquí, tina pesada piedra se me desplomó sobre esta pierna y me dejó imposibilitado para seguir adelante o retroceder.

En este momento Good y yo nos aproximamos a ellos, y le saludé.

-¿Cómo está usted, señor Neville? ¿ya no me recuerda usted?

-¡Vaya! ¿no es usted Quatermain? ¡Hola, y Good también! Sostenedme un momento, amigos, me acomete otro vahído... ¡La sorpresa es tan grande! ¡después de haber perdido toda esperanza, ser tan feliz!

Aquella tarde, tranquilamente acomodados en torno de una pequeña fogata, Jorge Curtis nos refirió su historia, que, aunque por otro estilo, contaba no menos accidentes que la nuestra, y, en breves palabras, héla aquí. Hacía poco menos de dos años, salió del kraal de Sitanda con objeto de llegar a la cordillera. Respecto a la nota que. le

envié con Jim, ya hemos visto que éste la había perdido, y por primera vez Jorge Curtís tuvo conocimiento de tal cosa. Pero de acuerdo con los informes que de los nativos pudo adquirir, se encaminó, no a las cumbres del Sheba y sí, al estrecho y pendiente pasaje por donde precisamente acabábamos de bajar, el que era sin la menor duda, mejor derrotero, que el señalado en el plano del antiguo fidalgo don José, da Silvestre, Grandes y muchas penalidades sufrieron en el desierto, mas, al cabo alcanzaron aquel oasis, donde una terrible desgracia ocurrió al hermano de sir Enrique. El mismo día de su llegada a dicho sitio, se sentó a orillas del arroyo, mientras, Jim cogía la miel de una colmena de abejas sin aguijón, bastante comunes en el desierto, situada precisamente a su espalda y sobre su cabeza, en el borde del escarpado a cuyo pie descansaba. Parece que el criado en su ocupación, desprendió una enorme piedra, que cayéndole a plomo sobre la pierna derecha le destrozó el hueso. Desde aquel instante Jorge Curtis quedó tan lisiado que le fue imposible avanzar o retroceder, prefiriendo morir en aquel lugar a perecer en el desierto.

En cuanto a alimentos no les había ido mal, porque no carecían de municiones y el oasis atraía, especialmente de noche, muchísima caza, la que mataban a balazos, o cogían en trampas, proveyéndose así de carne, y de trajes, cuando el uso concluyó con sus ropas.

-Como; ustedes ven- terminó,- hemos vivido casi dos años, a lo Robinsón Crusoé, acariciando la esperanza de que algunos nativos vinieran aquí y nos ayudasen a salir del desierto; pero nadie ha parecido por estas soledades. Justamente, anoche decidimos que Jim me dejase y tratara de llegar al kraal de Sitanda en busca de auxilio. Debía partir mañana y poca o ninguna esperanza tenía de volverle a ver. Y ahora tú, a quien imaginaba olvidado ha largo tiempo de mí, tranquilo y feliz en la vieja Inglaterra, después de lanzarte, tras mis huellas vienes a encontrarme cuando menos lo esperabas. Es el suceso mas maravilloso que, puede ocurrir y a la par también el más afortunado.

Entonces sir Enrique le contó las más sorprendentes de nuestras aventuras y, estaba bien adelantada la noche, cuando dio punto a su relación.

-¡Cáspita!- exclamó al mostrarle los diamantes,- al menos, algo os indemniza de vuestros trabajos, a más del hallazgo de mi inútil persona.

Sir Enrique se echó a reír, diciendo:

-Pertenecen a Quatermain y a Good. Fue cosa convenida, se dividieran por partes iguales los valores que pudiéramos adquirir.

Esta observación me sugirió un pensamiento. Después de comunicarlo a Good, quien lo aprobó, llamó a sir Enrique a un lado y se lo manifesté, diciéndole era nuestro unánime deseo, tomase él y que si rehusaba, apropiársela, se le entregaría a su hermano, que había sufrido aún más que nosotros, en su tentativa para apoderarse de ellos. A fuerza de instancias consintió en este acuerdo; pero Jorge. Curtis la ignoró hasta algún tiempo después.

* * *

Y aquí creo debo terminar mi tarea. Nuestro viaje, cruzando el desierto hacia el kraal de Sitanda, fue en extremo penoso, sobra todo porque teníamos que sostener a Jorge, Curtis, cuya pierna derecha estaba, muy malparada y constantemente iba soltando astillas del hueso roto; pero al fin llegamos a dicha aldea, omitiendo detalles, que sólo venrían a ser una repetición de lo que nos aconteció al cruzar por primera vez aquellos tostados arenales.

Seis meses después de nuestro regreso a Sitanda, en donde recogimos, las armas y efectos, que dejáramos bajo la custodia de aquel viejo bribón, quien no pudo ocultar el disgusto que nuestra vuelta le produjo, pues sin duda, nos daba por muertos y los hacía suyos, nos encontramos buenos y salvos en mi pequeña casita de la Berea, en Durbán, en donde escribo esta historia y desde donde me despido de

todos los que me hayan seguido, paso a paso, en la más asombrosa excursión que he hecho durante, una larga y bien agitada vida.

* * *

En el mismo momento en que escrita la última, palabra, soltaba la pluma, un kafir venia hacia aquí por mi calle de naranjos, sujetando en una caña rajada, una carta que me traía del correo. Resultó ser de, sir Enrique y como es interesante, la copio al pie de la letra.

BRAYLEY HALL,YORSKIRE.

Querido Quatermain: hace algunos correos escribí a usted unas líneas manifestándole que los tres, Jorge, Good y yo hablamos llegado sin novedad a Inglaterra. Dejamos el vapor en Southanpton y enseguida nos dirijimos a la ciudad. Quisiera que hubiese visto a Good al siguiente día perfectamente afeitado, con una levita que le vestía como un guante, nuevo lente, etc, etc. Fui con él a un paseo en donde me encontré con varios conocidos y a raíz de presentarlo, hice la historia de sus hermosas piernas blancas.

Está furioso, sobre todo desde que un mal intencionado ha publicado la especie en uno de los periódicos de la localidad.

Pasando a los diamantes, le diré que Good y yo los llevamos Stroeter para que valuase, y en realidad no me atrevo a manifestarle el precio en que los tasaron es una suma enorme.

Afirman que su cálculo es más o menos aproximado, pues nunca han visto en el mercado piedras como éstas ni en tanto número. Parece que el sol, exceptuando una o dos de las mayores, de magnificas aguas y tan buenas como las mejores del Brasil. Les pregunté si querían comprarlas, y me contestaron que no tenían capital para hacerlo, aconsejándonos que las fuéramos vendiendo poco a poco, porque de lo contrario inundaríamos la plaza y bajarían sus precios. Sin embargo ofrecen novecientos mil pesos por una pequeña porción de ellas.

Es preciso que venga usted, Quatermain, y se ocupe de este negocio, especialmente si insiste en hacer el espléndido presente del tercio, que no me pertenece, a mi hermano Jorge. Good no sirve para el asunto. Emplea todo su

tiempo en afeitarse, vestirse y cuanto se relaciona con el atavío de su persona. No obstante, creo que todavía recuerda mucho a Foulata. Me ha asegurado que desde que está aquí no ha visto una mujer que pueda rivalizar con la belleza ni la dulce expresión de su nativa.

Quiero, mi querido y viejo compañero, que venga a esta tierra, y compre una quinta cerca de la mía. Usted ya ha trabajado bastante, posee cuantioso caudal, y casual intento, hay en venta una con aquella condición que le agradará muchísimo. No me haga esperarlo; venga y cuanto antes. mejor. Puede concluir abordo la relación de nuestras aventuras. A nadie las hemos querido contar por temor no se nos crea. Si al recibir ésta, se embarca, llegará por Navidad y lo comprometo para que la pase conmigo. Good y Jorge estarán aquí y también (va por tentación) vuestro hijo Enrique. Le he tenido por compañero durante una semana de cacería y me agrada en extremo. Tiene una mano segura: me metió una carga de perdigones en una pantorrilla y al extraérmelos hablaba de lo útil que es acompañarse de un médico en estas diversiones.

A Dios, viejo mío; nada más tengo que decirle, a no ser que estoy seguro que vendrá, aunque solo sea porque se lo suplica.

Su verdadero amigo,

ENRIQUE CURTIS.

P. D.- Los colmillos del gigantesco bruto que mató el pobre Khiva acaban de ser colocados en mi salón, haciendo juego con el magnífico par de cuernos de búfalo que usted me regaló; el hacha con que cortó la cabeza de Twala está colgada sobre mi escritorio y siento no pudiéramos traernos las cotas de malla.

Hoy es martes. El viernes sale un vapor, pienso que debo complacer a Curtis y embarcarme para Inglaterra, aunque sólo sea para ver a mi hijo y vigilar la impresión de este libro, asunto que no quiero confiar a nadie.

FIN